



**SEBASTIAN OCAMPOS**

Introducción y edición

# CLAROSCURO

Cuentos y ensayos sobre la transición a la democracia

**Editorial** 



# CLAROSCURO

Cuentos y ensayos sobre la transición a la democracia

**SEBASTIAN OCAMPOS**

Introducción y edición

**Editorial** 

# CLAROSCURO

Cuentos y ensayos sobre la transición a la democracia

© del libro

Sebastian Ocampos

© de los textos

las autoras y los autores

© de la fotografía de portada

Nelson Godoy

**EDICIÓN Y CORRECCIÓN**

Sebastian Ocampos

**REVISIÓN DE LOS TEXTOS**

José Bueno Villafañe

**DISEÑO DE TAPA**

Alicia Riquelme Crosa

**DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN**

César Barreto

—

**EDITORIAL Y**

+595 961 419246

buenlectorpy@gmail.com

<http://revistay.com/editorial/>

Azara N.º 313. Asunción.

Ocampos, Sebastian. *Claroscuro*. 1.<sup>a</sup> edición.

Asunción. Editorial Y. 2025.

432 páginas; 14 x 21 cm.

ISBN: 978-99989-1-369-1.

1. Cuentos. 2. Literatura paraguaya. 3. Literatura latinoamericana.

Queda hecho el depósito que marca la Ley N.º 1328/98.

# CLAROSCURO

Cuentos y ensayos sobre la transición a la democracia

Asunción, 2025



# Índice

## Proyecto Transición

15 **Introducción**, por Sebastian Ocampos

23 **Prólogo**, por Eduardo Quintana

## Sergio Alvarenga

35 Estruendos

38 Mosca expiatoria

## Adan Amarilla

47 El devenir del río

49 El río no basta

## Isidro Britez

55 Transición generacional

58 Un pequeño adelanto

## José Bueno Villafañe

67 Viejo orden con novedades

70 Una cosa por otra

## Patricia Cabañas

79 La transición... ¿ha culminado?

81 Noche de marzo

## Jéssica Cohene

87 La libertad de prensa en una ciudad pequeña

90 Dulcería

### **Lilian Córdoba**

- 97 Ilusión
- 100 Sueño

### **Rubén Darío Cuevas**

- 107 Transición burocratizada
- 109 Apoyo técnico

### **Ricardo Doldán Pintos**

- 115 Querer democracia
- 117 Pantanal

### **Erasmus Martín Fonseca**

- 125 La democracia, una fiesta de la palabra
- 128 A pecho abierto

### **Valeria Franco**

- 141 Entre lo nuevo y lo viejo
- 144 Medio juego

### **Fredy Fretes**

- 153 Fragmentos de transición
- 155 Punto muerto

### **Esteban Hermosa**

- 161 Los perseguidos
- 163 Caldo de poroto

### **Yobana Insúa Rojas**

- 171 ¿Transición democrática?
- 173 A la sombra de un algarrobo

### **Ana Leguizamón**

- 179 Eco de sombras y luces  
181 Parte del equipo

### **Cristian David López**

- 189 Mi transición  
191 Juancancio

### **Joel López Vidal**

- 199 La economía de los yugos  
202 Vacaciones de verano

### **Linda Mazacotte**

- 215 Víctimas y cómplices  
217 La huelga

### **Guido Mendieta**

- 225 Sobre la ficción de la transición  
227 Inevitable

### **Adriana Mora**

- 233 La libertad y la responsabilidad  
235 Cuidadora

### **Fernando Pereira**

- 241 De fuego a cenizas  
243 El proceso

### **Lilian Portillo**

- 251 La sombra del régimen  
253 La despedida

### **Ricardo Portillo**

- 259 Falsa representación política  
261 Fiebre del oro

### **Alexandra Pose**

- 273 Antes nada, ahora un día  
275 En el país de las sombras

### **Guadalupe Ramírez**

- 285 Involucrarse  
287 Impotencia

### **Alicia Riquelme Crosa**

- 299 Demo-cracia  
301 Pas, paz, pas, paz

### **José Atilano Riquelme**

- 313 Los libros, el cajón y el cerrojo  
315 *Py'aro*

### **Mirna Robles Armoa**

- 323 Necesitamos revisar nuestro pasado estonista  
326 Los nueve balazos

### **Lilian Rodas Giménez**

- 335 La apropiación del pensamiento  
337 La pasantía

### **Elizabeth Rodríguez**

- 349 Exilio  
351 Exiliada

### **Tania Sosa Caniza**

- 359 Bajo las sombras de la dictadura  
361 Asentamiento

### **Diego Martín Verón**

- 367 De forma pero no de fondo  
369 Distrito Coronel Ramírez

### **Bernardo Villalba**

- 377 Un juego para pocos  
379 El espíritu del fuego

### **Cecilia Zayas**

- 393 ¿Una dictadura solapada?  
395 La decisión

### **Eduardo Quintana**

- 403 Tarifa especial

### **Sebastian Ocampos**

- 411 El duelo del siglo

### **Agradecimiento**



# Proyecto Transición

**ESTE INÉDITO Y AMBICIOSO PROYECTO CULTURAL**, organizado por *Revista Y* y apoyado por *Ciencia del Sur*, nació con el objetivo de reunir a jóvenes autores que representasen a todo el país para pensar, narrar, publicar, difundir y debatir lo que ha sucedido en los últimos treinta y seis años, en busca de comprender las causas de que el Paraguay aún se encuentre en este periodo llamado transición a la democracia.

Para lograr ese objetivo, trabajamos tres etapas:

1. Una convocatoria de jóvenes de todos los departamentos del país para que participasen de un taller de ensayo con el periodista Eduardo Quintana, y de un taller de narración con el escritor Sebastian Ocampos, durante los sábados de tarde del año 2021.
2. Una convocatoria de autores jóvenes que vivieran tanto dentro como fuera del Paraguay para que escribieran ensayos personales y cuentos enfocados en el periodo del proyecto.
3. Una selección de treinta y seis autores y autoras de las convocatorias previas para publicarlos en la antología final, impresa y digital (de descarga gratuita).

Luego de la ejecución de la primera etapa en 2021 y la segunda etapa entre 2021 y 2024, la presente gran antología, *Claroscuro. Cuentos y ensayos sobre la transición a la democracia*, con apoyo de Fecopar, se vuelve realidad en 2025.

Ahora solo falta que llegue a los lectores y las lectoras de todo el Paraguay para animar a la reflexión y el debate sobre este periodo claroscuro, con la esperanza de que sea fuente genuina de conciencia democrática.

### **EQUIPO DE PROYECTO Y**

REVISTAY.COM · EDITORIAL · CLUB DE LECTURA · TALLER DE ESCRITURA

## Ejercer la conciencia

SEBASTIAN OCAMPOS

EN ENCARNACIÓN, un trabajador solicita un pequeño adelanto de sueldo al patrón que lo explota; en *Yvyku'i*, una señora cuenta a su hijo que están robándoles vacas, y él decide comprar una escopeta; en Asunción, en una noche del marzo paraguayo, una mujer huye de su pareja violenta; en Ka'akupé, una anciana viuda tiene que afrontar a un usurero y volver a preparar dulces como en sus inicios; en México, una paraguaya tiene el sueño recurrente de una mujer caída del cielo durante la dictadura estronista; entre San Lorenzo y Ñemby, una familia sufre la enfermedad de la madre y la devastación de la naturaleza; en *Guajaivi*, San Pedro, unos agricultores se rebelan contra el estanciero que los mantiene en condiciones de semiesclavitud; en el Chaco, casi en la frontera con Bolivia, un viejo matrimonio sobrevive en un territorio ocupado por narcotraficantes; en Ciudad del Este, una joven denuncia el abuso de poder y la corrupción en una institución pública; en Depósito Kué, Ka'aguasú, la gente acusa a un joven de robo y lo mata impunemente; en Itá, los trabajadores del mercado se declaran en huelga; en Barcelona, España, una señora paraguaya trabaja todos los días en un piso privilegiado en busca de retornar al Paraguay y emprender una pequeña empresa; en Ñe'embukú, un abogado defiende a unos pescadores acosados judicialmente por una empresa arrocera multinacional que expolia la tierra y el agua; en Paso Yováí, un médico y

un joven trabajador cuentan las consecuencias mortales de la minería de oro; en un barrio cerrado, lujoso, de Lambaré, un heredero estronista quiere financiar la producción de una película sobre el estronismo; en Kuruguaty, un líder campesino es asesinado por un sicario; en San Lorenzo, algunas familias venidas del interior se asientan en un espacio público y se organizan para volverlo su hogar legítimo, a pesar de la represión policial; en el nuevo distrito Coronel Ramírez, unos jóvenes se ingenian para ganar las elecciones municipales secuestrando el dinero que un partido político destina a la compra de votos; en Ka'asapá, una pareja indígena lucha contra una banda criminal que desmonta el bosque Atlántico; en la capital, un intelectual cooperativista desafía a un duelo público a un senador estronista... Estas son algunas de las historias reunidas en este ambicioso libro inédito (por tema, contenido y representación) que narra y reflexiona sobre el presente periodo claroscuro de transición entre un régimen dictatorial (1954 – 1989) y uno que se ha anunciado como democrático (1989 – ...), pero que aún no se ha vuelto realidad.

\*\*\*

Desde la Grecia antigua de personas con derechos (varones adultos) y sin derechos (mujeres, esclavos, extranjeros y niños), la idea ambigua de la democracia llegó al Paraguay más por injerencia geopolítica que por voluntad soberana. Los partidos tradicionales, el colorado (la Asociación Nacional Republicana – ANR) y el liberal (el Partido Liberal Radical Auténtico – PLRA), fueron fundados en la post guerra contra la Triple Alianza (1864 – 1870) por patrones dirigentes para ejercer el poder político, a través de golpes de Estado, magnicidios, asonadas, guerras civiles, dictaduras, elecciones fraudulentas, persecuciones judiciales y políticas, etc. Desde el

principio, han sido funcionales a los intereses de las élites (propietarias del poder económico y el poder mediático) y han convertido las políticas públicas en prebendas para sus afiliados-clientes (correligionarios), perpetuando la desigualdad y las consecuentes injusticias que ubican al Paraguay entre los países donde la vida no está garantizada (altos índices de mortalidad infantil, inseguridad alimentaria, pobreza extrema, trabajo informal, explotación laboral, violencia intrafamiliar, embarazo adoscelente, crimen organizado, violación de los derechos humanos, inseguridad, corrupción, analfabetismo, deforestación, etc.; nula y/o escasa representación de diversos sectores de la sociedad en los poderes del Estado). Que los sucesivos gobiernos tradicionales, desde el régimen stronista hasta el actual régimen cartista, se hayan presentado a sí mismos como democráticos y mantengan mínimas formas de democracia liberal, como las elecciones periódicas, solo revela que están condicionados a hacerlo para legitimarse internacionalmente.

\*\*\*

La percepción de la realidad no se basa en hechos verificables sino en relatos impuestos. Luego de que el régimen dictatorial del general colorado Alfredo Stroessner Matiauda se deslegitimara, por la imposibilidad de seguir ocultando los crímenes de lesa humanidad (ver las tres toneladas de los Archivos del Terror, registros de la propia policía stronista que revelaron la injerencia de USA y la Operación Cóndor entre los regímenes dictatoriales de la región suramericana, y el *Informe* de la Comisión de Verdad y Justicia), las élites locales acordaron e impusieron el relato de la transición a la democracia (liberal), a pesar de los siguientes hechos políticos, desde 1989 hasta ahora:

golpe de Estado militar, gobierno *de facto* del mismo partido, elecciones con el padrón del régimen derrocado, elecciones de representantes para la asamblea de la nueva constitución nacional, con control y consecuente mayoría absoluta del mismo partido de gobierno; elecciones internas fraudulentas del partido colorado; elecciones generales fraudulentas; magnicidio del ministro de Antidrogas; intento de golpe de Estado militar; magnicidio del vicepresidente de la República; masacre de seguidores del gobierno a manifestantes civiles; intento de golpe de Estado militar; declaración de estado de excepción, una y otra vez; secuestro de policías a civiles; promulgación de una ordenanza – toque de queda en la capital; masacre de policías a campesinos que exigían la recuperación de tierras malhabidas; golpe de Estado del Congreso contra el presidente electo, independiente de los partidos tradicionales; suspensión del Mercosur al Paraguay por ruptura del orden democrático; persecución judicial (*lawfare*) contra el ministro de Educación del gobierno destituido; militarización de la zona norte de la región Oriental, con presencia, abusos y ejecuciones de la Fuerza de Tarea Conjunta contra civiles; enmienda constitucional para habilitar la reelección presidencial, represión policial contra manifestantes y asesinato policial de un joven; desafuero de congresistas independientes; persecución judicial contra el intendente de Asunción, independiente de los partidos tradicionales; magnicidio de un fiscal antimafia; asesinatos a políticos, *empresarios* y ganadores vinculados al narcotráfico, todos del mismo partido en gobierno; estados de excepción *de facto* en regiones controladas por el crimen organizado; declaración de USA a varios patrones del partido colorado como «corruptos significativos»; persecución judicial al intendente de Ciudad de Este, independiente de los partidos tradicionales; actual control de los tres poderes del Estado

por parte del movimiento mandado por Horario Cartes, condenado por evasión de divisas en el siglo pasado e investigado en el siglo presente, en varios países, por contrabando de cigarrillos, lavado de dinero, acciones, propiedades, cuentas bancarias y empresas *offshores* ocultadas, abuso estatal, sobornos sistemáticos, vínculos con el terrorismo, etc.

\*\*\*

En los hechos, la democracia no es un sistema político de representación sino un salvoconducto geopolítico definido por países con políticas injerencistas como USA (controlado por la élite a través del bipartidismo que perpetúa el régimen capitalista, donde los electores no votan directamente a los candidatos) y algunos de Europa (con monarquías parlamentarias donde el jefe de Estado ni siquiera es electo por votación ciudadana). Esos regímenes aprueban al Paraguay como una democracia, aunque la consideren deficiente, defectuosa, porque los sucesivos gobiernos locales han permanecido alineados, obsecuentes a sus intereses políticos, corporativos y financieros: el gobierno paraguayo sigue endeudándose con el FMI y el Banco Mundial, y emitiendo «bonos soberanos» en el *mercado internacional* para pagar su deuda en constante aumento desde el golpe de 2012; aprobando productos como decenas de semillas transgénicas y plaguicidas tan nocivas para la salud que hasta provocan malformaciones congénitas; manteniendo relaciones diplomáticas con Taiwán en vez de hacerlo con China (aunque eso le cueste cientos de millones de dólares anuales de potencial intercambio comercial y múltiples acuerdos para desarrollar el país) y con Israel (aunque ese Estado sea un régimen colonial del apartheid acusado por organizaciones internacionales como la ONU de limpieza étnica y genocidio del pueblo palestino,

y sea gobernado por un primer ministro condenado por la Corte Penal Internacional por crímenes de guerra y de lesa humanidad; relación diplomática tal como en su momento lo había tenido el régimen dictatorial estronista con el régimen sudafricano del apartheid).

\*\*\*

Ante semejante realidad, qué puede hacer la literatura. Lo que ha hecho desde el primigenio Gilgamesh: ejercer la conciencia. No hay cambio posible sin conciencia, ni personal ni colectivo. Es una tarea que asumimos los treinta y seis autores y autoras reunidos en este proyecto cultural trabajado en los últimos cuatro años para desengañarnos de los relatos impuestos, falsos, y pensar e imaginar una democracia incluyente de todos los sectores históricamente excluidos del país, protagonistas de este libro que les dedicamos.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Ávalos Vera, César Augusto. 2022. *Los papeles del patrón*. 1<sup>a</sup> edición. Asunción: edición del autor.

Benítez Leite, Stela; Macchi, María Luisa; Acosta, Marta. 2008. «Malformaciones congénitas asociadas a agrotóxicos». Asunción: BASE. Investigaciones Sociales. <http://biblioteca.clacso.org/Paraguay/base-is/20190603042019/Doc120.pdf>

Bourscheid, Junior Ivan y Rodrigo Stumpf González. 2019. «Transición y precarización democrática paraguaya: los efectos de la baja calidad institucional y del comportamiento político negativo». *Colombia Internacional* (98): 31-65. <https://doi.org/10.7440/colombiaint98.2019.02>

Lachi, Marcello & Rojas Scheffer, Raquel. 2018. *Correligionarios. Actitudes y prácticas políticas del electorado paraguayo*. 1.<sup>a</sup> edición. Asunción: Centro de Estudios y Educación Popular Germinal y Arandurã Editorial.

López, Magdalena. 2018. *Transición y democracia en Paraguay (1989 – 2017)*. «*El cambio no es una cuestión electoral*». 1.<sup>a</sup> edición. Asunción y Buenos Aires: Editorial Sb.

Urdinez, Francisco. 2017. «¿Cuál es el costo de oportunidad para Paraguay de mantener relaciones con Taiwán y no con China?» En Abente, D. y Gómez, C. (Eds.) *Panorama de las Relaciones Internacionales en el Paraguay Actual* (pp.13-34). Asunción: Universidad Nacional de Asunción.

Stasavage, David. 2021. *Caída y ascenso de la democracia. Una historia del mundo desde la Antigüedad hasta hoy*. 1.<sup>a</sup> edición. Madrid: Turner Publicaciones SL.



## Un sueño que se pospone cada vez, pero que igual se construye con ciencia y literatura

EDUARDO QUINTANA

Director ejecutivo de *Ciencia del Sur*

**UN LIBRO ES MUCHO MÁS** que un conjunto de páginas encuadernadas. Puede ser un mapa para orientarse en lo desconocido, un espejo que devuelve un reflejo a veces cómodo, a veces insoportable, o una herida abierta que exige ser atendida. En otras ocasiones, es un faro con múltiples luces, a veces enfrentadas entre sí. *Proyecto Transición*, el fruto de un esfuerzo conjunto entre la organización de *Revista Y* y el apoyo de *Ciencia del Sur*, es todo eso y más.

Es un testimonio colectivo, una declaración de principios y una invitación al debate. Este libro no solo refleja nuestro tiempo, sino también nuestra forma de hacer cultura: diversa, renovada y profundamente desafiante.

Este no es un libro para explicar la transición política paraguaya en términos académicos o historiográficos. Tampoco pretende cerrarla o definir si terminó en 1993, con las primeras elecciones democráticas; en 1999, tras el asesinato de Luis María Argaña y el Marzo Paraguayo; en 2008, con la llegada al poder de un gobierno de alternancia (Fernando Lugo); o si, como muchos creen, la transición sigue siendo un proceso inconcluso que se prolonga como un eco interminable.

No profundiza sobre si terminó en 2012, con la Masacre de Curuguaty y la destitución de Lugo. O si fue frenado —mediante terrorismo de Estado y abuso de poder— en 2017, con la Enmienda de Sangre, cuando la policía del régimen autoritario de Horacio Cartes reprimió a la población, atacó la sede del principal partido de oposición y asesinó a un joven disidente. Todo porque el empresario que había alquilado el Partido Colorado quería ser reelecto, de forma inconstitucional.

Lo que *Proyecto Transición* hace es abrir nuevas puertas. A través de cuentos y ensayos, da voz a autoras y autores de distintas regiones del país, ampliando un panorama literario que muchas veces se queda atrapado en las mismas figuras y discursos. Asunción sigue siendo el escenario principal de los cuentos y los ensayos, pero no es el único. Ambos lados del río Paraguay tienen historias que relatar y el universo más allá de la Calle Última (Avda. Madame Lynch) es amplio y diverso.

Aquí hay voces de Ka'akupé, Itá, Chaco, San Pedro, Pirivevuy, Yvykuí, Encarnación, Ciudad del Este (ex Puerto Presidente Stroessner) y de otros puntos imaginados o soñados, de un Paraguay que existe solo en las letras.

Es importante subrayarlo: este libro no es neutro ni complaciente. Es, en su esencia, profundamente político. Las voces que lo integran, nacidas en las décadas de los 80, 90 y 2000, son testigos y protagonistas de una transición que aún parece no alcanzar su meta.

Algunos de los textos reflejan esperanzas, otros denuncian, y muchos interpelan sin concesiones. Porque en este libro hay posiciones, hay ideas claras que buscan desafiar el *statu quo* y exigir respuestas. Aunque también hay desconsuelo y melancolía.

Dos ejercicios vitales sostienen esta obra: la reflexión y la escritura. *Ciencia del Sur* y *Revista Y* fijaron un objetivo

ambicioso: «reflexionar, narrar, publicar, difundir y debatir lo que ha sucedido en más de 30 años de transición para comprender por qué Paraguay sigue atrapado en su tránsito hacia una democracia plena». Este proyecto no busca rendir homenaje a quienes ya hablaron sobre la transición o a quienes, en muchos casos, la construyeron.

Más bien, busca poner en el centro del escenario el debate en primera persona, con miradas frescas y perspectivas que desafían las narrativas tradicionales.

### **REFLEXIONAR DESDE EL PRESENTE**

Escribo estas líneas mientras más del 4,7 % de la población paraguaya sigue siendo analfabeta, y mientras un proyecto autoritario parece cobrar fuerza en los círculos cercanos al poder. Es una paradoja dolorosa. En un momento histórico en que la democracia debería fortalecerse, la educación expandirse y las libertades consolidarse, lo que observamos son fisuras y retrocesos que ponen en riesgo los avances logrados.

Carl Sagan y Ann Druyan escribieron en *El mundo y sus demonios* que cada nación debería enseñar a sus niños no solo el método científico, sino también las razones fundamentales de una declaración de derechos. Esa enseñanza, decían, podría ser la única defensa contra las tinieblas que nos rodean.

En el Paraguay, esas tinieblas no son una fatalidad ni un designio divino. No estamos condenados a ser una isla rodeada de tierra ni a vivir en un perpetuo infortunio. Pero para romper los prejuicios, los mitos y los preconceptos acumulados durante décadas, necesitamos abrirnos al mundo y, al mismo tiempo, mirarnos en el espejo de nuestra historia. Es la única forma de combatir las desigualdades estructurales.

La transición no ha sido un proceso lineal ni uniforme. Algunos la consideran una prolongación de la dictadura de Alfredo Stroessner, con sus estructuras de poder intactas. Otros la ven como una oportunidad perdida, marcada por la corrupción, la burocracia ineficiente y la falta de proyectos nacionales.

En este libro se exploran esos matices: desde el quiebre de bancos en los años 90 hasta la mecanización de la producción agroganadera; desde la migración interna del campo a la ciudad hasta las luchas por la recuperación de tierras malhabidas. Cada ensayo y cuento es un fragmento de esa realidad compleja y multifacética.

### **LA LITERATURA COMO RESISTENCIA**

*Proyecto Transición* es también un acto de resistencia. En un país donde más del 24,7 % de la población vive en la pobreza y donde la educación pública enfrenta serias carencias, apostar por la reflexión y la escritura es, en sí mismo, un gesto político. Porque escribir es construir memoria, y construir memoria es resistir al olvido.

Los ensayos incluidos en este libro abordan temas tan diversos como la ausencia de proyectos colectivos, la transición pensada como melancolía, el impacto de la burocracia corrupta y las oportunidades perdidas para consolidar una democracia inclusiva. También hay reflexiones sobre el papel de las élites, que aún se comportan como pandillas; sobre la falta de pensamiento crítico y de educación de calidad; y sobre la censura que, aunque menos visible, sigue vigente en muchos ámbitos.

Por otro lado, los cuentos ofrecen una ventana íntima a las vidas de quienes han sido impactados por la transición: el joven que sueña con salir del país para cumplir sus sueños, la

familia campesina que enfrenta el desalojo, el niño que crece en medio de la pobreza extrema, la comunidad marginada que lucha por ser escuchada.

Estos relatos nos recuerdan que la transición no es solo una categoría política o un evento histórico, sino una experiencia vivida que afecta a millones de personas de manera directa.

### **UNA TRANSICIÓN INCONCLUSA**

El título del libro no es casual. *Proyecto Transición* sugiere algo inacabado, algo que está en proceso pero que aún no ha alcanzado su objetivo. La transición política paraguaya es, para muchos, una meta inalcanzada, un sueño que se pospone una y otra vez.

¿Cómo hablar de democracia plena cuando todavía hay comunidades aisladas sin acceso a servicios básicos, cuando la libertad de expresión sigue siendo frágil y cuando las desigualdades estructurales se perpetúan? ¿Cómo podemos defender al sistema cuando los 19 pueblos indígenas resisten ante los desalojos? ¿Cómo hablar de justicia cuando esta no existe para los campesinos ni las personas más pobres?

Este proyecto literario no ofrece respuestas fáciles ni soluciones inmediatas. Pero plantea preguntas necesarias. ¿Qué significa vivir en transición? ¿Cómo podemos superar los obstáculos que nos impiden avanzar hacia una democracia real y sostenible? ¿Cómo podemos construir un país donde todos tengan la oportunidad de prosperar?

### **UN ESFUERZO COLECTIVO**

El camino para dar vida a *Proyecto Transición* no fue sencillo. Este libro es el resultado de cuatro años de trabajo, de discu-

siones, ajustes y desencuentros. Como todo proyecto colectivo, enfrentó retos, pero también se nutrió de la diversidad de perspectivas y experiencias de sus participantes.

Al final, prevaleció el objetivo común: pensarnos como sociedad, desde nuestras libertades limitadas y nuestras democracias acortadas.

Este esfuerzo conjunto entre *Revista Y* y *Ciencia del Sur* demuestra que la literatura puede ser una herramienta poderosa para el cambio social. Al reunir voces de diferentes regiones y generaciones.

En última instancia, *Proyecto Transición* no pretende clausurar un capítulo ni ofrecer respuestas definitivas. En cambio, nos invita a abrir nuevas preguntas, a mirar hacia adelante sin olvidar lo que dejamos atrás. Nos desafía a pensar en lo que significa realmente la democracia, no como un punto de llegada, sino como un proceso en constante construcción, lleno de fisuras, contradicciones y esperanzas.

Mientras las páginas de este libro nos llevan por los senderos del pasado y los ecos del presente, queda claro que el Paraguay de la transición no es un espacio fijo ni un relato uniforme. Es un mosaico de historias fragmentadas, de voces que se alzan desde la periferia hacia el centro, reclamando ser escuchadas.

En un mundo donde las democracias son puestas a prueba día tras día, este proyecto se erige como un recordatorio de que la libertad y la justicia no son concesiones, sino conquistas que requieren vigilancia constante, reflexión profunda y acción colectiva. Si algo queda claro es que el fin de la transición no llegará con decretos ni fechas exactas; llegará con el despertar de una ciudadanía capaz de repensar su presente y proyectar un futuro más justo y equitativo.

Y quizás, como escribieron Sagan y Druyan, solo a través de la educación, el pensamiento crítico y el reconocimiento

de nuestra humanidad compartida, podamos escapar de las sombras que aún nos envuelven. Porque aunque el infortunio no está enamorado del Paraguay, depende de nosotros decidir si seguimos siendo una isla rodeada de tierra o si finalmente encontramos en la democracia un puerto seguro desde donde zarpar hacia un horizonte común.

## **CIENCIA Y DEMOCRACIA**

En un mundo ideal, la ciencia y la democracia deberían caminar de la mano, como dos pilares de una sociedad que aspira al progreso y a la justicia. Pero, ¿qué tienen que ver la transición o la democracia con la ciencia? La respuesta radica en la esencia misma de ambos conceptos: el cuestionamiento constante, la búsqueda de verdades y la construcción colectiva de un espacio donde las ideas puedan florecer y ser debatidas con rigor.

*Ciencia del Sur* se involucró en este proyecto porque entendemos que el pensamiento crítico no es exclusivo de los laboratorios ni de los textos científicos. Es un ejercicio transversal, que debe permear todos los aspectos de nuestra cultura, incluida la literatura. Reflexionar sobre la transición política y la democracia es un acto de pensamiento crítico, un intento por comprender las estructuras visibles e invisibles que moldean nuestra sociedad.

En ese intento, la ciencia ofrece herramientas fundamentales: la capacidad de observar con objetividad, analizar con rigor y proponer con audacia.

Desde su fundación, *Ciencia del Sur* ha abrazado una filosofía clara: promover una educación científica robusta, fomentar el pensamiento crítico en todos los niveles de la sociedad y divulgar la ciencia como una herramienta para la emancipación intelectual. Este compromiso no se limita

a publicar artículos científicos o divulgar avances tecnológicos; también incluye apoyar proyectos que amplíen nuestra comprensión del mundo, ya sea a través de la historia, la filosofía o la literatura.

La literatura, como la ciencia, es una herramienta poderosa para explorar las preguntas fundamentales de nuestra existencia. En este caso, el libro no solo es un testimonio de los desafíos de la transición paraguaya, sino también una declaración de principios: la democracia no puede ser plena sin una ciudadanía informada y reflexiva, y la ciencia no puede avanzar sin una sociedad que valore la verdad, la justicia y el conocimiento.

La ciencia, la literatura, la filosofía y la política deben dialogar, cuestionarse mutuamente, enriquecerse. Solo así podremos construir una cultura donde la transición no sea vista como un estado permanente de promesas incumplidas, sino como un proceso hacia un futuro más equitativo y luminoso.

En un mundo donde la posverdad y la desinformación son moneda corriente, la educación científica y el pensamiento crítico se convierten en los antídotos más efectivos contra la oscuridad. Y quizás, como propone este libro, también son las claves para que la democracia en el Paraguay —y en cualquier parte del mundo— deje de ser una promesa inconclusa y se convierta en una realidad tangible, compartida y defendida por todos.

En este cruce de caminos, *Proyecto Transición* emerge como un faro que ilumina las encrucijadas de nuestra historia, recordándonos que, aunque el pasado pueda ser un terreno áspero y a veces doloroso, es también el único cimiento sobre el cual podemos erigir un futuro más justo. Desde estas páginas, el conjunto de visiones nos invita a explorar nuestras profundas individualidades, reconociéndonos en

nuestra diversidad y encontrando en la escritura un espacio común donde igualarnos ante la ley y la imaginación.

Ciudad del Este, 31 de diciembre de 2024.





En el centro histórico de Asunción  
**Sergio Alvarenga**

Foto: Sebastián Coronel.

---

**SERGIO ALVARENGA** (ASUNCIÓN, 1984)

cursó Ciencias de la Comunicación en la Universidad Nacional de Asunción, donde fue miembro fundador, redactor y editorialista de la revista alternativa *Mamanga*, de la Facultad de Filosofía. Desde 2010 es corrector ortográfico de la Editorial El País, del diario Última Hora, en cuyas revistas (*TeVeO*, *High Class* y *Vida*) publicó ocasionalmente críticas literarias, musicales y de opinión. En 2010 fue seleccionado como representante paraguayo del libro *4M3R1C4 (novísima poesía latinoamericana)*, que reunió las voces de una generación de poetas del continente. En 2014 ganó una primera mención con el relato «Mosca expiatoria» en el Concurso Elena Ammatuna. En 2016 sus poemas se publicaron en la antología *Ya estamos caminando por esta tierra reluzente perfumada*. En 2021 ganó el primer premio del Concurso de Cuentos Cortos Jorge Ritter, con «Exactamente una semana después», y en 2022 recibió una mención de honor en el Concurso de Cuentos Cortos del Centro Cultural de la República El Cabildo, con «El cometa y la maleza». En 2024, presentó su primera antología de relatos, *Jagua Juka*, con historias que tratan principalmente sobre sus vivencias en la ciudad de la que es oriundo, Villa Elisa. También ha sido colaborador del periódico digital *Ea*.

## Estruendos

**TENGO UN VAGO RECUERDO** del golpe de Estado del 89. Mis padres recibieron visitas que se vieron obligadas a salir a los tropezones y volver a sus casas raudamente. Yo no entendía por qué. También tuvimos que dormir más temprano que de costumbre, algo sumamente raro. No tengo registrado ni el color de las sábanas ni la textura de las paredes de mi habitación de ese entonces, pero sí la actitud difusa de mi madre, que más tarde habría de entender mejor: se debatía entre la preocupación de una guerra civil a gran escala y la alegría ante la posibilidad del fin del gobierno tiránico de Alfredo Stroessner.

Desde barrio Obrero, lugar donde pasé mi niñez, los estruendos sonaban a los lejos esa noche. Una década después, en el Marzo Paraguayo del 99, fui testigo lejano de qué era realmente la democracia, por qué había que defenderla y, especialmente, de quiénes.

El silencio en las calles de Villa Elisa, donde pasé gran parte de mi adolescencia, y en la casa paterna no era quietud, sino una tensión que parecía estar a punto de deflagrarse en reacciones impredecibles. Cuando expresé mi intención de ir a la plaza, una erupción de razones, recriminaciones, ruegos y prohibiciones salió de la boca de mis padres al mismo tiempo en un sonido imposible de seguir en palabras pero sí en significado: ¡NO! Esa noche seguía los estruendos por la televisión, pues todavía era menor de edad.

El cumpleaños del dictador en 2009, el 3 de noviembre, habría de encontrarme otra vez en un lugar completamente distinto: el centro histórico de la capital. Asunción, para quienes llegamos a vivir ahí, es casi un pueblo fantasma. Su gran actividad diurna disfraza con bastante eficacia el inmenso abandono que expone realmente su naturaleza, con las palomas solitarias de los domingos y los televisores en mute de los taxistas nocturnos que dormitan en las paradas.

Incluso así, algunas bombas se oyeron esa medianoche, también lejanas y dispersas, pero de todas formas estaban ahí. Para mí fue un despertar nuevo. Como Villa Elisa es una ciudad predominantemente liberal en la política, las bombas el 3 de noviembre eran prácticamente inexistentes. Como la mente tiene la tendencia de extender la propia experiencia al resto de las cosas, supuse que las bombas en honor al tirano eran cosas del pasado.

Esa noche, el estruendo habría de traerme de vuelta a la realidad.

En 2019, recién casado, me mudé al barrio San Pablo en julio. Pasar el 3 de noviembre en el ex barrio Presidente Stroessner fue un despertador: no solo explotan las clásicas bombas de estruendo tipo 3x3 o 12x1, allí contratan expertos en pirotecnia y se ven fuegos artificiales dignos del 4 de julio en los Estados Unidos. Esa bofetada de realidad fue al mismo tiempo preocupación e impaciencia por hacer cosas, angustia e indignación, una mezcla de sentimientos que me fue muy difícil de digerir.

La política estronista sigue en la democracia paraguaya no ya como violaciones sistemáticas y abiertas de los Derechos Humanos, sino mediante la represión en la sombra, mediante la implantación de evidencias; no ya con desapariciones forzadas, sino con el desalojo forzado; no ya como la autoridad de la Policía Militar, sino del caudillo, del seccio-

nalero que te consigue los medicamentos o el puestito en el ministerio más cercano.

El 3 de febrero de 1989 comenzaron los estruendos que habrían de desalojar del Palacio de Gobierno al tirano, pero continuaron en todas estas décadas de democracia para recordarnos que Stroessner pudo haberse ido, pero no el estronismo.

## Mosca expiatoria

### I

Mberu'i era un tipo más del barrio. Lo único que le diferenciaba de los demás era su porte. Era de tez blanca, pelo negro y baja estatura. Sus rasgos, sin embargo, eran más bien europeos, a diferencia de sus siete hermanos morenos, de piel curtida y ojos achinados. Quizás fueron esos rasgos los que hicieron que se desenvolviera tan bien como *descuidista*. En el barrio, ser blanco conllevaba directamente el derecho a no ser considerado delincuente. Con esa ventaja, él se había dedicado, desde niño, a una amplia gama de delitos menores.

Por cosas de la vida, le gustaba contarme sus andanzas. Pasó de inhalar cola de zapatero y hurtar galletas y frutas al «abigeato minifundista»: robaba gallinas y chanchos con maestría. La cuestión, en estos casos, era delicada. No era como llevarse una vaca de una estancia. Demasiados ojos y oídos registraban todo. No se podía entrar a un patio ajeno para alzar un chanco y llevárselo. Se le debía obsequiar comida, amigarse con el animal, rascarle la panza y luego desatarlo. No se podía robar así nomás ese tipo de ganado: había que hacer que lo siguieran a uno. Al menos eso es lo que me decía Mberu'i.

Su primera tragedia se dio cuando quiso incursionar en actividades más lucrativas: había decidido robar un caballo. La extracción le salió bien; el animal era dócil. Pero no con-

sideró que era de noche y que él vivía en una casita de tablas al costado de una plantación de caña de azúcar. No podía meterlo en su pequeña pieza, donde apenas entraba él, con sus pocas pertenencias. Pensaba llevarlo a la mañana siguiente a la fábrica de picadillo. Vaya a saber uno por qué, el dueño se dio cuenta de que le faltaba su alazán esa misma noche, así que salió a buscarlo. No tardó mucho en encontrarlo. No contento con haberlo hallado, se puso a patear la casa de madera, echando una de las paredes. Ante los ruidos, confundido, Mberu'i se levantó del colchón y salió corriendo hacia la plantación. Al verlo, el hombre desenfundó la escopeta y le disparó. Por suerte, ya había recorrido unos cincuenta metros... Los perdigones lo tumbaron, pero solo sufrió heridas superficiales. Habría contado cuando eso con 15 años.

Tuvo una corta estancia en el hospital. Luego pasó directo a lo que entonces era el correccional de menores: Panchito López.

## II

Tuvo que pasar mucho tiempo para verlo de nuevo. Yo había ingresado a la facultad y no había sabido más de él. Supuse que su paso por el correccional terminaría de matar lo último de humanidad que le quedaba, para convertirlo en carne de Takumbú, como sucedía con todos. Una vez que alguien entraba ahí, nunca era el mismo al salir.

Abrí muy grande los ojos cuando lo vi. Estaba en una esquina, enfrente de una despensa, en la parada del colectivo. Llevaba una bata blanca, de las que se usan en los hospitales. Su rostro había adquirido una sofisticación extraña. Pero cuando hablé con él, me di cuenta de que seguía siendo el mismo. Me saludó con mucha efusividad, palmoteándome la espalda

y preguntándome qué se había hecho de mí. Hablaba un castellano perfecto. Le comenté que había ingresado a la facultad y que iba por el segundo año. Le pregunté en qué andaba. Yo soy un tipo multifacético, me dijo, e inmediatamente supe que trabajaba en las grandes ligas. Contó que había hecho un curso rápido de Enfermería, en una de esas universidades privadas turbias, de las que abundaban. Ahora estoy en IPS, me dijo, sonriendo con malicia. No quise ahondar en sus funciones *extracurriculares* dentro del hospital. Cualquier información pudo haberme hecho cómplice de cosas que yo no quería saber.

Me lo encontré varias veces más. Siempre con bata blanca, olor a hospital y ese aire de fingida superioridad. Hablamos de cualquier cosa en las rondas de vino. Menos de su ocupación en el hospital. De eso, nunca.

### III

No sé por qué lo encontraba en todas partes. Me seguía sin seguirme a todos lados. Un par de años después, decidí dejar la facultad porque ya había conseguido un trabajo en un diario. La paga no era la mejor, pero me permitió mudarme del barrio y alquilar un departamentito en el centro, cerca de la redacción.

Bajaba caminando por la calle del diario todos los días, y pasaba frente a la oficina de la Vicepresidencia de la Nación, de donde salían autos como aviones que llevaban políticos de alto rango, protegidos por guardias privados y militares de la Agrupación Especializada.

A mí me producía cierto placer caminar por esa vereda, cuando todos los demás cruzaban la calle para no pasar cerca de esos soldados llenos de armas de asalto y pistolas automáticas. Sentía las miradas clavándose en mi nuca, pero

nunca miré a ninguno a los ojos. No lo necesitaba. Todos eran iguales.

Hasta que un día, bajando por esa calle, escuché que uno de ellos me llamaba por mi nombre. No hice caso. Luego, me llamó por mi apodo de barrio. El timbre y el tono eran inconfundibles. Quedé helado. Giré lentamente, con una sonrisa idiota de asombro. Botas militares, pantalones camuflados, chaleco de la FOPE, una 9 mm en la cintura, recorte militar con gorra y mangas largas reglamentario. Para coronar, auriicular en la oreja izquierda, anteojos oscuros en la cara y fusil de asalto en sus brazos. Mberu'i, sonriente y pavoneándose como un gallo.

Pero, ¿y vos...?, fue lo único que atiné a decir. Él lanzó una risotada que parecía nacer de todo su cuerpo para estallar en mi cara. Ya ves, me dijo. Le pidió a un camarada que lo cubriera cinco minutos y me pidió un cigarrillo. Se lo invité. Contó que su negocio como enfermero se había ido al tacho y que le habían revocado la licencia, luego de que el director del hospital se diera cuenta de que hacía desaparecer mágica y diariamente dosis de morfina. Pero había logrado echarle la culpa a un par de enfermeros antes de que lo pillaran definitivamente. Casi había ido de nuevo a la cárcel.

Yo no salía de mi asombro. ¿Cómo podía ser? ¿Mberu'i en la FOPE? Me lo explicó. A cambio de no pasar tiempo encerrado, lo inscribieron en un curso de entrenamiento para volverse una especie de agente encubierto. Su conocimiento de la calle y los distintos tipos de estupefacientes lo hacían perfecto para la tarea. Hay gente que tiene santo aparte, pensé, y me despedí de él.

—¿No fumás más porro? —preguntó en voz alta, mientras yo cruzaba la calle, sin que le importara que lo oyeran sus camaradas policías.

—Muy poco —dije.

—Yo tampoco —respondió—. Ahora el tema es la coca —remató riendo y llevándose el meñique a la nariz, para simular una esnifada.

#### IV

Solo lo vi dos veces más. Una vez vivo, otra vez en los diarios y la tele. La primera vez, había ido a visitar a mis viejos al barrio. Ellos seguían ahí. Pudieron haberse ido a otro lugar, pero no quisieron. Se habían acostumbrado. La epidemia de crack estaba alcanzando niveles desesperantes, así que no me era posible entrar o salir tan fácilmente. Iba los domingos de siesta y volvía los lunes por la tarde, para ir directo al diario.

Para llegar a la parada del colectivo, debía caminar un kilómetro y medio, hasta la ruta. Ese trayecto nunca era de mi agrado, por lo que siempre miraba si no había algún vecino que me pudiera acercar. Salí caminando, y cuando apenas había andado algunos metros, una moto paró a mi lado. Por más que tuviera casco, lo reconocí inmediatamente. Subite pues, dijo Mberu'i, y en su tono adiviné la paranoia mal disimulada.

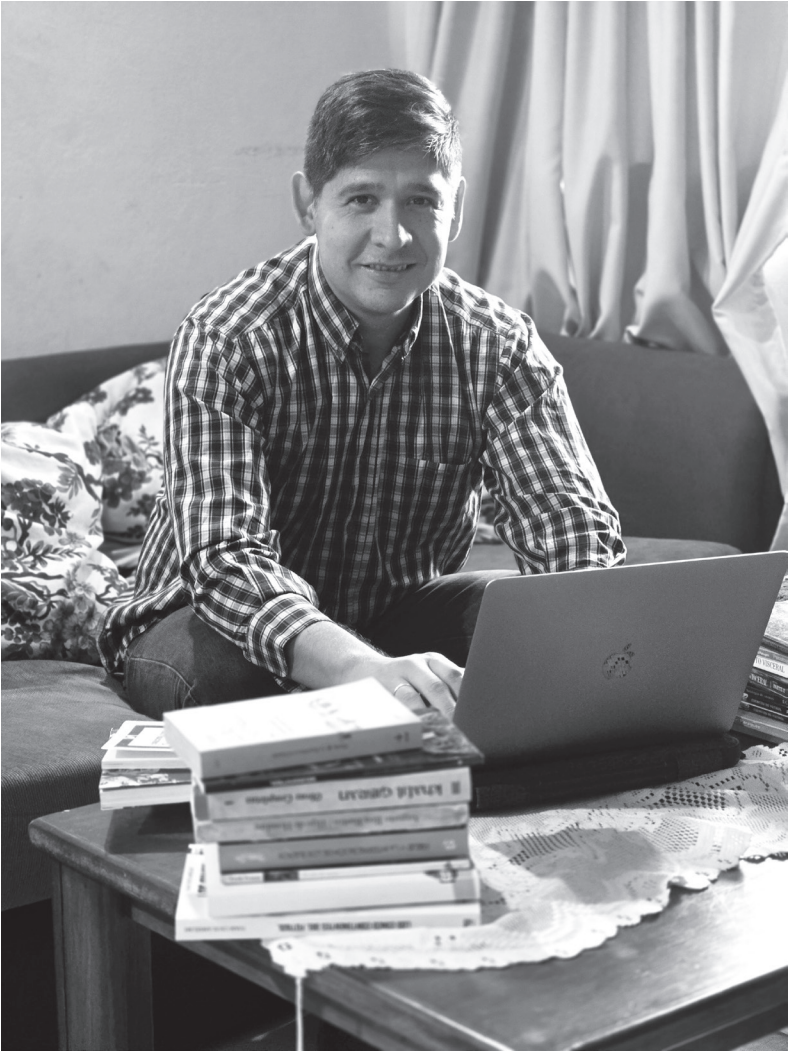
Habló sin parar todo el camino. Estaba muy acelerado, había consumido mucha cocaína. Habría intentado tranquilizarlo, pero sabía que no había caso. Bajo esa cantidad de químicos, cualquier charla era imposible. Dijo que estaba preocupado, que ya habían llegado las órdenes para su misión como agente encubierto, pero que nadie le decía nada. Clasificado es, le respondían: «El día antes nomás ya vas a saber». Me preguntó si no conocía alguna manera, como periodista, de hacerle zafar de esa situación. Le dije que, si él conocía algún dato vergonzoso de algún superior, podía chantajearlo para que lo dejara en Asunción. No se puede,

no sé de dónde viene la orden, dijo.

Se ofreció a llevarme hasta la redacción, pero preferí abordar un colectivo. La velocidad con la que manejaba y su estado no me inspiraban mucha confianza.

Había olvidado por completo ese episodio, hasta que lo vi en la tele. Vestido de *para para'i*, agujereado por una docena de balas de ametralladora. Tapa en varios diarios. Su cara ya no tenía esa expresión fanfarrona. Sus ojos quedaron congelados en una expresión de dolor y asombro. Muerto en el monte, lejos del barrio, con la etiqueta bordada claramente sobre el corazón de su chaqueta camuflada: EPP.





En su hogar de la ciudad de Ñemby  
**Adán Amarilla**

Foto: Horacio Amarilla.

---

**ADÁN AMARILLA (ASUNCIÓN, 1982)**

tiene un turbulento recorrido hecho de tropiezos y optimismos, tal como la democracia paraguaya. De profesión entrenador deportivo y educador, ejerce también la docencia universitaria y mantiene un inextinguible idilio con la edición de textos educativos. Docente de Ciencias Sociales en niveles de educación escolar básica, nivel medio y universitario. Últimamente, también se atreve a departir sobre temas de fútbol en diversas universidades. En el ámbito literario, fue brevemente encarrilado por el Taller de Escritura Semiomnisciente (TES) 2014 y supo conseguir que lo publicasen en dos libros de Editorial Y: la colección *Pelota jára. Cuentos de fútbol* (2014) y la antología de cuentos del taller *Eclosión* (2016), título rimbombante que fue, a su vez, el colapso de su producción literaria como tal. Tozudo, sigue pecando de atrevido al publicar textos de análisis deportivos para diversos blogs y portales.

## El devenir del río

**EL ORIGEN DE ESE RÍO** que es la transición democrática paraguaya tiene un punto histórico concreto. Es identificable como tal, más allá de los devaneos históricos que pretenden colocarlo años antes o después: la caída del régimen de Alfredo Stroessner.

El devenir histórico de este camino a la democracia, siendo democracia liberal (o que intenta comportarse como tal) ha iniciado como una promesa en el horizonte, y por eso había esperanzado a la población aturdida aún por los balazos cruzados en la caída del régimen, y cansada en la desesperanza que termina por imponer un régimen colectivo cerrado.

Muy pronto, sin embargo, se dejó identificar en su recorrido sin rumbo. Ni siquiera anárquico, más bien comportó su carácter habitual: el de ser una ausencia de proyecto. Nada tan paraguayo.

La caótica trayectoria muy pronto dejó al descubierto también la peligrosidad: se pasó de una sociedad temerosa de todo aquello que no estaba escrito en la ley pero que por eso mismo podía usarse en contra de uno, a otra que, desde entonces, no ha parado de sumar leyes. Artículo tras artículo sin que eso signifique un cambio cultural que nos lleve a estar más cercanos a la cultura de la ley, y de su espíritu.

Más bien, todo lo contrario.

Este fenómeno político es, además, melancólico: el tiempo transcurre inevitablemente, pero no se puede afirmar que las condiciones globales de la sociedad hayan comportado mejoras ostensibles, más allá del eterno discurso de la asunción de las libertades políticas y públicas.

Se sabe, con todo, que esas conquistas de libertades no pueden venir desprovistas de otras como las de la mejora en la condición económica, educación, vivienda, salud, etc.

Pensar esta transición, evocarla, llama a la melancolía. Aquel estado de la conciencia difícil de abordar surge a partir de la sensación clara de estar ante la pérdida de oportunidades y la insuficiencia de lo enfrentado.

La melancolía se hace patente en la clara conciencia de lo irreversible, es ese río que se va, que se aleja pero sigue siendo, ahí, impregnado a nuestra vida, insoportablemente presente en su condición de potencia aristotélica no lograda nunca. ¿Es que acaso este párrafo aludía también a nuestra transición democrática?

No importa la ribera desde la que se contempla este río de devenir cansino y accidentado. Las miradas que le dedicamos también son cansinas. Como sociedad, nos gustaría que la transición, que la potencia alguna vez sea acto real, que podamos reafirmar con precisión y respaldo científico que vivimos en una sociedad democrática.

Pero el río nunca se detiene, lleva ya mucho barro en su correntada, tanto desecho y ya no es el mismo que inició. Aparenta que se estancará alguna vez pero no porque sea el fin de su ciclo sino porque es, a su vez, un acto fallido como todo lo que parió esta bendita isla rodeada de tierra.

## El río no basta

**OLER A PAPÁ ERA EL RITMO** de esos días de la infancia muy temprana de mis seis años. Atontado, bajé a la calle de la mano de él. Ese simple acto contribuyó a mi perplejidad. Hubiera deseado hacerlo cargado en sus brazos para olfatear el inconfundible perfume agrídulce que permanecía en su blanquecina y arrugada piel. Tomado de la mano, parado uno al lado del otro, emulando una secuencia pasado-futuro, miramos el horizonte continente, se supone, de mi país. Atónitos, con diferentes tonalidades de incertidumbre, permanecemos inmóviles en medio de la incierta noche clorindense, observando a Asunción como un escenario de luces fulgurantes que desaparecerían tan pronto como aparecían.

Papá, que algo comprendió, me comunicó que estaba angustiado en un súbito sudor de manos y la crispación que ejerció sobre mi pequeña mano. Miré su rostro, más blanquecino, más pétreo en esa pálida noche de febrero.

Volvimos a la casa. Los comentarios se fueron ahogando con el sopor del sueño que cayó pesadamente sobre todos, menos sobre mí. Me costó ceder al sueño. Lo que había visto, sin saber por qué, no me dejaba dormir.

Durante la adultez traté, como casi todos supongo, de explicarme la infancia en términos de moderna racionalidad. Sin saberlo, claro, esa noche en la que el río me separaba de un horizonte fue la última ocasión significativa que pude

compartir con papá. Desde entonces comencé a vivir la sucesión de los días en reversa hacia un futuro incierto.

Incierto pero aliviado fue el aire veraniego que respiré en el nido materno, el verano iniciático de 1989. La gente caminaba las calles con frescura —podía sentirla desde el sopor de la siesta al resguardo de una cama—y por primera vez supe de los murmullos que se podían proferir dos o más personas que paseaban juntas. Ya no necesitaban bajar la cabeza, aunque tampoco las llevaban altivas.

La indeterminación del invierno paraguayo que nunca se anima a ser acompañado los días sucesivos que padecemos como sujetos por crecer en esos fallidos años.

La infancia se me pasó en velocidad crucero, ante el calor de un típico hogar paraguayo de corte matriarcal, como corresponde. Solo tuve una certeza: mamá ya no sería detenida por la temida policía por traficar esperanzas de un mundo mejor para sus hijos. El resto, todo el resto era esperar a saber en qué dirección soplase el viento.

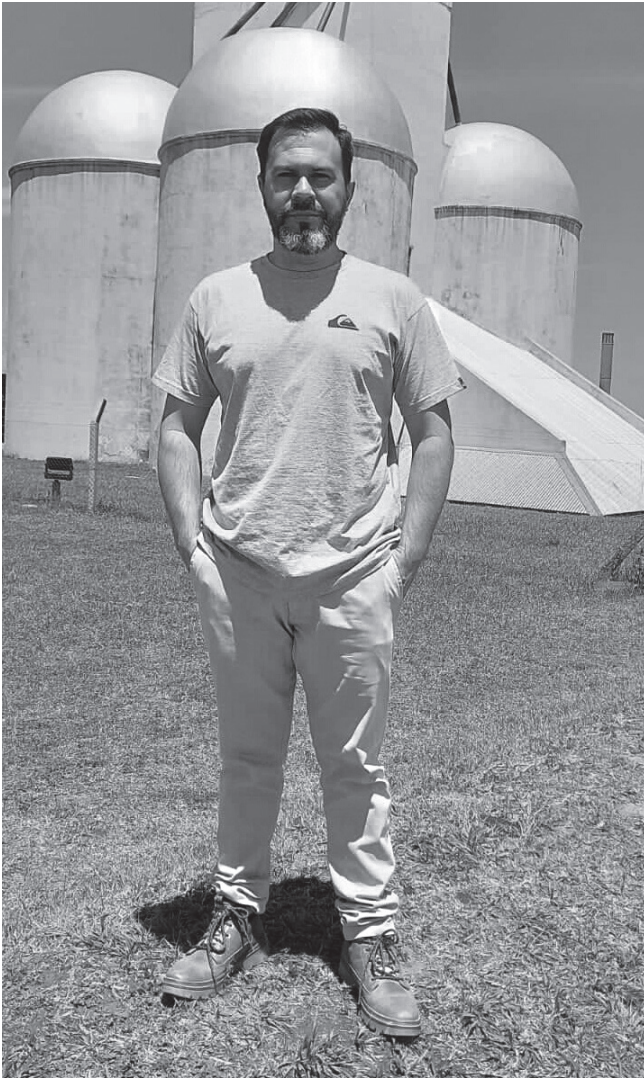
La juventud sí fue combativa porque la bilis era así y la rebeldía corría en el flujo sanguíneo. Supe, entonces, que años atrás, tomado de la mano de papá, había presenciado el final fáctico del régimen político que había consumido hasta la última gota de savia de futuro de este país condenado. Y que el régimen político y social imperante no pasaba de ser un oasis que escondía a una bestia de muchas cabezas tan fatídica como un Leviatán.

Tenía edad para caminar con la gente por las aceras. Podía compartir los murmullos que estaban destinados a ser teñidos por una oscuridad tan perversa como la del extinto régimen. La gente seguía hablando al caminar, pero descreía de la libertad que se le había prometido. La libertad no era tal porque cada vez había menos dinero en el bolsillo y porque la impunidad era privilegio de muy pocos.

Los años de adultez ya no se sucedieron desde que llegaron. Me siento el país o la sociedad, dando tumbos, con victorias pírricas e insignificantes, y tantas, tantísimas derrotas que ya no son capaces de restarme la dignidad extinguida.

Los años vividos me trajeron aquí, frente a esta computadora luminosa, tratando de escribir algo para caer en la cuenta de que ese río no bastaba para anular el horizonte sombrío del porvenir y que ese efímero instante aferrado a la mano de papá ha sido el único en el que estuve protegido del Leviatán que se estaba levantando en mi tierra.





Viejo molino de Encarnación  
**Isidro Britez**

Foto: Elena Fernández.

---

**ISIDRO BRITZ (ENCARNACIÓN, 1983)**

es hijo de la unión de Marcial, peón de aserradero, y Marina, enfermera del hospital regional. Cursó la educación primaria en el Colegio Privado Juan XXIII y la secundaria en el Colegio Técnico Nacional, donde se recibió de técnico en construcciones civiles (maestro mayor de obras). En 2015 egresó como ingeniero civil por la Universidad Nacional de Itapúa, con líneas de trabajos sobre dosificaciones de hormigón. Actualmente se desempeña como jefe de obras en una empresa privada de la zona. Perseverante lector de literatura, es parte del Taller de Escritura Y (TEY) desde 2021, donde ganó el Premio TEY 2023. También obtuvo el segundo premio en el Concurso de Cuentos Jorge Ritter 2022 y el segundo premio en el XI Concurso de Cuentos Padre Rio 2024. Publicó un cuento en la antología digital *Rémora. Relatos itapuenses*, del Taller de Escritura de la UNAE, en 2024.

## Transición generacional

**SEGÚN DICEN**, una generación dura lo que duran las costumbres y los hábitos de las personas, por ejemplo en la crianza y el modo de educación de los niños. Cuando se empiezan a cambiar ciertos valores básicos de las personas, estamos entrando en una nueva generación.

Recordemos que el día posterior a la Candelaria, el país despertó pesadamente del coma inducido en el que estuvo inmerso durante casi 35 años. El fin de la década de los 80, marcado por grandes acontecimientos mundiales, también fue el inicio de la democracia. O diciéndolo de otra manera, empezamos a idealizar ese término que otrora solo existía en el subconsciente de los más románticos y reprimidos demócratas.

Cuando se vio subir al tirano, lento y cabizbajo al avión con rumbo desconocido, la gente imaginó que en sus maletas se llevaría el autoritarismo, el prebendarismo y los demás mecanismos de corrupción que llevaron al Paraguay a un estancamiento económico, a la desigualdad, la pobreza, la ignorancia, la falta de cultura política y la crítica cobertura infraestructural y sanitaria. Pero solo él fue el pasajero de ese avión. Los demás actores del régimen se quedaron, barajaron el mismo mazo de cartas y los repartieron de nuevo, elongando al máximo esas perversiones, talvez pensando que esa forma de gobernar era la única y adecuada para el país, además de mantener sus negocios intactos.

Michel de Montaigne dice: «Cuando no estamos concentrados en nosotros mismos, permanecemos más allá; el temor nos aleja de la consideración de los hechos actuales». Las generaciones que probaron en primera persona el puño opresor y lograron salir con sus propios pies de la dictadura, se polarizaron en dos maneras de pensar. Por un lado están los acérrimos nostálgicos que desde febrero del 89 añoran a «su general», su efímera paz y progreso, y la fantasía de dormir con las ventanas abiertas, olvidando los crímenes y la podredumbre vividas en los días de tiranía. Por otro lado, los que sienten un miedo inveterado al surgimiento de algún neodictador, rememorando las atrocidades cometidas. Lo que lleva a pensar que con cada paso que damos hacia adelante, no quitamos la vista del pasado. Es mayor el temor a lo pretérito que algún utópico porvenir.

La caótica historia política, sumado al largo periodo dictatorial, un esquema altamente centralizado en lo administrativo e individualizado en el ejercicio despótico del poder, moldearon la mentalidad de una generación de paraguayos que en su ingenua y limitada manera de asimilar las cuestiones elementales de la incipiente y novedosa democracia, brindaba su voto de confianza a personajes facinerosos, quienes con democrática retórica escondían la misma oscurecida tiranía. Chocando una y otra vez (marzo paraguayo, 1999; marcha por la democracia, 2007; quema del Congreso, 2017) con la generación que ambiciona y vislumbra una verdadera democracia, libre de los vicios del pasado.

Generación ambiciosa, de espíritu suspicaz, con conciencia cívica y ambiental. Valores éticos, morales, políticos, económicos, sociales y marcada diversidad progresiva, como ideales que articulan sus acciones y sueños, es la que pone pecho a los intentos de atropello a sus derechos, entidades y autoridades democráticamente constituidas.

La apoteosis anhelada llegará inevitablemente con todos los matices del cambio generacional. A pesar de que las políticas públicas no logran cubrir las necesidades de salud, educación y trabajo de la juventud, sin lugar a dudas esta nueva generación está mejor preparada para tomar la posta de su predecesora (que no estuvo preparada para moldear la transición) en esta carrera de resistencia hacia una democracia real.

## Un pequeño adelanto

ANTE EL INMINENTE NACIMIENTO de su hijo, la última opción que se le ocurre a Walter para conseguir dinero es vender su moto. Se la ofrece a Samper, un compañero de trabajo, por la mitad del precio que había pagado en un interminable período de cuotas. Sin embargo, el compañero la rechaza. Acabada esa esperanza, se siente perdido, como alguien que deambula con una brújula rota en medio de la penumbra, sin encontrar una mano de la que agarrarse. Entonces, Samper le pregunta qué pasó de su pizzería.

—Tuve que cerrar. No me fue bien y me quedé con muchas deudas —dijo Walter.

—¡Qué mierda, tus pizzas eran purete, *kapé!* —se lamentó Samper.

—Y sí, pero todo se fue del carajo.

El gusto por la pizza había empezado en la niñez, cuando miraba *Las tortugas ninjas*. Entonces desarrolló algo así como un talento nato, heredado de su madre, cocinera del mercado, de quien se volvió ayudante. Luego estudió cocina italiana en la escuela municipal, prestó dinero de una financiera, compró los equipos e inició el proyecto.

Quería que fuera la mejor pizzería de Encarnación, con la carta más variada, al estilo italiano. Pero el negocio quebró al poco tiempo de abrir, pues no sabía nada de administración: facturas, compra-venta, impuestos, habilitación

sanitaria, beneficios sociales al personal, cobros con tarjeta, cheques sin fondo, publicidad física, virtual, etc. Él sólo quería cocinar pizzas italianas. Tuvo que cerrar, con una estela de cuentas y denuncias laborales.

Luego de la conversación con Samper, quiere recurrir a las financieras, pero estas le recuerdan que su nombre está en Informconf. Las opciones se le acaban. El tiempo se le agota. La angustia le acelera los intestinos y afloja el esfínter. En ese torbellino de confusión y desesperación, concluye que la única persona a la que puede recurrir es la peor opción: su patrón, al que todos llaman Abelardito, peor que su padre, Abelardo, un tipo calculador, hermético e insensible, con quien nadie querría sobrevivir en un naufragio.

Hay una nebulosa sobre el origen de la riqueza de esa familia. Algunos dicen que el padre encontró *plata yvyguy*; otros que se casó con una viuda, exjueza estronista, quien al poco tiempo de casados murió, dejando dinero, terrenos, negocios, flota de camiones y muchos contactos. Sea cual sea el origen, el señor se volvió un patrón rígido hasta que le detectaron cáncer de colon y recurrió a los mejores sanatorios de São Paulo, sin suerte. Entonces, Abelardito heredó todo.

En la recepción de la oficina del mismo, el heredero camina hacia la entrada con aire de superioridad, con agua tónica en vez de tereré. El trabajador lo saluda con un leve movimiento de cabeza y pregunta si puede hablarle.

—Espérame un ratito, chico —contesta Abelardito, que años atrás había viajado a Cuba para estudiar medicina, cuando muchos optaron por estudiar en la isla donde se recibían los mejores médicos de América.

En ese instante, Walter recibe un mensaje de su mujer: «El bebé ya viene. Estoy sin batería. Ya entro en la sala de parto. Vení rápido. Traé la plata».

En la puerta se encuentra Manopla, el guardia de seguri-

dad, un experimento fallido de Abelardito.

Cuando el entonces recién recibido médico llegó de Cuba, dijo a su padre que el futuro del deporte paraguayo era el boxeo. Le contó que había conocido a algunos campeones olímpicos cubanos, a quienes quería traer para que descubrieran y entrenaran a potenciales boxeadores, hasta convertirlos en atletas de élite. El padre lo apoyó. Compró los mejores equipos de gimnasio del país y lo instaló en el *penthouse* de su edificio. Manopla fue el prototipo de boxeador ideal, según las indicaciones de los cubanos. El próximo *Mano de Piedra* Durán por su potente *jab* de derecha, razón por la que lo apodaron *Manopla de Plomo*. Lo entrenaron durante algunos años. Tras varias peleas de entrenamiento, estuvo listo para el combate por el título paraguayo de peso ligero.

El lugar para la pelea fue el propio *penthouse*, acondicionado para albergar a mil personas. La publicidad llamó la atención del país. Todos los asientos ocupados. Durante el show previo, se sintieron vibraciones en el piso. Las cañerías de agua reventaron. La alarma de incendios sonó y el público entró en pánico. Hubo una estampida y algunas personas fueron aplastadas cerca de la única puerta de salida. Finalmente, el edificio fue evacuado. La pelea se suspendió. El gimnasio de Abelardito fue inhabilitado por la Federación Paraguaya de Boxeo. Luego se supo que los desperfectos fueron provocados por el exceso de personas, equipos y muebles. La Municipalidad multó y clausuró el edificio, pero mediante las gestiones y los contactos del patrón Abelardo, pronto volvió a habitarse, ya sin gimnasio.

En consecuencia, Manopla nunca tuvo una pelea oficial, y Abelardito terminó contratándolo como guardia.

Walter, tembloroso y sudado, saluda con un apretón de manos a Manopla y va al baño, pero como no quiere demorar sólo mea. El chorro de orina demora en salir; al hacerlo la

ansiedad y el pánico le provocan la sensación de estar expulsando arena caliente. Sin sacudirse, guarda el miembro flácido y corre a la puerta de la gerencia.

Desde niño había tenido problemas de incontinencia. En la escuela le decían «Walter Uriel / el que caga y come miel», burla que le causó múltiples dificultades, cambios constantes de escuela y ausencia de clases durante semanas. Entonces su padre, camionero, lo llevó en sus viajes, donde a fuerza de golpes y escarmientos aprendió el oficio de chofer, algo que nunca le gustó a Walter. Detestaba el olor a gasolina, dormir en la cabina, asearse en los baños de las estaciones de servicios y sobre todo comer comida enlatada. Ese sabor rancio a metal oxidado le marcó la vida: por un lado, le causaba malestares estomacales; por otro, lo motivó a volverse un cocinero de buena comida.

Pero fueron la habilidad de manejar camiones de gran tamaño y la exigencia de su padre de obtener desde muy joven la licencia como conductor profesional, las que le permitieron obtener el trabajo como chofer repartidor en la empresa de Abelardito.

Por fin, el jefe lo atiende. Walter no puede ocultar su nerviosismo. Abelardito está sentado pesadamente en su sillón de cuero. Recoge un cigarro, lo enciende y expulsa el humo por la nariz. Tose. Sus ojos se humedecen y parece que llora mientras habla. El humo del tabaco inunda la oficina. Luego de explicarle la diferencia entre un habano y un puro, le dice:

—Y bueno, ¿que tú quiere, chico? Cuénteme.

Walter, con la voz temblorosa y genuflecta, dice:

—Señor, soy consciente de que todavía no cumplí el plazo de prueba y de que aún no tengo habilitado el seguro médico, pero mi esposa está por parir y necesito un pequeño adelanto de mi salario para poder pagar los gastos médicos.

—Entiendo, pero ya tú sabe las reglas de la empresa. Déja-

me ver tu planilla de recorrido —le dijo, y llamó a Lorena, su secretaria, para pedirle el archivo de recorridos y entregas.

Si se basa en esos números, estoy frito, piensa Walter.

En el contrato provisorio de trabajo dice que su salario fijo es la mitad del sueldo mínimo, y que debe completar la otra mitad haciendo 100 kilómetros diarios de recorrido y reparto de bolsas de cemento y cal. Es el trabajo más sucio y pesado; los veteranos lo destinan a los nuevos. Justamente por ser novato y ganarse el derecho a piso, en el taller de la empresa no repararon su camión; por lo tanto, no pudo salir a repartir varios días.

Mientras Abelardito lee la planilla, Walter se da cuenta de que ya no soporta dos cosas: el olor a humo de cigarro y las ganas de cagar. El jefe menea la cabeza de arriba abajo y con un movimiento rápido recoge del cajón un fajo de billetes y dos fajos de igual volumen de cheques. Luego le dice:

—Ok, Walter, este efectivo es para la donación a Un Techo para Mi País y la comilona de la diócesis con los que ya tengo compromisos. Y estos cheques cruzados son para depositar. No te van a servir porque seguro que no tienes cuenta corriente.

Cuando se agacha para buscar otra cosa en el cajón, el celular de Walter vibra. Cree que es su mujer llamando desde otro número. Pide permiso para contestar. Abelardito hace un gesto sin mirarlo mientras sigue buscando algo. Walter sale rápido antes de que suceda un accidente parecido a los de la escuela.

Sin darse cuenta, entra en el lujoso baño del jefe. Apaga el celular, se sienta y evacúa los restos de su incontinencia. En ese momento, una súbita epifanía le advierte que sus esfuerzos por obtener el dinero serán en vano si continúa con esa actitud. Siente de golpe una extraña valentía y una profunda ira. Sale del baño sin apretar el botón de la cisterna. Ya no le importa perder ese trabajo de mierda. Solo anhela el

dinero que merece para cubrir los gastos del nacimiento de su hijo.

Tras solicitar permiso a Manopla, reingresa en la apesotosa oficina. Su actitud, cambiada totalmente, le recuerda sus días como dueño de la pizzería, cuando los empleados, si no cobraban a tiempo el salario, lo desafiaban a golpes. Con decisión, dice al jefe que si no le entrega lo que solicita, lo denunciará en la prensa y revelará las injusticias que la empresa perpetra con respecto a los salarios y los descuentos a los trabajadores.

Abelardito se para, suelta el cigarro y grita a Manopla para que eche a patadas a Walter de la oficina. Cuando el guardia entra, en vez de obedecer, dice que apoya a su compañero y que también quiere que le pague por lo menos el salario mínimo con todos los beneficios, por estar cuidándole el culo grasoso, y rompe parte de la puerta con un potente *jab*. Abelardito busca temblando su celular para llamar a la policía, pero no lo encuentra porque nunca lo lleva consigo, pues para ese tipo de tareas cuenta con Lorena, su secretaria. Ella, atenta de todo lo que pasa, se posiciona rápidamente del lado de Walter y Manopla.

Walter, cegado por la ira, amenaza con una huelga. Aunque no está seguro de lo que dice, suena intimidante. Además de la prensa, lo denunciará al Ministerio del Trabajo y a cualquier instancia. La vehemencia y la determinación de Walter, Manopla y Lorena dejan a Abelardito acorralado y sin palabras. Nunca había enfrentado una situación como esa, ya que el negocio funciona por sí solo gracias a los trabajadores.

En un primer arrebato, Abelardito los califica de ingratos, recordándoles la oportunidad que les da para prosperar en la empresa. Los gritos se escuchan hasta la planta baja, atrayendo la atención de los demás trabajadores que suben las escaleras y bloquean la entrada a la oficina de gerencia,

exigiendo en coro lo mismo.

De repente, Walter comprende que se ha convertido en la voz de todos los compañeros de trabajo, y vuelve a decir:

—Queremos lo que nos corresponde. El dinero que guarda en su cajón no es para beneficencia ni para aparentar decencia. ¡ES NUESTRO, carajo!

El jefe, temeroso por la situación y las posibles consecuencias que mancharían su nombre y el de la empresa, cede y se sienta. Le cuesta respirar. Pide a Walter, Manopla y Lorena que se queden en la oficina, y a los demás que esperen afuera, aunque vean y escuchen todo debido la puerta rota. Entonces, entre los cuatro redactan un acuerdo escrito a mano, comprometiéndose a mejorar las condiciones laborales. Luego de firmarlo, Walter recibe el pequeño adelanto. Fuera de la oficina, los compañeros celebran como lo hacen cuando la selección nacional de fútbol gana un partido.

De camino al sanatorio, ya descreído de que la situación pueda mejorar en esa empresa, Walter llama a un medio de comunicación...



En el patio Villafañe de Asunción  
**José Bueno Villafañe**

Foto: Sol Bueno.

---

### **JOSÉ BUENO VILLAFANE (ASUNCIÓN, 1987)**

estudió en el Colegio Experimental Paraguay Brasil y obtuvo el título de abogado en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Asunción. Aún no presentó la tesis que lo hará máster en Politología. Escribió poemas que no deben ver la luz jamás, cuentos que ahora lo avergüenzan, opiniones que ya no comparte; últimamente, una combinación de todo eso. Participa irregularmente en el Taller de Escritura Y (TEY) desde 2016, sea en centros culturales, bibliotecas o residencias quijotescas. Es subeditor de *Revista Y*, donde publica reseñas de libros paraguayos contemporáneos. Su cuento «Lo más importante» fue traducido al portugués y publicado en la antología de cuentos postpandémicos *@normal* (2020). Su minirrelato «Rozar el paraíso» fue publicado en la antología *Brevestiario* (2021), editada por Brevilla, revista digital de minificción. Es jurado del Concurso Surgente de Cuentos, organizado por Coopeduc Ltda., desde 2022.

## Viejo orden con novedades

**RECUERDO QUE**, en la primera clase de un posgrado en política, fui testigo de un debate sobre la transición a la democracia entre un profesor (uruguayo residente en el Paraguay desde hacía años, con larga y prestigiosa carrera académica) y un alumno (español recién llegado, también académico). El profesor desarrollaba el concepto de discontinuismo histórico y señaló como ejemplo la transición de la dictadura a la democracia. El alumno manifestó su desacuerdo: no bastaba que se cambiara de sistema de gobierno para que lo hicieran las relaciones sociales. Después de la clase, intercepté al español y le dije que estaba de acuerdo con él.

La transición no puede evaluarse sólo en el marco de la historia nacional. El Paraguay dejó de ser oficialmente una dictadura en coincidencia con el fin de la Guerra Fría. El Consenso de Washington impuso el capitalismo neoliberal con gobiernos democráticos en el mundo occidental. El segundo presidente electo en la transición, Juan Carlos Wasmosy, había dicho en un debate que la empresa privada era el motor del desarrollo nacional. Durante su gobierno, la especulación financiera quebró los bancos y las financieras en los que la clase media había depositado sus ahorros e ilusiones.

En cuanto al calentamiento global, los científicos advirtieron los efectos de la explotación de la naturaleza. Los gobiernos firmaron acuerdos, suscritos también por nuestro país.

En paralelo se inició el desarrollo de la industria agrícola y ganadera extensiva. La novedosa tecnología fue utilizada para explotar aún más la genética de las vacas y la productividad de ciertos cultivos. Nuevos y viejos terratenientes deforestaron, envenenaron, expulsaron todo a su paso. Producción irreconciliable con la preservación de la vida.

El otro efecto directo de eso fue la migración interna: del campo a la urbe. El aumento de las poblaciones periféricas entró en conflicto con la vida fácil y decorosa, como diría Tolstói, que llevaba la pequeña burguesía. De la condescendencia pasaron al desprecio y la agresión diarios. Por un lado, los ricos construyeron shoppings donde consumir y estar tranquilos. Por otro, la calle mutó en un puesto de venta de productos fabricados en el lejano Oriente.

La globalización produjo cambios estructurales, coincidentes con la transición. Pero no todo cambió. La élite paraguaya se sigue comportando, al decir de Sartre, como una pandilla. El clientelismo es muy anterior a la democracia. Para vivir bien (o no tan mal) es necesario admitir realidades, bajar la cabeza, hacer favores. Basta ir al centro de Asunción para verificarlo. La Constitución Nacional del noventa y dos estableció prioridades para campesinos, indígenas, trabajadores en general, promesa de bienestar que no ha llegado. Esto no importa a los medios de comunicación empresariales. La libertad de prensa no ha liberado al ciudadano; al contrario, ha anulado su análisis de la realidad.

No en todo el país uno puede ser censurado, perseguido y/o violentado. Las antiguas prácticas continúan, pero son discutidas ante las ideas que dignifican al ser humano y la naturaleza. Hubo rebeliones, enfrentamientos y sentencias internacionales contra el Estado torturador. Existen numerosos movimientos sociales y políticos que luchan por justas reivindicaciones. Tuvimos un gobierno progresista electo que

intentó aplicar políticas públicas para todos. Intento que costó muy caro.

Hemos vuelto a un viejo orden, pero con algunas novedades. La democracia en el Paraguay no conviene a los poderes externos y a sus secuaces locales. Algunos, desencantados, no la quieren más. Esta es la situación a revertir. Desde afuera, vienen luchas inspiradoras e ideas esperanzadoras. Adentro, existen fuerzas que pelean con desesperación por un mejor porvenir. Cuando la razón y la voluntad hacia el bien común prevalezcan tendremos democracia.

## Una cosa por otra

**BERNARDINO RESOLVIÓ COMPRAR UN ARMA** e ir a Yvykuí. Lo que le había contado su madre era intolerable. ¿Sus propios primos, de la familia del padre, habían entrado en su campo para robar las vacas? ¿Una, dos, tres, más veces? Ella, en vano, trató de calmarlo:

—Son nuestros familiares. Encima los más pobres. Con esta crisis la gente hace cualquier cosa... Tu tío va a hablar con ellos. *Anike nde tarova, che memby.*

—Ya tomé una decisión —le dijo él.

Tras hablar con la madre, llamó a un amigo, expolicía que se movía en el mercado negro de venta de armas. Fijaron un día y lugar para el intercambio. Fue de noche, detrás de algunos depósitos cercanos de la zona de Calle Última. El arma era una escopeta de caño largo, de las que disparan balas expansivas.

—Ya es ya —dijo Bernardino, y le entregó un sobre.

Cuando llegó al viejo edificio en Luque donde alquilaba un monoambiente, notó que sus manos estaban temblando. Respiró profundo, abrió la puerta del cuartucho, entró, guardó el bolsón con el arma en el ropero y buscó una cerveza de la heladera. Se dejó caer en el sofá. El temblor no cesaba. Volvió a respirar profundamente y bebió un largo trago, mientras recogía el control del televisor.

Despertó con dolor de cabeza y la boca pastosa, sabor herrumbrado de la mala bebida. Lo peor, sin embargo, era el

dolor en la espalda alta. Aún no sabía que eso y el insomnio no lo abandonarían más. Vio la hora: era tarde. Los mensajes de Juana, su novia, a quien buscaba todos los días para llevar al trabajo antes de ir al suyo, pasaron de preguntas a acusaciones y reproches. Con los ojos entreabiertos y los dedos torpes escribió: Ya voy.

En la oficina del Ministerio, los funcionarios conversaban sobre la proximidad de las elecciones. La mayoría tenía un candidato, al que habían condicionado para que «haga algo respecto del tema de las horas extras y el aguinaldo». Bernardino no les prestaba atención. Ya le habían hecho bromas sobre el rostro, el peinado y la mirada con la que había llegado. Él respondió con otras bromas. Todos rieron, mientras revisaban las carpetas, las planillas y los biblioratos. Igual que otros días de trabajo.

Juana le invitó a salir el viernes. Estaba preocupada por el ánimo y el aspecto de él. Cuando ella le preguntaba por eso, Bernardino solo decía irritado:

—Mucho trabajo nomás es.

Ella creía que las parejas no debían tener secretos. Entonces, haría lo que estuviera a su alcance por él. Ya sentados, mientras comían y bebían, insistió:

—Quiero estar tranquila. Contame qué te pasa, ¿sí?

Él tomó el vaso con cerveza, bebió un trago e inició una narración larga y difícil de seguir. Hablar no era su fuerte. Ambos lo sabían. Durante el relato, él se presionaba con los dedos la parte de la espalda. Ella intentó no interrumpirlo, pero cuando llegó al momento de la compra del arma, le dijo:

—¿Vos *pio* estás loco?

—Sabía luego que no me ibas a entender.

—¿Cómo se puede entender que tu novio quiere volver a su valle para matarle a unos ladrones de vacas que, encima, son su familia?

—Y vos por lo menos no podés.

Discutieron, por momentos, a los gritos. Él se levantó y se fue. Ella se quedó y se cubrió con las manos el rostro con lágrimas. Recordó a su madre. Le había advertido que Bernardino «algo tiene que no me gusta». Pero qué iba a saber ella, también la madre, que ese hombre bajo y panzón, pero atento y con sentido del humor, escondía a un potencial homicida.

Amanecía cuando Bernardino llegó a la estación de servicios previa de la entrada a Yvykuí. Estacionó, entró en la tienda, buscó un sándwich y pidió café con leche. Se sentó frente al televisor. En las noticias hablaban del candidato del Ministerio y de la investigación que lo relacionaba con licitaciones arregladas. Era su candidato, también, por lo que prestó atención. El aire acondicionado soplaba tanto frío que se le erizaron los pelos. Además, notó que las manos le temblaban y que mordía con mucha fuerza el sándwich.

Salió y aspiró el aire húmedo de la mañana. Olía a roció y a bosta de vaca. Se rascó la panza y se presionó con una mano la zona adolorida de la espalda. Subió al vehículo. Lo puso en marcha y encendió la radio. Escogió la canción «Mamama» y la fue tarareando, mientras golpeaba con los pulgares el volante e ingresaba en la ciudad. El sol brillaba. Reconoció los lugares que había recorrido en su infancia y adolescencia. Eso lo calmó, lo puso de un mejor humor. Vio a conocidos y los saludó. Algunos perros dormían en los patios frontales. Los dueños, sentados bajo árboles frondosos, contemplaban el transcurrir de los demás.

Tanta calma, sin embargo, acabó cuando llegó al centro. Vio nuevos locales de bancos, venta de artículos electrónicos, ropa casual y deportiva, así como comedores. Cada uno con un equipo de sonido. Todos competían contra el volumen del vecino. Él también elevó el volumen de la radio. Sonaba la

canción «Nunca es suficiente». Lo dejó melancólico y tenso, cuando se encaminaba a la casa familiar.

También Lourdes, su madre, se puso tensa cuando lo vio llegar. Quería y extrañaba a su hijo, pero le hubiera gustado verlo en otra circunstancia. El saludo fue frío. Ella le ofreció asiento y comida. Él aceptó. Mientras preparaba el plato y los cubiertos, llamó a Mercedes, su hija.

—Vení a saludarle a tu hermano.

El resto del día pasó con el relatorio de infortunios de Lourdes y la evidencia del deterioro de su relación con Mercedes. Su padre era un ebrio y ausente. Los vecinos ayudaban y murmuraban. La crisis económica y los robos. La preocupación por el futuro de las dos.

—Acá Meche no tiene nada que hacer, pero tampoco quiero quedarme sola.

Varios días estuvo Bernardino en la casa familiar, esperando. No pudo dormir. Notó que Lourdes y Mercedes tampoco. Agudizó el oído: podía sentir el crujir de la madera, el roce de las hojas en la brisa nocturna, una cachaca a kilómetros de distancia. Le alteraban los ladridos del perro. Hacían que, con manos sudorosas, buscarse el arma, la sostuviera y fuera hasta donde se encontraba. Disparó contra arbustos en movimiento, donde se ocultaban infortunadas guineas, pollos y otros perros. Cavó una fosa profunda para ellos.

Resolvió volver a Luque al séptimo día. Le dijo a Lourdes que no podía ausentarse tantos días en la oficina.

—De paso, me voy a fijar si hay algún trabajo para Meche —comentó en el almuerzo.

Mercedes sonrió.

Él notó que sus manos estaban firmes, los músculos relajados, los dientes menos apretados. Por fin volvería a dormir.

A las tres de la mañana los ladridos del perro lo despertaron. Por inercia fue a buscar el arma. Algo le hizo pensar

que debía ser más cauteloso. Caminó agachado y con pasos cortos hasta el tambo y los vio: dos de sus primos y un tercer hombre trataban de llevar una de las vacas. Se acercó hasta el rango de tiro, apuntó y disparó. El sueño, la tensión, los nervios y la oscuridad hicieron que fallara. La vaca recibió el disparo a la altura del cuello y murió al rato, regando de sangre el suelo. Los ladrones huyeron. Él los persiguió en vano.

Una siesta nublada de sábado, Bernardino acompañó a un amigo a una reunión. Sería en la quinta del candidato del Ministerio, cuya investigación demoraba en dar resultados. No había espacio en el estacionamiento cercano. Cuando llegaron, escucharon la polca partidaria y vieron que el humo del asado se elevaba sobre las cabezas de los invitados, en su mayoría adultos obesos, acompañados de chicas jóvenes.

El amigo lo introdujo a un tal don Víctor.

—Me gusta tu nombre y de donde sos —fue su primer comentario, antes de una risotada y palmadas en los hombros.

—Mi socio acá tiene un problema y quería saber un poco cómo le podemos ayudar —dijo el amigo.

Bernardino le contó desordenadamente lo que había ocurrido. Don Víctor escuchó atentamente y contestó:

—Nosotros, hermano querido, no somos delincuentes. Pero tampoco podemos no hacer nada ante el problema de un correligionario. Si no nos cuidamos entre nosotros, entonces, quién... Esto no se va a quedar así, quedate tranquilo.

Despachados, se sentaron a comer y beber. Alrededor, todo era algarabía, júbilo y abundancia. Se quedaron hasta que el cielo oscureció.

Tambaleantes, fueron al vehículo, donde Bernardino durmió apenas se acomodó en el asiento. Despertó al día siguiente. El amigo le dijo que lo vio dormir muy tranquilo y que decidió no molestarlo.

—Qué calidad, mi cuate —dijo Bernardino, que solo quería llegar al cuartucho para seguir durmiendo, descansando.

Una semana después, mientras era festejado el cumpleaños de uno de los funcionarios, Bernardino recibió una llamada del amigo. Salió al pasillo para los fumadores. Contestó.

—*Ha upéi*, Berna. *Nde*, ¿tenés tiempo?

—Sí, claro. Qué hay.

—¿Te acordás de don Víctor, verdad? Bueno, pues, esta mañana me mandó decir que tu temita ya está solucionado.

—¿Cuál tema, *pio*? —preguntó, sabiendo de qué se trataba.

—Ese que vos le contaste aquella vez que fuimos al asado. *Anike eñembotavy*, *che* socio. Jaja, bueno, pues, me manda decirte, por un lado, que estés tranquilo, que a tu gente ya nadie le va a molestar más.

«Por un lado». Esa expresión le sacó todo el alivio.

—Otro tema es que el don me pidió que te pida un favor: viste que ese candidato del Ministerio donde vos trabajás es su contrario... Parece que le lleva una buena ventaja, y hasta que supo de dónde eras y te conoció, no tenía un contacto directo para saber más cosas del tipo. Don Víctor necesita que vos le consigas todos los documentos sobre el problema ese que tiene con las licitaciones.

—Heee, y no sé, no va a ser tan fácil, *correlí*. Sacar esa información implica tocar el sistema, o sea, que yo entre con mi usuario y vea qué hay. Eso queda todo registrado. Si se publican los documentos en la prensa, bastará una auditoría para que me pillen y me saquen de acá.

—No vaya pues a ser tranca, Berna. Acordate de lo que decía el general sobre los mejores amigos. Este es un país de amigos y no te conviene no tenerlos. Don Víctor es un buen amigo, de verdad te digo. Él ya te ayudó, ahora vos le ayudás a él. Hacé nomás lo que se te pide y después vemos ese otro tema que dijiste.

Bernardino, ebrio, recostado en el sofá del cuartucho. Dejó las latas vacías y las colillas de cigarrillo desparramadas en el suelo. El televisor estaba encendido. Pasaban la película *Hannibal* que él encontraba larga y aburrida. Sin embargo, prestó atención a uno de los diálogos entre Hannibal Lecter y Clarice Starling. «*Quid pro quo*, Clarice», dijo Hannibal, y los subtítulos tradujeron «Una cosa por otra». Pensó en la frase, mientras giraba sobre sí mismo, adolorido y temblando, aterrorizado por las sirenas de las patrulleras en la madrugada.



En la vieja estación del tren de Luque  
**Patricia Cabañas**

Foto: Lucas Dávalos.

---

### **PATRICIA CABAÑAS (ASUNCIÓN, 1986)**

a los dos años se estableció definitivamente en Luque. Cursó los estudios en el Colegio Privado Subvencionado Dr. Manuel Domínguez. Ganó el primer lugar en el Concurso Colegial de Poesía, durante dos años consecutivos, 2002 y 2003. En 2005, inició la carrera de Biología en la Universidad Nacional de Asunción. Por motivos personales y económicos hizo una pausa, con intenciones de retomar los estudios más adelante, pero no lo logró. En 2013, inició la carrera de Administración en la Universidad Técnica de Comercialización y Desarrollo. En 2015 formó parte del Taller de Escritura Semiomnisciente (TES), un paso importante en su despertar narrativo. El primer cuento que escribió se publicó en *Eclosión*, la antología de los jóvenes talleristas. Se convirtió en madre en 2017. Egresó de la universidad en 2019. En 2020 se volvió miembro del grupo literario Activarte, donde es coordinadora de encuentros virtuales. En 2021 realizó dos talleres de la Biblioteca Mariano Moreno, de Argentina, y un taller con el escritor Carlos Benítez del Puerto. Finalista del Concurso de Poesía tributo a Walt Whitman y Oscar Ferreiro. En 2024, ganó el tercer premio del Concurso Surgente de Cuentos. Coautora del libro *Sinfonía de letras* (2024), antología de cuentos y poemas del grupo Activarte. Miembro de la Asociación de Artes y Escritores Cristianos del Paraguay desde 2023.

## La transición... ¿ha culminado?

A LA DECISIÓN de embarcarme en la maternidad, le acompañó la de criar con respeto. Lo he sostenido con los años y he notado en el transcurso de esta experiencia que educar con miedo y represión es la forma tradicional socialmente aceptada y fuertemente vigente. Padre, jefe, autoridad que se respete, debe infundir temor. Miedo es igual a respeto, una de las más notorias herencias de la dictadura a nivel cultural.

El fantasma del estronismo pareció esfumarse con la aprobación de la nueva Constitución Nacional en 1992, donde se contemplaban derechos antes negados, la conformación del Tribunal Superior de Justicia Electoral, el Código Electoral y las modificaciones de los Códigos Penal y Civil. Desde la perspectiva de varios autores, la transición a la democracia había culminado con las primeras elecciones democráticas en 1993 y las elecciones municipales de 1996, que fueron las primeras democráticas (Carlos Martini), incluso con las de 1998 por haber sido las primeras elecciones generales libres y competitivas (Abente Brun).

Sin embargo, como el inicio de la transición democrática se organizó en torno a líderes de un pasado dictatorial, que se aventuraban a este modelo de gobierno llamado democracia, los viejos vicios continuaron. Hoy no se evidencia verdadera voluntad política de luchar contra tres de los peores legados de esa época oscura: la corrupción, resultado del

prebendarismo imperante entonces, la gran desigualdad en la distribución de tierras y un sistema educativo deficiente, que no apunta a la formación del libre pensamiento.

Es por ello que considero que esta transición aún no ha culminado y el verdadero cambio, la sincera renovación, debe centrarse profundamente en la cultura social.

El acceso a una mejor educación, la creación de fuentes de trabajo, las políticas públicas para promover la formalización laboral, la calidad en los servicios de salud a nivel nacional, deberes primordiales del gobierno, y la concienciación individual y colectiva como compromiso ciudadano, forman el paquete fundamental para alcanzar la transformación. Un camino a la verdadera culminación y el establecimiento de una sociedad libre.

Si bien el ejercicio del sufragio consciente y responsable es importante en la construcción de una nación democrática, es solo el primer escalón. El involucramiento ciudadano debe ser completo, desde la elección de los representantes, pasando por el conocimiento y el análisis crítico continuo de la gestión de los mismos y la asunción del protagonismo civil que nos corresponde en los proyectos políticos que buscan el bienestar social.

Más que cambios, nuestra necesidad sociocultural se traduce en una renovación completa. Nos corresponde romper los oscuros paradigmas aún presentes y garantizar a las futuras generaciones una educación de calidad, basada en la formación de pensadores críticos, libres y comprometidos con el fortalecimiento de la democracia.

## Noche de marzo

**COMO CORTINA DE FONDO** al relajante sonido del agua de la ducha, ella pudo oír voces desde la sala: «La tensión ha venido en aumento desde el asesinato del vicepresidente Luis María Argaña hace tres días. La ciudadanía se ha convocado en las calles, pide juicio político al presidente Cubas y cárcel para su socio político, el general Oviedo, sospechoso del magnicidio»...

Antonio había llegado, el televisor encendido lo anunciaba. Ella prefería el silencio. «...el enfrentamiento entre ovidistas y manifestantes a favor del juicio político mantiene a la Policía Nacional en alerta, las calles de Asunción»...

Se preparó para salir, sin prestar atención a la realidad que bullía afuera, ensimismada en sus pensamientos, buscando la forma más silenciosa de escabullirse por la puerta sin tener que encontrarse con él. Asomó su pupila a la sala. No lo veía. Fue sigilosamente hasta el mueble donde había dejado su cartera.

Eran cerca de las nueve cuando inició el estruendo. El rugido ensordecedor de miles de petardos quebraba la fragilidad de esa noche turbulenta desde su nacimiento. En la ventana, los destellos fulguraban al son de los estallidos. Se distrajo con esa belleza violenta en el cielo. Entonces, sintió un golpe de luz blanca que la encegueció por segundos. Su cuerpo cayó pesadamente al piso, quedando inmóvil y atur-

dida por un instante eterno. El dolor empezó a recorrerla y sacudió la cabeza para volver a la realidad. Le zumbaban los oídos. A lo lejos retumbaron las explosiones y a centímetros de su rostro, Antonio le masculló:

—Te dije bien que si macaneabas no te iba a perdonar...

En la televisión, una voz exclamó: «Esto se ha vuelto una batalla campal, son disparos, repito, son disparos los que podemos escuchar en medio de las bombas...»

Visualizó borrosamente la puerta, en silencio y quieta, sugiriendo que estaba rendida, sin fuerzas, sometida. Cuando Antonio se asomó a la ventana, curioso, levantó su cuerpo e inició una temblorosa carrera hacia la salida. Él giró rápidamente el torso; al darse cuenta, ella se había borrado luego de un portazo. No esperó el ascensor. Obligó a sus recién despañiladas piernas a bajar veloz y torpemente las escaleras. Tras cada piso parecía cargarse de energía, furia, miedo, deseo.

Llegar a la entrada principal fue como chocar contra un muro transparente que la hizo frenar algunos segundos. Me va seguir, me va seguir..., pensó. Atravesó la masa amorfa de humo y gente en la calle.

Un olor picante le punzaba la nariz y rasgaba la garganta. Sus ojos lagrimeaban. El camino se abría ante ella como un violento pantano de almas que amenazaba con devorarla. Vio una ambulancia que no podía avanzar y una ola de personas que se replegaba hacia la Catedral.

Gritos, sudor, sangre, petardo y balas. Dos batas blancas llevaban a cuestas una camilla y un cuerpo ¿muerto? La oreja destrozada del encamillado era un botón rojo que supuraba. La noche estaba herida y ella también.

Algo tibio besó su boca, se lo limpió con la lengua sin detenerse. Un cascote la rozó. Se detuvo instintivamente y al girar la cabeza lo vio. Las facciones desencajadas, islotes sudorosos dibujados en su camisa, acercándose como una

locomotora. Disparada se abrió paso en el caos. Sobre el estruendo bélico podía oír sus pisadas, cada vez más cerca. No pensó exactamente, sólo gritó a todo pulmón:

— ¡Oviedista! ¡Asesino! —al tiempo de que de sus cabellos era violentamente tumbada.

Algunas miradas captaron la escena. El grito los espoleó. Era el enemigo atacando a una de ellos. Él no llegó a ponerle un dedo encima. Fue tacleado por dos cuerpos embanderados. No había tiempo para mirar atrás, sólo huir, correr hacia el infinito.

Las campanas de la Catedral repicaban. Fue hacia ellas. A su diestra cayó alguien, inconsciente, el pecho rojo, una piedra en la mano, cerrada, quizá para siempre. Muchos se refugiaron en la iglesia. Médicos, bomberos, gente voluntaria que había llevado alimentos y agua, heridos... Se sintió desfallecer, como si sólo entonces demoliera su cuerpo la fuerza de los golpes que había recibido. Una sudada botella de agua apareció ante sus ojos.

—Para vos, déjame que te reviso.

Bebió ávidamente, sintiendo al cristalino descender como bálsamo hasta el estómago contraído. La enfermera revisó sus pupilas, limpió la sangre seca de la cara y auscultó su tórax.

—Nada grave, sólo unos golpes. Lo mejor va ser que te quedés acá. Ya son varios los jóvenes caídos.

—Gracias.

Quedó dormida en un banco, en medio de la angustia colectiva.

Una estampida de gente la despertó. Eran como las cuatro de la mañana. La multitud corrió asustada ante la llegada de los tanques.

Se colocaron a lo largo de la calle Palma, en cada esquina de acceso.

Una voz ajena murmuraba:

—Ya son cuatro los muertos, según dicen. Esto fue una masacre, *mba'e* enfrentamiento *piko*...

Oírlo era imaginar que pudiera estar entre esos cadáveres.

Con la luz del día asomándose lenta y débilmente desde el horizonte magullado, decidió abandonar el lugar. A pasos cortos y sin prisa, se alejó de ese escenario de guerra, verdaderas mutiladas, cascotes por doquier, basura, vehículos que terminaban de quemarse, trozos de vidrio, restos de petardos y andrajos de humanidad.

En el departamento, tomó su cartera y un libro que le habían prestado. La ventana abierta desde anoche era un recuadro del paisaje citadino. Una atmósfera distinta embargaba la vista, un hilo de humo se alzaba al cielo, contorneándose vaporosamente.

«...increíbles imágenes de un francotirador, captado al momento que disparaba contra la multitud», el televisor seguía encendido desde la noche anterior. «El número de fallecidos va en aumento, el joven que acusó el impacto de dos balas se encuentra con muerte cerebral»...

¿Y si...?, la idea acarició su mente. Apagó el aparato, llaveó la puerta y dejó las llaves en recepción. Al tomar la calle, una brisa de polvo y ciudad la peinó. La plaza se veía en calma y, aunque la incertidumbre en el aire flotaba, ya todo había terminado.



En Eusebio Ayala, Cordillera  
**Jéssica Cohene**

Foto: Santiago Feijó.

---

**JÉSSICA COHENE (KA'AKUPÉ, 1989)**

estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad Nacional de Asunción (UNA). Algunos de sus cuentos, poemas y artículos periodísticos fueron publicados en medios nacionales e internacionales. A los 19 años integró el plantel del periódico local *El Informador*, donde luego fue editora y columnista de la sección cultural. Además, colaboró con otros medios locales y comunitarios. Actualmente reside en Asunción, Paraguay, donde trabaja como consultora de comunicación.

## La libertad de prensa en una ciudad pequeña

A TRES DÉCADAS del golpe de Estado que derrocó a Alfredo Stroessner, permanece el sistema de censura implantado por la dictadura, que no afectó únicamente a diarios, radios, revistas de la capital, sino también a los medios de comunicación del interior del país.

La articulación del miedo al debate público, la opinión y la crítica responsable, denunciados en el informe *Situación actual de la prensa en el Paraguay* en los años setenta por el escritor cordillerano Lincoln Silva, constituye uno de los escasos registros del padecimiento de la prensa del interior del país durante la dictadura.

El silencio diligente con el poder estuvo presente también en 2011. Luego de ocho años de resistencia, un periódico local de Ka'akupé fue censurado. Una «reestructuración» anunciada por su financista, el consejo de administración de una cooperativa, ordenó a los periodistas publicar en adelante, mayormente, «buenas noticias».

La respuesta del *staff* fue una carta de renuncia colectiva y el repudio a la violación del artículo 26 de la Constitución Nacional que garantiza la libertad de expresión y de prensa.

Con una tirada de apenas quinientos ejemplares de dieciséis páginas, *El Informador* publicaba noticias locales que la prensa nacional ignoraba o rechazaba, sobre nuestros intendentes, gobernadores, sobrefacturación de la merienda esco-

lar y de cuántas personas habían asistido al último concierto de la orquesta de cámara.

La breve existencia del medio en que trabajé durante sus últimos dos años me recuerda a la suerte con que corrió durante la dictadura de Alfredo Stroessner el semanario *Prensa Campesina*, editado en la ciudad de Itá. Luego de apenas un año de labor informativa fue clausurado, sus bienes confiscados y sus redactores detenidos. Ni siquiera los libros de historia del periodismo paraguayo lo recuerdan.

Si bien los periodistas ya no terminan tras las rejas, la amenaza latente y el ejercicio de la represión, aunque han cambiado, persisten. En departamentos como Cordillera se informa sobre temas que a nadie moleste y que no amenace el pan sobre la mesa.

«Todas estas arbitrariedades se perpetran por lo general en nombre de los altos intereses de la Nación», relató, desde el exilio, Lincoln Silva en su informe.

En los últimos años, Ka'akupé es un ejemplo de cómo la mayoría continúa venciendo. Como hubo más infractores de tránsito que artistas, convirtieron el pequeño anfiteatro municipal en un almacén de motos retenidas. Seguramente también hay más funcionarios que lectores. Quizá por eso la biblioteca municipal es hoy una oficina administrativa.

Pero donde realmente vence la mayoría es en el campo, al costado de los caminos de tierra. Desde ahí es posible observar las escuelas marcadas por la crisis. Al lado de las desheñidas aulas de precario concreto, los contenedores blancos, proveídos por el Ministerio de Educación y Ciencias, funcionan como aulas móviles para enfrentar la carencia. Cada tanto, entre cientos de cabezas de ganado, se observa a un niño o dos yendo a la escuela en bicicleta.

El que es testigo de tanto callar, agradece que no se oiga ningún grito de auxilio que obligue a buscar un centro de

salud o una unidad de salud familiar en medio de lugares remotos y precarios.

Donde la democracia es más grande es en las letras. Seguramente por eso son tan escasas las bibliotecas y los periódicos locales. El analfabetismo en Cordillera se acerca al 10 % de la población. Pero eso es, claramente, una minoría.

## Dulcería

**DOÑA VIRGINIA YA NO LLORABA** por la muerte de Rafael, su esposo. En el patio que comunica la fachada de la casa con la vieja fábrica de dulces, rodeada por hijos, nietos y algunos estacioneros, sentados en círculo, esperaba la llegada de Taguató, mientras recorría con los ojos la parra obstinadamente infértil.

En las últimas horas de esa tarde calurosa, deseaba que regresasen el aroma de las flores de mirto, las velas recién apagadas y hasta el sonido de su propio llanto, cuando To-guató se dejó ver, pequeño, pulcro y moreno.

—Mis condolencias, abuela guasú —saludó, haciendo una reverencia.

*Pe aña memby*, creyeron escuchar decir al muerto, con la torpeza que le imponía el exceso de caña, manoteando la oscuridad.

Hasta el día que Rafael murió, Virginia lo había odiado sin sobresaltos. Por las tardes, sin embargo, cuando bebían juntos café con leche y hacían la lista del supermercado, a simple vista la gente habría dicho que eso se parecía a un amor de viejos.

\*\*\*

Mientras la distribución de azúcar era un trabajo para dos hombres apenas, la dulcería se llenaba de recolectores de leña,

vecinos que vendían baldes de guayaba de sus propios patios, distribuidores de agar y trabajadores que lavaban y troceaban la fruta, sobre todo que cuidaban la lava con que se hace la mermelada, removiéndola insistentemente.

Ella cronometraba el cumplimiento de su ley. Con la cuchara sentenciosa en la mano agitaba reclamos, órdenes y sermones. Sus hijas, los trabajadores, los perros sin instrucción y hasta el fuego la obedecían.

—Ay de ustedes —roncaba, sin mirarlos, revisando las arrugas de la naranja *hai*—. ¡La leña seca y la guayaba húmeda! De lo que no sirve para mermelada, se hace jalea.

Los trabajadores, si no se bebían todo el pago semanal, al cabo del año compraban un tacho y pronto se ponían a negociar con ella, quien les enseñó sin recelo los secretos del agar y el aprovechamiento del elixir que otros desperdiciaban: cuando la guayaba apenas madura, se hace dulce; de la sabia restante, jalea; de la pulpa almacenada, dulce en pan.

En diciembre, cuando los turistas escalaban el muro de cerros que rodea Ka'akupé para peregrinar hacia la basílica, de a cientos primero y de a miles después, los dulceros no se unían al frenesí que alimenta a los ka'akupeños una vez al año. Ni las botellas con agua bendita ni las velas de sebo que los turistas encendían y apagaban tras una fugaz plegaria para usarlas como pomada en los meses fríos, rendían tan buenos frutos como la venta de dulce.

En los primeros años de trabajo, Virginia y Rafael ya pudieron comprar un televisor a color, en el que vieron la toma de posesión de Wasmosy.

De la fábrica, la camioneta, único vehículo de trabajo y ocio, salía repleta de dulce y regresaba quejándose del peso, con el espinazo doblado, cargada con bolsas de azúcar.

Años de prosperidad... también para Taguató. Astuto desde joven, ganó algún dinero vendiendo chucherías clan-

destinas a quienes aguardaban sentencia en la delegación judicial de Cordillera. Pronto aprendió que el negocio más rentable era el de los muertos. Entonces, solía obsequiar bebidas a Rafael en su cumpleaños y en el día de su santo. A veces, cuando veía que trabajaba con martillo, pala o brocha, le enviaba una botella sin motivo alguno. Rafael, ya bebido, solía confundir un clavo con un tornillo y echaba la culpa de todo a Virginia. Con un puñetazo rompía alguna ventana y a patadas alguna puerta.

La transición a la democracia trajo consigo la suba de precios de los terrenos del cementerio. Toguató sabía que los mejores clientes eran quienes no podían pagar el metro cuadrado de campo santo. Por lo tanto, los muertos lo alquilarían.

Nombró cada empresa legal y clandestina con un nombre de aguililla. Así obtuvo el apodo que lo enorgullecía. La casa de empeño Taguató. La funeraria Taguató Ruvichá, el mayor de sus negocios. Aunque los clientes de la funeraria eran menos frecuentes los de la casa de empeño, la oferta de cajón, terreno y servicios religiosos a cambio de un pagaré y un título de propiedad, hacía que más de uno pensara que podía pegarse el lujo de morir.

Los desprevénidos supieron después que el secreto del negocio estaba en el precio del alquiler, apenas pagable. Ante la primera dificultad que propiciaba el atraso en el pago, Taguató, con amable semblante, ejecutaba el pagaré sin dudar.

Durante años, el dinero había sonreído a los Taguató y a los dulceros, sin dirigirse a ninguno en particular. Pero los dulceros sabían que el exceso de azúcar terminaba endureciendo el dulce. Y el azúcar, en el depósito de Rafael, en bolsas de cincuenta kilos, se acumulaba hasta el techo. Entonces recibieron la primera visita del usurero. Su amistosa disposición les recordaba a los rostros pálidos de los trabajadores

de las funerarias locales, pasados contra los postes de luz, enfrente de las casas de los moribundos.

Uno de esos días, Virginia contó a Rafael un sueño que había tenido: una de sus gallinas, la que estaba ciega, enfermó y algunos taguatós por error la llevaron a ella también.

Luego, la crisis disolvió los bancos nacionales como la tormenta al algodón de azúcar. El gobierno se lanzó a intentar salvar la economía. Una inyección millonaria se aplicó al sistema bancario. Hacia el final, como agua de socorro, los analistas bautizaron la crisis como «efecto tequila», inspirado en el desplome económico de México en el noventa y cuatro.

Los noticieros hablaban de nueve entidades bancarias y financieras en quiebra. Algunos banqueros fueron procesados y se arrugaron las camisas almidonadas. En cambio, nada se escribió sobre la crisis del azúcar, ni cuando la fruta dobló las ramas de los árboles ni cuando el precio del azúcar se duplicó y un poco más.

Virginia no perdió la fábrica. El caserón de ladrillos negros resistió. Perdió los distribuidores, los trabajadores, los clientes. Hasta las avispas abandonaron sus nidos. Los trabajadores, atraídos por promesas de ladrillos para construir sus casas, fueron a las olerías de Tovatí. Cuando ella recibía noticias de alguno, los justificaba, fingiéndose dura, diciendo que los hijos de oleros solo sueñan con cuidar el horno.

\*\*\*

Casi treinta años después de la muerte de Rafael, las unidades de medida se disolvieron en su razonamiento y ya solo resistieron a costa de la nostalgia.

Ahora Virginia no adivina los ojos oscuros bajo las gorras de pesca desde el bus que se queja a su lado, cuando agachada en una cadencia lánguida recoge las cáscaras de

sandías abandonadas al costado de la calle, incluso luego de ser libadas por las cigarras.

De acuerdo a cada temporada, busca guayabas, mamón, *apepu hai* o melones, a veces de la misma calle o los patios, cuando pide permiso para volver al día siguiente con un gancho. Al cabo de una semana, si almacena suficiente y si logra reunir dinero para comprar cinco kilos de azúcar, prepara mermelada con la pulpa, jalea con el líquido restante y fruta abrigantada con los frutos viejos, olvidados hasta por los *sajovy*, cortados en trocitos.

Los niños se retuercen del asco en medio del silencio acusador de los adultos que siempre hablan. Virginia, un poco por el *tinnitus* convertido en sordera, los ignora. Examina los postes de luz y las copas de los árboles, y regresa a la casa donde ha vivido siempre.

Ahora vende dulces para pagar el alquiler.



En Iturbe  
**Lilian Córdoba**

Foto: Fredy Fretes.

---

**LILIAN CÓRDOBA** (ASUNCIÓN, 1981)

reside en el Estado de México. Estudió Filosofía en la Universidad Nacional de Asunción (UNA), literatura en el Taller de Escritura Semiomnisciente (TES) y diplomado en DD. HH. (Asilegal y CNDH). Ha publicado un cuento en la antología *Eclosión* (2016) y otro en *RevistaY.com*. Ilusa de los derechos humanos, amante de la filosofía y los gatos. En proceso de aprendizaje y admiración de culturas distintas. En constante autoexilio.

## Ilusión

**EN EL PARAGUAY** existe una ilusión de democracia. En 1811 nos independizamos de la monarquía española y pasaron largos años para que legítimamente nos reconocieran independientes. Luego, una regional desdicha: la Guerra de la Triple Alianza (Brasil, Argentina, Uruguay) dejó un Paraguay devastado. Entre 100.000 a 150.000 habitantes debían conformar una sociedad que se levantaba gracias a las mujeres. Agricultoras, comerciantes, fabricantes, amas de casa y polígamas para la reconstrucción de la república. Los pocos hombres también debieron aportar. En el proceso, muchos de los jóvenes salieron a formarse en universidades extranjeras. Una segunda guerra internacional comenzó en 1932. La Guerra del Chaco, contra Bolivia, duró tres años, hasta que se firmó un protocolo de paz, a diferencia del final de la Triple Alianza, cuando esos aliados ocuparon el país hasta 1876.

Con esos antecedentes cabe destacar una rebelión civil en 1947, una contienda contra los hegemónicos: los colorados, aliados del dictador Higinio Morínigo. Comunistas, liberales y franquistas libraron una lucha armada a favor de la democratización del país. Entonces muchos compatriotas migraron (otra vez) tanto dentro como fuera del país.

Luego, una dictadura, la de Stroessner, que duraría nada más y nada menos que treinta y cinco años. Una de las más crueles en Latinoamérica, junto con la de Pinochet. Tuvo todo

tipo de hechos repugnantes, violentos, contra los derechos humanos básicos: torturas, desapariciones, pedofilia, violaciones, atropellos a universidades, persecución a expresiones de identidad sexual no tradicionales, expresiones culturales (las que no permitieron que la música, la literatura, la pintura y otras formas de arte se desarrollaran), exiliando así a muchos intelectuales y prodigios.

Nací en los ochenta y me tocó vivir una infancia inocente de lo que estaba ocurriendo. A pesar de ello, algunos hechos llamaron mi atención. ¿Por qué la gente no podía hablar en voz alta sobre el presidente? ¿Por qué mi tío ya tenía una casa grande con tan solo veinte años, si solo era chofer de un coronel? ¿Por qué cayó el cuerpo maniatado de una mujer en mi bosque? ¿Por qué se escuchaba el rock a escondidas?

El día que derrocaron al dictador, mi madre había ido a un viaje de retiro. Mis hermanitos y yo nos quedamos a cargo de una vecina. Ella nos metió en su cuarto. Se había enterado por la radio de una insurrección y un posible ataque. Yo lloraba por mi madre, inocentemente, pues ella estaba lejos del lugar del ataque. Hasta que se anunció el derrocamiento del dictador. Entonces tuvimos una esperanza de cambio.

Siguieron gobernando un sin número de colorados. La burocracia, la corrupción y el partidismo aún eran comunes. Pasaron los años e intenté muchas veces ser parte de esta transición. En la universidad me uní a movimientos que reivindicaban cambios de autoridades impuestas e inamovibles, pasando por renovaciones estatutarias y arancel cero en la UNA. Muchos de estos aspectos mejoraron, pero no las autoridades puestas a dedo por el gobierno de turno.

Acabada la carrera, no solo me tropecé con la realidad, sino que fui su víctima. Con una terquedad única y un ideal juvenil todavía, me disponía como voluntaria en organizaciones sociales. Cuando por fin hacía un trabajo significati-

vo para la sociedad, por algún motivo ¡zas, se acabó! Llegué al punto en donde me preguntaba si algo de lo que hacía era importante. Paraguay nunca tuvo una transición democrática verdadera. Muchos de los que soñamos con ver esa oportunidad de cambio y desarrollo, hoy lo hacemos desde países lejanos.

## Sueño

**¡SE CAYÓ UN CUERPO!**, escuchamos. Es un grito ensordecedor. Todos corren hacia el bosque para ver qué ha pasado. En esta época las noticias y las anécdotas de este tipo son comunes. Vamos, dice mi hermano mayor. Corremos hacia donde la gente se aglomera. Él me estira de la blusa. No te acerques, volvamos a casa. Escuchamos murmullos y algún llanto casi contenido. Yo quiero saber qué ha pasado. No, mamá se va a enojar; vamos a casa. No sabemos a ciencia cierta quién es esa muchacha, ni cómo ha aparecido en mi bosque. Algunos murmuran que cayó de una avioneta, otros que quizá sea quema de archivo. ¿Qué es eso? Soy pequeña y no comprendo. Me da miedo pensar en lo que vi, que en mi bosquecito ha caído el cuerpo maniatado y torturado de una joven. Miro a mi alrededor. El bosque no es un bosque. ¿Dónde están las flores? Apenas hay arbolitos de guayabo y *ñangapiry*.

Sueño mucho que camino descalza en la casa donde crecí, bajo un cielo azul puro, donde jugaba de niña, donde crecían flores azules, amarillas y anaranjadas, donde podía comer guayabas y *ñangapiry* de los árboles, como mi yo inocente de once años recordaba. La última vez que lo visité fue para confirmar una intuición: lo que creía un bosque era un terreno de algunos metros cuadrados. Un baldío más en la ciudad de Mariano Roque Alonso, que no ha tenido nada de especial. De todas maneras, no puedo escapar de ese ensueño infantil.

Despierto en otro sitio, otra ciudad, otro país, otro clima, un lugar del que mi mente suele abstraerse para estar en el Paraguay. Hace un tiempo me pregunto qué significado tendría vivir en dos países. Uno, natal; otro, elegido. Hace dos años y medio emigré a México por circunstancias del amor. Sin embargo, existe una dicotomía entre el presente y el pasado.

Últimamente rememoro historias que casi había olvidado, pero resulta que la realidad te marca la vida. Nací en un país con dictadura, crecí escuchando horribles acontecimientos que, si bien en esa época no eran noticia, me aterrorizaban. Eso determinó mi futuro.

¿Por qué en mis sueños estoy allá? Recorro las calles de Asunción y siento la llovizna otoñal en el rostro mientras me apresuro a reunirme con amigos. No tengo mucho miedo; puedo andar sola. A veces estoy en el centro de Asunción reuniéndome con alguna amiga, celebrando algo o simplemente pidiendo fernets con coca y hielo. Es una cuestión repetitiva que me tiene algo intrigada, sobre todo porque también me encuentro rodeada de gente amiga de todas las épocas. Incluso con quienes ya ni siquiera interactúo.

Despierto en mi casa en Valle de Aragón, en el Estado de México. Me alisto y salgo a la calle, percibo otros olores, sobre todo del maíz de la tortillería. Paso por una esquina donde hay una tlapalería, puedo ver diversos colores de las frutas en las mesitas de la vereda: mangos, sandías, frutillas, tunas, mamey, piña y guayabas, finamente troceados en vasos grandes, con el chile en polvo, el limón o el chamoy listos para su preparación. Cosa rara, me digo, y sigo... Allá los preparan distinto. Ensalada de frutas, le llamamos, con mucho jugo o gaseosa. Las guayabas me trasladan de vuelta a mi infancia y al cuerpo que cayó junto a los árboles. Esa mujer sin nombre me llama constantemente desde

que soy niña. No sé qué querrá de mí. Hace unos años me di a la tarea de investigar sobre ella. Busqué, indagué el año en que la habían tirado de la avioneta, el lugar exacto, pero no hubo nada. Los Archivos del Terror también tienen limitaciones. Hasta hoy, muchos de los sin nombre sólo son números.

Vengo de un lugar sin mucha memoria, donde todo se olvida de manera casi espontánea, una manera de sobrevivencia, donde no existen los muxes, los bailes en la calle, donde nadie come guisados en tortillas (sino todo con mandioca) y no se mezcla el chocolate con chile. Vengo de un país de hábitos y costumbres diferentes: de mate en las mañanas y tereré en las siestas calurosas. Donde los cambios se dieron lentamente, tras golpes y dictaduras. Hasta hace poco, todavía teníamos miedo de expresarnos. Una vez que lo hicimos, incendiarnos el Congreso, con una rabia contenida de décadas. En el Paraguay nunca hubo Avándaros ni grandes revoluciones. Sí revoluciones fracasadas...

Vine, ¿pero realmente estoy aquí?

Me cuesta hacer amigos en este país. Cuestiono mucho el porqué. México es un país sumamente amigable. Los pocos que me escuchan ya están cansados de mi perorata. Resignifico la amistad una y otra vez.

—Desde que tengo memoria quise huir del Paraguay —dije una vez en grupo.

—¿Huir de qué? —dijo un amigo mexicano—. Saliste de un país burócrata y corrupto para venir a otro igual.

—No sé de qué...

La comparación es casi siempre involuntaria, ¿pero por qué comparamos lo malo? Quizá para excusarnos de que estamos mejor en un lugar. De todas maneras, cuando voy a instituciones para hacer trámites me siento como en el Paraguay. La burocracia también es un mal aquí.

Las veces que deseo regresar es cuando mi mamá me presume fotos del cielo azul y de su jardín, de lo verdoso o florido que está. Me dice:

—¿No extrañas pisar el pasto?

Y zas, me envía una foto del pasto casi perfecto que mi padre ha plantado.

Aquí vivo rodeada de edificios y casas. Lo verde se reduce a arbolitos en algunas veredas. Yo, por supuesto, intento cuidar mi jardín en macetas, a tal punto de emocionarme cuando florece alguna de las plantas.

Pienso en el viaje de Gualberto, en cómo extrañaba tanto al país natal que regresaba al mismo en sueños, como yo. Juan Crisóstomo Centurión, capturado en la última batalla de la Guerra Guasú, estuvo preso en el Brasil entonces imperialista y luego exiliado en Cuba, sin posibilidad legal de volver al Paraguay. Pero en sueños y literatura podía estar nuevamente en su natal Itauguá para saludar a su mamá. Él, me parece, sí que quería regresar:

*Este verde prado matizado de flores y que se asemeja a un ancho alfombrado de terciopelo, me hace recordar lo que vi y recorrí anoche con el pensamiento.*

—¿Qué fue lo que usted vio y recorrió? —le preguntamos un tanto sorprendidos.

—Anoche pasé casi sin pegar los ojos.

—Y ¿cuál fue la causa de su insomnio? Díganoslo.

—La felicidad pasada, el recuerdo de la juventud, el país natal... donde como una exaltación me transporté con el pensamiento, visitando los encantadores lugares que acostumbraba frecuentar cuando niño.

No bien hubo concluido esta frase, cuando le rogamos que nos complaciera con la recitación de lo que podemos llamar su SUEÑO...

Familiares y amigos me cuentan los cambios que se van dando en el país quizá con el afán de animarme a regresar, al menos para visitarlos más. Según ellos, el crecimiento económico es señal de progreso, sin embargo eso es solo para pocos. Cuando leo las noticias, aún veo retrocesos: colorados anquilosados en el gobierno. En la pandemia salieron a la luz actos de corrupción imperdonables que, como si nada, quedaron impunes.

Ayer de noche recibí una llamada de un excompañero de lucha por los derechos humanos. Testigo de la búsqueda que hice de la mujer sin nombre, se había dado a la tarea de seguir indagando después de mi salida del país.

—Adiviná, compañera...

—¿Qué pasó?

—La encontré. Sé su nombre,

Emocionada, temblé, me quedé muda.

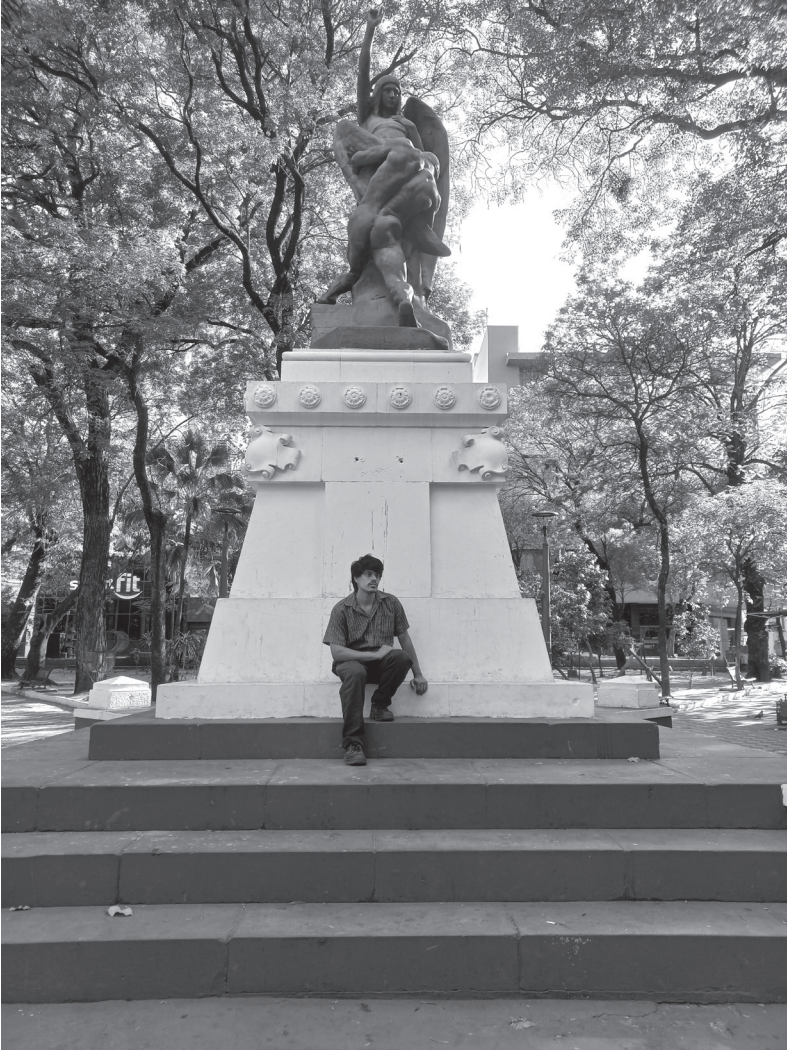
—¿Seguís allí...?

—Sí...

—Se llamaba Justa. Tenía veintidós años y era oriunda de Concepción.

Terminé como pude la llamada y me senté. Por fin, pude saber su nombre.

Luego de un buen rato, pude dormir y no volví a soñar con el bosque que nunca había sido bosque.



En la Plaza de la Libertad  
**Rubén Darío Cuevas**

Foto: Daniela Miranda.

---

**RUBÉN DARÍO CUEVAS** (ASUNCIÓN, 1993)

nació durante el frío mes de junio, en el barrio Santa Lucía de la capital, popularmente conocido como barrio Chiquito. A los cuatro años se mudó al barrio Santa María, donde vive actualmente. Estudió en el Centro Educativo Parroquial Natividad de Santa María. Es bachiller técnico en Ciencias Geográficas. Participó en la antología de cuentos *Eclosión* (2016), libro que reúne cuentos del Taller de Escritura Semiomnisciente (TES, actualmente TEY). Cursa la carrera de Ingeniería Civil. Lee libros y escribe poemas y cuentos.

## Transición prebendaria

**NACÍ EN EL MISMO AÑO** en el que Juan Carlos Wasmosy asumió la presidencia de la República, sucesor del general Andrés Rodríguez. El recuerdo más temprano que tengo de esos primeros años de la transición es de cuando estaba saliendo del jardín de infantes. Mi madre se agachó y me susurró: ¡Vamos rápido, mataron a Argaña!

Desde la niñez hasta la adolescencia la única percepción que tuve sobre la transición fue dentro de un núcleo familiar adherido al Partido Colorado. En los días de elecciones, tanto en las internas como en las municipales y las nacionales, acompañaba a mi abuela, colorada convencida, a la escuela electoral para votar.

Durante las elecciones generales siempre se repetía la consigna partidaria: «Lista uno de punta a punta», mantra que se rompió cuando el presidente Nicanor Duarte Frutos impuso a Blanca Ovelar como candidata del Partido Colorado para las elecciones presidenciales de 2008.

Tuvieron que pasar dos décadas de la caída de la dictadura, la más larga de Suramérica, para que el Partido Colorado tuviera que presentar candidatos con credibilidad. Pero al final, luego del breve periodo democrático, de 2008 a 2012, con un presidente no-colorado, volvieron a ejercer el poder los herederos de la dictadura estronista.

Lamentablemente, en estos más de treinta años de tran-

sición, en el Paraguay se profundizó la burocracia prebendaria implantada desde la colonia. Esto ha permitido que la oligarquía aún tenga capturado al Estado, en contraposición de los derechos que se acordaron en la Constitución Nacional de 1992.

## Apoyo técnico

**CUANDO TENÍA QUINCE AÑOS**, acompañé a mi padre a la Municipalidad de Asunción. Durante toda la mañana nos enviaron de una oficina a otra. Fue un ida y vuelta entre funcionarios, gestores y treinta grados. Hasta que le hicieron explotar. Recuerdo su agitación y la mirada de ira ante los funcionarios resguardados por una mampara, que no se inmutaron y continuaron tecleando... Luego, mi padre ya no fue el mismo. Su débil corazón no aguantó mucho.

Mi madre, angustiada por los gastos, decidió vender la casona, herencia de la abuela. Invirtió el dinero en la compra de un terreno más accesible, en el límite entre Asunción y Fernando de la Mora, y en la construcción de una casa y una despensa, que desde ese momento se convirtió en nuestro sustento. Nos permitió vivir de buena manera, hasta que las grandes cadenas de supermercado arribaron a la ciudad y sus alrededores.

Necesitado de ingresos para iniciar la universidad, terminé trabajando en la Municipalidad. En los primeros meses, fui casi cada semana al lugar del incidente para ver si reconocía a alguien. Creí que recordaba ciertos rasgos, pero todos los rostros eran iguales, como si también estuvieran uniformados, y desistí de esa rutina extraña para los demás.

Me acostumbré al lugar y ante la posibilidad de mejorar mi salario concursé para el puesto de redacción, dependiente

del departamento de la Secretaría General. Gané, el salario aumentó, la oficina se amplió y en apenas un mes recibí la orden de traslado al departamento de Recursos Humanos «para apoyo técnico».

Durante las últimas semanas de cada año, la gente de Recursos Humanos hacía una limpieza general de funcionarios contratados. No entendí el porqué hasta que un compañero me dijo que era por el bien del partido y que para eso me habían trasladado. Solo entonces entendí de qué se trataba ese repentino trabajo.

Recibí la lista de los primeros desafortunados. Debía actuar contra mis criterios. Argumenté la solidaridad, el compañerismo, incluso los alegatos judiciales que recibiría la Municipalidad, pero no hubo forma de evitar nada. Para persuadirme, mencionaron los antecedentes de los descontratados, pero pronto descubrí que esos informes eran testimonios de testigos falsos.

Entregué, siguiendo las indicaciones, más de una notificación a la persona equivocada. Las reacciones eran furibundas contra Recursos Humanos, que a la vez me echaba la culpa de todo. Aunque les demostrase que los errores estaban en la lista que me habían pasado, algunos funcionarios siguieron molestos conmigo.

Así pasaron los días, uno más amargo que otro.

A la semana, pude colarme en una reunión de compañeros, luego del trabajo. La charla era de lo más normal, fútbol y alguna que otra película, hasta que les pregunté:

—¿Antes, quién llevaba las notificaciones?

Por primera vez, todos callaron. Insistí.

—Y... a los técnicos se les descontrataba con un mensaje y a los jefes con una llamada, a lo mucho. Pero sí hubo casos que recién se enteraban cuando el sustituto aparecía en la oficina.

También me hablaron del «freezer»: el destierro. Opción para quienes no podían ser descontratados y para quienes se mostraban solidarios o empáticos con los desterrados.

Como cada día me veían con una nueva nota en la mano, todos los compañeros contratados me temían. Yo entraba en alguna oficina, saludaba y me respondía el silencio, mientras veía escapar al jefe que había ordenado la descontratación.

Aguanté un poco más y solicité que me trasladaran a otro departamento, sin importar que el salario fuese inferior. Ese trabajo de mensajería estaba enfermándome. Incluso después del trabajo me sentía mal. No quisieron aceptar mi solicitud y tuve que negociar: estaba dispuesto a ganar menos y a trabajar más, con tal de no volver a hacer ese apoyo técnico.

Al final, dijeron que me trasladarían, pero antes debía cumplir con la última notificación. Cuando estuve frente al compañero, vi que estaba con un niño.

—Es mi hijo —dijo.

Ambos me miraron como mi padre y yo habíamos mirado a los funcionarios que nos habían atendido años atrás. Volví a leer la nota, les sonreí y retomé el camino a mi escritorio.

Entre paso y paso, me pregunté por qué había terminado haciendo ese trabajo que por lo visto nadie más había aceptado. ¿Valía la pena hacer eso solo para ganar un salario mejor que el mínimo? Voy a renunciar y chau trabajo de mierda, me dije y repetí para convencerme, pues necesitaba ese ingreso y no sabía cuándo iba a conseguir otro trabajo.

Llegué al escritorio con la convicción de que me sentaría a escribir la carta de renuncia, pero encontré una nota de último momento. La hice a un lado. ¿Para qué leerla, si estaba por renunciar? La curiosidad, sin embargo, hizo que me volviera a ella y la tomara y leyera, estúpidamente incrédulo, mi nombre.





**Ricardo Daniel Doldán Pintos**

---

**RICARDO DANIEL DOLDÁN PINTOS** (ASUNCIÓN, 2002)

vive en la ciudad de Villa Elisa. También allí llevó a término su educación primaria y secundaria, en el Colegio San Francisco de Asís. Actualmente cursa la carrera de Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Asunción (UNA). En 2022 ha incursionado en la novela, el cuento, el ensayo y el poema.

## Querer democracia

**PESE A CONSTITUIRSE** como un país democrático, el Paraguay no lo es. Un país donde la corrupción invade cada institución, donde reina la desigualdad, se manipula a conveniencia la justicia y se actúa a favor de los intereses de poderosas minorías, no es democrático.

La dictadura de Alfredo Stroessner ha tenido consecuencias profundas en una sociedad constantemente marcada por los problemas sociales, económicos, políticos y de todo tipo. El pensamiento es también crucial en el sostenimiento de problemas que resisten el paso del tiempo, generaciones y autoridades. La falta de educación de calidad, la justicia injusta, el fanatismo político, el egoísmo y la falta de acción ciudadana son algunos de los factores que favorecen la repetición de las mismas cuestiones de siempre.

Aunque los paraguayos sean víctimas de humillaciones, injusticias y atropellos, es necesario decir que nunca habrá progreso si la sociedad no deja de victimizarse y desligarse de sus responsabilidades. Las protestas, los desacuerdos y las reclamaciones son protagonistas de las noticias de cada día, pero también la ciudadanía se desliga de sus deberes, aguarda que otros actúen y prefieren «no meterse». Este es un país donde «el vivo vive del sonso» y donde el sonso no aprende de sus errores.

En estas condiciones, la transición a la democracia no es

más que una frase porque en realidad no hay camino, sino estancamiento. El nacionalismo se enaltece demasiado, la ciudadanía exige y no actúa, los jóvenes siguen los mismos pasos de sus antecesores, los partidos tradicionales son un claro reflejo de la ignorancia de quienes representan y la sociedad se deja influenciar por cualquier charlatán, principalmente porque carece de criterio propio.

El camino a la democracia requiere un esfuerzo inmenso entre todos, iniciando por la sociedad. El cambio debe permear de abajo para arriba. La democracia requiere trabajo, colaboración, cuestionamiento, educación, interés, patriotismo y ante todo verdadero cambio, compromiso y responsabilidad. No es suficiente querer, hay que hacer para que en algún momento sea una realidad. Es un gran desafío, pero no hay que olvidar todos los desafíos que los paraguayos y las paraguayas han superado. Es un reto difícil, pero posible.

## Pantanal

**EN ALGUNA OCASIÓN PERDIDA** en mi memoria leí que el hoy ya no existe, que desde el momento en que nacemos empezamos a envejecer. Nacer, crecer, reproducirse y morir, en estos cuatro infinitivos resume la biología el ciclo de la vida, y hoy estoy preguntándome ¿en qué momento me salté alguno?

Fantasmas de carne y hueso rondan por aquí y fantasmas del pasado desparraman una existencia de la que no quedan ni las cenizas. El fuego de mi vida se apaga, una llama agónica se enardece por última vez antes de desaparecer para siempre llevada por el viento frío de mi noche perpetua.

Hoy soy un espectro que recorre las desérticas calles lambareñas sin rumbo, solamente esperando la nada o el todo, no lo sabré hasta cruzar el último tramo que se acerca sin remedio.

Qué debería hacer alguien tan cerca de abandonar el mundo y tan abandonado en él. Yo, que nací y crecí, no soy ahora parte del ciclo de la vida. Me lo arrebataron o quizá me lo arrebaté yo misma.

Dicen que cuando uno está cerca del fin ve su vida pasar y yo ahora no sé hacia dónde mirar pues solo existí mas no tuve el lujo de vivir.

Me pregunto cómo llegué a este pozo de podredumbre. Lo sé, pero intento mirar hacia otro lado porque me duele, me enferma recordar a la impostora que ocupaba mi vida

tiempo atrás. Era yo pero no lo soy ahora. En el ciclo de la vida nací en un hogar rodeado de amor y calidez. No me faltaba nada y no valoraba ni un poco el tener todo.

Tenía padres, éramos solo ellos y yo. Primero se fue ella, la diabetes se complicó, un doctor cara de sapo salió del quirófano, «hicimos todo lo que pudimos», dijo sin expresión en el rostro. Fue el inicio de mi tropiezo en el barranco sin fin.

Me tocó crecer, me eduqué pero no sabía nada, recurrí a los libros y me dijeron un poco más; pude soportar los cambios yo sola y la falta de una madre confidente. Soporté el vacío mes de mayo cada año y procuré salir del barranco escalando poco a poco.

Quise trabajar cuanto antes, ser independiente y liberarme de mis ataduras y en cambio me enredaba más. No es apta para este trabajo, no tiene estudios, no tiene experiencia, si me hace un «favor» el puesto es suyo, bla, bla, bla, nunca conseguí entrar. Parecía que el mundo no tenía mucho para ofrecerme.

Mi viejo nunca soltó a mi madre. Se suicidó, pero no con un revólver sino lentamente con el vicio que lo arrancaba de su dolor. Algunas noches venía fuera de sí, enardecido, roto, hasta que se ahogó por fin en su propio vómito. Causa de muerte: coma etílico.

En esas condiciones conocí a Cristian, mi vecino, y de a poco entré en una nueva etapa de mi vida. Un muchacho churro y astuto, me enamoré prontamente de él. No tenía mucho que me atajase, ni un papá celoso ni una mamá que me diera consejos, parientes que se interesen por mí mucho menos, así que decidí mudarme con él para empezar una vida distinta, y qué distinta fue...

La casa donde nos instalamos era chica, bastante mugrienta, pero al menos teníamos lo suficiente. Cristian trabajaba en la municipalidad, tenía contactos y conocidos, el dinero no faltaba. El tiempo corría de maravilla.

Temprano le preparaba su mate y su media mañana. Se iba. Me dedicaba a la casa. Regresaba tarde. Nos acostábamos casi a media noche y nos levantábamos temprano. Así el bucle de días, semanas y meses. Sorpresa, me embaracé. Sorpresa que a mi concubino no le gustó. Él tenía otra mujer, también embarazada. Dos vástagos eran «demasiada responsabilidad».

Cuando me enteré de sus aventuras, me di cuenta de que no conocía lo que era el amor, solo me apegaba a algo como una garrapata se cuelga de un perro, y el tipo con el que compartía la casa era justamente eso, un perro.

Desde entonces ya no me podía ver. Le ponía histérico ver mi vientre, me gritaba desquiciado, empezó a tirar de mi cabello en vez de gritar, luego se volvió silencioso y me respondía con un puñetazo en la cara y poco después en el vientre. Se desquitaba con el saco de boxeo que era yo hasta que sangré y sus dos problemas se convirtieron en uno... o quién sabe.

Me dolió el golpe pero más la pérdida. Me vi en una vida miserable con ese animal que simulaba ser un hombre para salir a la calle y decidí hacer lo único que me quedaba, huir.

Escapé de un perro y corrí directo a la boca de una yará. Así fue como llegué a Pantanal. Calles empedradas y de tierra recorren esta villa, casitas de madera hechas casi meramente con desperdicios y chapas repletas de goteras. La suciedad y el mal olor inundan cada recoveco de ese nido de ratas humanoides. En el centro mismo se ubica un enorme basural y en las tardes varios sujetos queman cable para recuperar el cobre y venderlo para invertir en caña o droga.

En días de lluvia cada vecino salía con bolsas de porquerías y los lanzaban al raudal que los llevaba al arroyo donde desembocaba. Ahí se quedaban en el agua inmunda.

Lo que tenía de dinero era una miseria que había sobrado de la venta de mi antigua casa y no alcanzó para más que

una esquina en lo más profundo de la villa, en la zona más marginal entre la mismísima puerqueza. Allí me instalé con paredes de hule, madera casi destrozada y láminas de chapa que parecían agujereadas por una metralleta.

El dinero que sobró se fue en un abrir y cerrar de ojos a pesar de mi enorme esfuerzo por gastar lo menos posible en comida. Me quedé sin nada. Busqué una ocupación que me generase algo, cualquier cosa. Probé recoger latitas y botellas de plástico para sobrevivir, pero al parecer cada sector del basural tenía un recolector asignado y a punta de estoque me hicieron entender que no tenían lugar. Así, buscando, encontré a Perla o ella me encontró a mí. Era una vieja arrugada y harapienta que me ofreció ayuda con encargos a cambio de un poco de dinero semanal, casi nada, pero acepté de inmediato y llevé el primer encargo y el siguiente... Entregaba esos paquetes a todo tipo de clientes, unos desgarrados, escuálidos, y otros iguales pero con casas enormes.

Pasó un mes, luego dos y me cansé de ser la mensajera, quería salir de ese hoyo y había reunido una ínfima cantidad que me permitiría alquilar alguna pieza en cualquier otro barrio bajo, pero lejos de ese ambiente espectral y repulsivo que era Pantanal.

Quise salir del negocio. Ella no quiso. Insistí y llamó a dos de sus ayudantes, que me garrotearon. Uno de ellos aprovechó para toquetearme y el otro se divirtió pegándome.

Te espero mañana para llevar tu encargo, dijo la vieja, y siguió fumando su cigarro maloliente.

Regresé al día siguiente, llevé el encargo, y no lo entregué entero, unos gramos más, unos menos, ninguno de esos dopados notaría algo tan insignificante. Caminé por la sucia calle de Pantanal y me encosté en un baldío donde nadie solía frecuentar. Allí me senté e hice lo que siempre solía hacer:

escapar. Esa vez el escape no era más que la entrega de mi cabeza, corría inútilmente de mi destino, que ya no tardaría en alcanzarme.

Esa sesión de escape se volvió constante. Después de cada entrega regresaba y me lanzaba a una eufórica sensación de liberación mientras ataba mi cuello a un poste. Sentí la lejanía con todo y la locura de la confusión entre lo real y lo traicionero. Cambié mi pago semanal por una entrega directa para mí. No me alcanzaba y requería más.

Deambulaba por el barrio y observaba anonadada el espectáculo de la quema de basura como si de un ritual sagrado se tratara. Recorrí debajo del puentecito buscando desperdicios para meter en mi estómago y terminé en el desagüe mugriento donde pululaban los adictos. Ahí, tirada, me desvanecí más de una vez.

Entreabrí los ojos y me sentí invadida, atrapada, risas perversas y olores sofocantes que me doblegaban, sentí que era un pedazo de carne más entre el desperdicio y la inmunidia, carne podrida arrojada al basural y por la que ahora se disputaban perros roñosos. Me desmayé una vez más y sentí que lo último de mi alma se partía en pedazos irremediablemente perdidos, yéndose para siempre todo rastro de mi antigua humanidad.

El pantanal es un lugar donde periódicamente el suelo permanece cubierto de agua, inundado, lluvioso. Hacía perfecta alusión a donde me encontraba tirada. Desperté perseguida por la angustia, una profunda pena que inundaba todo lo que quedaba de mí. Estaba casi congelada, solo vestida por tela hecha jirones, sentía en mi espalda el agua *ky'a* pasar apacible y fría. Sentía que me hundía, que ese pantanal se abría lentamente para tragarme y hacerme desaparecer, pero no lo hizo. Su crueldad me expuso a la maligna naturaleza que me desterró.

Caminé sin ir a ningún lado en específico, solo rumbo adelante. Susurros de compinches. Chismes de viejas. Miradas de asco y repugnancia. Gestos inútilmente mezquinos. Vi una niña o quizás no... Me recordó algo que no me acordaba. Pantanal era una tierra de miserias donde sin embargo a veces se veía la inocencia de algunos seres ajenos a los de mi naturaleza espectral, pero nadie podía asegurar que no se infectaran con el tiempo.

Compré la dosis de escape, quería escapar para siempre. Ya no distinguía ni el hoy ni el mañana, ni la existencia ni la muerte. Vi recorrer la sangre en uno de mis muslos, un cuchillo de cocina incrustado. Mi dosis arrebatada, mi escape perdido, risotadas maniáticas alejarse.

Llegué al baldío donde había empezado mi camino sin retorno. Caí desplomada, hundiendo mi cara en el pasto húmedo. No sentía dolor. Solo apreciaba la llegada de la noche. El frío me carcomía y la tierra también.



En un solar de San Lorenzo  
**Erasmus Martín Fonseca**

Foto: Pey Figueredo.

---

### **ERASMO MARTÍN FONSECA (ASUNCIÓN, 1982)**

tuvo contacto con la poesía durante la adolescencia de la mano de dos célebres poetas: Adolfo Bécquer y Pablo Neruda, quienes, aunque de universos sensibles distintos, lograron ingresar al incipiente poeta a la infinitud del espíritu y del cuerpo, dentro del poderoso territorio de las sensaciones. En la fresca etapa colegial, ya se atrevió a presentar uno de sus trabajos cantándole a una «Amiga ambigua», en un material que buscaba alentar a jóvenes poetas. Estudió e incursionó en el periodismo abarcando las distintas áreas y facetas del mismo. Participó en talleres literarios y colaboró para antologías de cuentos, donde destacan: «Lo desconocido», «La adúltera y el poeta», «Debut», entre otros, siendo este último merecedor en 2014 de una mención en el Concurso Elena Ammatuna. En 2018 presentó su primer libro de poemas, *Temor y piel*.

## Una fiesta de la palabra

**UNA VEZ ME ENTRETUVE** en esas discusiones que se abren en las redes virtuales. Creo que el tema era político, donde el sociólogo paraguayo Eduardo Bogado Tabacman bajó una proposición que me pareció sólida: «La democracia se mide a través de la calidad de nuestro debate cívico.» A ver... esta calidad de debate cívico, sospecho, aguardamos que provenga de la calidad de los contertulios. Y la calidad de los contertulios, pienso, se forja con el ejercicio de la libertad en los espacios sensibles de permanente transición, contradicción, encuentro con lo otro y el otro diferente. En un decir, la actitud que desplegamos en el lugar incómodo, imprescindible para el afianzamiento del ser y hasta de su definición conjunta.

Las ideas poco claras, las que decaen o se deforman embrionariamente hasta no desear la luz; las que no nos interpellan y que son esbozadas solo por ostentar una opinión de los temas *importantes* ante los demás; las que no son fruto de la propia reflexión; las que no son rumiadas a la par que estudiadas en soledad o en compañía; las que no parten de una inquietud auténtica, personal o al menos cercana, son las más peligrosas para la democracia.

Pues antes de aparecer con un rostro que dialoga con otro desde una humanidad compartida, lo hacen desde un escondrijo favorable que hable por ellos y no de ellos. Las ideas hacen al total de la experiencia individual y buscan

resonancias en el entorno, para la comprensión positiva de la realidad. De allí la exigencia incluso ética de ser primero nosotros, los más genuinos representantes del fuero interior. Con ello actuamos dentro de una vivificante generosidad que promueve la escucha, la atención sensible hacia algo que nos habla y se nos manifiesta como persona.

¿Puede asomarse la idea de democracia fuera de la idea de persona? La asimilación pobre de esta unidad a los colectivos representativos hace a la democracia de fachada, de seres poco libres y de una participación hueca y morbosa. Todo esto se diagnostica en el debate, donde la pérdida de la persona evidencia la pérdida del sentido común mínimo, que apunta hacia lo que más nos conviene como sociedad.

Cito a Huxley: «Una dictadura perfecta tendría la apariencia de una democracia, pero sería básicamente una prisión sin muros en la que los presos ni siquiera soñarían con escapar. Sería esencialmente un sistema de esclavitud, en el que gracias al consumo y el entretenimiento, los esclavos amarían su servidumbre.»

Ahora, ¿cómo hacemos para rescatar a la persona? No hallo otra respuesta que rescatar a la palabra en su valor primordial. Valor instrumental, artesanal en el diálogo interior donde llevamos criteriosamente aquello que nos dice algo, suena y nos revela como tales.

El hábito de escucharse convida a la emoción de escuchar, y escuchar nos lleva a lo fundacional que palpita, y a veces asquea tener que transportarla con los otros: la vida. Es bueno insistir: la democracia se mide por la calidad del debate cívico.

La palabra transporta la vida de la persona, y este solo aspecto nos ayudaría a definir la calidad de nuestra democracia. ¿Qué tanto utilizamos los puntos de vistas ajenos para redefinir o enriquecer los propios? O como Nietzsche nos

interpelara un poco antes: ¿qué tan dispuestos estamos a danzar? Refiriéndose inequívocamente a la vida.

Los mirlos son aves que nunca copian el mismo canto de otras de su especie, sino que componen uno original que repetirán y mejorarán hasta el fin de sus días. Dudo que lo hagan por vanidad o simple conveniencia egoísta (no lo lograrían) tanto como por una actitud permanente de apertura, dignidad y fiesta.

## A pecho abierto

**TODO EL PESO DE LA ANGUSTIA** y la ilusión combatía hasta doler en el pecho de Vicente, antes de su partida a Asunción. Su madre había reunido durante las últimas noches y días toda la agresividad de su corazón, la que después inyectaría en silencio con sus garras en el pequeño aventurero de 18 años. Sólo por condescender con ella, Vicente se afeitó la noche anterior sin prisa y hasta con ternura. Cuando el interno arrancó el motor para apurar las despedidas, doña Jimena descargó en el cuello de su retoño un beso apasionado, que enseguida en los ojos del novel pintor se esponjaron como rosas tersas. A través de la ventana, cuando el bus empezaba con las primeras maniobras de salida, atisbó en las manos crispadas de su madre un rosario celeste desgastado, que en vez de tranquilizarlo, lo turbó y hasta indignó, al punto de que fue objeto de sus primeros pensamientos durante el viaje.

Cuando llegó a la capital apuró los pasos hacia la dirección donde lo aguardarían unos amigos de la familia, para indicarle el lugar donde alojaban a los estudiantes venidos del interior. Vicente alquiló una pieza y calculó que durante tres meses podría pagarse la habitación y el pan básico. Pagó, se encerró y lloró largo y tendido por la mezcla de emociones encontradas: rabia, incertidumbre, ansiedad, deseos de prosperar y la que sería la constatación: la añoranza. Tras la puerta

escuchó el ajeteo de mujeres que trabajaban en la limpieza, y algunos comentarios jocosos en guaraní de las mismas lo despejaron un tanto. Llamaron a su puerta tres veces y probaron el picaporte, pero él no se inmutó. Oscureció y cuando se dio cuenta era pasada la medianoche y sintió deseos de ir al baño común de su pabellón, del que ni se había enterado dónde se encontraba. El lugar, que al parecer era una vieja casa de retiro, poseía largos pasillos interiores que entonces y a esas horas se extendían tenebrosos, fríos y húmedos. Chocó con alguien en la penumbra que del susto le propinó un fuerte puñetazo en el pecho y se alejó raudamente del sitio. La persona, después la distinguió a lo lejos, se trataba de una joven que al abrir su puerta reveló sus perfiles femeninos. Trató como pudo de medir la ubicación de su agresora para averiguar luego de quién se trataba. Terminó descargando en una alcantarilla intermedia, vencido por el apremio y el enojo. Mientras orinaba un grillo hizo de cómplice para confundir el ruido del chorro y para relajar sus vías urinarias. Quedó un rato con su miembro expuesto después de sacudirlo, electrificado por las vibraciones del ortóptero. Lo sobresaltó la luz de una ventanilla que surgía a metro y tantos de su cabeza y el sonido de una ducha que estalló en su estómago. Medio trepado por los ladrillos de la pared, se asomó como pudo para fisgar y ¡bingo! La recepcionista de la pensión, una morena cuarentona, enjabonaba sus colosales pechos, y al joven pintor le temblaban los brazos por el esfuerzo del equilibrio y la excitación. Era la primera vez que tenía a una mujer tan a la mano y en secreto. En su adolescencia tuvo varios encuentros fallidos con el sexo opuesto. Más bien conatos con vecinas mayores que él y parientas. Con las compañeras de colegio algún que otro escarceo que la soledad pródiga multiplicaba. Y algunas escenas desprevenidas dentro de su propia casa con sus hermanas, lo habían

asomado al poderoso misterio del desnudo femenino, pero nunca así como ante esa flamante mujer madura que ahora ondulaba bajo las espumas de jabón. Cuando con suavidad la monumental morena se volvió para enjabonarse las zonas más cariñosas, ofreciéndose ahora de espaldas a la mirada juvenil, consumida por las llamas oscuras del pasillo, lo fulminó hasta el suelo la corriente que tronó en el alfeizar de la ventanita, justo bajo su barbilla. El canto sorpresivo del grillo casi le dio un ataque al corazón, y luego de incorporarse casi como de rebote, le pareció escuchar que la puerta del baño se destrancaba con brusquedad. El sanjuanino entonces emprendió la huida sin dejar de sentir un agudo dolor en la nalga derecha que lo hacía renguear. Al acercarse a la altura de la pieza de la que le había dado el puñetazo, vio en la penumbra que la misma estaba afuera prendiéndose un cigarrillo con una solera a rayas y sin corpiño e intentó un:

—Hola

—¡Puerco!

No se detuvo hasta dar con su puerta que trataba de acordarse qué número era, y cuando la vio, la 13, buscó las llaves en su bolsillo y no las encontró.

—*Añarako, moō piko osē ko kyju oguiriri che apysaitépe...*

Cuando retornó en busca de sus llaves, vio las comisuras de su vecina de pensión alumbrarse por la luz del cigarrillo y que soltando una bocanada larga volvía a azuzarlo.

—*Nde, tilincho, ejumi...*

Y cuando envalentonado se acercó e intentó intimidarla con la mirada, sintió que la otra descaradamente le estiraba del sexo que todavía no lo había enfundado, e instintivamente la sujetó por la muñeca mientras ella se reía pícara. Alzó la mirada y se enteró que compartía el cuarto con más compañeros y sin detenerse a averiguar más, aceleró. Ansioso echó unas vueltas por el lugar donde se desplomó, prometiendo

no dejarse insultar nuevamente por la chica que no parecía ni siquiera ser estudiante, pero que era, no podía negarlo, muy atractiva.

Luego de una docena de vueltas en la completa oscuridad arrastrando los pies, para por fortuna patear su llavero, sintió que lo alumbraban con una linterna que al rato volvió a apagarse. Quien la traía venía fumando. Se volvieron a repetir los fogonazos ahora más cerca y, cuando estaba a metros de él, vio la solera a rayas y la sonrisa que tapaba unos dedos encendidos por la lumbre del cigarrito.

—*Mba'épiko okañy ndehgui.*

—*Che llave.*

La morena lo miraba maternalmente apuntando con la linterna al suelo. Luego, buscando su mano, se la entregó para que él mismo la buscara. Entretanto fue y se sentó sobre sus pantorrillas como lo hacían las indias en los montes, y fumaba y lo miraba entretenida. Él al rato vislumbró la llave y siguió apuntando con la linterna más arriba, se agachó e intentó levantarla sin que ella lo notara, fingiendo que se apoyaba con esa mano al suelo. Cuando captó que daba pitadas, aprovechó para medio apuntar hacia ella y mirarle el busto bien dibujado. A la primera jugada la otra se levantó y tiró de su solera hacia abajo mirándolo fijamente.

—*Jaháke* —lo apuró.

Él se sonrojó y le entregó la linterna. Al recuperarla ella lo tomó de su brazo para regresar a la par que apagaba el aparato, y Vicente sintió en el calor de ese cuerpo algo de su mismo sufrimiento, pero sabiamente asumido. De regreso en la penumbra y con el eco de la ciudad dormida, intentaban ensayar algo de castellano.

—¿Qué vas a estudiar?

—Pintura.

—¿Y qué?

—¿Qué de qué?  
—¿Mmm... y qué pintas?  
Silencio, suspiro, respuesta:  
—Cuerpos *opivo*.  
Carcajadas de ella:  
—*Nde tavy...* y sólo eso. ¿Cómo te llamas?  
—Vicente Tortorello  
—¿Y vos?  
—Siena... Pero todavía no sé qué quiero. No tengo luego todavía dinero. *Máva ndive reime ko'ága*.  
—Estoy solo nomás.  
—*Ma'ena*.

Pasaron de largo la pieza de ella y mientras desllaveaba la suya no supo por qué demonios estaba pensando en el rosario celeste.

—Gracias —No sabía qué decía.

Siena largó otra risotada y lo empujó con el codo hacia adentro, mientras pasaba y se sentaba en su cama mirándolo desde la misma como desde el borde de una piscina. Vicente abrió y cerró mil veces su bolsón ante la atenta mirada de la extraña que recostada en su cama, sacaba otro cigarrillo para prenderlo al punto de que él propinó un manotazo al interruptor de luz. Cuando la vio por primera vez corrió hacia el baño que no había allí y la sirena volvió a reír algo ya más conciliadora, luego acercándose hasta él lo jaloneó para que se tumbara junto a ella. De la goma de su falda sacó su celular y puso música en inglés, Cranberries, y engallado el dueño de casa se volcó sobre ella buscando sus labios y volvió a sentir en su pecho la descarga de un puñetazo.

—¡Así no!... ¡*Nderakuvaietéma piko!*

—*Mba'épiko péicharamo*.

—*Tranquilonomana...* ¿Aceite tenés?

—Ni cocina *ndaguerekói*.

—Jajaja ¡Qué bobo sos! ¡Aceite para masajes!  
—Ah...no tengo. ¿Chipa no querés...?  
—Qué desastre. jajaja. Nooo. Bueno, mañana nos vemos de vuelta.

—¡No!

—Jajaja... ¿No quieres?

Vicente se sentó al borde de la cama y se tomó del rostro queriendo y no queriendo llorar. Nervioso, excitado, quería conseguir algo pero no como lo hacía de niño, y su única historia sólo podía compartirla con ella a través de una brocha. Largó un chistido salvaje y prorrumpió a llorar buscando como un poseso sus llaves que se le habían escondido de vuelta. Entonces desde el celular subía rasposa una rola viejita («*Fade into you*») que Siena tarareó; mientras lo hacía, se sacó cálidamente la solera, quedando a flote unos portentos que pusieron en vilo a toda la habitación. El artista se sintió como el primer hombre y la visitante le permitió que lo fuera. Se aferró a ese regazo y se embriagó con su aroma sabiendo que no lo superaría. Allí estaba el misterioso desnudo femenino repitiéndose miles de veces donde él no sospecharía que alcanzara a extenderse, y en sus cumbres, jadeante, aceptó al hambre, a la mujer, a lo que pudiese venir después.

Lluvia sobre el tejado y una tórrida muerte pesaba sobre su cuerpo. Ronquidos y babas ahondaban su pecho mientras sus costillas las sufrían dulces, bajo una mata de pelos áspera. En lontananza unos talones áridos y rotos comidos por dos lunas oscuras que vagabundeaban arriba, lo sujetaban por lo bajo amorosamente a su tumba. Salió como pudo, respetando las delicias de esa respiración y aprovechando sus sacros intervalos. Se vistió y fue al quiosco más cercano para traer un alfajor, un paquete de cigarrillo y un ramito del jazmín que cubría parte del pórtico de la casona. Al entrar la encontró boca arriba crucificada en la cama de sábanas celes-

tes verdosas, y dejó sobre una pequeña cómoda los regalos que había escondido de la lluvia bajo su camisa. Sacó lápices y bosquejó a Siena que en ese momento se rascaba el bajo vientre y volvía a dormir lejos de parecer una tempranera en sus horarios. Al acabar, se acostó a su vera algo exhausto y sin darse cuenta quedó nuevamente dormido.

Al despertar todo estaba en su lugar menos la ocupante de su cama, el alfajor, los cigarrillos y su obra. No le extrañó el hurto, pero si le indignó los olorosos jazmines intactos. Mas al revisarlos mejor, constató que la parte de los tallitos habían sido evidentemente martirizados por alguien que les robó el hálito con repetidas averiguaciones.

Vicente se convirtió con el tiempo en un reconocido y hasta indisputable paisajista del Paraguay, y junto a Siena y sus dos hijos en común, una parejita, se propuso recorrer el país para pintarlo. Viviendo de su arte, como todo genio en lo suyo, abandonó la cátedra en el segundo año cuando sintió pavor a que lo encasillaran. También destacó en el retrato, que incluyó a personas que conoció durante su bohemia, a colegas y amigos íntimos. Su obra más significativa fue el retrato del torso desnudo de su madre.

Vicente, cumpliendo un ritual desde su llegada a Asunción, llamó a su madre y le comentó entusiasmado sobre el proyecto de recorrer todo el Paraguay para pintarlo, a lo que ella anacrónica y maquinalmente respondió:

—Vicente, *chegueraháta piko paraguaype ahecha haguã pe aipo Ateneo-pe primer puesto rehupytyva'ekue.*

Presumió que esa respuesta obedecía a una casual melancolía, o a ese repentino atolondramiento de las madres cuando intentaban esconder una tristeza recordando un episodio feliz. De todos modos le explicó algo fastidiado que de ese logro ya habían pasado muchos años. Mas la anciana voz lo interceptó con otro sordo reclamo.

—*Camila ha Tobías piko egueraháma oñemongarai haguã,*  
Vicente.

El pintor más angustiado reconoció que su madre no estaba en sus sanos cabales, pues de bautizar a sus hijos ya habían pautado que no se hablaría. Pero antes de cualquier aclaración el agujijón de la realidad insistió.

—Vicente, *chegueraháta piko paraguaype ahecha haguã pe aipo Ateneo-pe primer puesto rehupytyva'ekue.*

Con un nudo en la garganta le prometió que al día siguiente a las primeras horas de la mañana iría para tomar mate con ella para continuar charlando. Pero la triste comedia volvió a arremeter con tersura.

—*Camila ha Tobías piko egueraháma oñemongarai haguã,*  
Vicente.

Antes de despedirse, se limitó a decirle que sus nietos extrañaban sus delicias en la cocina, pero ya con la fatídica duda que del otro lado el eco volviera a traicionarlo. Antes de que ello ocurriera alejó el tubo de sí y lo colgó fúnebre.

Fue hasta lo de Siena para el desayuno en familia con la expresión del rostro desencajada. Su pareja y sus hijos lo abordaban con cuestiones menudas y él sentía interiormente frustradas las respuestas que devolvía. Hasta que cayó la primera gota fría.

—*Ohoma la che sy.*

—*Anichene, araka'e piko* —asistió Siena.

Vicente tomó el primer sorbo de cocido e hizo un gesto con la cabeza indicando que dejaran el asunto para después. Ella, al percibir el dolor de él, se ocupó de sus hijos para desentenderlos de su padre. Entretuvo su mente en la terminación de un trabajo para la última exposición exclusiva en Asunción. Antes de emprenderlo salió en busca de un par de botellas de vino y vagó largo tiempo por su ciudad natal de San Juan Bautista. Al mediodía había acabado ya la primera botella, y

ebrio y sumido en los brazos de ella le explicó todo, e hicieron el amor como su primer día en la ciudad, pero intuyó ella en su hombre su deseo de incendiarla, y en las brusquedades de la intimidad recogieron un torrencial de jazmines. Vicente tenía una familia, pero con el Alzheimer de su madre una certeza interior: le habían bajado el interruptor de luz.

Antes de dirigirse a su exposición se afeitó despacio, y frente al espejo observó a la máscara citadina despejarse como un mal tiempo, como una pesadilla adolescente que ya no ofrecía rincones donde no se haya zambullido en esos 15 años. Se sentía profundamente feliz y satisfecho con su trabajo, y ahora las averiguaciones de su pincel se dirigían hacia el interior de sí, hacia sus raíces, hacia el gran lienzo rugoso y esponjado en el silencio.

Los periódicos alababan, unánimes, de las piezas de la exposición el manejo de la técnica. «Sus retratos y paisajes crecen en rotundez y excelsitud apreciados desde la distancia», comentaban. Cerró un par de ventas esa noche y comentó a su novia que quería partir esa misma madrugada hacia San Juan. Los cuadros quedarían algunas semanas más en la galería y entre ellos el absorbente: «Madre de 10 hijos».

Antes del alba, Vicente junto a su familia se acomodaron en la casa de los padres de él en el fondo en la cocina, que era independiente a la casa de madera. El consagrado pintor, como en su infancia, quiso preparar el mate a su mamá con *jaguarundi* y *jaguaretepo*. Siena untaba unas galletas en miel de abeja y le daba a sus críos mientras ya se escuchaban los primeros movimientos dentro de la casa que repicaba con el cacareo de las aves domésticas. La sombra de una hermana asomó por una de las ventanas y saludó sacando la mano en la penumbra azulada del patio interior. Él sabía que su madre había trabajado hasta hacía poco vendiendo pantallas y sombreros de mimbre. Estaba en pie mucho antes.

Al rato, una sombra mucho más majestuosa era pausadamente guiada por la primera que se asomó, y al desprenderse del alero de paja y ganar el patio interior, una cabeza plateada exponía una frontal menguada que el hijo no podía querer otra cosa que devorarla con besos de amor. A sus hijos en cambio, tiempo después, les provocaría miedo esa colosal abuela que parecía querer devorarlos no con besos, sino con vigorosas palizas campesinas. Vicente, que había quedado con su madre que no lo bendijera más y que tampoco lo acosase con cumplir ningún formalismo religioso con los suyos, se paró para recibirla con las manos juntas, predispuesto a zambullirse en los brochazos trinitarios de su progenitora. Pero esta no los echó sobre su hijo, sino que se limitó a posar una mano caliente a ciegas sobre la cabeza de su retoño. Una brisa creyó sentir, y repitió con mucha humildad el gesto de su madre y posó también delicadamente su mano en su frente con los ojos cerrados. Se acordó de las llamadas casi diarias con ella desde Asunción, antes o después de acabar de pintar, pero siempre para compartir algo importante que en el regazo de la voz de su madre se concretaba y guardaba.

Vicente comentó a su hermana sobre el proyecto de recorrer el país para pintarlo junto a su familia. Le dijo que se quedarían un par de semanas para alistar todo y después volar.

Antes de partir fue a despedirse de doña Jimena, que parecía vigilar desde su llegada el más mínimo movimiento, aunque a veces lo llamara con el nombre de otro hermano. Estaba sentada en la cabecera de la mesa desayunando miel con maní. El aventurero, ahora de 33 años, en hondo recogimiento y por un buen rato fue desgranando las cáscaras del fruto y depositando con íntima confianza las semillas en las yemas apergaminadas de su madre. Se acercó Camila en busca de su padre y su abuela con un gesto que sabía remotísimo. La abuela intentó depositar en la boca de su nieta

el secreto manjar que con un meneíto rebelde de cabeza fue frustrado. Apretó entonces en su puño la semilla con firmeza, como aguardando a que la dejaran sola.

El primer destino fue Areguá, ciudad entrañable e idílica para el pintor, pues había residido en la misma por un buen tiempo como un auténtico bohemio, durmiendo en el sótano de la casa de un maestro y pintando de día. Empezó por la vieja Iglesia y durante el proceso fue llevando a la boca granos de maní.



En Zarate Isla, Luque  
**Valeria Franco**

Foto: autorretrato.

---

**VALERIA FRANCO L. M. (ASUNCIÓN, 1980)**

es abogada, con experiencia en procesos participativos y políticas públicas. Participó de talleres y muestras colectivas en el campo de la fotografía y las artes visuales. En 2024 le fue otorgado el reconocimiento *Open Borders* por su obra «Fuga de úteros» y en 2022 el Premio Entrecruces por «El país de las mujeres». En el ámbito de la escritura, se formó en diversos talleres. En 2019 obtuvo el tercer puesto en el Concurso de Poesía Carmen Soler.

## Acción inacabada

TENÍA 8 AÑOS y vivía en la ciudad de Presidente Stroessner cuando una tarde de febrero se puso raro el ambiente en casa y papá esperaba preocupado que mamá llegara de Asunción con mi hermana menor, a quien había llevado para una consulta médica. El alivio fue porque llegaron sanas y salvas, en una época de viajes sin celulares. Aunque era un secreto a voces «en algunos círculos» que el golpe de Estado se daría en cualquier momento, nadie manejaba con certeza la fecha precisa.

Para la niña que era yo en ese momento, significó de un día para otro una catarata de palabras nuevas como libertad, democracia, gobierno, dictadura, torturas y transición. Hasta ese momento Stroessner era el nombre de mi ciudad, como antes habían sido Ka'akupé, Kuruguay y Coronel Bogado.

«Transición» viene del latín *transitio*, «acción y efecto de estar entre lo nuevo y lo viejo». En el caso de Paraguay, la transición política más que un paso de la dictadura a la democracia parece encontrarse en un estado suspendido que no logra parir los posibles.

Para mí, la transición significó un paso a la posibilidad de hablar y a la declaración formal de lo que queremos ser, pero en la práctica seguimos en un bucle, en una acción inacabada, en una democracia utópica que arañamos verbalmente pero no logramos concretar. Atrapados en lo liminal:

ya no somos lo que éramos pero no terminamos de ser lo que decimos que pretendemos ser. Quizá la razón tenga algo que ver con la confianza puesta en la palabra o el papel, en la concreción normativa, divorciada de la realidad cultural que somos, que nos permea y persiste. Atrapados en un medio acuoso y denso, creemos nadar pero seguimos en el trance.

La Constitución de 1992 está cumpliendo treinta años y representa una gran victoria declarativa al definirnos como Estado social de derecho, establecer un catálogo de derechos y garantías e intentar diseñar una ingeniería institucional que distribuya el poder y haga posible el control entre poderes para evitar abusos y centralizaciones. Sin embargo, en la práctica sigue sin la fuerza necesaria para hacerse realidad.

En busca de explicaciones más que de responsables: por un lado, la hipótesis de que seguimos cooptados como nación por elementos de poder, herederos del antiguo régimen, sea literal, sea como patrones culturales que se fijaron en el país, representados por grupos antiderechos que siguen oponiéndose incluso a sus preceptos, negando la diversidad, la igualdad y el papel activo que debe tener el Estado en la superación de barreras para garantizar la igualdad de oportunidades de sus ciudadanos; por otro lado, la posibilidad de que la mayoría de los que decimos querer vivir en una democracia hemos sido incapaces de descubrir el «cómo hacerlo» o de lograr llevar adelante las conversaciones y las coordinaciones necesarias para hacerlo, teniendo en cuenta que la acción de hacer república y consolidar democracia, jamás implica una tarea individual o de pocos, olvidando a la mayoría.

Seguimos viviendo en una sociedad polarizada en la que cuesta reconocer la existencia de los grises y las gamas intermedias entre unas posiciones y otras. Quizás el camino pase por reconocer los caminos ya andados, las luchas de los que nos precedieron, las pequeñas y grandes victorias

ganadas. Creo que nos toca seguir dialogando y experimentando con prototipos de soluciones para llevarlas a la práctica, apostar a la creación y el fortalecimiento de redes, al reconocimiento de la heterogeneidad de los que habitamos este pedazo de tierra, al diálogo generador de posibilidades entre personas con visiones diversas, a encontrar los puntos de consenso mínimos como cimientos para la construcción de la patria soñada.

Queda mucho trabajo por hacer y el solo paso del tiempo no asegura mejores resultados por sí mismo.

## Medio juego

**EL PASILLO ESTÁ VACÍO.** Salgo a mirar impaciente pero aún no llega Facundo. Ayer de noche me llegó un mensaje de él en medio de la tormenta. Acordamos un encuentro en mi casa, por así decirlo. Mi departamento mínimo, dos sofás con mantas encima, mesa con tres sillas, luces tenues y cálidas, paredes llenas de libros, grabados, fotografías, registros de vidas y amores pasados. Espera con aceitunas y maní, y claro, una botella de vino en la mesa, cerrada, para no asumir complicidad. Recuerdo su rostro y sus historias a través de la foto carné de niño de seis años, con peinado taza, ojos azules y saltones. También por las fotos mentales en el silencio, el vacío entre vecinos. Sabía que llegaría el momento, que reaparecería en mi vida, que vendría a buscar los pedazos de su historia que yo podría agregar. El reloj sube el volumen. Hace tiempo que no invito a cenar a mis fantasmas. Llega. Las palabras se empujan buscando lugar poco después de los preámbulos. Hasta que le dije:

—Pasé horas en silencio, sin reaccionar, en ese salón húmedo y denso. El oficial de la comisaría me gritaba sin que tuviera efecto en mí. Manuel no me miraba, o eso creía yo. Estaba parado en una esquina. Las sombras cubrían su rostro. Ni siquiera verlo ahí, de pie, hizo que hablase. Asumí que estaba atrapada en medio de un juego, en el que tenía que dar de baja mis certezas más profundas. Hoy sé que no estaba

equivocada. Querían que delatase a gente importante para mí. Permanecí muda. Es que no sabía nada: ni datos, ni planes. Eso Manuel debería haberlo sabido. Me pidieron que les hablase de personas que, para ellos, eran cómplices de una barata trama policíaca. Finalmente, salí de la comisaría a la medianoche, en una patrulla sin sirenas. Me dejaron enfrente de casa, con los ojos tapados y las manos libres, como si no esperaran que me rebelara. Caminé hacia las rejas. Mi cuerpo se desmoronó apenas toqué la puerta. Sé que me mantuvieron vigilada durante un año, por lo menos. Manuel me había enseñado a jugar al ajedrez en los meses anteriores. Decía que era un curso de defensa personal, de inteligencia personal. Desde la noche que me dejaron en casa, vi movimientos de peones, caballos y alfiles en las calles y las tiendas. Delante de mí, con gestos burdos y torpes, un policía vestido de civil. Tres pasos atrás y uno al costado, un par de ellos que fingían conversar. Más lejos, en diagonal, otro con lentes de sol, recostado contra el almacén donde solía ir de compras.

Callo y lo miro. Facundo está atento.

—No sé por qué te cuento todo esto. Sé que viniste porque necesitás entender la historia de tus abuelos, de tus papás —le digo—. Tal vez yo misma sigo tratando de entender y de atar todos los cabos sueltos...

—Más que entender, quiero escucharte —dice con voz pausada, mientras deja la copa de vino y prende un cigarrillo—. Soy de los que creen que las historias difíciles de entender son como una cebolla. No sé si sabés pero estoy trabajando en un proyecto de reconstrucción de memoria, derechos humanos y esas cosas...

Respiro, tomo vino y continúo el relato:

—Éramos todos amigos del barrio. Tus papás... yo e incluso Manuel. Cuando uno crece, a veces, no entiende muchas cosas que pasan alrededor, menos en tiempos difíciles como

esos. Nuestros papás se saludaban como buenos vecinos. Jamás escuché que hicieran algún comentario que sugiriera algo distinto a una amable vecindad. Todo cambió cuando tus abuelos desaparecieron una noche ruidosa. A mí no me permitieron ver lo que ocurría. Sí pude ver a mamá espiando desde una esquina, con la cortina apenas corrida. Recuerdo el terror y las lágrimas en su rostro. El silencio ocupó un espacio enorme en la casa desde ese día, como si nuestra vida dependiera de ello. Manuel nos visitaba mucho. Yo tenía quince años y él veintidós. Era muy correcto con todos en la familia. Iba a casa día de por medio. Leíamos juntos las noticias del mundo, mientras preparábamos la merienda. Luego, vendrían las clases de ajedrez, comenzando por sus enseñanzas sobre las diversas aperturas o maneras de abrir el juego. Él andaba con un pequeño tablero a cuestras. Era de esos que se cierran por la mitad, formando una caja en donde se guardaban las piezas imantadas que se fijaban a la superficie. Se enojaba cuando llamaba fichas a las piezas. Con el paso del tiempo sentí cariño por él. No sé si amor. Me había acostumbrado a su presencia: siempre tenía una respuesta, aunque todo se sintiera tan confuso. La tarde en la comisaría, mi silencio se debió, más bien, a que repentinamente había comprendido qué estaba pasando. Me habían dejado ciega y sin defensas, hablando de todo y de todos con la mayor confianza del mundo. Los vecinos iban cayendo: eran amigos cercanos o familiares. Yo lloraba en los brazos de Manuel. Buscaba consuelo contra la tristeza de saberme en un campo minado. Fue demasiado tarde cuando supe que la mina era yo.

—Vos no quisiste delatar a mis padres.

—No hubiera podido ni aunque quisiera —digo con seguridad—. Poco o nada sabía de las reuniones, de lo que decían o hacían. Con Manuel solo conversábamos de suposiciones. Era casi como un juego para nosotros.

—En algunos documentos del Archivo del Terror figuran los reportes y las transcripciones de esas conversaciones. ¿Sabés? —dice Facundo.

Permanecí callada y recordé la tibieza de los abrazos de Manuel. La calma casi paternal que me transmitía ante el caos y la violencia de la que no me sentía parte. En ajedrez le llaman medio juego a esa etapa clave, en la que, luego de la apertura de las partes, todo queda definido para un final de jaque mate.

—Sé que es difícil de entender, pero jamás pensé que él fuera un informante del comisario, que se hubiese convertido en uno de esos pyragués. Él era mi amigo... Nuestro amigo de toda la vida. También de tus papás. No sé en qué momento la gente escogió los bandos de una guerra ajena. Quizás no fui lo suficientemente atenta para saber que era víctima y victimaria. No una simple observadora. Menos de un mes después de ese interrogatorio tuve un atraso y confirmé que estaba embarazada. Yo solo tenía diecisiete años. Sentí la rabia y el enojo gestarse dentro de mí al mismo tiempo que los latidos del corazón de mi propio hijo en mis entrañas. Pura soledad, no entendía nada. Manuel apareció un día. Sin explicaciones, dejó una caja llena de provistas frente a nuestra puerta. No lo quería volver a ver. Sin embargo, no hubiésemos sobrevivido si por orgullo hubiese rechazado esa ayuda. Él fue penetrando las barreras, ganando terreno a pasos cortos. Tuve que criar sola a mi hijo, al tiempo que estudiaba en la universidad nacional y me hacía cargo de la casa y la familia.

—No vine acá para juzgarte. Solo quería escucharte y decirte que sé que no fuiste vos quien los delató.

—Jamás me animé a ver esos archivos. A veces pienso que alguien sigue redactando esos informes y que alguien ahora nos está escuchando.

—¿Por eso no quisiste encontrarte en el bar donde te dije?

—Todo es público para esa gente. Solo que ahora incluso mi miedo es distinto. Siento que toda mi vida fue una mentira, un escenario montado para que ellos piensen que soy gente normal y que en mi cabeza no hay más que revistas de moda. Ese terror de dar un pasito al costado de la duda, para convertirse, sin saberlo, en enemigo de ellos.

—Si te descuidás, en el fondo continúa siendo un poco así —dice resignado.

Voy a traer un vaso de agua con hielo para cada uno. Han pasado cuatro horas desde que empezamos a hablar. Le recuerdo, con aire de impostada superioridad, que la dictadura ha caído hace más de una década, que nuestros miedos no son más que fantasmas que nos persiguen por no haber lidiado con ellos y que tengo un vuelo que abordar.

—¿Querés saber algo más? —le pregunto.

—No —dice, y calla un rato—. Gracias por la honestidad y por haberme escuchado.

Busco mi bolso y digo que es tarde, que tengo que salir porque debo tomar ese vuelo. Me tropiezo con los escalones de mi propio espacio, los mismos que segundos antes no habían notado mi presencia. Cuando llegamos al portal, sube a un taxi y yo a otro. Por un momento siento que somos protagonistas de una historia en la que no somos guionistas. Rememoro los instantes, lo que dije, lo que no dije.

Camino al aeropuerto, la culpa empieza a caerme encima. El tráfico intenso, el calor húmedo, la música estridente del taxista que, por si fuera poco, también quiere charlar. De repente, escucho sirenas de la policía. Todo es muy rápido. Lo que primero pienso es que una ambulancia quiere pasar. Después que hay alguna persecución por un robo. Cuando el conductor me dice: «Parece que nos siguen a nosotros», no atino a responder ni pensar.

El proceso es corto y seco. Los policías dicen mi nombre, apellido, número de identidad, nombre de mis padres y domicilio, y me piden que les acompañe a la comisaría. En otro momento hubiese reaccionado y solicitado más datos, una orden, cualquier motivo. Pero el miedo de mis venas se conecta con el pasado: y ahí estoy yo, subiendo sin derechos constitucionales a un móvil con destino incierto. Decían que, luego del golpe, al ver la foto del nuevo gobierno el tirano se reía: en el nuevo gabinete solo faltaba él. Leyenda urbana o realidad, en este momento la anécdota punzante me muerde y se me hace real.

Una vez más, sentada en la sala de interrogaciones. Pienso en Facundo, en cómo va mi historia. La desaparición de mamá y papá me dejó sola, a cargo de mis hermanos. Quiero gritar, pero el silencio se ha apoderado de mí. Gritos en el pasillo me devuelven al presente. La misma comisaría tercera, la tan famosa en el centro de la ciudad por ser escenario de torturas e ingresos al submundo de los desaparecidos. Ya no estamos en dictadura, digo en mi cabeza, como recordando el golpe de Estado, la nueva constitución y todas esas cosas.

Cuando reacciono, veo cómo dos personas de negro ingresan en la habitación a oscuras, con el cañón de luz apuntándome a la cara. Yo no salgo del shock. Entra alguien más que no logro ver y se ubica en la esquina. Empiezan las preguntas. Todo ronda sobre Facundo. Quieren saber sobre mis conversaciones con él, si sé que era un agente terrorista buscando información sobre personalidades del gobierno. Me quedo muda. Miro a la esquina y veo que es Manuel el que me observa desde la sombra, como siempre. Cuento mi relato sin pausa, tal como se lo conté a Facundo algunas horas antes. Me sueltan de la misma manera, con los ojos tapados y las manos sueltas, de noche, enfrente de la antigua

casa de mis padres, como lo hicieron tantos años antes. Todo ha cambiado en el tablero, pero nada ha cambiado en estos juegos. Algunos finales se siguen repitiendo en las sombras del tiempo.



En un taller de ñandutí, en Asunción  
**Fredy Fretes**

Foto: Ángeles Almada.

---

**FREDY FRETES (FERNANDO DE LA MORA, 1995)**

es sanlorenzano de residencia (en el exbarrio Lote Guasú, rodeado de otros barrios también marginales) y asunceno de documento de identidad. Cursó la educación básica en la Escuela Tomasa Ferreyra de Meza, el bachillerato en el Centro Regional de Educación Saturio Ríos, la carrera de Bibliotecología en la Facultad Politécnica de la Universidad Nacional de Asunción (UNA), el postítulo en pedagogía de la lectura en el Instituto de Estudios Superiores de la Fundación Mempo Giardinelli (Resistencia, Chaco argentino), la especialización y la maestría en Gestión de la Investigación en la Facultad Politécnica de la UNA, la tecnicatura en Emergencias Médicas en la Universidad Centro Médico Bautista, el tecnicatura superior Bomberil en el Cuerpo de Bomberos Voluntarios del Paraguay (sirviendo en la Undécima Compañía, de la ciudad de Fernando de la Mora) y el futuro profesorado en Guitarra Popular en el Conservatorio Nacional de Música (CONAMU). Participó en el Taller de Escritura Semiomnisciente (TES) desde 2017 hasta 2021. Organiza, desde 2018, la Ruta de Bibliotecas.

## Fragmentos de transición

**DE NIÑO, PAPÁ Y MAMÁ** decían que nací en un tiempo de democracia, que antes todo había sido diferente, que yo tenía la opción, la posibilidad de decidir, leer, dedicarme a lo que quisiera. Entonces entendí que hubo quien, siendo presidente, prohibía cosas. ¿Por qué lo era y decidía eso si nadie (en mi entorno y mundo de entonces) estaba de acuerdo?

De adolescente, una docente, lágrimas de por medio, mencionó los privilegios del nuevo tiempo. Ah, ¿entonces las cosas estaban peor? En esa difícil época, en la familia apenas teníamos para comer, comprar útiles y asistir al colegio público.

En casa de un amigo, en medio de una charla sobre el Operativo Cóndor, la abuela de él nos interrumpió alegando que todo era tranquilo durante la dictadura estronista, que se dormía con las ventanas abiertas, que uno podía recorrer de madrugada sin problemas. Es más, con custodio policial, que solo constataba la identidad mediante la cédula. Si se era una buena persona se podía seguir caminando (previo interrogatorio del porqué, el adónde y el para qué a esa hora). Que su familia trabajaba mejor en esos tiempos. Que el país era rico...

Mamá solía recordar el libro que su tía/madre había tenido que tirar al pozo por el rumor de una requisita policial en la cuadra. Ella, mamá, terminó recibiendo correctivos por el libro y por blasfemar contra el todopoderoso y también contra dios.

Ella también recordaba el colegio: Stroessner era un hijo de puta, en todo el país se vigilaba, si veías un mendigo que no era de ahí, seguramente era uno de sus informantes, de sus pyragués. Teníamos un maestro. Era el mejor. Una vez dijo algo sobre la dictadura: lo que vivíamos no era libertad porque la gente tenía que callarse si algo no le gustaba, que no se podía opinar y que si el Estado hace esas cosas es porque los paraguayos nos callamos. Al final ellos nos daban lo que querían y nosotros teníamos que seguir yendo al colegio con dos uniformes, con suerte. Yo entraba a la mañana. Me dijeron que a la tarde ya no estaba el profesor. La última vez que lo vieron fue cuando entró a la dirección y después fue la entrada. Al día siguiente el director nos dijo que el profesor había renunciado, que tenía puntos de vista equivocados y que no podía enseñar eso al futuro del país.

Otra anécdota de mamá: Luego del golpe de 1989, todo el mundo sabía que iba a ser la misma cosa. Algunos se fueron, pero seguía siendo la misma cosa. Nadie pudo hacer nada, no ves cómo Galaverna confesó el robo de las elecciones y está ahí, intocable. Tu papá tuvo que afiliarse para entrar al Hospital de Clínicas. Mi tía tuvo que afiliarme a los quince años para que pudiera entrar al colegio. Rodríguez también era de su círculo. Estaba todo arreglado.

## Punto muerto

**SIN HABERLO ACORDADO** en los cruces de miradas o en el sentido de la conversación, de a poco fuimos callando. Nuevamente, mamá padecía de ataques de tos que acabarían en vómitos. Entonces, arrimé el basurero a su cama, valiéndome del pie, mientras seguía planchando los uniformes para la semana. La televisión transmitía los desastres supranacionales causados por el tornado. Juan, mi hermano, se acomodaba en la cama rechinante. A su lado, Mariel, la menor de todos, erguida, con la vista al suelo, se quedó con la difícil tarea de contener el llanto. Sufría, quizá más que cualquiera. Papá y Rodrigo, otro hermano, se limitaban a los parpadeos, la observación al vacío y la respiración resignada, como autómatas de una existencia sufrida, en esa atmósfera de regurgitaciones y ruidos eléctricos y electrónicos.

Con uno y otro movimiento, comercial televisivo o estímulo del exterior, quienes no pasaríamos la noche ahí fuimos dejando la habitación con la mayor compostura posible. Al día siguiente iniciaría la semana laboral. Mamá iría a cita obligada para los estudios renales. Alguno faltaría al trabajo para llevarla al hospital. Otros no trabajaríamos para que pudiéramos mantener el hogar tal como lo conocíamos.

Amaneció. De mañana, tareas del hogar. De siesta, trajín interminable hasta la universidad, horas exageradas en el salón de clases, escasos quince minutos de receso, y de vuel-

ta a las clases desfasadas en la alma mater de la educación superior nacional. De noche, trajín del retorno a la periferia de la ciudad universitaria. Atravesar el campus y esperar la única línea.

Bajé del bus, cerca de la medianoche. Lo único restante para sepultar ese lunes eran las quince cuadras en partes iluminadas y despobladas hasta el hogar, sumido en la convergencia entre dos ciudades olvidadas del bienestar colectivo.

Los árboles sufrían el viento cambiante y duro. Las gruesas y aisladas gotas caían, unidas a cientos de hermanas kamikazes. Las nubes en el cielo tronaban. Relampagueaba. Los rayos, a pocos kilómetros, destruían los puntos de caída y a las personas a su alcance.

Rodrigo, vestido de vendedor de multitienda, bajó del bus sin forma de evadir las gotas en aumento, a las diez y veinte de la noche. A paso apurado, nos mojábamos sin más. Charlamos sobre la explotación que sufría la clase trabajadora, la incorrecta disposición del sistema, la mediocre educación público-pagada, las acciones necesarias no realizadas. Llegamos mojados, cansados, hambrientos, sedientos, sin nada que comer, a respirar relajados un momento y a prepararnos para subsistir la jornada venidera.

Nadie decía nada. Nos encontrábamos en la penumbra oyendo las repercusiones del huracán Matthew. El viento penetraba a través de la ventana sin vidrios de la cocina, echando los utensilios en su campo de acción. Las tejas morían mil veces acribilladas a quemarropa. Los chicos dormían. Mamá tosía y al rato vomitaba. Aún desconocíamos quién sería el mejor donante que, por consiguiente, dejaría de trabajar o estudiar.

Ella lloraba, gemía, sentada, sufriente, cabeza inclinada, cabellos rizos desordenados y jugos gástricos bulléndole de los labios separados. Las luces se desdibujaban por las cruces

de las ventanas y las sombras de la cama. Seguía padeciendo, cada vez con mayor intensidad. Papá la sostenía del hombro y acomodaba sus cabellos. Mariel, en la cama contigua, la observaba con las frazadas a medio cuerpo, estática, sin llanto o emoción alguna. Yo, desde el portal, los estudiaba en silencio, careciendo de alguna razón inmediata.

Se tomó del pecho, apretándolo fuerte y tras un grito desgargante, se dejó caer casi sin respirar. Papá la recostó en la cama, donde su silueta se perdía con las formas de las frazadas y lo único perceptible era la forma que había quedado.

La niña, Mariel, acabada la tragedia, tardó en volver a acostarse. Eclipsada aún por las siluetas, los olores, los llantos. La habitación seguía vestida de borrosa incertidumbre y fugaces resplandores. Las tejas continuaban siendo acribilladas o movidas por complot del viento. Las aves, afuera, gemían, y los árboles, y las casas...

Las escuelas peor afortunadas perdieron el techo, pocas semanas antes de que acabasen las clases. Varias personas murieron. Los cultivos fueron arrasados. Las antenas y los sistemas cayeron. Se clausuraron tramos de rutas. Hubo heridos, sufrimiento, naturaleza resquebrajada en diversos lugares.

En compañía de Juan, abrí la puerta que daba al fondo de casa. Detuve la vista. Destrozo y no destrozo. Él reconoció la botella de suavizante de ropas con agujeros en la tapa que hacía de regador. Estaba cubierto de líneas de arena en la parte baja y media. Lo agarró y sacudió, y se dispuso a recargarla para regar las cebollitas de la huerta. Seguido, Mariel, en silencio, se arrimó al portal, alzó la vista, y con una sonrisa en el rostro pareció disfrutar del drástico cambio de temporal asesino a quietud paradisíaca.

De la habitación principal oímos resortes de colchón contraerse y volver a su estado habitual, indicios de caminata y su carraspeo estertoroso.

—Hoy no vamos a regar —dije a Juan.

—¿Por qué?

Observé el cielo y todo alrededor.

Sonrió, volvió a tapar la botella y se dispuso a recorrer el patio y levantar las cebollitas caídas de la huerta, y a reconocer las nuevas cicatrices que nos rodeaban.

Volteé la cabeza en dirección al portal de acceso a la cocina. Mamá trataba de subir al escalón aferrándose, con la mano izquierda, del marco sin puerta. Con la derecha se quitaba el encrespado de la cara.

No le sonreí ni hablé. Solo grabé la imagen para mis adentros con la mayor cantidad posible de detalles. Luego reanudé la vida de limpiar, lavar, cocinar, ir de un lado a otro lo que restase del día, de apenas tener tiempo para las necesidades básicas, dormir, descansar, estudiar...



En *Guajaivi*  
**Esteban Hermosa**

Foto: Perla Barrios.

---

**ESTEBAN HERMOSA (GUAJAIVI, SAN PEDRO, 1983)**

es lector de libros, poetaastro bilingüe (castellano - guaraní), obrero pintor y restaurador de patrimonio histórico. Participó intermitentemente en el Taller de Escritura Y (TEY) entre 2013 y 2023, con el que publicó un cuento en la antología *Eclosión* (Editorial Y, 2016).

## Los perseguidos

**CUANDO CAYÓ LA DICTADURA** tenía apenas siete años. Recuerdo muy bien esa mañana lluviosa del 3 de febrero. Mis padres y vecinos lo festejaron como si hubiera sido el inicio de una buena cosecha. Bailaron, saltaron al son de la guitarra de un tío. Repasaron las canciones de Los Corales, música-símbolo de lucha que cobraba fuerza entre lágrimas de felicidad de la misma manera que cuando goteaba en nuestro comedor con techo de paja. «De pie, luchar, que vamos a ganar, avanza ya bandera de unidad.» El festejo duró todo el día. Algunos volvieron a rastras a sus hogares. Nadie dijo nada de los pyragués que habían metido la cabeza bajo tierra. Se sabía quiénes eran, pero era mejor seguir siendo doble cara con ellos. Habían perdido.

Al día siguiente, mi padre amaneció afónico, pero con cara entusiasta. Tenía ganas de cultivar la tierra, aunque sin las herramientas agrícolas era insostenible progresar. Éramos pobres extremos.

Terminada la dictadura, había una leve esperanza de recuperar las tierras malhabidas. Los campesinos se organizaron y las ocuparon, muchas veces resistiendo la violencia de los usurpadores y la policía. Un tío nos dijo que esa democracia era una receta implantada para Latinoamérica. Porque de qué nos serviría a nosotros los pobres si no hay una política pública. En la dictadura, te buscaban y secuestraban, y sólo los ve-

cinos sabían de tu desaparición. En la transición, te mataban en las marchas y se enteraba toda la nación al instante, con los medios de comunicación, pero igual no había justicia para el campesino que reclamaba derechos.

En 1994, un policía asesinó a un vecino, Sebastián Larrosa, en el cruce Tacuara, San Estanislao, San Pedro. Joven estudiante, hijo de campesinos. Quedamos atónitos. Vi cómo los móviles de la prensa levantaron la polvareda. La noticia duró apenas tres o cuatro días. El crimen quedó impune.

Desde 1989 a 2013, han ejecutado a más de 115 líderes campesinos, según Codehupy, Coordinadora de Derechos Humanos en el Paraguay.

En septiembre de 2021, el Congreso aprobó la ley de criminalización de la ocupación de la tierra para destinarla a los verdaderos destinatarios de la reforma agraria, caratulándola de invasión de la propiedad privada, aunque los verdaderos invasores son quienes han usurpado esas tierras públicas, evidenciados en el *Informe* de la Comisión de Verdad y Justicia.

## Caldo de poroto

**LA SITUACIÓN ERA INSOSTENIBLE.** La poca renta que recibía abuelo del Estado, como veterano de la Guerra del Chaco, era insuficiente para el día a día. Apenas podíamos labrar la tierra y cultivar lo indispensable. Papá tuvo que ir a pedir trabajo a don Eugenio Zaldívar, un estanciero para el que nunca había querido trabajar. Pagaba solo cinco mil guaraníes por la changa diaria. Cinco mil *pytã'í*, decía la gente. No solo por el billete rojo, sino por los dedos sangrantes luego de trabajar todo el día con la azada de carpir.

Don Eugenio era uno de los productores más acaudalados de *Guajaivi*, un filántropo que estimaba tanto a los indígenas que los hacía trabajar de lunes a sábados. Los acogía en el fondo de su casa. Ligado a la secta pentecostal administrada por su padre, desde principios de los noventa su familia se había vuelto la más activa en el cultivo de banana y piña. De hecho, justamente por esa producción ininterrumpida, el Congreso Nacional reconoció al pueblo de *Guajaivi* como «Ciudad de la Banana y la Piña».

Mi padre, por otro lado, era dirigente de la Liga Agraria Cristiana y manejaba la capilla San Francisco. Él y mi madre tenían vacas y labraban la tierra... que se estaba quedando estéril. Parecía que la miseria se había acomodado como un huésped más en nuestro rancho de paja. Lo único que podíamos cosechar era mandioca, maíz y poroto. En esos años,

el gobierno decía que el poroto era bueno para la cabeza y el cuerpo, que nos volvería inteligentes. La gente, a su vez, decía que si seguíamos comiendo tanto caldo de poroto, el menú de casi todas las familias trabajadoras, pronto nos convertiríamos en científicos.

Ante esa situación, mis padres habían decidido abandonar *Guajavi*. Los dirigentes Elvio Benítez y Venancio Zeballos, en julio del noventa y uno, les habían dicho a papá y a sus dos hermanos, Francisco y Justo, que se les unieran para ocupar una tierra a orillas del río Aguaray Guasú, que pronto se les sería adjudicada por parte del Estado. Antes, ellos ya habían estado en un asentamiento de Tava'í Borda, donde mil doscientas familias aguardaban un terrenito para vivir. Fue una ocupación sangrienta que no se pudo ganar contra el terrateniente capitán Clari Vega. Esta vez, Francisco y Justo cedieron sus lugares para que otras familias más necesitadas fueran. Mis padres, en cambio, sí aceptaron la propuesta.

En pocos días, papá vendió dos vacas para pagar el flete. Acomodamos nuestras precarias pertenencias en el camión de un vecino. En jaulas triangulares de madera iban las gallinas. Era noviembre. Calor insoportable. Nos despedimos de los primos, las primas, los vecinos, con ojos llorosos. Nos cubrimos con sábanas blancas. Las jaulas estaban a mi lado. Yo miraba a las gallinas con los picos abiertos y las lengüitas en movimiento ininterrumpido. Moviendo las cabezas de un lado a otro como si se preguntaran; ¿adónde nos llevan? O más bien pensé eso por el dolor que sentía de tanto estar en forma de Buda. Kilómetros y kilómetros de asfalto y tierra, polvareda, hasta que llegamos al asentamiento Churraí Tava Guaraní. Los nuevos vecinos nos ayudaron a bajar las cosas. Papá había comprado una carpa negra de doce metros de largo y seis de ancho. Con ayuda, pudo levantar un improvisado campamento que albergaría a nueve hermanos y sus padres.

La ocupación tenía un puesto de salud y un almacén de cosas básicas, mercaderías, herramientas agrícolas, incluso motosierras, proveídas por el Instituto de Bienestar Rural. Cada familia tenía un cupo para retirar lo que necesitara. Una de las veces que mamá fue a buscar cosas, regresó con una bolsa de mermeladas de frutilla, almíbar de durazno y leche en polvo, que nunca antes habíamos tenido en la mesa.

Pronto papá se puso a construir una capilla de paja para officiar liturgias dominicales. Eso motivó un conflicto entre los dirigentes. El lema era: «Antes de hacer cualquier cosa, primero tenían que hablar y consensuar en una asamblea». Estuvimos cinco meses en el asentamiento. El último domingo de marzo, en el momento del evangelio, escuchamos disparos de escopeta al aire. Tres veces. A cien metros. Ruidazo. El grito y el llanto de los niños alarmaron a papá y a los vecinos. Uno de ellos, don Abel, cazador, ya había despertado. Dijo que vio a un jagareté y disparó al aire para que se fuera hacia la zona boscosa. Antes, el ambiente ya había estado hostil. Los disparos solo significaban que era momento de que nos fuéramos de ahí.

Papá fue a *Guajaivi* para vender dos novillos. Una semana después volvió con un camión para la nueva mudanza. Yo estaba feliz. La preocupación y la discusión de los adultos en el hacinamiento, por más de que fuera de madrugada, eran una constante. Nosotros, los hijos, escuchábamos incluso cuando susurraban. Volvimos a cargar las precarias pertenencias.

A diferencia de la incursión al asentamiento, cuando viajamos de día, esta vez partimos al caer la tarde. En la ruta, empezó a llover, fortísimo. Una vez más estábamos desprotegidos en la carrocería. Nos mojamos todo. El conductor del camión entró en una estación de servicio. Aprovechamos para ir al baño. Escampó y retomamos el viaje. Llegamos de madrugada. Los tíos y los vecinos nos acogieron. Regresa-

mos al rancho de paja y madera con suelo de tierra apisonada. Con olor a recuerdos. Los adultos, el abuelo veterano, los tíos Francisco y Justo, y mi papá, se abrazaron y brindaron con caña. Vimos el amanecer y el cantar de los pajarillos que invitaban a un nuevo inicio.

Pero pronto la situación se volvió insostenible y papá fue a pedir trabajo a don Eugenio Zaldívar. Antes del amanecer, mamá le preparaba una vianda de tortillas o maní ku'í azucarado con mandioca. Carpir con la azada bajo el sol era muy exigente. Los jornaleros descansaban a la media mañana para comer algo. Al atardecer, luego de regresar en grupo y en fila con la azada al hombro, la ropa harapienta teñida de rojo por la polvareda y el sudor, las manos encalladas y ensangrentadas, papá se decía que al menos tenía para sostener a la familia.

Del almuerzo se encargaba el mismo patrón Eugenio. Todos los días, a las doce, iba en una camionetita hasta la orilla de la plantación y descargaba una olla grande de caldo de poroto. Cuando ellos se servían, él les decía como si fuera un pastor:

—¡El mejor alimento! Para ser inteligentes.

Los jornaleros a veces se reían, pero solo para disimular que estaban hartos de comer la misma cosa todos los días. Papá, en casa, se plagueaba con mamá:

—*Rokarujeyma la kumanda yrei.*

—*¿Mba'éiko jajapota? ¡Ñaaguantátamandeko!* —le decía mamá.

En casa tampoco había variedad de menú. Un hermano tampoco quería seguir comiendo lo mismo de siempre. Se excusaba diciendo que le aventaba la panza y que le daba vergüenza tirar pedo frente a sus compañeros de la escuela. También le espetaba a mamá.

—*Ndahéingo la kumanda ja'ú todo'lo día. Shurraipengo jakaru porãve kuri.*

—*¡Ekirirī py cheve ne mita'í, ro juru joso porātahina!*

En el asentamiento Shurrai Tava Guaraní habíamos comido carne enlatada, chauchas, comidas secas para soldados yankis donados a campesinos por el Cuerpo de Paz. Una vez que el Estado cortó el chorro de los alimentos, ellos entraron en acción.

Así, con ese almuerzo, a veces tibio, a veces frío, pasaron los días, tanto para nosotros como para los jornaleros que un mediodía, antes de que don Eugenio llegara, se dijeron que ya no querían comer ese caldo. Pero nadie se animaba a decírselo al patrón. Entonces papá dijo:

—*Ymaitereíma ningo opahague la esclavitud. ¿Ñandépiko jaseguitaiti iliño pe?*

Los demás, como en un acto proselitista, gritaron:

—¡Cierto!

Pero la duda se reflejaba en el rostro de todos. Una cosa era decir —otras veces ya lo habían dicho—, otra era hacer. Y aunque no quieran aceptarlo, ninguno estaba dispuesto a dejar de cobrar el cinco mil *pytã'í*.

Cuando don Eugenio llegó y bajó la olla grande, papá se le acercó y abrió la tapa.

—*¡Kumanda jeymapiko? Péa memeté ningo la egueruva oreve.*

Luego agarró la olla y, frente a todos, la volcó sobre su cabeza y el caldo le bañó todo el cuerpo. Los compañeros primero se quedaron en silencio. Después, risas, silbidos, gritos, aplausos. No podía creer que se había atrevido a hacerle eso al patrón.

Don Eugenio se quedó tenso, con la cara enrojecida, mirando a los demás.

Papá le gritó:

—*Ko'ára peventema eñembohoryta orerehe. Ore ndaha'úi esclavo.*

Hasta ese día se burlaría de ellos. No eran esclavos. Los compañeros volvieron a gritar «¡Cierto!» y a aplaudir. Don Eugenio recogió la olla y la dejó en la carrocera. Luego miró a los jornaleros. Parecía que quería retarles, pero terminó subiendo a la camioneta.

Al día siguiente, papá ya no volvió a la plantación. Al atardecer, cuando sus compañeros regresaban al pueblo, le dijeron que ese día el patrón había llevado otra vez la misma olla.



En el Chaco  
**Yobana Insúa Rojas**

Foto: Francisco Leri.

---

**YOBANA INSÚA ROJAS (ASUNCIÓN, 1986)**

vive deambulando entre la capital y el Chaco, en Filadelfia. Tiene una Maestría en Cooperación Internacional para el Desarrollo, por la Universidad de Valladolid (España). Es licenciada en Administración, por la Universidad Nacional de Asunción, y cuenta con varios posgrados en formulación, gestión, monitoreo y evaluación de programas y proyectos sociales. Durante los últimos 14 años, ha trabajado en organizaciones de la sociedad civil en Paraguay, Perú, Portugal y España. Adicionalmente, es docente en Políticas Públicas y Sociales, Intervención Social, Desarrollo Humano y Desarrollo Urbano. Ganadera y fotógrafa, en sus tiempos no tan libres. Es chaqueña, con toda la complejidad estrambótica que implica esta definición.

## ¿Transición democrática?

**LOS HOMBRES DE LA DICTADURA** estronista y sus herederos se han mantenido en el poder, sin ver alterados sus estilos de vida, ostentando libertades estafalarias, dignas de un guion de serie televisiva. Los hombres más poderosos de la dictadura han muerto en la impunidad, sin haber rendido cuentas por sus actos de corrupción, terrorismo de Estado, contrabando y otras actividades propias de una claqué que no ha mermado en privilegios.

En cada nueva elección, disputada por varios partidos políticos, las denuncias de fraude y compra de votos forman parte de la jornada cívica. Muchas personas acuden a las urnas para expresar lo que consideran que es el mejor camino a tomar como República. Muchas otras acuden a vender sus votos. Estas prácticas no son exclusivas del partido de gobierno, sino que forman parte del quehacer de los partidos tradicionales. Compran votos y cometen fraude en las elecciones de los centros de estudiantes, de las cooperativas, en las propias internas de los partidos políticos, lo que genera desconfianza general.

¿Puede existir democracia donde no se puede garantizar la libre elección ciudadana? Este es un tramo crucial de nuestra historia, en el que las nuevas generaciones pueden cuestionar lo que nos sucede y reconstruir los pedazos de una sociedad fragmentada en desigualdades. Es quizás un

buen momento para hacer las preguntas necesarias con miras a romper los modos de hacer en los que la impunidad y la indecencia son las protagonistas de una transición democrática, que nos siembra más dudas que certezas.

## A la sombra de un algarrobo

**EL SOL DE LAS CUATRO** de la tarde acariciaba el rostro de don Giuseppe, con aires de fuego. Aún quedaba un largo trecho para llegar a la casa, donde lo esperaba una silla cable, agüita de cántaro y árboles de algarrobo. Toda la felicidad de un hombre puede caber en un espacio pequeño, como el regazo de una madre o la sombra de un jardín bien pensado. Había sido una jornada de lucha contra las garrapatas del monte y el viento norte implacable para poder bombear el pozo, como lo hacía cada tarde, cada día en ese tiempo de sequía.

Colorete, el viejo alazán, testigo de años de olvido, galopaba a ritmo lento, al tiempo que mantenía la elegancia característica de quien lleva al patrón.

—¿Ya lo bañaste? —preguntó Lula, su esposa.

Don Giuseppe se limitó a responder carraspeando la garganta.

Se sacó las botas, mientras esperaba que ella le sirviera agua fresca en la cantimplora. Impaciente, volvió a carraspear y encendió la radio para ponerse al tanto de las novedades de Asunción. Anunciaban que un milico había sido ajusticiado por causas no determinadas.

—«No determinadas», mi abuela —dijo, al tiempo que sorbía otro trago cargado de mateína fresca.

Iban cayendo, uno tras otro, pero no se sabía nada del tío Aroldo. Desde hacía ocho años, esperaba a que anunciaran

su muerte o detención. Decían que estaba escondido en la Argentina, que se había cambiado hasta el nombre. La justicia no llegaba, lenta como un alazán cansado.

—Vieja, ¿vos decís que pida una audiencia al general de la quinta? —preguntó a Lula, cuando por fin se decidió a hablarle.

—Si hablás, vas a acabar como don Lopó —le respondió ella.

La última vez que alguno había osado solicitar explicaciones al régimen del general, había acabado colgado del algarrobo que da al matadero de La Gerenza, la temida 5.ta División de Infantería, y estuvo allí adornando la carnicería durante un par de días. Amable recordatorio de las consecuencias de andar preguntando mucho en tiempos aún de silencio.

No era coincidencia que el número de pistas y avionetas, y de estancias con pistas y avionetas, se hubiera duplicado en los últimos meses a lo largo de toda la frontera seca con Bolivia. Tanta masa boscosa, así como la excesiva distancia desde la capital del país, lo convertían en un territorio ideal para que florecieran los nuevos negocios alternativos de la producción de alimentos.

El ir-y-venir de tan inusual tráfico aéreo en tierras de espinas y yaguaretés no era advertido por el puñado de agentes de seguridad asignados a la zona. Tampoco les parecía llamativa la desaparición de algunos pobladores.

—Pero si me callo, van a seguir matando gente —dijo.

No le resultaba fácil conversar. Los traumas de la tortura sufrida en sus años de juventud militante y antisistema, perduraban en la piel curtida por décadas de polvo caliente.

Ella le sirvió un plato lleno de *chipa'i*, recién preparados para acompañar el tereré.

—Te voy a poner unos cuantos en tu gualí, así llevas mañana —le gruñó, con voz enojada, agridulce.

—Y sí, tenés razón —dijo finalmente, como hablando a la nada.

Don Lopó quería saber dónde había ido a parar su hijo, y don Giuseppe sólo quería saber alguna novedad acerca del paradero del tío Aroldo. ¿Fue el narco? ¿Fue el régimen? ¿O es que tan sólo había decidido desaparecer del mundo conocido y aventurarse a una nueva vida de anónimos, lejos de todo vestigio de lo que quiso ser y no pudo? Llevaba perdido unos 5 años, con sus meses y sus días. Si había ido a parar bajo la sombra del mismo algarrobo o si tan sólo había decidido vagar por el mundo con una mochila al hombro, nadie parecía saberlo. Y para qué lo iba a querer saber, si eso no aplacaría el calor del verano, ni que Colorote galopara un poco más como caballo y un poco menos como una mula.

Comió casi todo el *chipa'i*, se puso las zapatillas de goma y fue a darse un baño debajo del tanque de agua. Había que alistar todo antes de que anocheciera.

Mañana debía volver a bombear.





En la Universidad Nacional del Este  
**Ana Cesia Leguizamón Parra**

Foto: Giovanna Chang.

---

**ANA CESIA LEGUIZAMÓN PARRA** (HERNANDARIAS, 2004)

desde pequeña mostró una gran curiosidad por la literatura y las humanidades, lo que la llevó a elegir la carrera de Letras en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional del Este. Durante su formación en la Escuela Básica N° 1295 Virgen del Rosario y el Colegio Nacional E.M.D. Takurú Pukú, su interés por los libros creció. En 2022, en la *Revista Literaria Destellos* se publicó su primer texto descriptivo. En 2024, se unió a SOCILITUN, la sociedad de escritores universitarios, donde colaboró en la antología de cuentos *Entreletras*. Además, ha participado en proyectos culturales como «*Namõñe'ẽ*», que fomenta la lectura en los niños de primaria. Consciente de que el aprendizaje es continuo, ha tomado diversos cursos que han ampliado su conocimiento y habilidades.

## Ecos de opresión

**LAS HISTORIAS** de quienes crecieron bajo el yugo de la dictadura estonista están plagadas de contradicciones. A menudo se menciona que «era más tranquilo» y se recuerda cómo las fiestas terminaban a medianoche, como si la restricción de la libertad fuera un signo de orden. Se pinta a los jóvenes de hoy como «demasiado libertinos» y olvidan que anteriormente detrás de cada fiesta había una vida marcada por la opresión, el temor y el silencio impuesto. Las atrocidades de ese tiempo, desde la represión violenta hasta la desaparición de personas que alzaban la voz, parecen haberse desvanecido en la memoria colectiva.

Nos vendieron la idea de que la democracia era un logro que se obtendría a corto plazo, pero al mirar a nuestro alrededor, la realidad es muy diferente. Las promesas de un país libre y justo han sido reemplazadas por la desilusión ante un sistema que parece más una prolongación de la dictadura que una verdadera transición. Los ecos de la opresión aún resuenan, pero en formas más sutiles: la corrupción se ha arraigado en el gobierno, una dictadura silenciosa que se ha apoderado de las cabezas de poder, se crea una red corrupta que se alimenta de la desesperanza del pueblo.

A medida que hay desahogo en las redes virtuales, se evidencia una paradoja: hay unidad en la queja, en la expresión de indignación, pero esa misma fuerza no se traduce en una manifestación física que reclame un cambio real. En el mun-

do digital, se encuentra un espacio para compartir frustraciones, pero en el plano físico, la unión para exigir lo bueno para un sector mayoritario parece inalcanzable. Yo misma he sentido esa desconexión. Es fácil compartir un *post* o escribir un comentario, pero difícil decidirse a salir y enfrentar la realidad, especialmente cuando las historias del pasado muestran las consecuencias de alzar la voz. Esto demuestra la falta de confianza en un sistema que ha demostrado repetidamente que sus líderes están más interesados en su beneficio personal que en el bienestar general.

No podemos seguir siendo meros espectadores en este escenario. La transición democrática que se nos ha prometido parece más un espejismo que una realidad tangible. Los políticos de afiliación corrupta se unen para proteger sus privilegios, mientras que el pueblo se fragmenta en su descontento. Es imperativo que tomemos la iniciativa y exijamos un verdadero cambio, no solo a través de redes virtuales, sino en la vida real, en las calles, donde nuestras voces puedan resonar con fuerza.

La caída de la dictadura no implica una democracia automática. La lucha por una sociedad justa y equitativa es continua. Se debe desafiar las narrativas del pasado y exigir un futuro diferente. Debemos recordar que la democracia no es solo un sistema político, sino un compromiso de construir un país donde todos tengan la oportunidad de prosperar, un lugar donde la corrupción no tenga cabida y donde el dolor de la historia no se repita.

La transición democrática en el Paraguay está lejos de ser una realidad completa. No he vivido la dictadura, pero observo su herencia, sigue presente en nuestra sociedad a través de la corrupción, la hipocresía, la ignorancia y el silencio de quienes aún creen que el pasado fue mejor. Debemos actuar, desafiar las sombras y construir un futuro que honre la lucha de quienes vinieron antes que nosotros.

## Parte del equipo

**LLEGUÉ A LA OFICINA** del centro de Ciudad de Este con los zapatos empapados y el corazón desbocado. Apenas había dejado atrás los días universitarios cuando me ofrecieron este puesto de secretaria del gobernador Torres, un político local de bajo rango, influyente pero lejos de ser una figura nacional. Mamá no quería que aceptara el trabajo. «Las secretarias de los políticos siempre acaban siendo sus amantes», me había dicho. Para ella, la caída de un dictador no era suficiente; los parásitos nunca desaparecen, solo se acomodan bajo nuevas máscaras. Y aunque sabía que tenía razón, acepté el puesto, convencida —o quizás solo deseosa de creer— que yo podría marcar una diferencia en medio de este cambio incierto. Pero mientras cruzaba el umbral del despacho y el calor sofocante, junto con el humo de cigarrillos, me envolvía, no dejaba de preguntarme si solo me estaba engañando para no sentir que ya había cometido un error.

Al saludar al señor Torres o, como hacían referencia a él, «don Manuel», percibí su sonrisa amplia y promesas aún más grandes. Era un hombre curtido en los viejos tiempos, pero ahora se presentaba como renovador, un defensor de la democracia en el departamento de Alto Paraná. Sin embargo, algo en su mirada me inquietaba. En la oficina, los expedientes se acumulaban en las esquinas y la cafetera nunca dejaba

de borbotear, los teléfonos sonaban sin cesar y las órdenes llegaban como ráfagas: gestiones, favores, solicitudes.

Un verdadero shock llegó a mí cuando Omar, el asesor personal de don Manuel, me entregó una carpeta marrón con el sello del departamento. Era un tipo de rostro serio, impenetrable. Me pareció que sus facciones estaban diseñadas para no revelar nunca lo que pasaba por su mente.

—Lleva esto al despacho del ingeniero López. No preguntes nada —dijo en un susurro, como si hasta el aire pudiera traicionarnos.

Intuitivamente quise abrirla, pero antes de que mis dedos tocaran el borde de la carpeta, sentí su mano en mi hombro, deteniéndome.

—Es mejor que no lo hagas —murmuró con voz firme—. En este trabajo, es importante saber cuándo mirar para otro lado.

Mi corazón se aceleró. Sabía que había cuestiones turbias, pero esto lo hacía tangible. Asentí. No era el momento para preguntas. Mientras caminaba hacia la puerta, cada paso era más pesado y el aire en mis pulmones se volvía más espeso. Algo en mí quería saber qué había en esa carpeta, pero otro lado, uno más prudente, me decía que en ese lugar la curiosidad mataba y hasta enterraba al gato.

Con el tiempo, noté que las visitas a empresarios y jueces eran frecuentes, pero los registros de esas reuniones parecían evaporarse de los documentos oficiales. El lenguaje en la oficina era otro: «gestionar» era un eufemismo para favores que, por supuesto, nunca eran gratuitos. Pronto, comenzaron a incluirme en conversaciones que prefería no haber oído. «Vos, Lucía, sos parte del equipo; no podés dejarnos», me dijo Omar una tarde, mientras sostenía un vaso de whisky y sonreía como si me hubiese halagado. Entonces lo supe. Lo que antes era un vago rumor ahora era real: la corrupción

no se escondía, simplemente se disfrazaba de rutina. Y yo estaba en medio de ella.

Mientras revisaba algunos documentos en la pequeña mesa al fondo de la oficina, escuché el sonido de la puerta al cerrarse. Levanté la vista y allí estaba don Manuel, con una sonrisa que no alcanzaba a sus ojos.

—Lucía —comenzó, acercándose un poco más de lo habitual—. Trabajás mucho. Sos una de las mejores secretarias que tuve. Hay algo en vos que me atrae.

Su mirada se posó en mí con una intensidad que me incomodó.

—Gracias, don Manuel, solo cumplo con mi trabajo.

—Pero, ¿por qué solo ser secretaria? Podrías ser algo más... valioso para mí. Esta oficina tiene muchas oportunidades, y me gustaría que fueras más parte de mi equipo...

—Señor, aprecio la oferta, pero me interesa solo el trabajo.

—¿Por qué no pensás en esto? Solo considerá lo que podrías ganar. No estoy hablando solo de dinero. Estoy hablando de poder. De ser parte de algo más grande. A veces, los mejores tratos no son solo los que se firman en un papel.

—Lo tendré en cuenta —respondí, evitando su mirada.

Con un gesto rápido, volví a centrarme en los papeles sobre la mesa, buscando cualquier cosa que me distrajera. Él se alejó, pero no sin antes decir:

—Acordate, Lucía, que el mundo es de los que se atreven a dar el paso.

Un sabor amargo y una opresión en el pecho permaneció. A medida que los días pasaban, la mirada del jefe se volvía cada vez más insistente.

Él se acercó de nuevo, esta vez con una expresión más seria.

—Lucía, olvidate de lo que hablamos. No pasó nada. No quiero que esto salga de estas cuatro paredes. Lo mejor para ambos es que sigas trabajando y que no le digas a nadie so-

bre nuestra conversación. Te prometo que acá solo te esperan oportunidades.

¿Realmente podría seguir ignorando el desasosiego que me invadía? La idea de callar y mantenerme al margen de sus juegos se sentía como una traición a mis principios. La presión era asfixiante. No sabía cuánto tiempo podría resistir sin romperme.

La tensión en la oficina se hizo palpable. El jefe empezó a tomar represalias sutiles. Cada vez que pedía un favor o necesitaba un documento, su mirada se volvía más incisiva y sus palabras de desdén. Mis compañeros se volvieron más silenciosos.

Una tarde, cuando apenas quedaba gente en la oficina, él se presentó de nuevo en mi despacho. Su rostro era una máscara de calma, pero sus ojos ardían con una rabia contenida. Se acercó, esta vez casi a susurrar.

—Lucía, ya no puedo jugar más. Me estás frustrando. Es simple, ¿quieres tener una carrera en este lugar o quieres que se te cierren todas las puertas?

—Don Manuel, mi trabajo es lo más importante para mí. No necesito ayuda para avanzar en mi carrera —respondí, aunque mi voz temblaba un poco.

La sonrisa que él me ofreció no era amable.

—¿No necesitas? Te sugiero que reconsideres...

Mientras volvía a casa, un torrente de pensamientos me abrumó. Necesitaba respuestas. Al llegar, revisé mis notas en busca de alguna pista que me ayudara a entender la corrupción que me rodeaba. Entonces, un nombre saltó a la vista: el ingeniero López, vinculado a escándalos que había ignorado.

Pasé los días siguientes sumergida en documentos y artículos, armé un rompecabezas que poco a poco conectaba a las personas con poder en el gobierno.

Sin embargo, antes de planear mis próximos pasos, el acoso de don Manuel escaló. Sus insinuaciones se hicieron más agresivas.

Mientras revisaba unos informes, él se presentó sin previo aviso.

—¿Qué estás haciendo acá tan tarde?

En un instante, su mano se cerró sobre mi brazo, apretándolo con fuerza.

—No quiero que te sientas incómoda, pero si no te alineás, te podés arrepentir.

Mi corazón latía con fuerza, pero ya no estaba dispuesta a ceder. Sentí que toda la desesperación que había acumulado se transformaba en una determinación feroz.

—Es inaceptable. No voy a permitir que me amenace. No soy parte de un juego.

Su expresión se volvió oscura y furiosa, pero esta vez no retrocedí. Cuando finalmente se alejó, su mirada me siguió. Algo en su expresión también delataba el miedo a perder el control.

Con el tiempo, tras varias noches en vela, logré recopilar evidencia sobre los vínculos de don Manuel con el ingeniero López. No podía quedarme callada. Esa misma noche, envié la información a un medio informativo local, junto con una carta que alertaba sobre la corrupción en la oficina del gobernador.

Los medios publicaron la noticia, pero el escándalo se desvaneció rápidamente en el aire. Las noticias fueron absorbidas por el bullicio cotidiano y con el tiempo se convirtieron en solo otro titular en un mar de información.

En medio de todo eso surgió el tema del acoso a su nueva secretaria. Yo también había denunciado el hecho. Sin embargo, lo que más me impactó fueron los comentarios que la gente publicó en los foros y las redes virtuales: «Ella luego le buscó seguro», «Se le habrá insinuado», «Era cómplice», «Obvia-

mente, una amante»... Todos insinuaban que la culpa recaía sobre mí solo por haber estado trabajando en esa oficina.

A pesar de que había actuado en nombre de la verdad, me convirtieron en objeto de desprecio, y quedé atrapada en la misma trampa que había intentado evitar.

Dejé atrás los papeles, las promesas rotas y la mirada de don Manuel. Algunos amigos me pidieron que volviera, insinuando que todo había sido un malentendido, que las cosas no eran tan malas. La política era así, decían. Ya no les respondí.



En Enciso, La Rioja, España  
**Cristian David López**

Foto: Marta Marilín Martínez Rotela.

---

### **CRISTIAN DAVID LÓPEZ (LAMBARÉ, 1987)**

cursó los estudios primarios en la Escuela Nueva Esperanza (Depósito Kué, *Yhú*, Ka'aguasú) y los secundarios en el Colegio Nacional San José de Repatriación. Emigrante sin papeles, primero en Argentina, luego en España. Reside en Oviedo (Asturias), en cuya universidad se graduó en Lenguas Española y sus Literaturas, y realizó el Máster Universitario en Formación del Profesorado de Educación Secundaria Obligatoria, Bachillerato y Formación Profesional. Actualmente estudia el Máster Universitario en Español como Lengua Extranjera. Es profesor de Lengua y Literatura en enseñanzas medias. En 2014 fue galardonado con el I Premio de Poesía Jovellanos con el poema «Sy». Su novela, *La patria del hombre*, obtuvo el Premio Asturias Joven de Narrativa. Ha sido traductor de los *Cantos guaraníes* y ha seleccionado y editado *Reflexiones y epifonemas* y *Sobre literatura y arte*, de Rafael Barrett. Es además autor del libro de poemas *Permiso de residencia* (2015), el relato infantil en asturiano *Pallabres pa Martin* (2017), la ficción diarista *Hola, mundo* (2018) y la obra de teatro *Basta con tener ganas* (2020), galardonada con el premio de Teatro Asturias Joven. En 2021, publicó su segundo libro de poemas *Constancia*, muy aumentado en la segunda edición. Fue director de la revista *Areté*, en cuya colección apareció su primer libro de poemas en guaraní *Yvy memby*. En 2024, publicó *Los regalos del camino*, una selección de crónicas viajeras.

## Mi transición

**TENÍA TRES AÑOS** cuando empezó la transición a la democracia. Es decir, no me había enterado de nada. Lo único que puedo decir es que para que mis sueños se cumplieran tuve que salir del país. No pedía mucho. Quería estudiar para trabajar en lo que me gustaba. Leer, tener un poco de dinero para comprar un libro. No había bibliotecas. Un libro era un lujo, como un trozo de carne, como un huevo frito o un cachito de pan. ¡Y en un país tan rico!

No soy el único que ha tenido que salir de la patria. Casi todos los compañeros, tanto de primaria como de secundaria, se marcharon a la Argentina, al Brasil y a España, para ganarse la vida y las de sus familiares que han quedado en el Paraguay. La transición, ese cambio que seguramente muchos jóvenes vieron lleno de esperanza, nunca llegó a materializarse. La corrupción se había apoderado de todo el sistema. Ser corrupto es lo más natural, lo más canchero, lo que te hace parecer más listo. La corrupción es tan común que no se ve ya más. Ser corrupto es estar a la moda en el país. La calidad no tiene méritos. Lo que nos sirve para salir del hambre por algunos meses es pertenecer a un partido político. Ser hurrero. Para los que no queríamos eso, la única salida era mirar fuera, lejos de esas tierras, de las canchitas, de esos arroyos donde vivíamos la felicidad porque éramos niños.

La transición no se llevó a cabo. No se ha regado con sueños reales, con proyectos reales, con inversión en educación, en trabajo, en el campo. Nuestro país es un país deforestado donde los camiones llenos de rollos siguen a sus anchas desangrando los bosques de nuestros antepasados y de nuestros futuros hijos y nietos. Las ayudas que se recibían iban a parar a un bolsillo ajeno, no a la gente, al pueblo. No se materializaban nunca. La transición, la nuestra, no tiene razón de ser. No se puede llamar transición a un periodo en el que no se han producido las mínimas oportunidades para los que realmente quieren salir del agujero en el que tuvieron que nacer. No se puede llamar transición a lo que no cambia, a lo que no avanza, a lo que se estanca y como el agua se va pudriendo. No hay transición en un país donde la gente no es capaz de cambiar de color político porque no es capaz de cambiar de mentalidad.

Puede que ahora mismo escriba estas líneas desde una visión desanimada, enrabiada, impotente, pero es una visión real, al menos, desde mi experiencia personal y la de muchas personas que conozco. Se puede querer a un país, porque queremos a su gente, su música, su folclore, su paisaje, su historia. Yo quiero mi país porque me dio una infancia pobre, triste, me dio la oportunidad de soñar, de soñar con volar lejos.

A veces también lo olvido, olvido a mi país, pero en mis sueños sigo soñando con él, como si soñara con mi madre, con la que ya no estoy, con la que nunca estuve, pero que me dio la vida. Se puede perder un país, pero no se puede perder la patria. La patria del paraguay, por la que transita, es el camino polvoriento, ese país que no tiene fronteras. Su camino siempre es circular porque, aunque recorra el mundo, siempre vuelve a casa y porque tiene mala memoria para los sufrimientos.

## Juancancio

**ALLÍ ESTABA JUANCANCIO**, tendido sobre el pasto, encadenado a un naranjo. Alguien lo había matado por la noche, mientras todo el mundo dormía. En el pueblo todo el mundo era sospechoso, por eso nadie había señalado a nadie.

Quién iba a pensar que terminaría su vida de esa manera, con solo veintidós años. Ya sin el aliento vital, allí parecía dormido nomás y se le veía tan joven aún. Su aspecto era el de un niño que no ha superado la pubertad. Juancancio había nacido en Depósito Kué, en un pueblo de Ka'aguasú, de donde nunca salió. No llegó a conocer a su padre. Le habían dicho que era hijo de un gringo que era macatero, pero su madre lo negaba.

El llanto de su madre, que parecía que provenía de otro mundo, se escuchó desde la madrugada. Algo terrible (que ya se esperaba) había pasado.

Un día antes de su muerte, se celebró un juego de bingo en la escuela. Todo el pueblo asistió para colaborar con los alumnos que buscaban recaudar un fondo para la graduación y el viaje de fin de curso a Camboriú.

En el bingo estaba el *pa'i* Pedro Tabacayú, el cura del pueblo que era además poeta. Todos lo querían como a un padre. Conocía a Juancancio desde que era un bebé. Él mismo le puso el nombre. Lo había bautizado en su parroquia y en cierta medida sentía orgullo y decepción por el chico.

El pequeño Juancancio creció como esa pequeña hierba que a orillas del camino alguna mañana encuentras. Parece tan frágil pero un día lo vuelves a ver y es todo un árbol. Un día Juancancio ya era todo un hombrecito ante los ojos del pueblo y tenía su propio grupo de amigos. No iba más a la iglesia los domingos con su madre. El cura ya no lo veía.

En Depósito Kué, la gente empezó a quejarse al cura —era la autoridad más respetada; no había policía— de que se le andaba robando las gallinas. El cura buscaba consolar a los com-pueblanos, prometiéndoles que iba a rezar y averiguar quién estaba detrás de eso. Las quejas crecieron en cantidad y tono hasta que un día alguien se quejó del robo de un chanco.

—Ni siquiera Jesús perdonaría tal sacrilegio —murmuraba algún vecino.

La gente empezó a sospechar de la pandilla de Juancancio. Eran cinco jóvenes. Andaban en grupo y vestidos de una forma indecente por no decir anormal. Uno de ellos tenía un Cristo crucificado tatuado en el brazo. Eso, a la gente del pueblo, le daba qué pensar; no lo veía bien. Alguna que otra señora se santiguaba cuando veía a uno de esos chicos sin camisa sentado al borde del camino, tomando tereré durante la siesta.

Tantos sospechaban de la pandilla que todos lo confesaban al cura. Él, indeciso, prometió hablar con Juancancio.

Una mañana lo fue a visitar a las once para cumplir su palabra. La madre de Juancancio no estaba. Cuando el cura llegó, después de llamar muchas veces a la puerta, fue recibido por Juancancio. Tenía el pelo enmarañado, como si hubiese dormido en la chacra.

El cura le esperó en el portal. Juancancio salió con una silla para que el cura se sentara. El padre, que siempre le había tratado como a un hijo, le preguntó por qué no pasaba más por la iglesia. Juancancio le respondió que no iba a rezar

porque trabajaba los domingos. El cura lo miró a los ojos. No le creía. Lo conocía.

—Los domingos son días para dedicar solo a Dios y no a la carne, hijo.

Los dos se quedaron callados durante un rato.

Después, tratando de bajar la voz, prosiguió:

—Sabes que todo el pueblo habla de tu pandilla. Creen que son ustedes los que andan robando sus gallinas. Yo les digo que no creo que sean ustedes, porque te conozco a ti, Juan. Sé que vos sos un chico bueno. No harías estas cosas.

Juancancio dirigió la mirada hacia la calle.

—Y si tú estás detrás de todo esto, te pido que no sigas. Los que roban no entran al reino de los cielos. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, *pa'i*, lo sé. Pero yo no tengo nada que ver con los robos. La gente habla, es imposible hacerle callar. Siempre dice y confiesa todo lo que sospecha. No saben qué hacer y empiezan a chismosear. Son todo chisme nomás.

A Juancancio le temblaban levemente las pálidas mejillas. El cura notó que se había puesto nervioso y decidió dejarlo. Pero antes de pasar el viejo portoncito de madera, le dijo:

—Apartate de ese grupo, hijo. Vuelve a retomar el buen camino. Y no quebrantes tanto a tu buena madre que no para de rezar por ti, como yo y todo el pueblo.

Juancancio cerró la puerta sonriente y bajó la cabeza en señal de aprobación.

Dos semanas pasaron desde esa visita. Parecía que el asunto de los robos era agua pasada. Pero la gente del pueblo no lo había olvidado, había cogido un rencor hacia la pandilla que ni siquiera quería hablar de ello.

Una mañana, una de las señoras más fieles del pueblo, doña Francisca, llegó toda desesperada a la iglesia. Habían carneado a su única vaca en su propio piquete. El cura no lo podía creer y fue a ver el escenario. Era verdad. A cin-

cuenta metros de la casa de doña Francisca la habían faenado. Solo dejaron la piel y las verdes tripas infladas que los perros, como moscas negras, se esmeraban en devorar.

Dos días después encontraron a los dos perros de doña Francisca. Habían sido envenenados. El cura no quería creer lo que veía y se quejaba a doña Francisca que no podía seguir acusando a la pandilla sin pruebas.

—Acusar a alguien sin pruebas es un pecado...

Cuando esto decía, ni él mismo se lo creía. Sabía perfectamente quiénes eran. Pero necesitaba una prueba, una señal, y esa señal apareció allí mismo frente sus narices.

—Yo los vi, *pa'i* —dijo una voz en medio de la gente.

El padre sintió un cosquilleo de rabia que subía por su columna vertebral. Se volteó para ver de quién provenían esas palabras. Vio a un niño que tenía en la mano mugrienta medio trozo de mandioca blanca a medio comer.

—¿A quién viste, Luismi?

—A los que mataron a la vaca.

—¿Y quiénes fueron?

—Eran cinco. Y también había una mujer con ellos.

El chico empezó a nombrar a todos, diciendo el nombre de Juancancio y también el de su madre. El cura no lo podía creer o al menos fingía no creerlo. Quedó en silencio durante un rato, pensando en qué podía hacer.

Enfadado, fue caminando cabizbajo a la parroquia. «Al que busca el mal le llegará el mal», murmuró. Cuando llegó, escribió en unos folletos blancos los nombres de todos los que Luismi había nombrado. En la hoja decía que ellos estaban expulsados del pueblo y que eran llamados LADRONES. Así, en mayúscula con letra roja. Y los pegó en cada árbol, poste, portón, hogar, en todo el pueblo y sobre todo en la escuela para que ningún niño o niña tuviera contactos con ese grupo. El pueblo murmuraba alegre la noticia.

Nadie volvió a ver a la pandilla, a Juancancio ni a la madre, hasta el día de bingo en la escuela. El cura no jugó. Solo vino a saludar a la gente y a Rodolfo Domínguez, el director de la escuela. Bendijo a los alumnos y les entregó dos boletas para jugar, rogándoles que si ganaran un premio lo entregasen a la Iglesia. Se despidió y fue caminando de vuelta a la parroquia. No dejó de saludar a nadie, a cada mujer y hombre, y a todos los niños. Hasta los perros, que estaban dormitando en la arena, bajo la sombra, se acercaron para recibir una caricia suya.

Quería llegar cuanto antes para regar las plantas de tomate que estaban con las hojas lánguidas. El aire estaba seco y el polvo escocía el olfato.

Caminó lentamente. Llamó la atención de la gente durante algunos minutos, pero cuando empezó a cantarse el bingo, la gente dejó de mirarle.

«Los dos patitos», dijo una voz. Y luego, «la niña bonita, quince». El cura ya casi no oía los números cuando la misma voz dijo: «¡La mala pata, trece!»

A cien metros de la escuela, entre arbustos, estaba sentado Juancancio, con un sombrero blanco en la cabeza. Llevaba desaparecido unos quince días del pueblo. El cura no lo vio venir. Juancancio lo había seguido por detrás. Cogió una piedra y se abalanzó sobre el cura. Cinco golpes en la cabeza. La sangre brotó y al instante fue absorbida por la seca tierra. Llevaba más de un mes sin llover.

Cuando la gente vino a socorrer al cura ya era muy tarde. Juancancio había desaparecido. Enseguida un grupo de hombres armados con machetes y escopetas se dirigieron a la casa de Juancancio, dejando una polvareda roja por el camino. Nadie lo había visto pero una nube de sospechas hizo pensar a la gente de que el niño predilecto del cura era el culpable. El único que lo odiaba de verdad, aunque nadie sabía por qué.

Todo el pueblo se dirigió hasta esa casa. Julio, el hermano de doña Francisca, tenía una escopeta en la mano, y gritaba a Juancancio para que saliera. Pero este no se dejaba ver. Salió en cambio su madre, pidiendo, entre llantos, que no le hicieran daño a su hijo.

—Por favor, por favor. No le hagan nada. Es un niño bueno. Solo que está mal de espíritu. Tiene el demonio dentro, pero pronto lo dejará. Él es inocente. Es solo que está el demonio dentro de él. Pero le va a dejar... Estoy ayunando... para que lo deje...

Los perros ladraban al ver tanta gente rabiosa en un mismo lugar. Julio y otros dos cogieron a la madre y la apartaron de la entrada. Luego golpearon la puerta hasta derribarla. Cuando entraron, escucharon un ruido en la azotea.

La gente gritó cuando vio que Juancancio rompía el techo de la casa. Surgió desnudo, sudoroso y ensangrentado, como un recién nacido. Parece ser que había tratado de limpiarse el cuerpo. Saltó del techo y cayó al suelo. Con dificultad se puso en pie y huyó rengueando. Tenía un cuchillo en la mano y manchas de sangre en la cara, los brazos y el pecho. Pero no podía escaparse ya. Sus ojos vidriosos estaban rojos y se movían sin parpadear de un lado a otro. Unos perros le habían hecho caza cuando Julio y otros hombres lo agarraron. Le arrancaron el cuchillo sin mango y allí mismo en el suelo lo maniataron. Luego lo arrastraron lejos de la calle.

Juancancio creyó que el pueblo tendría compasión de él, que aún le veía como a ese niño que correteaba por el campo con una hondita en la mano, en cuya sonrisa nunca parecía verse una pizca de maldad, y al que todo debía perdonarse.



En la Facultad Politécnica, UNA  
**Joel López Vidal**

Foto: Mariela López.

---

**JOEL LÓPEZ VIDAL (CHOLOLÓ, PIRIVEVUY, 1990)**

estudió en escuelas y colegios de Escobar (Paraguarí) y Pirivevuy. En 2012, se trasladó a San Lorenzo, en la residencia universitaria *Tekoha* (CEUNIRA), para estudiar y trabajar. Culminó la carrera de Ingeniería en Electricidad en la Facultad Politécnica de la Universidad Nacional de Asunción (UNA) y la especialidad en Didáctica Universitaria por la Facultad de Filosofía (UNA). Se formó en investigación y escritura científica con la Sociedad Científica del Paraguay (SCP) y con el Grupo de Investigación en Sistemas Energéticos (GISE) de la FP-UNA, y en literatura con el Taller de Escritura Y (TEY). Fue presidente del Centro de Estudiantes Universitarios del Interior Residentes en Asunción (CEUNIRA) y secretario de planificación y proyectos de la Asociación de Estudiantes de Electricidad (AEE). Expositor en jornadas de investigaciones como el XIV Seminario del Sector Eléctrico Paraguayo, donde su trabajo fue premiado como mejor investigación académica. También es docente, redactor de artículos de opinión en medios de comunicación locales y autor de un artículo científico internacional (aprobado por la IEEE CHILECON 2021). Egresado del Programa de Fortalecimiento ODS (Objetivos de Desarrollo Sostenible)-Juventudes 2030, organizado por la red internacional JI, Comisión ODS Paraguay y PNUD Paraguay. En la sociedad civil, formó parte de organizaciones como el Frente Estudiantil por la Educación (FEE), la campaña *Itaipu Ñane Mba'e* y Brigadas Solidarias.

## La economía de los yugos

**CUANDO ABUELA FALLECIÓ**, para el sepelio, la trasladaron hasta el cementerio en una carreta de madera tirada con dos bueyes. Atrás, una multitud de familiares y amigos peregrinaban por el antiguo camino de tierra arenosa sin nombre, que en épocas de lluvia era transitable solamente para dos tipos de vehículos: los tractores y las carretas campesinas.

Hasta la primera década de los años 2000 podía verse que los bueyes, corpulentos animales, eran los únicos que en las compañías rurales podían sacar a la gente de ciertos aprietos. Algunas cosas cambiaron con la accesibilidad a motocicletas y motocarros, pero esos animales, seres colaboradores con el desarrollo cultural y económico desde épocas muy antiguas en muchas sociedades, en mi comunidad natal seguían haciendo lo suyo para ayudar a trasladar a los enfermos o las embarazadas hasta algún médico de una compañía cercana, arar la tierra para las plantaciones, transportar la producción de los campesinos o simplemente movilizar a los niños y las familias de un lugar a otro.

Sí, la producción, la salud y la educación se movían al ritmo de los bueyes y las carretas. En el caso de las escuelas era habitual que, en momentos de caminos lodosos o fangosos, los grupos de niños eran acercados en carretas. También los materiales de construcción y otros insumos, como para las huertas escolares se transportaban con el mismo medio.

En ese contexto, se sabía poco o nada de las autoridades del municipio, los ministerios y las secretarías del Estado, salvo en etapas electorales, prácticamente como ocurre hasta hoy día. Claro, a quién podía importarle si solo eran algunas compañías aisladas en la frontera de dos departamentos, a un costado del distrito de Pirivevuy (Cordillera), lindando con el distrito de Escobar (Paraguari). Electores que no saben a ciencia cierta a qué municipio corresponden y, en términos matemáticos, no son prioritarios. Nunca lo fueron.

Muy bien que lo entendían muchos pobladores que solo se preocupaban por producir lo suficiente para tratar de alimentar, educar y vestir a sus hijos e hijas hasta que crecieran. Tal vez atados a la idea de que ese proceso lento hacia la búsqueda de algo mejor era totalmente natural, sin importar todo el desgaste acarreado durante tantos años. Los bueyes no eran los únicos esforzados, ni los únicos amarrados.

La idea de muchos, más que salir de la miseria, era que sus hijos pudieran alcanzar un poco más que ellos, ser un poco más libres. De hecho, eso ocurrió con el tiempo en esas zonas rurales, pero no porque la chacra mejorara, sino porque los hijos y las hijas abandonaban las fincas, buscando algún futuro mejor en Asunción o viajando fuera gracias a alguna venta de los bueyes o las vacas de las familias.

Años después de la cruel dictadura del Paraguay, las alejadas comunidades y las no tan alejadas, pero incomunicadas, siguen padeciendo la misma ausencia de políticas públicas elementales. Pero al menos ya somos muchos los que soñamos con culminar este largo estado intermedio entre un tiempo muy oscuro, que causó atrasos y mentiras, y algo imaginario mucho mejor, llamémosle democracia real.

Esta transición a la democracia es como el yugo de los bueyes, que también atrapa y atrasa a los pueblos, aunque se mantengan haciendo lo que pueden en forma lenta, sufrida y

abandonada. Así avanzamos mientras una minoría, familias, personas y corporaciones enriquecidas o favorecidas durante la dictadura, toma las decisiones, mantiene la impunidad y aumenta las desigualdades. Lo que podemos, nos queda hacer fuerza para liberarnos, de alguna manera, de los socios de la tiranía, pasar de la transición a una verdadera democracia de progreso colectivo.

## Vacaciones de verano

**SILBIDOS Y GRITOS** interrumpen mi atención mientras preparo las cosas en el bolso. Es el mismo grupito y la misma señal de todos los días, llevando la pelota a la canchita. Papá me apura. A las 18:30 pasa el último colectivo de Piribebuy S. A. frente a la despensa 7 Hermanos, a cuatro kilómetros. Hasta ahí hay que caminar.

Mamá, tras ordeñar las vacas en el tambo, regresa a las apuradas y lava rápido algunas botellas de vidrio para cargar la leche. Por el olor, los chanchos atados alternan chillidos y gruñidos. Voy y les arrojo desde lejos pedazos de mandioca cruda. Vuelvo y ayudo a mamá para ordenar la leche en la mochila. También guardamos bolsas con poroto, maní, queso, hasta un pedazo de chipa guasú.

Antes de agarrar nuestras cosas, junto las manos en dirección a mamá.

—Dios te bendiga —dice ella, casi susurrando.

En forma simultánea, mis hermanas ondean las manos a unos cien metros de nosotros, soltando un momento los baldes de ropa que traen del arroyito de doña Germana.

Salimos. Mientras nos alejamos de la casa acelerando la caminata, mamá me grita como puede:

—*Re tupanói nde tiape pe guahere.*

Nuestra casa de adobe y techo de paja queda al total cuidado de las mujeres. También, todas las actividades de

la chacra y los animales domésticos. Mamá siempre trabaja más, pero en vacaciones la ocupación aumenta para todos. El estudio es prioridad, suele decir ella. En sus tiempos casi no había escuelas y el colegio era un privilegio de pocos.

De hecho, sabemos que mamá cursó algún grado de la escuela, pero nunca nos animamos a preguntarle si sabe leer y escribir. Lo importante es saber firmar, dice tío Daniel. Lo cierto es que mamá tiene un alto interés en que estudiemos.

Todos los hijos estudiamos y nos dedicamos. Ahora estamos de vacaciones y es normal una reorganización para los trabajos de la chacra, hogar y otras actividades externas. A mí me toca acompañar a papá que consiguió un trabajo nuevo. Es una changa muy esperada: el hijo de doña Dalmacia, la médica naturalista de Capilla Kué, se apura en reparar la casa donde viven, en Asunción, antes que nazca el primer hijo del matrimonio.

Justito alcanzamos el bus, gracias a que don Blas se fija desde la despensa que corremos por el camino de tierra en dirección a la ruta. Un silbido y unas señas de mano bastan para que el chofer frene. El guarda se ríe y hace unos gestos al chofer, como indicándole nuestras desesperadas maniobras para alcanzar el viaje, mientras reacomoda varios billetes entre sus dedos.

Nos sentamos. Me ubico del lado de la ventanilla abierta. Acelera el colectivo. Como de costumbre me concentro en la ráfaga de árboles y ocasionales casas. Anda rápido el chofer, eso que va manipulando su radiocasetera, mientras el ayudante cobra el pasaje. Pasamos plantaciones de caña de azúcar y cerros, cuando el cielo se oscurece completamente. Me gana el sueño...

—Gaseosa a mil, a mil, a mil la torta —me despierta el barullo comandado por un vendedor con apariencia de viejo, pero que grita con mucha fuerza. Viste un quepis que dice:

*Lista 1 Nicanor Duarte Frutos presidente.* A mamá también le habían dado esa gorra cuando fueron a tractorear el camino de tierra de nuestra comunidad, *Arasaty*. A mi tío le habían prometido chapas. Nunca las llevaron.

Mientras me concentro en la conversación de dos pasajeros, llegamos. Nos bajamos y caminamos siete cuadras hasta una casa. Aplaudimos y sale mi tía Sara y mi tío Anastasio. Los saludamos y papá les pasa las cosas que mamá encargó para ellos. Yo junto las manos y las levanto hacia ambos.

—Dios te bendiga —dicen casi al mismo tiempo.

Ya dentro de la casa, los mayores conversan y nos sirven la cena. Yo voy luego con mis primos, todos varones, por recomendación de tía Sara. En un espacio del fondo acomodamos una cama vieja. Lo hacemos muy rápido con la fuerza que tiene Esteban. Me hace dudar de que solo tenga catorce, un año más que yo. Son buenos tipos mis primos. Me platican muchas cosas. Yo trato de seguirles. Tienen un castellano rápido, a mi entender. Mi tía nos interrumpe. Me dice que ya debo ir a dormir donde papá, si hay trabajo a la mañana. Así lo hago...

Me despierta a medias el ruido del preparativo de herramientas. Ha amanecido. Según entiendo, papá presta algunas cosas de mi tío.

—*Nde*. ¿Qué pasó de mi pala de punta? —escucho desde la cama.

—Está en lo de Francisca. En la semana te traigo —responde papá.

Francisca es la mamá de otros tres hijos de papá. Viven en Capiatá. Hasta hoy no llegué a conocerlos. Mi hermano mayor que vive en la casa de otra tía, desde donde trabaja y estudia, me comentó sobre ellos.

Me levanto y preparo. Tía Sara me llama a desayunar café con leche. Luego, a la par que agarramos nuestras cosas, tía me pasa un recipiente con tortilla y pan:

—Poné en tu bolso. No se olviden de mi táper. Tu papá ya sabe luego.

En la calle hay mucha gente. Nadie saluda, pero hay lindas mascotas y casas adornadas. Todo muy bien, hasta que abordamos un colectivo de la línea 18. Mucha gente.

—Más hacia atrás, por favor —dice el chofer, ya remojado de sudor tan temprano.

Nos ubicamos en un hueco del fondo. Las cosas se suelen precipitar rápido, cuando ya no controlas el cuerpo. A diez minutos de subir, siento escalofríos y luego como que quedo sin aire en cada frenada del chofer. Aguanto un rato. Cuando salíamos con mamá de *Arasaty* al pueblo de Piribebuy o Paraguarí, sufría mareos incómodos, igual que mi hermana. En la línea 18 es mucho peor.

—En rato llegamos —me dice papá.

Él no sabe mucho sobre nosotros. Hace solo unos meses que ha vuelto a casa, junto a mamá.

Las cosas no van muy bien en el colectivo. En un libro de ciencias del colegio se menciona que es por el sistema vestibular del oído medio, donde se encuentra el aparato que logra cierto equilibrio entre lo que dice el cerebro y lo que pasa en la realidad. Con los labios empieza, se ponen blancos como algodón, luego comienzas a sudar frío y a sentir unas horribles náuseas. En un momento ya no aguanto y ocurre el desastre. Me avergüenzo. Se sacude una señora con la mirada amenazante.

—*Eguejy* —me dice papá, mientras estira el cordón del timbre y agarra las cosas—. ¿Por qué no avisaste antes? *Problemarande voí reju*.

Yo miro el piso con un remolino de sensaciones incómodas en la cabeza.

Una caminata de trece cuadras de bajada y llegamos a una casa, frente a un colegio. Nos reciben dos personas aún jóvenes.

—Él es un albañil valé que me recomendó mamá, amor — comenta el señor a la señora con notable panza de embarazo.

Los saludamos. Se presentan como Justo Paredes y Elena Peralta. Le explican los detalles a papá. Se mudan momentáneamente, hasta que terminen las obras. Se despiden. Entramos para reconocer el área y nos ponemos la remuda de trabajo.

Conseguimos un colchón con el patrón y a veces nos quedamos en la obra a dormir. No queremos molestar muy de seguido en casa de mis tíos.

Avanzamos bien. Muy rápido me vuelvo hábil para preparar la mezcla. Desde chico manipulamos la asada en la chacra. Papá trabaja con mucha eficiencia: unos mazazos, unos raspones y un remojo habilitan un nuevo revoque. El provisionamiento de material debe seguir ese ritmo. Durante el fratachado, aprovecho para preparar otra canchada. Ya manejo las proporciones de ingredientes, sea para revoque o colocación de ladrillos.

Hay días buenos, días malos y días mezclados en la refacción de la casa ubicada a ocho cuadras del Mercado 4, enfrente del Colegio Nacional Pedro P. Peña. Trabajando, pasan los días.

Es 16 de enero. Desde que empezamos a trabajar, la plata que se cobra es la plata que se escapa. Así dice papá en todo momento. Tiene nueve hijos en dos departamentos del país, tres ciudades y tres casas diferentes. No todos nos conocemos. Algunos en la escuela, otros en el colegio, dos changando por momentos. Tía Sara me describió la película completa.

Hasta este momento, la comida no ha faltado. Entre pan, fiambre, picadillo, leche y banana nos manejamos bien. Además, tía nos pasa ocasionalmente una matula de guiso, tortillas o champurreado, como ella lo llama, para el día laboral.

A veces también cocinamos. A falta de una olla, nos ingeniamos para usar uno de los baldes metálicos de albañil

y una cuchara de albañil como cucharón. Con ramas secas de la calle y restos de madera vieja del patio, prendemos el fuego. La idea de hoy es preparar un buen caldo. Papá lava bien uno de los baldes y trae una cebolla, dos tomates y una bolsita de poroto de nuestra reserva ordenada en una esquina. Yo prendo el fuego mientras él corta las verduras. Luego carga agua en el balde y le agrega todos los ingredientes, sin más preámbulo. Mientras se cocina la comida, seguimos trabajando. Papá pone música en la radio que nos prestó don Gregorio, el vecino anciano jubilado. Vive pegado a la casa. Hasta para el pasaje de colectivo suele prestarnos. En eso estamos cuando Julián, el herrero del otro costado, se nos aparece en el patio. Golpeó el portón. No lo escuchamos.

—*Mba'e la porte*, maestro —dice Julián.

Papá apaga la radio y conversan un poco, mientras yo remojo la mezcla de cal, arena y cemento. Escucho la conversación.

—*Aipuruse nde ayudante sapy'aite ko ka'arupe*. Tengo que solucionar un portón allá en la esquina —dice mientras inclina la mirada hacia el fuego con las verduras y el poroto flotando dentro del balde albañil, aún sin hervir.

—No hay problema. *Ohosema guive* —escucho la respuesta de papá.

Julián me mira sonriendo.

—*Jahata ña mba'apo imi ko este día che ndive, ikaturo*.

—Sí, *jahata* —respondo, alzando el pulgar.

Almuerzo y voy a trabajar con el herrero hasta las 17:30. Papá continúa solo. Luego, al volver, nos quedamos a dormir en la obra. Al día siguiente vuelvo a trabajar con Julián. Yo ayudo a atajar y mover las cosas con él. Además, preparo la mezcla para sujetar los soportes metálicos que van hasta el piso. No es mucho trabajo, pero por descuido me hago un corte en el brazo con un hierro. Sangra un poco. Con un trapo

y agua, me ayuda a curarlo el temporal jefe. Terminamos a las tres de la tarde. Pasamos por el taller de Julián. Me paga veinticinco mil guaraníes y vuelvo muy conforme con mi plata.

Pasan los días, así como don Gregorio, Julián se hace un buen amigo. A veces nos invita alguna comida preparada por su esposa.

A diferencia de vivir en nuestra comunidad, en Asunción se paga todo. En Arasaty podemos vivir meses sin un guaraní. Hay mandioca, maíz, poroto, leche, queso, frutas y más. El que tiene más maíz, hace trueque con el que tiene más mandioca, o el que tiene más poroto hace un trato con el que tiene vacas lecheras, y así. Muy diferente.

Faltan solo tres días para el sábado catorce de febrero, cuando voy a volver a casa. El colegio está por comenzar.

No es para nada una buena semana. Desde el domingo no tenemos dinero. El plan de papá era pedir un adelanto el lunes, pero hasta hoy no se aparecieron los patronos. Ni señal de vida. Tío Anastasio nos dijo que es su semana de crisis: ni unas monedas para prestarnos, Don Gregorio nos socorrió el lunes. El martes, Julián el herrero. Hoy llegamos temprano. Tía Sara nos dio una matula: guisito de arroz, sobrante de la cena de ayer.

Oscurece y no llegan los jefes. Con nuestro último cinco mil compramos una leche en sachet y galleta cuartel del coreano. Cenamos un rico cocido con leche, y nos quedamos a dormir en la obra.

Nos levantamos a la mañana, desayunamos cocido con leche y trabajamos, mientras esperamos al patrón. Llega el mediodía. Nada. Papá piensa en un plan b. En realidad, busca monedas en los bolsillos y las herramientas, algún golpe de suerte. Completa dos mil quinientos guaraníes y me manda a comprar un picadillo. Por aquí no hay cabida para gente con vergüenza, bien que me lo dice siempre tío Anastasio.

Llega la tarde y no llega el patrón. No llega nadie. Animarse a prestar dinero le cuesta mucho a papá, pero lo hace como último recurso. Ya debemos a Julián y a don Gregorio. A las siete de la noche, a papá se le ocurre prestar el teléfono de Julián y llamar al señor Justo. Nunca había tardado tanto en venir.

—Hola... —contestan.

Papá se presenta y le explica a medias la situación.

—A la mañana nos vamos. *Roime* por Ciudad del Este de compras —responden.

—Ah, bueno, *roha'arota upeicharo* —le dice papá.

Pegado al taller, está la casa de Julián. Doña Digna, su esposa, viene de la cocina con un plato de empanadas. Olor embriagador. Le pasa a papá.

—*Haikue*, muchas gracias, doña —dice, conmovido.

Nos retiramos con el plato y con más palabras de agradecimiento exagerado de papá. Con tranquilidad y sin mucho cálculo cenamos las empanadas aún calentitas. Después limpiamos las herramientas y yo me adelanto a una ducha refrescante.

Antes de dormir hablamos un buen rato: el colegio, mamá, sus planes. Más bien, él me habla y yo escucho. Entiendo a medias sus descripciones, pero no es una costumbre que socialicemos así. Me voy y me acuesto en el colchón habilitado en una de las piezas. El día siguiente es mi último día laboral.

Despierto de mañana y papá está tomando mate. Me pide que prepare el cocido. Tenemos tres galletas, yerba mate y azúcar. Desayunamos y trabajamos al ritmo de una polka paraguaya que suena en la radio de don Gregorio.

Llegamos al mediodía. Hicimos mucho más de lo imaginado. Gran parte de la casa está como para la pintada con cal. Eso es bueno. Se ven los resultados. Papá piensa en pedirle

una paga acorde a lo hecho al señor. Además, hay algunos replanteamientos a solucionar.

Mal cálculo, mal despeje de la ecuación, suele decir mi profesora. Pasan las 13:00. Mi estomago se manifiesta, las tripas rugen descontroladas. A papá no se le nota mucho, por la experiencia quizá.

—*Angaite oguahene hikuái* —me dice.

Seguimos trabajando, ya a menor velocidad. A las tres, papá se sacude el resto de polvo y mezcla de la ropa.

—*Ahata aju. Hesaraima ñande hegui amaliciá.*

El estómago ha de tener un poder especial para animarnos a reaccionar. Papá agarra el plato prestado de Julián. Va y aplaude en su taller. Luego en su casa. No sale nadie. Algún trabajo afuera, seguramente. De compras con la familia, no sabemos. Insiste un momento y vuelve. Cruza hasta donde se encuentra la casa de don Gregorio, toca el timbre una y otra vez, pero no hay suerte. Su hijo suele llevarlo a los controles médicos por las tardes. Para nuestra desgracia, papá regresa con el plato vacío que pensaba devolver.

Pasan más horas. Pescamos por los patronos, por Julián, por don Grego, por quien sea. No probamos con el despensero coreano. Ese apenas saluda. Tiene un letrero que dice: “No se fía, por favor no insista”. Nadie más nos conoce.

Hasta este día, nunca sentí tanta hambre. Papá sigue mostrando cierta naturalidad. En mi caso, el estómago dejó de barrullar, pero un dolor en un extremo de la cabeza lo reemplaza. Marcan las 19:35 en el reloj de la radio. Papá sale para volver a mirar el taller de Julián, cuando un bocinazo lo detiene.

—*Mba’eteko*, don Carlos —le dice don Justo, mientras abre la puerta del vehículo—. Nos quedamos por el camino en lo de una tía.

Baja de la camioneta con su esposa. Conversan con papá cuarenta y cinco minutos más o menos. No sé cómo puede

seguirles la corriente hasta el final, pues había comido una galleta en todo el día. Yo, sentado en una esquina, veo que sacan unos billetes de la cartera y le pasan a papá. También hacen saber que quieren viajar esta misma noche a nuestro valle. Papá aprovecha y les solicita el espacio de la carrocería para viajar con ellos. Sin presentar inconvenientes, consienten.

Quedamos que pasarían por la obra a eso de las nueve de la noche. Voy a la despensa por dos yogures y galletita. Mientras comemos, nos preparamos. Papá viaja para una visita de fin de semana, yo para otro año lectivo bajo las reglas de mamá.

Listos, cerramos la puerta principal de la casa. En eso llegan los señores. Nos tiramos y recostamos en la carrocería. Yo me acomodo sobre la mochila. La camioneta acelera y pronto siento la frescura.

El patrón pisa fuerte el acelerador. De pronto siento cómo se deforma la piel de mi cara contra el viento. Me la grimean los ojos. Y mi cabello, endurecido aún por los restos de polvo y mezcla, se inclina hacia donde indica la brisa. Es el mejor viaje. Por fin terminan las vacaciones.





En la laguna de Itá  
**Linda Yamile Mazacotte Ortíz**

Foto: Marilyn Mazacotte.

---

**LINDA YAMILE MAZACOTTE ORTÍZ (ITÁ, 2001)**

estudió los primeros cursos de la escuela en un instituto de la ciudad de Kiindy y retornó a su ciudad natal luego de tres años. Terminó los estudios en la Escuela Juan E. O'Leary, con honores, e ingresó al Centro Educativo Municipal Departamental, donde culminó como bachiller técnico con énfasis en Informática. Lejos de gustarle la programación, pasaba las tardes de doble turno leyendo libros que la profesora de Lengua le prestaba. Su primer libro propio fue una edición de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, quien la inspiró a comenzar sus primeros textos con el seudónimo de Amaranta. El amor a las letras y el terror a los números hicieron que siguiera la carrera de Derecho, en la Universidad Gran Asunción. Participa del Taller de Escritura Y (TEY) desde el año 2023.

## Cómplices y víctimas

**MI FAMILIA MATERNA**, al menos una parte de ella, militó por el Partido Colorado durante la dictadura de Alfredo Stroessner. Mi abuela fue colorada hasta la médula y la muerte, al contrario de mi abuelo, que sigue siendo un liberal y no pierde la oportunidad de renegar contra el partido de su difunta esposa. A veces le pregunto cómo era su relación si no congeniaban en ese aspecto político. Tu abuela tenía el carácter fuerte, no le hablaba luego de esas cosas, dijo. Aun siendo un liberal convencido, dejó que mi abuela militara junto a mi madre. Lo hicieron por convicción o como un acto de supervivencia, no lo sé. Lo que sé es que cuando comenzaron a conocerse los nombres de las víctimas de la dictadura, ya tiempo después de que Stroessner cayera, eligieron no opinar. Negaron lo que veían, lo que escuchaban, diciendo que podían ser mentiras para poder ser indemnizados. Para ellas, era más fácil borrar la memoria que enfrentarla. Esa negación es una herida que aún supura, un eco incómodo en las conversaciones familiares que nunca se terminan de tener.

Mi familia paterna, con la que no tengo mucha relación, sé que tiene desaparecidos entre sus parientes, así como también correligionarios del partido opresor que hasta hoy gozan de privilegios. Papá no habla mucho al respecto, y tampoco quiero preguntarle, pero una vez me dijo que la policía estonista había secuestrado al hermano de un pariente.

Nunca más supieron de él. También en Clorinda, Argentina, un pariente campesino y militante peronista fue raptado por militares vestidos de civil. Nunca regresó.

Este conflicto me persigue. ¿Cómo reconciliarme con los dos lados de esta historia? ¿Cómo entender que mi sangre lleva tanto la memoria del opresor como la del oprimido? En las pocas reuniones familiares, los silencios son tan pesados como las palabras cuando ese tema surge. Hablar del pasado es abrir heridas, nuevas discusiones sobre lo que significó vivir en esa época. Muchas veces trato de comprender que tienen el recuerdo de una falsa armonía, pero ¿a qué costo? Mi familia no es la única. Conozco muchas otras que tienen el mismo conflicto. Mi caso no es significativo, pero genera en mí sentimientos encontrados.

Cuando pienso en lo que significa democracia, lo que realmente me pregunto es si estamos libres del autoritarismo. ¿Qué ha cambiado? Seguimos siendo un país donde la desigualdad y el abuso de poder son la norma. Las leyes se dictan para favorecer a pocos, mientras el resto observa, impotente. Si la democracia implica igualdad de oportunidades, ¿cómo podemos llamarla así cuando los hijos de la élite ocupan los cargos públicos, mientras los hijos de los trabajadores luchan por acceder a una educación que cada vez se aleja más de su alcance?

Nuestra bandera, con su promesa de justicia, paz y libertad, se ha convertido en un símbolo hueco. Justicia para quienes pueden pagarla, paz arrebatada por el crimen organizado y libertad reducida a una palabra que adorna discursos vacíos.

En mi familia, como en el país, la lucha entre la memoria y el olvido, entre el dolor y el privilegio, sigue sin resolverse. ¿Cómo avanzar cuando el pasado pesa tanto? ¿Cómo sanar cuando los silencios son parte de nuestra herencia?

## La huelga

**DICIEMBRE YA** era habitualmente el mes agotador para los trabajadores del mercado municipal de Itá, un laberinto de casillas de ladrillo cocido y techos de zinc en casi cuatro manzanas. Corazón de la ciudad que hacía palpar la economía y muchísimo más cada fin del año. En diciembre de 2008, la situación empeoró. La Municipalidad impuso un aumento en el alquiler de los locales comerciales.

En una las esquinas, Cecilia alquilaba una casilla y vendía frutas y verduras. Mujer conocida no solo por la habilidad para negociar con los clientes, sino también por haberse opuesto a su primer patrón, un militar colorado, exescolta del dictador Stroessner, que la había obligado a realizar tareas por las que no pagaba lo suficiente, además de maltratarla porque era campesina. De niña, había vendido miel y dulce de maní en la calle, cargando canastas bajo el sol. Ya adulta, luego del primer patrón y de otros similares, logró alquilar una casilla en el mercado y ganarse el respeto de los mercaderes. El círculo de patronos, sin embargo, la quería fuera; ella había denunciado la venta ilegal de una parte del mercado a un *holding* extranjero que quería construir un edificio de departamentos. Los trabajadores la apoyaron y lograron anular esa venta. Esta vez, luego de la noticia del aumento del alquiler de las casillas, ella escuchó un rumor extraño y se dirigió a Pedro, el vecino.

—¿Sabés qué está pasando?

—Ya empezaron a despedir gente y a bajar los sueldos para cubrir el aumento del alquiler —le respondió.

Esa misma tarde, mientras se extendía el rumor, otro murmullo comenzó a circular: el dinero recaudado por el alza no estaba destinado a mejorar el mercado, sino a cubrir un desfalco. Según algunos vendedores, un arquitecto pariente del intendente había estado desviando fondos municipales destinados a la reparación de calles y espacios públicos hacia un proyecto privado: la construcción de una lujosa residencia en las afueras de la ciudad. El costo había sido encubierto como «mejoras estructurales» para el mercado, pero las únicas modificaciones visibles eran un par de carteles nuevos en la entrada y la pintura de algunas paredes.

La indignación creció rápidamente entre los mercaderes.

—¿Así que suben los alquileres para tapar el robo de un familiar del intendente? —dijo Cecilia con un tono cargado de molestia.

—Y nosotros pagamos el precio mientras ellos disfrutan de su mansión —agregó Pedro—. ¡Es una burla!

Cecilia observó a sus compañeros, muchos con el rostro sombrío mientras esperaban el bus al final de la jornada, y pensó en sus propias experiencias. Ella bien sabía lo que era trabajar por un sueldo miserable que no cubría lo mínimo: deudas, alquiler, alimentos, hijos, padres, salud, educación...

Al día siguiente, habló con Pedro.

—Estuve pensando... Estos patrones no pueden ser tan injustos...

—Y no —contestó él—, pero así son. Es como hacen las cosas acá.

La jornada terminó más agotadora que de costumbre para los compañeros de los que habían sido despedidos. Con menos mano de obra, el trabajo se volvía extenuante.

De tardecita, al estar todas las casillas cerradas y los patrones ausentes, los empleados y los despedidos se reunieron en la terminal de carga.

Cecilia les habló:

—¡Si esto es un ajuste, que se ajuste a todos! Ellos no son más que nadie y ustedes no son menos que ellos, compañeros.

Los presentes lanzaron vítores y gritos de «¡Cierto!», pero ella levantó una mano en señal de calma y continuó:

—¡No vamos a gritar ni violentar! Vamos a pensar entre todos qué podemos hacer...

Los rostros entre sonrientes e intrigados no supieron cómo reaccionar.

—A partir de mañana, después de que se cierren todos los locales, vamos a reunirnos para hablar y ver qué posturas tomamos para que los patrones paguen lo que pagaban a los compañeros y para que reintegren a los que despidieron.

Esta vez sí supieron cómo reaccionar, con chiflidos y aplausos, como si fuera una ola de sonidos espontáneos que crecía. Esa muestra de apoyo, de aliento colectivo, hizo nacer en ellos un fuego cálido, un sentimiento de fuerza compartida que pocos habían experimentado antes: la certeza de que no estaban solos.

Cecilia, con el rostro encendido y el pecho hinchado de orgullo, levantó un puño y el gesto se propagó entre los demás como una chispa de fuego sobre un campo seco.

—¡Fuerza, compañeros!

Los aplausos resonaron como una lluvia en un techo metálico y, por primera vez en mucho tiempo, el lugar se llenó de gritos vibrantes, cargado de promesas no dichas, de voces que ya no temían callar.

Luego de algunos días, un español que caminaba por la ciudad, como una parada para retomar el viaje a la capital, se detuvo en el mercado municipal por la tensión palpable que

se sentía. La curiosidad le hizo preguntar qué ocurría. Los mercaderes hicieron llamar a la líder para que hablase con él.

Después de escuchar lo que acontecía, el hombre se le quedó mirando:

—¿Y qué hace el sindicato?

—¿Sindicato?

Esa palabra era nueva para todos, incluso para Cecilia que no tenía más que su voz y cuerpo para la lucha, sin ningún conocimiento adicional. Pero con la llegada del español comenzaron a surgir nuevas ideas.

Lo invitaron a las reuniones nocturnas. Él, ya reconocido como el compañero Rafael, les habló de derechos, unión, cooperación. Les contó cómo en ciertos lugares el ayudarse entre todos había culminado en la independencia de esos patrones a quienes ellos mismos a estas alturas evitaban.

—Cada progreso de la clase trabajadora tiene su origen en una huelga —les dijo Rafael—. Esto que están haciendo es una oportunidad de hacer respetar los derechos que nunca antes habían reclamado.

Cecilia lo escuchó con atención. Un hombre tan inteligente como él, hablando de cuestiones que ellos apenas conocían, merecía toda la atención que pudiera prestársele. Pero también pensaba en cuál sería el final de esa lucha. Ella conocía muy bien ese lugar y las necesidades de todos; si decidían profundizar la lucha, no estaba segura de cómo podrían acabar las cosas.

Pero comenzaron así, con la voz ronca y llena de euforia de Cecilia gritando que el trabajo se respeta o se hace respetar, seguido de la sonrisa entusiasta de Rafael, que para entonces ya había pospuesto su viaje a la capital hasta que se resolviera ese conflicto con sus nuevos compañeros. Decidieron no trabajar. No se alzarían en ninguna protesta violenta. Simplemente, se presentarían y no trabajarían.

Así, el mercado, habitualmente lleno de movimiento y ruido, quedó en silencio el 23 de diciembre. Los patrones intentaron reponer el caos, pero el agotamiento de cargar sacos y atender clientes sin ayuda, pronto hizo mella. Miraban cómo la rutina se desmoronaba: bolsas de maíz sin cargar, clientes sin atender, tareas sin cumplir. La desobediencia se propagó en todos los locales como un incendio que no pedía permiso. Los patrones observaban, incrédulos, cómo sus empleados se acomodaban en círculo, compartiendo tereré con una calma que les insultaba. Cecilia, desde su esquina, les sonreía mientras machacaba yuyos que repartía entre sus compas.

Para el mediodía, el silencio sepulcral de los empleados se había vuelto insoportable. No decían siquiera el precio de los productos a quienes preguntaban. Solo estaban ahí sentados, encogiéndose de hombros ante cada consulta o mandato. Un jefe, en un último intento por imponer orden, alzó la voz. El trabajador lo miró con una sonrisa fugaz, una burla apenas esbozada, y volvió a sorber la bombilla.

De tarde, exhaustos, los patrones cerraron sus locales y se convocaron a una reunión. Se quejaron de la situación, dijeron que la navidad no sería productiva si ellos seguían en esa postura. Discutieron entre todos y algunos decidieron, muy a su pesar, devolver el puesto a los despedidos, pero el gesto era insuficiente. O todos o ninguno, les habían dicho los huelguistas. Algunos trataron de contratar a nuevos empleados, pero estos fueron rápidamente convencidos de unirse a la huelga.

—Nosotros solo buscamos una solución para el problema que la Municipalidad creó —dijo uno de los jefes a Cecilia—. ¡Deberían reclamarle a ellos!

Ella, con el rostro sereno, dijo:

—Hacemos lo que nosotros decidimos en asamblea. Vamos a ir a la Municipalidad cuando nosotros digamos, no cuando ustedes quieran.

—No entiendo por qué te metés, doña, si ni siquiera sos empleada como para estar molesta —le dijo de pronto Carmen, una de las pocas patronas.

—No necesito ser empleada para ponerme en el lugar de los compañeros. La huelga se levanta cuando nosotros digamos. ¡Vayan ustedes a reclamar a la Municipalidad si tanta solución quieren!

Lo hicieron. Carmen y otros quisieron sobornar al director del mercado, pero él rehuyó de ellos para evitar una situación vidriosa con los trabajadores.

—El miedo es notorio —opinó Rafael—. Habéis conseguido que os respeten. Eso ya es un avance.

—También me comentó la secretaria que el intendente mismo le dijo al director que solucione ya esto. Pero vamos a ver qué pasa —dijo Pedro.

Luego de días de tira y afloje, de buscar formas legales e ilegales de no depender de sus empleados, los patrones cedieron. Casi al mismo tiempo, la Municipalidad revocó la ordenanza del aumento de alquileres, noticia que agradó a los patrones que pretendían que las cosas volvieran a estar exactamente como habían estado antes.

El 30 de diciembre, bajo amenazas de que habría otra huelga inmediatamente si el pacto se rompía, firmaron un acuerdo que restablecía los puestos y los salarios.

Cecilia se alegró, pero no lo festejó. Creyó que estaban ante algo mucho más grande; sin embargo, lo comprendió. Rafael le dedicó una mirada cabizbaja cuando se marchó.

—En algún momento comprenderán que pueden hacer más que esto. Cuando eso pase, no os parará nadie —le dijo.

Para ella y los demás, el mercado no había sido nada más que un presente al que habían llegado porque tenían que trabajar para pagar deudas y cuentas. Ahora, les parecía una gran posibilidad, un largo camino por recorrer.



En la Plaza de Armas de Asunción  
**Guido Mendieta**

Foto: Rebeca Delgado.

---

**GUIDO MENDIETA (FERNANDO DE LA MORA, 1998)**

egresó de la carrera de Ciencias de la Comunicación en la Universidad Nacional de Asunción (UNA). Fue parte del equipo del Frente Parlamentario contra la Corrupción e Impunidad, desde donde llevó un activo ejercicio de resistencia dentro del Congreso Nacional.

## Sobre la ficción de la transición

**PENSAR EN LA TRANSICIÓN** a la democracia es visitar las fronteras del realismo, donde me resonaron todas las víctimas sepultadas por el régimen, desde las tierras ignotas de una tumba improvisada, hasta los huesos pulverizados en algún terreno descampado; donde allí, alguna vez, un cuerpo cayó desde los cielos despedazado. Todos ellos, con la acústica de la tortura y el rictus del malevo cómplice, del verdugo de pañoleta roja que se regodeaba del privilegio de ser un sujeto de la estructura político-militar. Acudían a mí en una llamarada frenética, desesperante y clamorosa: debía buscar hacer justicia y recordar a todos los fantasmas que hasta hoy buscan que las coordenadas del llanto de un pariente sean por fin correctas y caigan con el peso de los años en la tierra donde estos fueron forzados a descansar.

Resulta de todo esto una bilis que se mueve a través de nuestra historia reciente, haciéndonos saber desde aquella supuración que hasta hoy no ha existido un asiento concreto de lo que se entiende por democracia en este país, y que la lucha por la persistencia de la memoria se brega por estos terrenos, aquí, desde la trinchera de los textos, acodados desde el erial de esta libertad que no termina de brotar.

El mito transicional es, entonces, parte de un gran relato que masticamos día tras día, un discurso feble que aparece desde la oportunidad que otorga el interregno de la espo-

rádica indignación popular, que se agolpa revolucionaria y libertaria desde el gran soma de las redes sociales. Mientras tanto, la captura partidaria del Estado continúa, la fuerza represora hace cada que puede muestra y uso de sus facultades tiránicas, la libertad de expresión es bienvenida hasta ciertos límites donde, al traspasarlo, uno recuerda a Santiago Leguizamón o a Pablo Medina, y durante la pandemia nos tocó asistir a la muerte de 16.000 paraguayos por el continuo desgaste del sistema de salud que demostró la sistemática ausencia del Estado. Esto debería significar con suficiencia que tal cosa como la transición no existe y que continuamos bajo la dictadura con retóricas tiránicas.

Pensar y narrar este periodo nos anima a considerar que desde la tragedia puede nacer la esperanza que materialice la utopía que hoy descansa en el retazo de los pensamientos de muchos connacionales, muchas veces cosa de un instante, mientras se tambalea uno en un colectivo repleto en medio del feroz calor de diciembre, o en el momento en que debe uno despedir a un familiar que murió asfixiado por covid tras no alcanzar una cama en un hospital.

En suma, hay motivos para que este espíritu de resarcimiento y justicia renazca, justicia que en la oscuridad de estos tiempos convulsos, la seguimos buscando.

## Inevitable

**ERA INEVITABLE.** Lo sintió en el preciso momento en que oyó callar el ronquido de los motores de la camioneta estridente que se estacionaba frente al patio. Se apresuró en ponerse la camisa con restos de sudor por la maldita humedad otoñal asuncena y apagó la luz de la cocina que delataba su presencia, o al menos eso es lo que pensaba en su profunda desesperación que lo había llevado a practicar esos extraños rituales propios de los que ya no saben a ciencia cierta qué hacer cuando todo se derrumba.

Se sentó y esperó. Dejó que las ácidas gotas del tiempo se escurrieran por sus mejillas y recordó cuando recibió los documentos para el diario en que trabajaba, tras la llamada sospechosa de una voz ronca y cauta que lo citó en el kilómetro cero, entre la barahúnda de gente ensimismada por la cotidianidad, en una capital completamente indiferente de lo que podía contener el sobre de ese hombre elegantemente vestido, que se le acercó con presteza. Lo tomó y reptó por las calles meditabundo y extrañado. Sobre la calle Palma, las palomas se posaban entre las migajas esparcidas en el suelo y los funcionarios de las cercanías se agolpaban en Lido Bar, en el sopor del mediodía.

Llegó a las oficinas del diario y posó con extrañeza el sobre de papel madera en su rudimentario escritorio. Lo miró con detenimiento y lo abrió. Eran documentos ordenados.

Los leyó en menos de una hora. Se limpió el frío sudor que le corría por la frente y respingó con un dejo de angustia y nerviosismo. Todo lo que había leído era un golpe certero en la sien de un campeón de boxeo. Un gancho que desestabilizó su frágil nicho de certezas.

Esos folios representaban la posibilidad de la caída de todo el orden actual. Delataban un esquema perfecto, con el aceite burocrático que desnudaba a una maquinaria que operaba desde el origen mismo de «la transición». La retórica democrática así se teñía de vuelta con la misma oscurecida cromática tiránica, y los ideales de él, convencido de que se existía en tiempos diferentes, tambalearon hasta derrumbarse.

Más tarde, bebió como nunca. Con los documentos en la mochila, resolvió iniciar la redacción. Fue a su casa, y con el dejo de una resaca consumida por el entusiasmo fue implacable con las letras. Escribió golpeando el teclado, expulsando toda la hiel que le habitaba en las entrañas, asumiendo cada palabra como la posibilidad última de todos los muertos que desconocía podían pronunciar. Se creyó Caronte por momentos, un intermediario entre el mundo de los vivos y el de los fusilados.

Mientras recorría los antecedentes que conformaban las hebras de su destino, pudo escuchar una voz, dos voces, tres voces que caminaban con alevosa seguridad, sellando a cada paso su suerte. Las botas parecían haberse creado al solo efecto de magnificar el tormento de los acorralados una vez que las suelas golpeaban el suelo en ese traqueteo desesperante que le hacían hervir los nervios de la sien.

Una voz susurró y el otro al parecer asintió porque dos segundos bastaron para que la puerta se abriera de un golpeazo y tres mastodontes, con la fuerza de mil dioses, lo golpearan hasta dejarlo inconsciente.

Despertó atado de pies y manos a una silla ajada en un cuartucho que expedía un vaho acuciante de humedad, y

desprendía como un miasma extraño que no alcanzaba determinar. Sus sentidos descoyuntados alcanzaron a percibir la presencia de un hombre esbelto, iluminado por la tenue luz del foco que pendía de un hilo.

—*Ja reikuaamapa mbaerepa rei ape, nde* inútil —le dijo mientras sostenía un cigarrillo entre los labios en un guaraní curtido por el arrierismo.

—¿Cómo querés que sepa? Estaba durmiendo, *che ra'a*, y me hacen aparecer acá.

—Sabés que *reiko nde juru libertá*, carajo. *Reikuaaporákatu voi, nde* plaga.

Ni bien dicho, el mastodonte lo tomó de los pelos y lo golpeó una y otra vez en el rostro ya reblandecido que rociaba el suelo con estelas de coágulos y saliva. La nariz le chorreaba con intensidad, al tiempo de recordar por qué estaba allí. Supo que dijo lo que no debía, que las palabras como ladrillos edificaban la torre del gran concepto que lo estaba arrastrando hoy a la última de sus escenas, a la materialización de su gran obra, del deseo cumplido en su totalidad: moriría, pero lo haría por una causa. Esa sacralización de la escena lo tranquilizó de alguna forma mientras recibía las descargas en los testículos y se daba cuenta repentinamente de que estaba gritando con desesperación.

—¡Decime, carajo, quién puta te dio esa carpeta! —le gritó uno.

El dolor pasó a ser insensible y se confundía en la levedad del instante.

—Decile nomás, amigo, y vas a estar en tu casa tranquilo otra vez —repuso a su flanco derecho una voz conciliadora y suave.

—Dios mío, yo solo hice mi trabajo, *che ra'a*. ¡No tengo nada que ver acá!

Luego, otro golpe más. Ya sintió huecos en la boca.

—Hablá, *teiko reipota oike ndeve kóa* —le gritó el primero, blandiendo entre la tenue luz un palo de escoba engrasado.

Él sangraba en un remanso que explicaba los años de la tiranía mejor que cualquier texto, que cualquier historieta bastarda que pretendía lavar con aguas tibias esos tiempos.

El moho, la miasma, la tenue luz, el cuadrilátero cochambroso que componía su destino parecían ya poca cosa. La vista se hacía cada vez más borrosa y se refrescaba con la sangre que viajaba por todo su rostro, hasta que oyó lejanamente la estridencia de una turba que se agolpaba entre las ventanas, y vio fuego, palos, picotas. Escuchó la estridencia del 3x3 que sonaba y olía a pueblo y lucha.

No recordó demasiado salvo que estaba afuera, llevado entre los brazos de un chokokué que le hablaba en un guaraní ininteligible para un animal asunceno. Supo que estaba a salvo solo cuando por fin pudo ver a María, hermosa con sus ojos azules que barruntaban la promesa del cielo eterno. La miró por un solo instante y la besó en la mejilla fuertemente a pesar del labial sanguinolento, mientras las bocinas de los buses orquestaban el pesado concierto matutino sobre la cansada Cerro Corá.

Sintió amor, el más profundo de todos, entre la fragancia campesina que le sabía a lucha y la entelequia difusa de la persona amada.

—*Ndome' eveima koa, presi* —comentó una voz aguda con tenor subordinado.

En las noticias del día siguiente rugió la conmoción. El joven periodista, que se presumía tenía en sus manos un frondoso caso que tambalearía al imperio narcopolítico, fue encontrado en un grotesco estado, atado a una silla ajada barnizada con su sangre y sus heces.



En la catedral Grossmünster de Zúrich, Suiza  
**Adriana Mora**

Foto: Luana Ibáñez Riego.

---

**ADRIANA MORA (PRESIDENTE FRANCO, 1992)**

es asesora fiscal y contable formada en Ciencias Económicas. En 2014 participó en el Taller de Escritura Semiomnisciente (TES). En noviembre de ese mismo año migró a Barcelona, España, junto a su familia materna, donde reside hasta ahora. Desde allí participa ocasionalmente en las sesiones virtuales del TES, ahora TEY: Taller de Escritura Y.

## La libertad y la responsabilidad

*La democracia es un Estado en el que el pueblo soberano, guiado por leyes que son de obra suya, actúa por sí mismo siempre que le es posible, y por sus delegados cuando no puede obrar por sí mismo.*

MAXIMILIEN ROBESPIERRE

**DURANTE MUCHO TIEMPO** creí que el Paraguay vivía sumido en una indiferencia infinita. Luego entendí que muchos de nosotros en realidad ignorábamos cosas. Muchas cosas.

Desde pequeños, a los paraguayos se nos inculca el nacionalismo, pero tengo la sensación de que nunca entendimos cosas como, por ejemplo, las bases de la democracia, nuestra propia historia, el estado de derecho, ni qué realmente significa soberanía.

Tengo treinta y dos años. Mis padres vivieron los últimos años de la dictadura. Papá nunca olvidó la noche en la que lo detuvieron mientras caminaba por una calle principal de Asunción y le dijeron que volviera a casa porque era demasiado tarde para estar fuera.

A mamá no le escuché jamás ninguna anécdota específica, pero por alguna razón, cuando opina de política, aunque su padre haya sido toda la vida del partido colorado, ella al igual que su madre reivindica que es del partido liberal con enfado.

Mis abuelos paternos y maternos dicen que durante la dictadura se vivía muy bien por eso de que se podía dormir sin echarle cerradura a la puerta.

Más allá de esas anécdotas, yo que nací en pleno auge de la democracia, en 1992, seguí viviendo resquicios de esos años previos, preguntándome por qué tanta brutalidad, por qué tanta injusticia, desorden y desesperanza.

Entiendo que, luego de un periodo muy largo de dictadura, volver a creer que somos capaces de asumir cierto poder y responsabilidad nos es un poco confuso de asimilar. Los paraguayos cargamos con este complejo enorme de no saber-nos capaces, de no reconocernos como hijos de la patria con todo lo que eso implica. Solo entendemos que el sacrificio es una condición de posibilidad, pero aún nos cuesta cuestionarnos para qué tanto sacrificio y cómo volver a apropiarnos de lo que nos arrebataron.

En resumen, desde mis abuelos hasta ahora, lo único realmente verdadero es un lazo sentimental fuerte con el país que nos dio la espalda muchas veces y por el que muchos luchan cada día, intentando volverlo un lugar mejor.

Llevo diez años viviendo en otro país, donde quizá ya no me pierda tanto cuándo me pregunten sobre mis derechos, pero me pregunto, al saberme paraguaya, dónde estuvo mi cuota de poder, mis sueños, mis derechos cuando vivía en el Paraguay.

Dicen que quien ignora su historia está condenado a repetirla. Lastimosamente, veo ahora desde una perspectiva global al Paraguay en un bucle de errores, quizá porque nos lastimaron tanto que no concebimos la vida de otra manera.

La dictadura estronista nos dio un golpe tan fuerte que tendremos que aprender a sanar con tiempo y paciencia. Tenemos mucho que aprender, pero creo que como espectadora y vividora no sólo de las vivencias de mis abuelos y padres migrantes, sino de la mía, podré contar y reflexionar a través de la escritura historias para que juntos podamos entender algunos aspectos del Paraguay.

## Cuidadora

**SON LAS DIEZ DE LA NOCHE** en la casa de la familia Sallente, en Barcelona. Al fondo del lujoso piso, al costado de la puerta por donde ingresa el personal de servicio, en la última habitación, finalmente Gloria cierra la puerta y cuelga el uniforme después de una larga jornada.

En medio del silencio se queda pensando en qué ha faltado hacer.

*La mesa está levantada. La cocina está limpia y ordenada para preparar el desayuno de mañana. Las cortinas están cerradas. Todas las luces están apagadas. La comida para mañana está pensada. La lista de la compra ya la tengo. El uniforme de los niños está en su sitio para mañana. Perfecto. Creo que lo tengo todo. Espero no olvidarme de nada.*

Concluye que mañana será otro día. Esta noche también espera que el niño Pere logre conciliar el sueño y no venga una vez más para pedirle que le permita dormir con ella.

Ansiosa, se levanta y se dirige a la ventana con vistas al Montjuic. La abre y entra una fría ráfaga de viento que le da en la cara. Mira el móvil. Ninguna llamada, ningún mensaje. Piensa en Pere, Pedrito, como le dice la madre, la señora Lidia, que era de Madrid.

*Cuando yo tenía esa edad también buscaba a mi mamá para dormir con ella. Por suerte la encontraba y muchas veces dormimos juntas. Pero Pere, pobre. La señora Lidia siempre está tan ocupada.*

Piensa también en lo que le ha dicho la abuela de Pere, la señora Luisa, la última tarde que estuvo de visita. Le dejó muy claro una vez más que pensase en su futuro.

—Todos tenemos una profesión. La tuya es de cuidadora. Lo haces bien. Estamos contentos contigo. Queremos que seas parte de nuestra familia. ¿Entiendes, Gloria?

—Sí, señora Luisa.

Ante la brisa, Gloria, metro cincuenta, pelo largo, negro y grueso, piel morena, ojos grandes, pestañas voluminosas, mira sus manos: tres callos en la derecha y dos en la izquierda. Le duele la espalda. Desde hace años, le duele la espalda.

*La señora Luisa nunca va a entender mis sueños. Ni me ve capaz de ser propietaria de mi propio negocio en Paraguay.*

En el fondo del armario de la pequeña habitación, tiene ahorrado casi cinco mil euros. En cinco años llegará a la meta que se ha propuesto y volverá a la ciudad de Villeta, donde le espera su familia. Siete años atrás, cuando vino a España, pensó que solo trabajaría uno o dos años para poder ahorrar lo que necesitaba y regresar. Pero, sin papeles, tardó casi dos años solo para poder conseguir este trabajo estable.

Tiene pensado construir una casa para ella y su familia, y emprender un negocio de venta de electrodomésticos. Antes, cuando vivía ahí, trabajaba de dependienta en una tienda que vendía electrodomésticos. Sabe que puede ser un gran negocio si vende a plazos.

Cierra la ventana, pero sigue mirando la pista de tenis que tiene enfrente. Parada con el móvil en la mano, piensa que le da pereza leer las noticias de Paraguay. Finalmente googlea y encuentra el primer titular de un diario masivo. Una niña de catorce años, violada por el padrastro, está grave en urgencias porque tiene un embarazo complicado. Vecinos de Villeta se organizan para la colecta en beneficio de la niña. Siente náuseas. No entiende por qué pasan estas cosas, desde

que tiene noción de vida. Ahora tiene treinta y dos años.

Pedrito acaba de cumplir seis años. Rubio de ojos claros, con el pijama puesto, irrumpe por la puerta con una tableta en la mano. Son las diez y media de la noche. Encuentra a Gloria concentrada en el móvil, con cara de espanto. Sin mirarla casi, continúa jugando al juego de matar, como lo describe él, y le pregunta qué hace y se tumba en la cama. Ella bloquea el móvil, se acerca a él, le acaricia el pelo e intenta quitarle la tableta.

*Si la señora Lidia ve que él sigue despierto y con la tableta en la mano, acostado en mi cama, se montará la de Dios y me va a caer una buena.*

Tras una larga negociación, finalmente aparta la tableta y Pedrito queda rendido ante sus caricias. Le encanta que le toquen el pelo. Once de la noche. Lo carga hasta su cama. En la habitación contigua encuentra a Anna, de doce años, hermana mayor de Pedrito. Está metidísima en las historias de TikTok. Cuando ve a Gloria, aparta el móvil y va corriendo para abalanzarse sobre ella.

—Qué suerte que has venido. Le dije a Pedrito que fuera a buscarte. No podíamos dormir.

Mamá sigue en el despacho trabajando. Gloria, hoy, papá te gritó muy fuerte, ¿no? Está loco. Me das un abrazo, ¿sí?

Gloria, exhausta, recuerda e ignora el recuerdo del grito, mira la hora en el móvil y dice:

—Ojalá podamos dormir ya.

Ella les cuenta historias sobre su país, recuerdos sobre paisajes que añora. Pedrito se queda anonadado cuando Gloria le cuenta que su pueblo hay árboles de muchos colores, lila, amarillo, verde, rojo, y que el cielo es de un azul tan puro que no se le parece nada al cielo gris de Barcelona. Pedrito, con la boca abierta, sueña con ver esos paisajes. Muchas veces, con dibujos de Paraguay que trae del colegio, llega co-

rriendo al piso, ilusionado, para enseñárselos a Gloria. Luego de las historias, Pedrito y Anna se quedan dormidos.

Muy cansada, se levanta con cuidado y deja a los niños tapados. Le da un beso a cada uno en la mejilla y se dirige a la última habitación del fondo.

Casi las doce de la noche. Tendrá que despertar a las seis de la mañana para preparar y servir el desayuno a todos. Se acuesta con delicadeza. El dolor de la espalda es punzante. Se acomoda lo mejor que puede, recta, boca arriba, y se cubre.

*Cinco años más...*



En la oficina de Kapiatá  
**Fernando Pereira**

Foto: Fiamma Trinidad Pereira.

---

**FERNANDO PEREIRA (ASUNCIÓN, 1982)**

aprendió las primeras armas como lector en la Escuela Defensores del Chaco, de Fernando de la Mora. Luego marchó con su familia a Kapiatá, a un baldío entre cocoteros y guayabos. Culminó los estudios secundarios en el Colegio Nacional de Kapiatá, a la vez que trabajaba en una ferretería. Luego trabajó como camillero y algo más en un sanatorio. Egresó de la Facultad de Derecho en la Universidad Nacional de Asunción (UNA), en grado de defensor del proletario por opción. Autodidacta y lector indisciplinado hasta que se proclamó participante reincidente del Taller de Escritura Y (TEY), desde 2014. Uno de sus cuentos fue publicado en la antología *Eclósión* (Editorial Y, 2016). Colaboró *in situ* en el primer Foro Internacional del Libro de Asunción 2018, una de las actividades organizadas por la Asociación Literaria Arandú (ALA).

## De fuego a cenizas

*El niño que no sea abrazado por su tribu,  
cuando sea adulto quemará la aldea  
para poder sentir su calor.*

PROVERBIO AFRICANO

**EN LA ESCUELA** a la que asistí de niño, un alumno con fósforo en mano prendió fuego a un puñado de hojas sueltas dentro del aula. Nunca supimos con qué intenciones, si es que las tuvo. Luego no volvimos a ver al compañero.

Las cenizas de ese pequeño incendio eran los sueños de la generación de mis padres que habían sido educados en plena dictadura. También los de mi generación. Yo, particularmente, tengo muchos sueños hecho cenizas. Tras golpe y golpe, el futuro de la educación paraguaya ha sido encarado como proyecto ruidoso sin armonía, dejando a los jóvenes con ganas de llevarse al mundo por delante sin herramientas.

Recuerdo el soberano reglazo de madera de un metro de largo que tronaba en nuestras espaldas. La usaba un profesor como herramienta formativa en aula para silenciar a cualquiera que hablara. La dosis del autoritarismo en los inicios de la transición a la democracia para que aprendiéramos a callar. O a hablar bajito nomás.

La hostil educación en la escuela pública, a pesar del esfuerzo tenaz de algunos docentes, marcó a muchos alumnos de diversas generaciones. La educación privada, en cambio, había privilegiado aún más a quienes podían pagar la ins-

cripción y las cuotas elevadas. Esa desigualdad notoria me provocó la necesidad de comprender la realidad.

En la transición se reformó la educación en busca revertir los niveles espantosos de analfabetismo y abandono escolar. En principio se logró el ingreso al sistema de más de 1.200.000 niños. Pero sin que concluyeran con éxito ni obtuvieran las herramientas básicas para desenvolverse en una sociedad competitiva. Los números en ciencias básicas y comprensión lectora son malos. A la vez, es alto el número de desnutrición infantil. Según datos de 2018, el 11,4 % de los niños menores de 5 años padece de desnutrición crónica. Es imposible cualquier proyecto de mejora si los niños padecen hambre.

Aquella quema en el aula se me revela nuevamente. El fuego es tan simbólico, ya sea como inicio, ya sea como final. Tal vez a ese compañero de escuela su tribu lo había abandonado, razón por la que había decidido quemar la aldea que le tocó. Pero quiero creer que ese fuego representa la energía que iniciará la combustión del cambio de timón en este transitar que muchas veces se nos hace tan duro.

## El proceso

**EN ALGUNAS NOTICIAS** de los medios nacionales anuncian: «Campesinos invaden tierras y queman producción», «En la ciudad de Villa Oliva, Ñeembukú, inversores instalan arroce-  
ra». Suelen resultarme lejanos los dramas de tierra adentro, pero en esta ocasión recibo el mensaje de un amigo: «*¡Ha upéi, chera'a!* Tengo un trabajito para vos. ¿Vas a poder?»

Estoy sentado, luego de una larga jornada laboral, en la sala de casa. Pierna extendida, ventilador a máxima velocidad, jarra con agua en la mesita y celular en mano. El amigo cuenta que hay una situación donde será necesaria mi participación como abogado en la defensa técnica por un supuesto delito. Entre mensaje y mensaje me pregunto qué tan rentable será ir hasta esa ciudad para litigar. Las cuentas no esperan, me recuerda la heladera llena de boletas que pagar, sostenidas con un imán.

La ciudad riverseña de Villa Oliva se encuentra a cien largos kilómetros de Asunción. Cuando llego al punto de encuentro establecido, un señor llamado Iván me busca en una camioneta del siglo pasado y vamos por el «desvío de Villeta», un polvoriento trayecto que vuelve imposible viajar con la ventanilla baja.

Al llegar, vemos a lo lejos enormes silos de metal, color blanco, entre el verdor natural y la tierra arcillosa. También los grandes canales artificiales construidos para el ingreso y

el desagote de un gran caudal de agua. 17.000 hectáreas preparadas por máquinas para la producción a gran escala de arroz que, según las noticias, será exportado a Asia. Solo un pequeño porcentaje quedará para el comprador local.

De tarde, vamos a la reunión fijada en la casa de una de las personas a quien debemos ayudar. El anfitrión, señor Alan, y el señor Daniel y la señora Romina estaban esperándonos. Bajo un frondoso árbol de raíces expuestas, sentados en sillas de madera con clavos que sobresalían, formamos un círculo. Oímos a las gallinas acomodándose en un guayabo del fondo de la casa. Mientras el crepúsculo se colorea en el horizonte, me cuentan que han sido denunciados de invasión de inmueble por el propietario de la arrocería. Habían cruzado por un viejo camino rural de paso obligado para acceder a un puerto natural en el río Paraguay, conocido como Puerto Victoria, donado al Estado paraguayo a cambio de otras tierras en otro sitio, por una familia local con grandes extensiones de tierra. Entre los cuatro denunciados, todos pescadores, se encuentra Iván. Ellos, a la vez, denuncian que la arrocería se apropió del puerto, cercándolo, poniendo guardias armados; y secó los esteros, hábitat de carpinchos, venados y todo tipo de aves. En el pueblo, corre el rumor de que terminarán presos por atacar el buen nombre de la empresa...

Dicen que solo cuentan con dinero para el combustible, pero que están dispuestos a vender algunas de sus cosas. Además juntarán aportes de sus compañeros, incluso gestionarán alguna tallarinada a beneficio para pagar mis servicios profesionales.

—*Ore sogue hina ko'anga* —dice la señora Romina—. Pero *jarekota hina*.

Estos momentos ya los he vivido muchas veces. Sé que no hay y que no habrá dinero suficiente para pagarme. Recuerdo que estoy debiendo por el alquiler y el internet, lo que

me pone un poco más estresado. Pienso en cómo sobrellevar esta causa sin los recursos económicos necesarios. Otros colegas mandarían embargar hasta las gallinas sin dudarlo para cobrar los honorarios.

Al día siguiente vamos todos a la ciudad de Alberdi, a cincuenta kilómetros. Paisaje con mucho verde, canales de agua que corren a ambos costados, aves alzando vuelo, garzas en una pata. Todo contrasta con el cartel de bienvenida a la ciudad, hecha de un metal rústico, desgastado y oxidado. El casco urbano, menos de veinte cuadras, para a la sede del Ministerio Público. Estacionamos y bajamos del vehículo. Calor sofocante. Indico a Iván y Alan que aguarden, y ellos a la vez indican a los demás:

—*Japytata ape, sapyaita* —dice Iván mientras se sirve un tereré.

Van hasta la sombra de unos enormes árboles que se encuentran enfrente, en el paseo central, y se sientan en banquitos de cemento.

Mientras tanto, yo ingreso rápido en busca del aire fresco de la oficina donde se llevará a cabo la audiencia. Me anuncio con el secretario de la Fiscalía y pido ver la carpeta fiscal para interiorizarme un poco más. El funcionario de rostro inexpresivo me entrega la carpeta. Leo las imputaciones. Los cuatro están sometidos a un proceso desgastante, humillante, costoso en todos los aspectos, para que sirva de escarmiento a los demás pobladores.

Interiorizado en la cuestión legal, me veo en la urgencia de seguir hasta el final. No me agradan muchas cosas: la gente que caza para comercializar carne de animal silvestre, el polvo en los ojos, el calor, no recibir la paga por trabajar, pero a veces es necesario tomar decisiones por un bien mayor. Hay un esfuerzo solapado para hostigar a estos pescadores que denuncian el cierre de un paso comunal al río.

Mediante una radio comunitaria, me entero de que la empresa exportadora ya ha mandado cercar la porción de tierra que permitía el acceso al camino que usaban los pescadores. También de estas noticias: «Licitación aprobada para el asfalto», «Máquinas y obreros viales trabajan», «Primer y segundo tramos concluidos», «Faltaría pocos kilómetros para llegar a Alberdi».

Entonces las cosas encajan. La arrocera genera divisas para el país, a costa de la tierra, el agua, la población y el ecosistema frágil. En la inauguración, el gobierno nacional y algunas autoridades locales anuncian: «Estamos generando alimento para millones de personas». La lucha no era solo contra la empresa.

Ante el funcionario que toma las declaraciones, el primero de la lista de imputados, el señor Iván, sentado, apretándose las manos, estrujando los dedos, cuenta sus datos personales: nombre completo, cédula, teléfono, dirección, ocupación. El funcionario le comunica del porqué ha sido citado a la indagatoria. Entonces veo a través de la ventana que una camioneta grande, potente, roja, ingresa en el estacionamiento. Luego un hombre con uniforme de la fiscalía baja de la misma, ingresa en el edificio, abre la puerta y saluda. Es el asistente fiscal. Observa en silencio y lanza una pregunta:

—¿Por qué invadieron la propiedad de la arrocera?

En ese momento, intervengo:

—Tal hecho no ocurrió. Ese sector es propiedad pública, antiguamente utilizada por los pobladores para la pesca y el amarre de canoas.

El asistente escucha y se desentiende, y la declaración de los demás prosigue durante toda la mañana. El fiscal no se presenta.

Días después, ya imputados, vamos al juzgado, donde el juez determinará si mis defendidos serán encarcelados o no

mientras dure el proceso. Ya que el panorama es gris, gris oscuro a negro, decidimos ofrecer fianzas para que puedan litigar en libertad hasta la próxima audiencia. El juez, sonrisa blanca y flequillo largo, con mangas recogidas hasta casi el codo y un reloj plateado y brillante, otorga la libertad ambulatoria para todos, pero con ciertas reglas de conducta, una como principal:

—No violar esta medida cautelar. No acercarse al sitio del conflicto. ¿Estamos de acuerdo?

Luego de años de la supuesta invasión, de idas y vueltas propias de este tipo de procesos, como proponer testigos para la defensa, llevar a declarar al menos a los que se animan, esperar a que el único funcionario encargado reciba uno a uno a cada testigo, mientras tipea lenta y pausadamente, en una pequeña habitación, atiborrada de expedientes desde el suelo hasta casi el techo. Todo para sostener una defensa. Había que defenderse.

Al cuarto año, citan a todas las partes para la nueva audiencia ante el juez. Ya no está el fiscal del inicio de la causa, quien realizó las investigaciones debidas. Ingresamos en la sala de audiencia, una salita más amplia que la anterior, con equipos informáticos a un costado ya fuera de servicio como testigos inertes. El dactilógrafo, en una computadora personal, redacta todo lo que los involucrados dicen.

En el periodo entre la denuncia inicial y este momento de la audiencia final, hubo denuncias públicas ante organismos internacionales y la prensa, audiencias públicas a favor de la defensa de la biodiversidad con algunos legisladores, apoyo del sector de organizaciones de los DD. HH., etc. Tanto ruido mediático calmó las aguas del presente proceso, pero no la producción de arroz.

Toda la peripecia de caminos intrincados con bifurcaciones legales, normalizado para el oficio del letrado, solo de-

mostró que no se había garantizado uno de los principios del derecho moderno: la presunción de inocencia. O sea, solo ha sido algo que entre colegas llamamos claramente: operación de persecución e intimidación.

El día de la audiencia, ante la orfandad probatoria y el trabajo negligente de la fiscalía, el juez determina el sobreseimiento definitivo de los procesados.

La sonrisa austera de Iván, Alan y Dani y Romina muestra cansancio. Los rostros del desgaste propio de semejante proceso, en las últimas décadas tan común. Ya es invierno, con una sensación térmica de menos 10°. Garúa. Salimos en silencio y abordamos la camioneta de regreso. Casi al llegar a la casa, Romina dice:

—*Jay'umita la cocido hakú. Che ajapota pe'eme mbejú. Areko la almidon ave'i.*

—*Jaaay'uta* —decimos a coro.

Ya libres del proceso, con cierta tranquilidad contemplan un futuro... mientras yo preparo las cosas para retornar. Las cuentas me esperan.



En el parque Manuel Ortiz Guerrero de Villarrica  
**Lilian Viviana Portillo López**

Foto: Lía Portillo.

---

**LILIAN VIVIANA PORTILLO LÓPEZ (ASUNCIÓN, 1988)**

reside en Lambaré. Cursó los estudios primarios en el Colegio Sor Eusebia Palomino y egresó del Colegio Experimental Paraguay Brasil. Con formación de promotora cultural en teatro, en La Móvil, además de interpretación teatral, teatro clown, cuentacuentos y clown relacional. Cursó tres años de la carrera de Ciencias de la Comunicación y la licenciatura en Psicología área Clínica en la Facultad de Filosofía de la UNA, donde fue miembro activo de la Academia Literaria Kavure'i, desde 2009 hasta 2016, participando de varias compilaciones, revistas y fanzines. Ganadora del primer puesto del Concurso de Poesía El Lector 2008, de una mención de honor en el Concurso de Cuentos de Coomecipar 2018, del tercer y segundo lugares en el Concurso de Cuentos de El Cabildo 2013 y 2020, del primer premio del Concurso de Poesía del CCPA y Amigos del Arte 2022, y del tercer lugar en el Concurso Surgente de Cuentos de Coopeduc 2022.

## La sombra del régimen

**CUANDO PIENSO** en los intentos de liberarnos de la herencia nefasta del régimen estronista, recuerdo las palabras de Juan Bautista Rivarola Matto, en la novela *Yvypóra*: «El Paraguay es un pozo, nosotros unos sapos que croamos en el fondo, donde sólo raras veces llega un rayo de luz. Procuramos salir; es nuestro mérito histórico, aunque siempre resbalemos desde el borde del brocal».

A pesar de una serie de eventos significativos luego de la caída de la dictadura, persisten la falta de políticas sostenibles, la pobreza y la exclusión social, grandes legados de la dictadura estronista. Esta precarización se instaló con mecanismos de poder que favorecían a una élite política y económica, quedando marginados varios sectores de la población, práctica que sigue vigente y se ha intensificado con el mal del cartismo en los últimos años.

El nepotismo es otro obstáculo que nos ha impedido cortar de raíz con el régimen. La herencia del estronismo se ha instalado no sólo en la política, sino en la misma cultura paraguaya. Quedamos estancados en un modelo de Estado deficiente, una idea frágil de democracia y con los mismos actores políticos o sus fieles descendientes. El acceso a los recursos y la concentración de riquezas en manos de unos pocos, nos dejan a la sombra, en el fondo del pozo, luchando contra un Estado corrupto que ha perdido su institucionalidad.

Frente a este escenario, mirando la desigualdad persistente y un modelo de salud y educación empobrecidos, hoy nos toca preguntarnos hacia qué idea de democracia estamos transitando. Yo elijo transitar desde la memoria, desde lo colectivo, desde lo que resiste y lucha en defensa de los excluidos. Es aquí donde la literatura se convierte en un arma, en una denuncia, en la luz que nos libra de la sombra.

## La despedida

**CUANDO LO VIMOS SUBIR AL BUS**, tenía 14 años y un tiranosaurio de juguete que llevaba siempre a escondidas. Se fue una tarde de verano con la promesa de volver hecho un hombre —aunque nunca supo realmente a qué se refería la gente con eso—, mientras el sol agonizante se vestía de violeta, dejando sobre nuestras cabezas una angustiada añoranza. Yo no comprendía el lenguaje de la ausencia. La despedida se tornó pesada y solo quería volver a casa en la Compañía Potrero Guasú, a jugar en el patio y embarrarme de lodo. Después entendí que esa tarde a mamá se le había roto el corazón.

Mi hermano, aún casi un niño, era un emigrante con aspiraciones de entrar al mercado laboral de la gran ciudad bonaerense. Tenía como referencia los datos que le había pasado a un vecino del pueblo don Cacho, un paraguayo que vivía ya hacía tiempo en la Argentina, en provincias, y que tenía un programa de radio llamado *Sonidos del Río*, donde pasaban música paraguaya. Desde ahí recibía pedidos de mano de obra para constructoras que hacía llegar a sus conocidos en el Paraguay. Según lo prometido, iría como ayudante de albañil y seguiría yendo a la escuela por las noches, «para hacerse de mundo», decía tío Andulfo. Mamá nunca antes nos había tenido lejos de ella. Tuvo que pasar algunas noches en vela antes de decidir dejarlo ir. El tío, medio lisiado, insistía en que un hombre se hacía hombre enfrentando

las adversidades y en que no había edad para empezar a ser hombre. Él mismo tuvo que aprender desde muy pequeño a arreglárselas solo, sorteando infortunios.

Pasaron treinta horas y no llegaba ninguna noticia de él. Las llamadas sin respuestas empezaron a agolparse y un sollozo ahogado nos perseguía por toda la casa. «Buenos Aires no queda tan lejos», decía mi tía Rosa, que estaba de visita. «Pero hubo un tractorazo en plena ruta», decía tío Andulfo, mientras mascaba naco y ojeaba el diario. Mamá se hamacaba en un sillón de madera al lado del teléfono, sin pronunciar palabra, con los ojos más profundos que jamás había visto.

Ella era mayor cuando se embarazó de mi hermano. Papá la abandonó por otra familia. Luego, volvió arrepentido... hasta que aparecí yo en el vientre de mamá, y él se marchó de nuevo, para nunca más volver. Nosotros vivíamos en Itauguá, en un pedazo de tierra desocupada que mamá y el tío Andulfo habían tomado sin tener ningún título, zona que después fue conocida como asentamiento *Vy'a Renda*. Allí nos dedicábamos a cuidar de una pequeña huerta de hortalizas y de las pocas gallinas que mamá había conseguido mantener. También teníamos algo de mandioca y bananos que más bien estaban destinados a nuestro consumo. Con el resto, ella se las arreglaba para conseguir algún trueque o dinero que nos ayudase a sobrevivir. Mamá siempre fue nuestro único baluarte.

Pasaron cinco días y la angustia se podía ver en el rostro de ella. El tío Andulfo callaba, aunque a veces una tímida lágrima recorría sus mejillas. La tía Rosa se pasaba rezando el rosario, santiguándose frente a las imágenes de un altar improvisado. Mamá no paraba de hacer llamadas sin encontrar respuesta. Impulsada por la desesperación y la incertidumbre, se puso su traje de salida y se dispuso a acudir a la Comisaría 39 de Potrero. Cuando la atendieron, trataron el

caso sin poner siquiera el menor empeño. «Posible tráfico humano», indicó el comisario, informando que ellos nada podían hacer sin recursos. Desde ese día las ventanas de la alegría se cerraron para siempre en nuestro hogar. Tan hondo era el dolor que nadie se animaba a tocarlo. Lo dejamos dormir en el fondo de nuestras entrañas. A partir de entonces olvidamos cómo sonreír.

Mamá solía gozar de fortaleza, más de la que cualquiera en su lugar hubiera podido tener. La imaginaba como un hermoso y fornido árbol, fuerte e imponente. Pero hasta el más grande de los árboles puede tumbarse y marchitarse. De pronto, se le notaron las arrugas, así como las canas en su sedoso cabello negro. Se le endurecieron las manos, se le encorvó el cuerpo, se le esfumó el brillo. Seguía haciendo llamadas y esperando respuestas, aunque cada vez por periodos de tiempo más prolongados. Se fue olvidando de la casa, la huerta, el gallinero, de nosotros.

Tío Andulfo también estaba triste, pero al menos se ocupaba de mí en lo que podía. Empezamos a pasar hambre sin las ganancias y los trueques que mamá solía hacer, así que el tío Andulfo y yo salimos a recorrer los ranchos. Era poco lo que podíamos hacer con la renguera de él. En cada lugar que llegábamos le sentían lástima. Él debía tragarse no solo el dolor sino también el orgullo. Aguantó cuanto pudo. Pronto le achacaron los dolores, hasta que lo dejaron postrado.

Hacía ya un año de la partida de mi hermano, y yo acababa de cumplir nueve años. Mamá seguía taciturna, esperando alguna llamada, aunque ella no hacía ya ninguna. Sus ojos se enmarañaron y su voz era apenas un recuerdo. Intenté ocuparme de algunas cosas, pero aún era muy pequeña. Tuvo que volver la tía Rosa, esta vez en una visita más larga.

Una mañana el tío Andulfo ya no despertó. Mamá no dijo nada. Lo velamos en el patio, cerca de las mandiocas, y pronto

el hedor se mezcló con el tufo de verano. Al entierro asistimos mi tía y yo. Mamá se quedó esperando al lado del teléfono.

El tiempo siguió corriendo y con la tía Rosa nos fuimos acomodando para salir adelante. Mamá era casi un espectro. Poco a poco se fue consumiendo. Casi no le quedaban corcezas al bello árbol que alguna vez había sido. Ya sin coraza, sucumbió ante el peso de la nostalgia.

Pasaron un par de años, hasta que un buen día un pequeño hombre apareció en nuestra morada. Tenía el gesto adusto y la mirada endurecida. Tal vez nunca sepamos todo lo que había pasado desde que tomó aquel bus en medio de la carretera rumbo a Buenos Aires, pero al fin había encontrado la manera de volver a casa.

Nos miramos sin saber qué decir. Mamá estaba dentro, sin enterarse ya de lo que ocurría a su alrededor.

El reencuentro fue desolador. Mi hermano, tendido a sus pies, lloraba sin consuelo. Mamá apenas le dirigió una mirada mecánica. Ningún gesto, ninguna palabra pudo brotar de ese árbol marchito. Me hiqué al lado del hombre ahora desconocido y por primera vez lloré por mi madre.

Ahora somos nosotros dos contra el mundo.

Mamá sigue esperando, a veces al lado del teléfono, otras veces simplemente se queda en la cama.

Nosotros esperamos el día en que nos toque llamar a la tía Rosa de nuevo, esta vez, para acompañar a nuestra madre a su lecho de muerte.

En los atardeceres, cuando el horizonte se pinta de nostalgia, recuerdo aquella tarde maldita y me parece que nunca fuimos nosotros los de antes, que en verdad nunca sonreímos, que aquella despedida había sido lo único real.



En el parque *Ykua Pytã* de Villarrica  
**Ricardo Nicolás Portillo**

Foto: Adriana Leguizamón.

---

**RICARDO NICOLÁS PORTILLO (VILLARRICA, 2002)**

cursó los estudios primarios en el Centro Regional de Educación Natalicio Talavera y el bachiller técnico en Informática en el Colegio Técnico y Centro de Entrenamiento Vocacional de Villarrica. Estudia la carrera de Física en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad Nacional de Asunción. En 2016, participó del Taller Escribiendo el Futuro, organizado por Coopeduc, con el que publicó tres relatos en la antología *Surgente. Relatos guaireños* (Editorial Y, 2017). En 2018, cofundó el Club de Lectura y Cine de Villarrica. En 2022, fue miembro del Club de Lecturas Grecolatinas, con estudiantes de Filología de España. En 2023, obtuvo el primer premio del Concurso de Cuentos Surgente. Desde 2020 hasta 2024 participó intermitentemente en el Taller del Escritura Y (TEY).

## Falsa representación política

**LOS PARTIDOS TRADICIONALES** no representan al ciudadano. No sólo de manera local, sino global. Pero en el Paraguay por fenómenos muy distintos. ¿Alguna vez lo hicieron? Tal vez sí en su necesario nacimiento a finales del siglo XIX, donde urgía una reconstrucción identitaria de la nación. Pero hoy presentan un total vaciamiento ideológico. Entonces, si el principal partido hegemónico del Paraguay no representa a sus partidarios en ideas, ¿en qué lo hace?

Pensar es un ejercicio desgastante para el ser humano, y una función reciente. Sólo hace 80.000 años, el homo sapiens desarrolló las zonas específicas del cerebro para imaginar. La política como la conocemos nació aproximadamente hace 2400 años, en Grecia. Apenas hace 200 años empezamos a practicarla, de manera más o menos global, como tal a duras penas en Europa y América con la democracia moderna... En el Paraguay, tímidamente hace 30 años tenemos una democracia con instituciones modernas como modelo, pero a la que todavía llamamos transición democrática.

Un individuo para pensar de forma crítica necesita de la educación y la cultura. Esto se adquiere en un contexto de privilegios o de políticas públicas. En el Paraguay, 4 de cada 10 estudiantes de la educación media no entiende lo que lee, y 293.804 paraguayos de 15 y más años no sabe leer ni escribir. Pero, sobre todo, para pensar necesitamos estar

fuera del estado de supervivencia. 800.000 personas sufren de desnutrición y el desempleo es del 7,5 %.

El prebendarismo es la carta de negociación del período democrático heredado de la dictadura. El coloradismo, partido que gobernó casi todo el tiempo democrático, configura el cuerpo político del Estado con su manejo. Es la organización política que perpetua dicha práctica. Pero esta práctica intencionalmente o no constituye un sistema que reproduce su propia oferta y demanda, retroalimentándose. Esa demanda es la necesidad de personas en estado de supervivencia. Necesidad creada a partir de la incapacidad de pensar (porque pensar implica todo lo que dijimos anteriormente).

Entonces, ante el desencanto de las promesas de la democracia como sistema garante de la calidad de vida y la necesidad limitante para todo ciudadano (pobreza, desempleo, desigualdad), surge el coloradismo como proveedor y una alternativa para acceder a una modesta calidad de vida. Beneficiando con empleos, asistencia médica, oportunidades académicas, favores políticos, etc. Esto explicaría por qué una amplia cantidad de jóvenes de clases media y baja se acogen bajo este sistema. Pero talvez otra seria consecuencia sea la despolitización de la política, individualizándola: la política ya no es el arte de enseñar la justicia o lo justo, como diría Sócrates, sino la búsqueda material del bienestar, o la supervivencia propia.

Todo esto dificulta enormemente a una ya dividida oposición, con poca capacidad aglutinadora, y escasas figuras representativas para generar alternativas de gobernanza de las últimas tres décadas.

## Fiebre del oro

CON LOS AÑOS, la tendencia de los casos clínicos aumentó. Un fenómeno sin explicación aparente. Al principio, parecían diagnósticos aislados, productos del azar, pero luego de leer el informe pude entenderlo mejor.

\*\*\*

A las cinco y media de la mañana, Aldito se despertó al sentir el grito de su madre:

—¡Epuake!

Él obedeció, frotándose los ojos, sin réplica, como de costumbre. Somnoliento se dirigió a la palangana del patio y se lavó la cara. Las aves cantaban y la yerba quemada junto al humo del fogón llenaban el aire.

—Desde hoy te vas a ir conmigo a ayudarme a la mina, *chera*’y —le dijo el padre mientras sorbía levemente la bombilla del mate.

—¿Y no me voy a ir más a la escuela?

—No. Hay que aportar a la casa y ya tenés edad para trabajar.

—¿Entonces *vo* no vas a trabajar más en la chacra? —dijo el hijo y sopló su pocillo humeante.

—No. *Koánga rombaapota nde tío Antonio ndi*.

Aldito pensó en la visita del tío y un vecino del pueblo una noche.

—¿Y mis amigos?

—Seguro les vas a encontrar en la cantera. Todos trabajamos en la mina ahora —sorbió el último mate—. Sacate tu uniforme y ponete una ropa cómoda.

\*\*\*

A inicios de este siglo, me trasladaron al Centro de Salud N.º XVII de Paso Yovái. Los primeros años transcurrieron como esperaba, sin mayores novedades de las que uno podía suponer en un distrito de veinticinco mil habitantes, cuyo principal rubro comercial era la yerba mate y la pesca, pero que, según mis colegas, migraba lentamente a la minería del oro.

Las mañanas de consultorio atendía a los pacientes que se agolpaban en los pasillos de espera para diagnosticar, recetar y/o tratar las demandas típicas: hipertensiones, diabetes, problemas respiratorios, alergias por picaduras de insectos, primeros auxilios por cortaduras o accidentes.

En los últimos años de la carrera de Medicina, comprendí lo que implicaba el ejercicio de la profesión en este país de enfermedades silenciosas, epidemias endémicas y salud pública enclenque. Los médicos siempre estamos un paso detrás; tratamos los síntomas sin prevenir las causas. Condenados.

\*\*\*

Los seis kilómetros diarios de caminata se le volvieron poco a Aldito. La rutina empezaba en las canteras antes del amanecer. Los primeros rayos de sol desdibujaban el horizonte. Los limpios arroyos se convirtieron en un charco más.

Aldito percibía el ruido a medida que se acercaba a la cantera. Un traqueteo incesante que le acompañaría el resto de la infancia.

Al llegar, veía a hombres de todas las edades golpeando y cavando la tierra. Girando molinos, separando tierra, moviendo y llenando baldes con agua. En un lugar más lejano, como apartado y exclusivo, veía a hombres manejando grandes máquinas que hacía que el trabajo de muchos hombres durante días no pareciesen nada.

Entonces se preguntaba por qué algunos hombres manejan esas grandes máquinas y estaban protegidos por guardias y policías, y otros solo tenían algunas palas y otras herramientas. Diferencias que no sabía explicarse.

Cada grupo separaba la tierra de formas distintas, como podía, pero todos utilizaban una misma sustancia: «mercurio». Un líquido medio gris y espeso que al contacto con la tierra comía o atraía el oro, que luego separaban y mezclaban con otro líquido.

Sacar granos le daba cierta satisfacción a Aldito. Aprendió a limpiar y pesar las migas, a veces diarias, comúnmente semanales y mensuales. El pago se hacía de acuerdo con el peso y la pureza. Los desechos se tiraban al suelo.

Las peleas eran frecuentes entre quienes pasaban mucho tiempo sin sacar nada. El oro solo abundaba para algunos. No se compartía. Al momento de ver los granos dorados brotar entre la tierra, uno se ponía tenso. Más en alerta. Miraba a su alrededor. Echaba la mirada hacia atrás de vez en cuando. Si se había sacado una buena cantidad, se intentaba ser discreto.

Aldito llegó al molino, donde cumplía el trabajo asignado por su padre. Procesaba las muestras y separaba las partículas con el mercurio que luego arrojaba al tajamar. El ininterrumpido trabajo de cargar las bolsas de veinte kilos o más lo dejaban exhausto. En consecuencia, descuidaba el proceso de separación. Con el tiempo, el cuerpo se iba acostumbrando, aceptando la rutina, pero nunca se adaptaba.

La jornada terminaba cuando se hacía de noche. Los fiscalizadores, en camionetas con calcomanías «Lista 1 Friedmann» o de otras listas, descendían para hacer las cuentas. Limpios y olorosos de colonia.

\*\*\*

Edad: veinticuatro años. Peso: ochenta y dos kilogramos. Estatura: un metro setenta y ocho. Presenta enfermedades de base: no. Toma medicación: no. Su historial estaba bien. Sin embargo, sus compañeros trajeron al paciente porque se había desplomado en el suelo repentinamente y, al socorrerlo, se percataron de que tenía mucha fiebre.

—¿Desde hace cuánto tiempo tienes estos síntomas?

—Desde siempre *che akã rasy*, a veces *hasyve*, pero *ajea-costumbrama*. A veces *che jyva* o si no otra parte. *Sapyante arurui* lento.

—Vamos a necesitar unos análisis para saber qué lo que te pasa. Mientras tanto te voy a dar algo para tus dolores y migrañas. ¿Cuánto tiempo hace que trabajas en las minas?

—Y desde los nueve por ahí —dijo vacilando, como haciendo un esfuerzo por intentar recordar—. Desde criatura. No me acuerdo bien.

—Veremos tus estudios dentro de una semana para saber qué hacer.

\*\*\*

De camino al trabajo, fumaba tres o cuatro cigarrillos. Después del almuerzo y entre pausas, fumaba un par. Al anochecer, fumaba para calmar el persistente temblor de sus manos. El abastecimiento de la cajetilla diaria era un gasto fijo.

Una noche de insomnio, desde la ventana de madera semiabierta entrevió un relámpago que sacudió la penumbra. Sudaba. Noche más inquieta que las demás. Cada vez que temblaba, sentía en su pecho un pulso en expansión frenética. Las señales del cuerpo lo aquejaban tanto que ya no era posible seguir ignorándolas o intentar paliarlas con el *poha ñana* y las infusiones calientes. Las horas se prolongaban sobre ese punto oscuro y angustioso, sin explicación ni sentido. Solo esperaba que amaneciera.

\*\*\*

El paciente que atendí la semana pasada llegó con los resultados. Miré y saltaron todos los indicadores. Algo hacía que los niveles normales de sangre variaran. Los resultados de orina evidenciaban la existencia de metales pesados. Mi primera y probable sospecha: mercurio. En la consulta previa, el paciente había tenido una repentina tos aguda. Le pregunté por más síntomas: ¿diarrea?, ¿vómito?, ¿entumecimiento?, ¿dificultad para dormir?, ¿temblores y problemas de vista? Solo asintió con la cabeza.

A medida que tratábamos su padecimiento, me contó sobre su vida y su familia luego de que se fuera a trabajar en la minería. A través de él y otros pacientes, me enteré de los rumores de la ciudad. Decían que el intendente, el gobernador, el presidente de la República y hasta un expresidente periódicamente se repartían casi la totalidad del oro. La empresa transnacional que poseía los permisos legales para la extracción minera era solo una empresa de fachada para la prestación de servicios a otras empresas y organizaciones nacionales ambiciosas por su pedazo de tierra. Los mineros eran un medio. Las promesas de prosperidad o la simple esperanza de movilidad fue la ilusión que sostuvo la mano de obra precaria.

Otros decían que el mismo presidente de la Asociación de Mineros manipulaba la opinión pública para censurar a cualquiera que estuviese en contra de la prosperidad. Un caso muy comentado en el pueblo fue el saqueo de la estación radial. Por el comunicador que condenaba enérgicamente a las autoridades implicadas en esa rosca mafiosa. Una noche, cuando el comunicador estaba fuera, unos hombres ingresaron a su vivienda y echaron la antena.

Poco a poco, con el paso del tiempo, las lujosas casas que imitaban a mansiones, palacetes, las camionetas polarizadas, los abogados y las manifestaciones por ingresar a ciertos terrenos cobraron sentido. Paso Yováí era un lugar abandonado por las instituciones.

\*\*\*

El padre de Aldo falleció. Un maquinista lo sepultó accidentalmente bajo cientos de kilos de tierra. El funeral se realizó mediante la solidaridad de los allegados a la familia. La madrugada del velorio, Aldo permaneció sentado al lado de su padre, mientras la gente entraba y salía tímidamente de la pequeña pieza iluminada con velas, en cuyo centro se hallaba el ataúd.

En la mañana, partieron hasta el cementerio. Los hombres se turnaban de a seis para trasladar el ataúd. El sol del día acaloraba las caras todavía húmedas y ruborizadas por el llanto. La caja empezó a descender con cuidado. El sonido seco de los cascotes de tierra contra la madera sin barnizar acrecentaba los llantos, mientras los sepultureros esperaban atentos su turno para apurar la despedida con sus palas.

Unos días después, dos hombres se presentaron en su casa. Uno de ellos tenía un kepis «Chávez Intendente».

—Mis condolencias, joven —dijeron, desincronizados.

Aldo los miró y asintió bajando la cabeza.

—Tenemos que hablar —dijo el de kepis, mirándolo firme y con voz uniforme y clara—. Nosotros somos prestamistas. A tu papá le prestamos para la compra de su maquinaria y equipos de minas. Pasó mucho tiempo ya desde que le dimos la plata. Ahora que falleció, la deuda se te queda a vos. Ya no podemos más esperar. *Tené* lo que te sobra de este mes para empezar a pagarnos.

\*\*\*

Paso Yovái se volvió como el África. Lugar con relevancia geográfica cuando descubrieron su riqueza interior. Entonces empezaron a sustentar el lujo y el ritmo de vida del Norte. Las toneladas de oro de Paso Yovái van para las empresas. Acá se queda lo peor, como una vez dijo un paciente: «Con la fiebre del oro entró la prostitución y el consumo de drogas.» A mediados del siglo XIX, hubo una fiebre del oro en USA, con la promesa de un futuro digno, pero en realidad pocos mineros se hicieron ricos. Dicen que la fiebre del oro en Paso Yovái inició cuando un ecuatoriano traído por los vientos del amor, al mirar el arroyo dijo que aquí había oro.

Así comenzó todo.

\*\*\*

Amaneció. Se deslizó de la cama y fue al baño. Por la pared, colgaba un trozo rectangular de espejo con alambre. Vio la mancha espectral alrededor de sus párpados inferiores. Caminó trémulo hasta la cocina. Al preparar el mate, la hierba se le caía por los costados de la guampa sobre las manos ulceradas y la mesa. Luego colocaba al fuego el agua. Cada día se obsesionaba más, pero la infraestructura minera semi-in-

dustrial que había comprado su padre a precio de usura lo limitaba. No podía compararse con las trasnacionales. Aún así, creía que con el trabajo duro y un mayor sacrificio conseguiría salir adelante. Llegaba a la mina y daba las órdenes a otros niños y trabajadores. A veces olvidaba sus nombres.

\*\*\*

El informe de la autopsia, además de evidenciar la causa de muerte, dejó una serie de pistas e indicios sobre el padecimiento diario y crónico del paciente que había trabajado toda su vida en las minas. Pude entender un poco de esa realidad. Primero, altos niveles de elementos tóxicos en el intestino que sugieren una ingesta prolongada de alimentos contaminados. Muchos toman agua del grifo contaminada con residuos de la minería, una de las fuentes de la intoxicación. La sintomatología por esta causa: estremecimiento, temblores, ardor en el estómago, diarreas y vómitos. Se encontró también efectos en la piel, presumiblemente por la exposición al elemento en la minería. Esto puede generar temblores generales, entumecimiento de la piel, dolores. Todo esto sumado a un sobreesfuerzo bajo el sol en las minas puede provocar fuertes migrañas, problemas para conciliar el sueño y fiebre.

\*\*\*

—¡Envido! —cantó Aldo.

—Quiero. Veintiséis.

—¡Veintinueve son mejores!

—¡Truco!

—No quiero —dijo Aldo, bajando un tres y un cuatro de espadas.

—*Nde japu, nde añarakópeguaré* —dijo el oponente ofendido.

—*Mba'e. Veintinueve ningo.*

—*¿Nde resumá kuaái piko?* Tres más cuatro, siete, veintisiete.

Confundido, se paró y miró las cartas, y con la diligente aritmética de los dedos, volvió a sumar.

—Veintisiete... —dijo incrédulo y nervioso.

La misma escena se volvió a repetir algunas manos después. Entonces, abruptamente, el oponente se levantó derramando la cerveza que había en la mesa. Intentó recoger la plata de la apuesta. Aldo lo detuvo. Forcejearon. Y antes de que los presentes en la bodega los separasen, Aldo le propinó un puñetazo derecho que lo hizo retroceder hasta casi caerse. Tomó sus cosas y el dinero, y abandonó el lugar. Salió a la calle oscura. Caminó a pasos rápidos. Apenas volvió a estabilizarse, el oponente salió detrás del él.

—*Mo'oiko reho. Ejuna jasolucioná kariaýicha* —gritó con una voz que se le caía.

Aldo escuchó la voz en la penumbra formada por la columna de luz entre los dos. Se detuvo con lentitud. Giró. Se quedó quieto. Lo miró borroso tras el halo de luz frente a él.

De repente, en pequeñísimos instantes independientes, sintió la sangre mojar su ropa cual agua que se derrama por el cuerpo, luego calor, luego el sonido del disparo, luego la agonía, luego la oscuridad.





En el #25N  
**Alexandra Pose**

Foto: Verónica Bernal.

---

**ALEXANDRA POSE (ASUNCIÓN, 1988)**

estudió en colegios católicos antes de volverse atea. Cursó la carrera de Diseño Gráfico en la Universidad Católica de Asunción y toca punk en el bajo. Participó del Taller de Escritura Y (TEY) entre 2015 y 2024, y tomó breves cursos de escritura con Selva Almada y Julio Villanueva Chang. En 2014 ganó el tercer lugar del Concurso de Cuento Corto del Centro Cultural de la República Cabildo, en 2020 el Premio Voces Latinas En Cuarentena y en 2021 el tercer lugar del Concurso de Cuentos organizado por el Centro Cultural Juan de Salazar. En 2021 fue seleccionada para la antología paraguaya del Premio Itaú de Cuento Digital.

## Antes nada, ahora un día

**PARTICIPO DE LA MARCHA** del orgullo LGBTIQ+ desde que tengo 17 años. Para que pudieran organizarla, tuvieron que pasar quince años de la caída de la dictadura. La primera vez que asistí con un grupo de activistas, las siglas eran más cortas, menos aglutinantes; no llegábamos ni al centenar de personas. Entonces, me impresionó ver caminando a madres, abuelas y niños en hombros agitando banderines. Hoy, las banderas son más largas, levantadas por un millar de personas, entre abrazos calurosos a amigos y sonrisas de rostros pintados con *glitter*. Con elencos de danza, bandas musicales y hasta una fiesta bailable. Derecho impensable en la dictadura. Los rumores incluso dicen que en la misma calle Palma en la que celebramos el orgullo, se había obligado a desfilas a los homosexuales perseguidos.

El cambio me ilusiona: parece que estamos alejados del 30 de setiembre de 1959, cuando se publicó *Carta de un amor* en el diario El País como respuesta a la persecución de homosexuales, tras el asesinato de Bernardo Aranda. La carta que se tomó como homenaje a la resistencia y que entre sus últimas líneas decía: «(...) nadie puede negarnos el derecho de hacer de nosotros mismos, de nuestro continente físico, lo que queremos, sin incomodar a los otros que no quieran hacer lo mismo que nosotros».

Acostumbro invitar a amigas/os a participar de la marcha. En una oportunidad, un amigo rechazó mi invitación

con aversión. Me dolió un poco escucharle repetir que no era su lucha, que nadie tenía por qué saber lo que hacía dentro de cuatro paredes. Me costó comprender que tantos años de temor sigue permeando a través del tiempo, no solo contra la marcha LGBTIQ+, sino contra cualquier acto de libertad. Por eso sigo asistiendo. El miedo es un virus contagioso.

La celebración concluye en una plaza del centro capitalino. Todo es fiesta. Al terminar el acto, hay un ambiente de batalla ganada en las calles, como una capa de color arcoíris que protege a quien esté debajo, volviendo a su hogar. Al día siguiente, baja la adrenalina y tomar de la mano a otra persona del mismo sexo vuelve a ser un delito. Sentimos esa incomodidad del público que nos observa frunciendo el entrecejo.

El odio escala como otro virus, como el video viralizado de una chica transexual siendo brutalmente golpeada fuera de una discoteca, a menos de un mes de la marcha. Esta violencia extrema e impune me dice que, al final, las cosas no han cambiado mucho. Que una vez al año está permitido ver parejas del mismo sexo de la mano, a cambio de que el resto del año los secretos queden entre cuatro paredes para *no incomodar* al otro.

En la actualidad nadie es interrogado por conducta «amoral», pero dar un beso en medio de la calle o en un bar puede ser revolucionario. Colecciono nombres de locales que cierran sus puertas o echan de su espacio a personas del colectivo LGBTIQ+. También nombres de compañeras transexuales que son garabateados en las paredes para no olvidarlas. Como si estuviéramos en una guerra silenciosa en la que ganan los propietarios conservadores, escudados en el derecho de admisión, y los vecinos que no quieren vernos.

Entiendo que ese momento cálido de celebrar el día del orgullo y de marchar es un espacio para juntar fuerzas y resistir el resto del año, cuando no hay cortes de pelo ni ropa que puedan camuflar la identidad.

## En el país de las sombras

**ALICIA OCULTÓ LA EMOCIÓN** que sentía entreteniéndose con el paisaje en silencio. Tampoco quería resultar ingrata a Emilce, su nueva jefa. Después de todo, la había rescatado de la publicidad para contratarla como iluminadora en su película sobre la dictadura. Llevarla a conocer al financista del proyecto era una cortesía. Desde el asiento trasero, buscó la fuente de luz para orientarse, pero sol se apagaba detrás del cerro. Bajó la ventanilla para observar la lenta procesión de caminantes tratando de llegar a la cima como si fuese un hormiguero.

—¿Por qué se llama cerro Lambaré? —preguntó a Darío, el conductor.

—Creo que era el nombre de un tipo medio capo que se resistió a los conquistadores. El ambaré se llamaba originalmente.

—Ambaré significa «país de las sombras» —dijo Emilce.

—¡Ah! Por la sombra del cerro, ¿no? —dijo Darío

—Y sí. Menos mal que se sacó la estatua del dictador para ponerle ahí al pobre cacique —dijo Emilce.

—Tantos años en este país y todavía no aprendo guaraní —dijo Darío.

Alicia advirtió el cartel de un motel: «Bienvenidos a la ciudad del amor». Con el celular filmó la sucesión de anuncios similares como si fuesen banderas anunciando la conquista sobre los espacios verdes que resistían en la avenida.

Tomaron una curva que bordeaba el río, intervenido por baches y agua servida. En las diminutas casas ofrecían pescados o anzuelos, mientras los niños jugaban en las veredas. En poco tiempo el paisaje cambió drásticamente. El estado de la ruta mejoró y los grupos de deportistas la volvieron casi una peatonal.

A cada lado de la calzada se alzaban imponentes mansiones que parecían competir entre sí. Todas sin murallas, con jardines de césped recién podado y automóviles lujosos en sus entradas.

Alicia bajó aún más la ventanilla, pero la sensación de observarlas a través del cristal permaneció, como si la quietud las volviese escenarios de anuncios publicitarios.

—Esta zona era medio muerta antes. Tuvo su boom porque los impuestos de Asunción estaban caros —dijo Darío.

—Conocés mucho la zona, vos —dijo Emilce.

—Cuando era pendejo venía a farrear mucho por acá. Esta, a la derecha, es la casa de un tenista famoso, y más allá era la casa de ese intendente imputado.

—¿De dónde le sacaste a...? ¿Cómo se llamaba nuestro accionista misterioso? —preguntó Alicia.

—Giuliano Salvatore. Era mi compañero de colegio. El tipo tiene mucha guita y quiere jugarse por nosotros.

—¿Ves, Ali? Si trabajas duro encontrarás gente que apuesta por tu trabajo —dijo Emilce.

Alicia había conocido a su nueva jefa gracias al azar. Coincidieron al finalizar una producción y compartieron un cigarrillo. Alicia aprovechó el descanso para desahogarse de las interminables sesiones fotográficas de comida y modelos. Mencionó sus anhelos de trabajar en cine. A Emilce le provocó simpatía, quizás porque le había recordado a sí misma: con paciencia había dado el salto al cine, hasta volverse jefa de fotografía. Darío, en cambio, era afortunado:

estudiar en el exterior le dio contactos para sus primeros trabajos como director.

La residencia se ubicaba sobre una colina. Bajaron del vehículo y Alicia contempló los rayos anaranjados que desaparecían de escena. Un jardín de árboles macizos se perdía hasta del patio vecino. Al fondo distinguió la casa.

Los recibió un hombre alto, con pantalones acampanados. Cuando Alicia extendió el brazo para saludarlo, notó que estaba descalzo. De niña le habían dicho que andar descalza era de pobres. Se sacó ese hábito luego del primer pique que tuvo. Observó hipnotizada al dueño de casa: mientras los guiaba, sus pies acariciaban el césped como si fuese una alfombra.

—Altas farras se pueden hacer en tu casa —dijo Darío.

—¿Viste? Me mudé después de pelearme con mi familia. Aunque todavía los veo en las cenas navideñas y todo eso.

Alicia no pudo evitar la costumbre de aprovechar la última luz natural y fingir un encuadre con las manos, frente al tronco más grande, imaginando una sesión con modelos de alta costura. Se detuvo y bajó las manos, aliviada. Giuliano lo notó y le dijo:

—A mí me gusta mucho la naturaleza. Mi nombre ya me condena porque significa «raíces fuertes». Por eso elegí este lugar.

—Tenés que conocer Itakuruví, mi ciudad natal, entonces —dijo Emilce.

—¿Sí? Todavía no la conozco.

La pileta tenía una cascada artificial. Alicia se acercó a contemplar el agua cristalina. Podía ver el piso de azulejos impecables. Se había limpiado recientemente. Un fuerte olor a cloro la alejó y siguió a sus compañeros, ya ubicados en las sillas de mimbre del quincho.

—Bueno. En esta casa tengo todo para hacer asado, pero no sé hacer fuego.

—Tranquilo. De eso me puedo encargar yo —dijo Darío.

—Chicas, ¿les ofrezco algo para tomar? ¿Un whisky, vino, birra?

—¿Birra? —preguntó Alicia a Emilce, discretamente.

—Metete, Ali.

Giuliano sacó las bebidas de una heladera del quincho. Alcanzó cervezas a ambas. Él, en cambio, se sirvió whisky con hielo. Alicia sonrió, nunca antes había estado en una cena de trabajo, al menos en una que no tuviese que pagar. Su antiguo patrón de origen turco vivía cerca, pero no conocía su domicilio exacto. Todavía le debía la liquidación. El recuerdo la turbó y sacó un cigarrillo de la cajetilla.

Adormilada los escuchaba hablar del proyecto. La picadura de un mosquito la despabiló. Había oscurecido y Darío estaba preparando la parrilla. Los reflectores en los troncos dotaban de majestuosidad a los árboles. Un sendero luminoso indicaba el camino a la casa. Notó las luces led en el fondo de la piscina: mutaban de azul a lila. Sintió que así debía verse la galaxia invertida.

—Ojalá nos invites a tu piscina, la próxima. Como viene el verano no se va aguantar. Así lo que extraño los arroyos de Itakuruví —dijo Emilce.

—¿Tiene muchos?

—Sí, les tengo que llevar de campamento alguna vez. Les invitaría a mi casa, pero toda mi familia está peleada.

—Lastimosamente, uno no elige a la familia.

—Tal cual, Giuliano.

—Te digo yo... Mi familia me rechazó mucho tiempo porque soy gay.

Alicia se relajó en el asiento y se sirvió otra cerveza. Giuliano desapareció. Al regresar trajo la carne y el resto de la comida. Se había cambiado de ropa, pero seguía descalzo. Tenía el pelo mojado y pantalones blancos, lo que le daba una

apariencia de frescura. Ella lo siguió con la vista como una mosca atraída por la luz.

El anfitrión señaló la carne a Darío. Le comentó que era un regalo de la estancia de un pariente. Se sirvió otro whisky y regresó a la silla.

—Por eso, cuando me comentó Darío del proyecto de ustedes me interesó tanto. Es mi manera de salir de la sombra de mi familia también.

Alicia desvió la vista hacia Darío. Él agitaba una pantalla con fuerza, frente a la parrilla. El movimiento del aire hizo saltar chispas del carbón, como luciérnagas, imposibles de atrapar.

—Yo hasta me saqué el otro apellido, como rechazo de las raíces stronistas. Ojo que mi familia no es de torturadores, pero recibieron favores.

Alicia buscó una respuesta en el rostro de Emilce, pero la otra asintió con naturalidad, como los extras en las películas. Entonces observó la palmera más cercana, agitada por un viento cálido. Su sombra parecía peinar la alfombra de un gigante. Notó que el foco estaba sobre el suelo. Parte de su trabajo era eliminar las sombras molestas de la pantalla. Si colocaban la luz sobre el tronco, apuntando a las hojas, resolverían ese problema, pensó.

Giuliano se incorporó para desperezarse. Alicia siguió su movimiento como una cámara. Una bombilla cercana le dió de lleno en el rostro. Le pareció un tronco viejo y fornido, pero su sombra formaba un árbol delgado y de ramas secas. Luego reparó en la casa, la pileta, el automóvil, el jardín, buscando un fallo del guion técnico.

—¿Qué onda este tipo? Tiene un aire raro —le dijo a Emilce.

—Y no sé, pero quiere hacer algo bueno.

Giuliano se arrimó a la parrilla e invitó a las chicas. Emilce se acercó. Carne de primera, dijo él. Alicia se incorporó, algo del paisaje la había desconcertado. La luna estaba tan le-

jana que los cristales de la casa solo reflejaban el negro. Pensó en los planes que tenía con el dinero del proyecto: un auto a cuotas, un viaje a Brasil, un curso para su hermana. La brisa caliente le desacomodó el cabello. Se sintió tonta de pronto y se estiró un mechón de la nuca hasta arrancarse pequeñas hebras, como lo estiraba su madre cuando hacía algo mal, como se hizo a sí misma cuando descubrió que le habían puesto los cuernos o cuando su excompañera le robó la cámara. Recordó su primer empleo con su antiguo profesor de facultad, el que terminó haciéndole limpiar hasta los baños y luego la aplazó cuando decidió renunciar. Se sintió pequeña y deseó poder salir de escena para fumar otro cigarrillo cerca de la piscina.

Las nubes cubrieron la luna, diminuta. La única luz provenía del cigarrillo. Se chamuscaba en naranja, calentándole los dedos. Prendió el encendedor e hizo círculos hasta quemarse el dedo gordo. Se sintió menos sola. Tomó una fotografía del movimiento. Con el dinero podría comprarse un flash nuevo y trabajar freelance. En la publicidad, al menos el jefe no era un heredero, se dijo. Recordó el trabajo que había rechazado en esa agencia que, según los rumores, funcionaba como lavado para el narcotráfico. Observó al grupo sirviéndose pequeños trozos de carne en platos y se acercó a ellos.

—¿Y vos qué era que hacías...? ¿Alicia, verdad? —preguntó Giuliano.

—Hago la parte de la iluminación.

—¡Ah! Qué bueno.

Con el dinero podría pagar el alquiler, la cuenta de Informconf, mandar arreglar la pantalla de su teléfono. En las agencias volvería a tener interminables patronos, sesiones fotográficas de comida, modelos, ropa, pensó.

—Como les dije, chicos, yo estoy para empezar, aunque la idea para el guion no me convence. Tiene que ser algo más llamativo que las torturas.

—Podemos hacer una historia de tu familia —dijo de pronto Alicia.

Los dos compañeros la observaron sorprendidos y pareció que el fuego de la parrilla había consumido el resto del aire. Giuliano esbozó una sonrisa y levantó su copa con elegancia.

—Nah, tampoco quiero que mi familia se enoje conmigo.

—¿Por qué no? Dicen que las mejores historias son sobre las familias —dijo Alicia.

Emilce se le aproximó para pincharle el brazo.

—Miren, chicos. Pídanme lo que necesiten para la película. Puedo financiar su idea original o algo sobre los desaparecidos, eso también le conmueve a la gente.

Darío, para bajar la tensión, anunció que ya estaba listo el asado.

—Muy rico, asador —dijo Giuliano.

—Te dije.

—Hay locotes con queso también para vos, Ali, y chipa guazú en la mesa— dijo Darío.

Alicia se acercó con un pan a la parrilla. El olor de la carne asada la mareó.

—Darío me contó que sos vegetariana. Yo también estoy dejando la carne. Me parece muy importante cuidar todo el daño ambiental que se genera —dijo Giuliano.

Alicia asintió con la cabeza. Sintió un malestar.

—Ahora, por ejemplo, estoy haciendo de mecenas para un chico que hizo canciones sobre Bernardo Aranda en francés —dijo Giuliano para el grupo.

Alicia bajó la vista atajando un eructo. Deseó que nadie lo notase y observó los pies de Giuliano. Por alguna razón continuaban limpios. Sus raíces fuertes tocaban juguetonamente la tierra. Sintió una viscosidad acida golpeándole el estómago. Retrocedió un par de pasos, cayó de rodillas y vomitó.

El grupo la rodeó preocupado, preguntándole cómo se encontraba. Ella escuchaba las voces como si estuviera dentro de un túnel angosto que la sofocaba. Notó que todavía faltaba más por salir. Tomó aire y se arregló el cabello. Giuliano quiso sujetarle del hombro para ayudarla a levantarse, pero Alicia lo alejó de un manotazo y se puso de pie sola.

Fue al baño del quincho y se limpió la boca con cuidado. Concluyó que para salvarse sola debía aceptar las oportunidades y trabajar en el corto, como le había recomendado la jefa Emilce. Dar brazadas para que la sacasen a la costa. Se miró en el espejo y se rio de su propia necedad. Se peinó el cabello y regresó arreglándose la camisa.

El primero en recibirla fue Giuliano. Le alcanzó un vaso de agua. Ella se acomodó en una silla para escucharlos en silencio, mientras las luces de la piscina cambiaban de color y las sombras de los árboles mudaban de lugar.

Al culminar la reunión, Giuliano se despidió de ella con un suave apretón de manos, prometiéndole que la siguiente oportunidad cenarían algo ligero que le cayese mejor y que pudiesen comer entre todos.

Cuando regresaron al auto, la casa que iban dejando atrás ya no le resultaba tan grande y el paisaje nocturno iluminado por la luna le resultaba mucho más familiar. Ya habría otros proyectos, otra película, pensó.

—Perdón por estar desagradable hoy. Creo que me chocó un poco la sombra de la familia de este muchacho, pero ya estoy lista para trabajar cuando ustedes digan.

Darío y Emilce se miraron entre sí. Él buscó una canción en la radio y ella la observó sin saber cómo explicarle que Giuliano les había pedido que la desvinculasen del proyecto.



En el campus de la Universidad Nacional de Asunción  
**Guadalupe Ramírez**

Foto: Ricardo Saldívar.

---

**GUADALUPE RAMÍREZ (ASUNCIÓN, 2003)**

estudió en el Colegio Nacional Nuestra Señora Stella Maris y cursa la carrera de Diseño Industrial en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Arte de la Universidad Nacional de Asunción, donde forma parte del Movimiento A Mano Alzada que defiende el acceso a la educación universitaria pública, gratuita y de calidad desde hace 20 años. Es parte del Centro de Estudiantes, en la Secretaría de Comunicación con perspectiva de derechos. Participó del Taller Literario de la UNIBE en 2022 y participa del Taller de Escritura Y (TEY) desde 2023. Recibió una mención de honor en el Premio Itaú de Cuento Digital 2022. Mantuvo de 2017 a 2019 el récord nacional de salto con garrocha. Practica atletismo en la Secretaría Nacional de Deportes.

## Involucrarse

**35 AÑOS DE DICTADURA** estronista dejó una herencia: ser parte del Partido Colorado como sinónimo de acceso al recurso público. Tanto daño y miedo causó que pocas cosas son diferentes. Ese partido es ganador de la mayoría absoluta de las elecciones postdictadura por padrones adulterados, compra de votos y presencia en zonas vulnerables que dependen de ellos, debido al clientelismo y la ausencia de alternativas para la subsistencia.

Mi generación tiende a olvidar o a negar lo que sucede fuera de uno mismo por el individualismo que se le ha arraigado. Cree que depende solo de uno mismo contar con trabajo digno, atención en hospitales íntegros, agua corriente, servicios cloacales, vivienda y estudios universitarios... Cree que es normal sufrir horriblos días de calor.

Pero algunos sostenemos que en las aulas también debe hablarse del contexto y de cómo involucrarnos más en la universidad pública, en vez de seguir reproduciendo un pobre asistencialismo en jornadas de voluntariado por puntos de extensión, cuando deberían ser retribuciones a la sociedad con real propiedad de la palabra.

En abril de 2024, nuestro frente universitario demostró mayor resistencia ante la corrupción. La juventud organizada, consciente, sostuvo con equipos autogestionados de seguridad, cocina, comunicación, articulación e investiga-

ción la toma física de casi todas las facultades y filiales de la Universidad Nacional durante un mes. La misma recordó a la revuelta UNA No Te Calles, la primavera estudiantil de 2015. Hubo debates políticos cara a cara en busca de alguna solución legal para frenar los recortes presupuestarios y la centralización de fondos, acompañados de festivales artísticos o cortes de calle. Las actividades eran diarias y guiaban cada decisión que se tomaba en asamblea.

Aunque cada día perdemos un poco más, incluso tiempo y ganas para juntarnos a pensar en algo nuevo, en un reducido entorno florecido todavía existirá una red de personas éticas comprometidas con mejoras reales que abarquen a todos.

## Impotencia

**DESPUÉS DE DOS AÑOS** de buscar trabajo para ejercer la carrera que había estudiado, dos años que a veces sentía como interminables, por fin conseguí uno en un periódico nacional, pero en vez de ubicarme en redacción como ansiaba, me asignaron a encuestas primero y a archivos después. Hasta esta tarde, cuando recibí con sorpresa la llamada del editor del suplemento cultural y fui a su oficina:

—Azucena, ¿verdad? Adelante. Sentate. Mirá, cada vez estamos con menos redactores acá. Entonces, queremos saber si te interesa formar parte de nuestro equipo.

—Sí, me encantaría, gracias, con mil gustos...

—Qué bueno. Pasado mañana, el viernes, va a ser el Día Internacional de los Pueblos Indígenas. Queremos dedicarle una edición especial del suplemento del domingo. Necesitamos una serie de artículos breves sobre la población nativa del país, de situaciones específicas que verás en los expedientes que te voy a enviar al correo. O sea, a partir de ahora, tenés tres días para entregar los artículos. ¿Creés que vas a poder...?

—Por supuesto que sí —dije aunque no estaba segura de que pudiera lograrlo.

—Entonces, adelante.

Cuando volví a mi escritorio, ya era el fin de la jornada. Sonreí al ver los expedientes en «recibidos» y salí hacia la parada de bus, a algunas cuadras del diario.

En casa, por la emoción merendé un café rápido y empecé a trabajar. Marqué un recordatorio digital para la fecha límite del viernes. Eran seis solicitudes serias a escarbar. Eso me intimidó un poco. Aun así, luego de horas de lectura, de copiar y pegar datos duros, recolectar de a poco detalles llamativos y comunicarme con otra redactora entendida del caso, redacté el primer artículo.

### **ESCLAVITUD EN EL SIGLO XXI**

Juan Rodríguez tiene 75 años. Es un peón nativo que trabajó treinta años en una estancia en la que se le pagaba diez mil guaraníes por día. 300.000 guaraníes mensuales. Menos de cuarenta dólares por mes. Un día, porque no pudo alzar cosas pesadas, lo echaron del trabajo y también lo desalojaron. Juan nunca aprendió a leer o escribir. Todo sucedió en la estancia Yverá, departamento de Presidente Hayes, a 300 kilómetros de la capital.

Cuando la Asociación de Trabajadores Rurales, presidida por Simeona Brítez, denunció el caso al Ministerio de Trabajo, el patrón dijo que Rodríguez no era empleado del establecimiento y que sólo le daban ayuda a él y a su familia de manera que pudieran vivir dignamente en cuanto a alimentación y trabajo honesto.

En una entrevista, Brítez contó que el ochenta por ciento de las condiciones laborales en el Chaco, en las estancias de los menonitas y los brasileros, son paupérrimas:

«Despertar del suelo donde durmieron, desayunar cocido con dos galletas y trabajar mucho más que 8 horas diarias, no conocer vacaciones o feriados, o un salario mínimo, producir hasta el desgaste y luego sucumbir, eterno círculo vicioso en Presidente Hayes, Boquerón y Alto Paraguay. Por no mencionar maltrato físico, verbal y psicológico, ¡vaya pa-

tronos delincuentes! Para colmo les descuentan directamente los gastos de arroz, cebolla, carne, energía eléctrica. Los trabajadores deben llevar su cama, su colchón, materiales de limpieza al sitio en el que tendrán un intento de vida.»

Exhalé una pausa, estaba entre el shock y el disgusto. Papá justo vino a la sala.

—¿Sabías que a un peón indígena, luego de haber trabajado 30 años en una estancia por diez mil por día, lo despidieron como si fuera una herramienta rota? Sin ninguna remuneración. Encima, no sabía leer ni escribir —le dije.

—A esos patronos hay que quemarlos vivos —respondió airado, al parecer pensando más en los patronos que él había tenido—. Plaga partida...

Me reí... sin saber de qué serviría hacer eso. Qué cambiaría.

Luego de comer delicadamente una pera sin sabor a pera, miré el siguiente expediente.

Hacia tres meses nadie podía discernir el sol del humo en esta ciudad ni en ninguna otra, o siquiera salir a respirar aire limpio. El índice de contaminación había sido altísimo por la quema del Cerro Chovoreca y otros campos aledaños a Bolivia. Tuvimos que usar otra vez la mascarilla para poder vivir...

## **PATRULLAJES DEL MONTE CUANDO LOS ENTES AMBIENTALES REGALAN PERMISOS**

En septiembre de 2024, miles de hectáreas del suelo chaqueño se volvieron cenizas. El matogrossense Tomás Reis, de la estancia ganadera La Clemencia, como tantos otros extranjeros dueños de inmuebles paraguayos, quemó cordones de restos secos de pastura deforestada. Bastaron diez días para que el territorio garaigoso fuera consumido casi en su totalidad. 70 % de bosque indígena, 415.000 hectáreas quemadas. Entre ellas,

un porcentaje del Monumento Natural Cerro Chovoreca en Alto Paraguay, con ondulaciones topográficas únicas denominadas «*garai*» en ayoreo, refugio de fauna y familias.

Gran Paisaje, creado por la organización boliviana NATIVA, es un grupo dedicado a detectar, informar y paliar rápidamente focos de incendio a través del monitoreo a pie, a cargo de expertos ayoreos, y el uso de sensores satelitales de la NASA para captar imágenes actualizadas.

«El criminal lo hizo sin oír ni respetar las prohibiciones que rigen en el Paraguay», dice un mensaje registrado de los patrulleros.

Los usurpadores de la soberanía del suelo están impunes, amparados por el Instituto Forestal Nacional (Infona) que otorga licencias ambientales a los propietarios para cambio de uso de suelos, sin que haya consecuencias que cambien esa cultura de destrucción.

Para este caso, en Colonia San Alfredo, distrito de Bahía Negra, el Ministerio del Ambiente y Desarrollo Sostenible (Mades) anunció que la sanción era el pago de una multa de 20.000 jornales, equivalentes a 2.152.540.000 guaraníes, y la presentación de un plan de recomposición ambiental.

—Más monte pelado, más desplazamiento, más dinero. Eso pasará por la mente de los estancieros —frunció el ceño ante la insolencia en contra de formas de vida más amenas.

En ese momento pensé que, cuando se les despoja de la tierra, a los indígenas no les queda más opción que trabajar como jornaleros mal pagados en explotaciones agroganaderas, ocupantes de la mayor parte de su territorio.

Por último, leí las intervenciones del conversatorio de los pueblos indígenas. La líder aché María Luisa Duarte decía que «para los blancos, la tierra es dólares; para los indígenas, el territorio es vida».

Al día siguiente, jueves, en el diario, mientras intentaba terminar los primeros artículos, el editor me envió una historia discreta sobre una docente y traductora toba qom.

### **EL RITUAL DE INICIACIÓN TOBA QOM**

La niña toba qom que reciba su menarca debe avisar a su madre inmediatamente. Así comienza un ritual de mutación en el que la aíslan en una habitación durante un mes.

No puede tocar los objetos ajenos o las armas de cacería porque provocaría desgracias, como quitar la habilidad de caza o el filo de los instrumentos. Tampoco tocar agua o comer peces ni carne del monte. Si lo hace, corre peligro de volverse insaciable y caníbal.

La única persona que durante ese mes tiene acceso a ella es la abuela o alguna adulta mayor escogida para esa función. Ella deberá bañarla, alimentarla y masajearla para transmitir las virtudes o los rasgos considerados ejemplares, como aprender la cestería para que se vuelva una mujer trabajadora.

Entre los mitos sobre los inicios de ese ritual se encuentra el de una gigante serpiente arcoíris que destruyó la aldea y mató a todos los indígenas porque una adolescente menstruante había buscado agua del pozo.

Por esta razón, una docente y traductora toba qom cuenta que negó a la comunidad que su hija haya tenido la menstruación hasta que cumplió la mayoría de edad y pudieron mudarse a la ciudad de Villa Hayes, donde ahora viven.

—No quería que mi hija pasara lo mismo que yo había pasado —dice en una entrevista a nuestro diario—. Como toda cultura, hay muchas cosas que tenemos que cambiar.

Cuestioné el ritual, muy confundida. Dicen que no podemos explicar ni justificar lo extraño, que sólo podemos situarlo

en su contexto sin intentar interpretarlo de inmediato. «Era comprensible no tolerarlo, pero tampoco podíamos negarlo, sino tratar de conectar por qué sucedía». Hallé algo de sentido en una entrevista de Mark Münzel sobre canibalismo.

La siguiente historia que debía redactar estaba asociada a la ruta bioceánica, de la que el ministro de Obras Públicas había dicho: «Abriré nuestro pase a un cielo de comercio. Paraguay será el centro logístico mundial.»

### **LA RUTA Y LA VULNERABILIDAD AVANZAN**

Todo comenzó en 2020, cuando dos mil obreros del consorcio Ocho A se asentaron en campamentos permanentes del pueblo de Carmelo Peralta, frontera con el Brasil. Dedicados al trabajo, alejados de sus familias, sintieron los efectos psicológicos. Entonces prostituyeron a las mujeres ayoreo, y pronto las adultas dejaron de satisfacerlos.

Eso alarmó a las madres, pues las hijas adolescentes veían esa situación como una oportunidad de ganar un poco de dinero para comprarse cosas como celulares.

Las trabajadoras sociales que llevan proyectos con las mujeres ayoreo saben que la trata o manipulación a pequeñas es un tema mayor para el que nadie está preparado con la venida del asfalto y la futura concurrencia masiva de camiones: dos mil por día.

Las comunidades insisten en denunciar que no se les ha consultado sobre los proyectos que les afectan directamente.

Me asustó leer que las víctimas ni siquiera lo consideraran prostitución. ¿Pero qué opción tienen?, me dije. Una niña indígena, que en general solo habla su lengua materna, solo puede acceder hasta el sexto grado en Carmelo Peralta, donde hay nada más que dos centros de educación media y me-

nos de un tercio de la población ha culminado la educación escolar básica. Si quieren educarse más, deben buscar fuera del distrito. Al otro lado del río del Paraguay, la prefectura brasileña dispone de botes para educar a las ciudadanas nacidas en Murtinho.

Ya sin sosiego, luego del almuerzo insípido, abrí el siguiente expediente y estudié los años de sedentarización ayoreo.

—¡Ni hacía 100 desde el primer contacto! —me dije, asombrada.

### **LA HISTORIA DE IQUEBI**

Hasta 1950, la comunidad ayoreo fue perseguida por militares y cazadores furtivos como animales silvestres. En el interior del Chaco había carteles que decían: «¡Haga patria! ¡Mate a un indio moro!» Matar a un indígena significaba ganar la licencia para volver a casa.

El primer ayoreo que la población paraguaya vio fue un niño de 12 años llamado José Iquebi Posoraja. El 16 de junio de 1956, en los palmares al Oeste de Bahía Negra, mientras cazaba con su amigo Ñapujai, unos peones a caballo lo enlazaron con piola y lo transportaron en barco hasta Asunción para exhibirlo desnudo en una jaula, previa compra de una entrada. Sin alimentarse por miedo a ser envenenado, lloraba y pedía auxilio. Nadie podía entenderlo.

Pedro Dotto tomó su custodia para intentar devolverlo a sus tierras. Tras numerosos viajes, en 1962 se encontró con la primera tribu sedentarizada, posiblemente por falta de fauna, con la que pudo reencontrarse con su idioma y, luego, con su madre.

Volví muy triste a casa, preguntándome cuánto dolor se puede digerir por día.

En la cena, le conté a papá sobre ese artículo. Parecía que no tenía palabras para lo que había escuchado.

La mañana del Día de los Pueblos Indígenas, bien temprano, luego de un cocido con leche de coco, me decidí a terminar los artículos en casa. El último documento a leer era una crónica sobre el genocidio aché y las niñas prostituidas por el régimen stronista, publicada en el *American Indian Journal* el 4 de julio de 1978.

### **LA VISITA A LOS CAMPOS DE MUERTE EN EL PARAGUAY**

En 1976, Richard Arens, editor del libro *The Aché Indians: Genocide in Paraguay*, visitó el país invitado por Alberto Samaniego, ministro de Defensa, para demostrar la realidad tras la propaganda del amor que la nación decía sentir por los indígenas.

La dictadura impuso una política oficial de sedentarización y limpieza étnica aché, a cargo de Manuel de Jesús Pereira, razón por que la Organización de las Naciones Unidas (ONU) la declaró cómplice de cacería indígena a machete y emboscadas con armas.

Los sobrevivientes fueron transportados en camiones militares a reservas dirigidas por la Misión Nuevas Tribus. Los hombres, vendidos como esclavos; las mujeres, como prostitutas; los niños, como servicio doméstico. Otros, abandonados en esos predios con olor a excremento donde los oficiales retenían comida y medicamentos.

Vigilado por el servicio técnico de información, Richard Arens inspeccionó esas reservas descritas como «pozos sépticos humanos calculados para inducir enfermedades y la muerte.» En la primera, Colonia Nacional Guayakí, los nativos vivían bajo cubiertas de tronco. Dentro, vio tablas de madera para dormir, leños y desechos de periódico para

taparse del frío. Niños tosiendo, llenos de mocos, viejos llorando en silencio sin poder mantenerse en pie, resignados, pues la protección a la vida costaba dinero que no poseían. Les habían prohibido sus cantos nativos, sus rituales, hasta bautizar a sus hijos aché. Cada persona tenía asignado un nuevo nombre usado en contra de su voluntad.

La siguiente misión fue en Puerto Casado, cerca de la fábrica de tanino de Carlos Casado, donde explotaban a 700 indios residentes y 800 acampados, de los pueblos angarte, sanapana, guana, lengua, toba y guarayos, con evidentes signos de desnutrición. Eran mano de obra no capacitada en jornadas de 12 horas, pagadas con güisqui de mala calidad.

En esa inspección, el editor consultó a los operarios si un obrero muerto a pocos metros de él tendría una autopsia. Le respondieron que, debido a la multitud de muertes, no podían permitirse el pago de ese costo. Ante la insistencia del visitante, un sacerdote le dijo que tuviera paciencia. Entonces el editor replicó: «La vida es sagrada y la paciencia con las condiciones que destruyen la vida es intolerable.»

La última reserva, en Faro Moro, contenía a 200 indígenas, 90 % de ellos registrados como cristianos sin expresión alguna de cultura.

Afuera de la misma, un indígena le contó que una noche estaban cantando alrededor del fuego cuando algunos blancos les emboscaron y tirotearon. Él pudo huir con su hijo en brazos a través del bosque. Mataron a todos los demás.

El visitante se despidió ante el llanto de todos. Le dijeron que todos ellos morirían cuando él se fuera. Dedujo que ni la mitad de ellos podría sobrevivir un año más.

El general de la Fuerza Aérea, Ranulfo González, le dijo que el genocidio en el Paraguay era una mentira comunista y diabólica, que era el culpable de calumniar al gobierno y de no aceptar la justificación de que los indios eran inferiores.

En 1977, Richard Arens envió una carta al *The New York Review*: «Cualquier visitante lo sabía. En el barrio Sajonia funcionaba un burdel militar al servicio de los altos comandantes, incluido Stroessner.» Aseguró que la mayoría de las niñas prostituidas eran indígenas secuestradas que tenían entre 8 y 12 años.

«De las reservas terminaban en la vivienda de Jesús Pereira para ser ofrecidas al régimen. Un testigo se encontró con dos niñas de 9 años sangrando en sus zonas vaginales frente al burdel.»

Cayeron mis lágrimas mientras miraba ajena esas historias. «Ni siquiera sabéis lo que habéis perdido. Lo único propio que tenéis es vuestra piel negra, y se está destiñendo», recuerdo sobre la tribu Olinka en una ficción de Alice Walker.

Percibí mi piel en comparación con la nativa y no comprendí cómo podíamos ignorar tanto... Y aunque conociéramos esas historias, ¿cuántos ciudadanos seguirían despreciando a estas víctimas históricas cuando rebasan a los bebés durmiendo sobre una manta mientras sus madres ofrecen pulseras o piden monedas en las calles de Asunción?

Cerré los expedientes y envié la serie de artículos, sin saber de qué serviría...



En la Plaza De Los Desaparecidos  
**Alicia Riquelme Crosa**

Foto: Junior Román.

---

**ALICIA RIQUELME CROSA** (ASUNCIÓN, 1990)

es publicista de oficio, sector en el que se desempeña desde el año 2009. Fundadora de la agencia Quinto Viento, en 2016. Escritora de vocación, escribe e imagina desde niña. Actualmente estudia Filosofía en la Universidad Católica de Asunción. Ganó el tercer premio del Concurso de Cuentos Dr. Jorge Ritter 2022, y una mención de honor y el segundo premio en el Concurso Surgente de Cuentos 2022 y 2024, respectivamente.

## Demo-cracia

**BASTA CON MIRAR** el código fuente del país para verificar que la democracia no pasa de ser una demo porque el *malware* de la dictadura nunca se ha desinstalado.

La transición es una constante en nuestra historia incluso desde antes de que existiera la figura de Alfredo Stroessner, pero no fue hasta después del fingido golpe de Estado de 1989 que se simuló la instalación oficial del sistema democrático en el Paraguay.

Un programa que supo aprovechar el modelo meritocrático del sueño americano, tan de moda entonces, adaptándolo a su tradicional codificación. Esa que se resume en una premisa tan simple e impenetrable a la vez: «en Paraguay nos conocemos todos». La misma está en lo más profundo de nuestra cultura y es compatible con cualquier tipo de virus, anulando todo indicio de demo-cracia, sin esfuerzo alguno.

La amistad es un valor realmente importante para el humano. No hay duda. Fue justamente en este pedazo de tierra donde el médico Artemio Bracho le dio su lugar en el mundo creando el Día de la Amistad... cuyo primer título de amigo del año fue para el dictador Stroessner. Desde esa fundación, en 1958, el significado genuino de la amistad se ha desvirtuado para terminar siendo una amistocracia: ser amigo de todos, tener contactos, estar al lado y del lado del que ejerce el poder, sea lo que fuese que eso implique.

El atributo principal de la amistocracia es su capacidad de adaptación. Su código logra meterse en todo ismo o ideología, en cualquier espacio, público o privado, permitiéndole gobernar desde las sombras. En los códigos vigentes, la imperfección más grande es animarse a actuar a través de una lógica distinta. Cualquier acción que no concuerde con la amistocracia es procesada como una falla que debe ser eliminada a través de mecanismos de extorsión, miedo, censura, noticias falsas y hasta accidentes al más puro estilo de la Cosa Nostra... tan idolatrada por tanta gente del país, la región y el mundo.

Existe también un lenguaje informático muy arraigado: el pyragüeísmo, un antivirus delator que rastrea y levanta las alarmas correspondientes contra los ciudadanos que se atreven a luchar contra este sistema. Es así como, consciente o inconscientemente, no tomamos posturas o tomamos las que nos convienen, no las que nos convencen. Preferimos vivir alienados, programando nuestras mentes con pensamientos de otros. Toleramos lo intolerable por temor a que ese amigo de ese otro nos quite lo poco que creemos que nos pertenece. Es así como nosotros mismos terminamos ralentizando la transición.

Los *transicionistas* vivimos atrapados en la paradoja de querer cambiar las cosas y sabernos parte del mecanismo que mantiene el *statu quo*, uno que debemos aprender a usar para cumplir todo objetivo que nos propongamos. ¿Acaso también la democracia?

## Pas, paz, pas, paz

**BRUSCAMENTE**, el jefe me pasa un pedazo de oro. Lo agarro con todas mis fuerzas por miedo de que se caiga. Me mira sonriendo, sin parpadear. Luego observa al público que nos ovaciona. Me siento en un *déjà vu*: su estado psicótico es el mismo que tuvo en la última fiesta del año pasado.

Esa noche tuvo algo de fin del mundo, más que de fin de año. Reviví el momento que Colo —como le decían todos— se apoderó del micrófono con un manoteo salvaje que hizo que el aparato cayera, pero pudo sujetar el cable antes de que la carcasa tocara el suelo. Con el público gritamos: ¡*Chake!* Segundos después, en una reacción tardía conjunta, escuchamos las risotadas. Colo se paró firme y con efusión desmedida anunció el objetivo para el nuevo año: ganar Cannes, el premio más prestigioso de la industria publicitaria a nivel mundial. Si bien quienes trabajamos en creatividad publicitaria codiciábamos el trofeo con forma de leoncito en algún punto de nuestras carreras, el caso de Colo siempre me había parecido extremo, una obsesión de nivel patológico que conocí a profundidad meses después.

En marzo del nuevo año, la agencia firmó contrato con un nuevo cliente. Me pidieron que asistiera a la primera reunión. Dejamos nuestros documentos de identidad en la portería y nos dieron una tarjeta con la palabra «Invitado» impresa en rojo, aunque yo la percibía como «Intruso». Me perdí en esa

reflexión mientras subíamos al décimo piso por el ascensor. Recordé la frase de Orwell en 1984: «La guerra es la paz. La libertad es la esclavitud. La ignorancia es la fuerza.»

Me acomodé los lentes de marco grueso que se me resbalaban por la nariz y me senté al lado de mi jefe, como si su cercanía me hiciera invisible. Cuando todos estuvimos acomodados con nuestros respectivos cafés y botellas de agua, se sucedieron la disertación de uno, el debate de otro, la ira de una y la pasión de otro. Hablaban de sus expectativas y discutían posibles estrategias. Sin embargo, las palabras parecían no llegar a mis oídos. Me vi sumergida en el conteo de las mordidas que le daba a mi décima chipita antes de tragarla. De repente, la voz de don Dico Tómico me devolvió a la sala. Me mordí la lengua y emití un sonido de un cachorro lastimado. El señor me miró de reojo, se aclaró la garganta y siguió su charla magistral.

—Yo estoy convencido de que desde el sector privado vamos a cambiar las cosas. Acá no está todo tan podrido todavía. Por eso quiero que se conozca la empresa por hacer campañas de bien social. Yo tengo plata para invertir... Lo que necesito son buenas ideas. Por eso estoy acá hoy: para desafiar a estos creativos, a ver qué se les ocurre, qué ideas tienen para hacer un país mejor. Después metemos la idea en Cannes. Yo pago la inscripción. Lo que quiero es hacer ruido... Ruido para bien, para cambiar las cosas. Pensemos en grande.

Tomé el último sorbo de café, frío y extrañamente más espeso. El líquido parecía haberse mezclado con las palabras escuchadas y pasó por mi garganta con dificultad. El resto del encuentro rememoré los sabores de pizza que todavía no había probado. Era un pensamiento automático cuando entendía que debía quedarme a trabajar horas extras.

Caminamos hacia el auto de Susan, ejecutiva de cuentas, hija del dueño de la publicitaria. Entré y me acomodé en el

asiento trasero. Colo se sentó en el lugar del copiloto. Ella encendió el motor y a la par su capacidad de provocar charlas forzadas.

—Es una buena oportunidad esta...

—Sí, tenemos que aprovechar y sacar algo realmente bueno. ¿Escuchaste, Cristi?

Claro que escuché, pero fingí que no y me incorporé con un movimiento exagerado. Me acomodé los lentes.

—No, me colgué. ¿Qué pasó?

—Que esta es tu oportunidad para romperla y ganar el gran premio este año. Todos sabemos que vos podés ser la mejor creativa del país.

—Ahhh.... y haré lo que pueda...

—Eso y más.

Un limpiavidrios se acercó y se dispuso a limpiar el parabrisas.

—Ay no, no, ¡no, te dije!

Susan despegó la mano derecha del volante y movió el dedo índice de un lado a otro frenéticamente, pero el muchacho continuó. Entonces ella puso en marcha el limpiador automático. Él la miró con odio. Ella también a él, pero agregó: ¡A la gran puta! Él guardó el palo limpiador debajo del brazo, le mostró el dedo del medio y se fue. Ella suspiró y retomó la charla forzada como si no hubiera pasado nada.

—Encima yo creo que de verdad podemos hacer algo que aporte a la sociedad. Eso es lo que más me motiva a mí... ¿Entendés lo que te digo?

Colo asintió con la cabeza.

Una vez instalado el trabajo en mi psiquis, pensé ideas maquinalmente. ¿Qué problemas podíamos solucionar? ¿De qué se estaba hablando hoy? ¿Cómo podíamos meternos en la conversación de la gente? ¿A quiénes podíamos usar como figura? ¿Pueblos indígenas? ¿O qué tal una acción de

concienciación de la violencia contra la mujer? ¿O para dejar de tirar basuras en la calle? El ritmo acelerado de pensamientos me acompañó durante la caminata a la parada de bus y todo el trayecto de la Línea 37 hasta llegar a mi casa.

Sentado a la mesa del comedor, papá partía un mango brasilero en pedazos pequeños, apuñalando cada trozo después de cortarlo y llevándolo rápidamente a la boca.

—¿Don Dico? ¡Ja! No te puedo creer... —clavó la fruta, apoyó los codos sobre la mesa, cruzó sus manos y me miró. Sonreí creyendo que él admiraba a este empresario como yo—. Su papá *ko* era miembro del Cuatrinomio de Oro, mi hija... —tomó de nuevo el cuchillo para seguir el ritual.

Me pareció interesante saber que el padre de un cliente tan importante haya sido músico. Imaginé a un hombre parecido al de la reunión junto a tres varones más, posando con los brazos cruzados. Sobre sus cuerpos, el nombre del grupo en Word Art.

—Esos estronistas hijos de puta se cagan en plata ahora, pero porque durante muchísimos años se cagaron en todos nosotros. ¡Colorados de mierda! —tragó saliva, se miró las uñas de la mano izquierda, y bajó el tono de voz—. Pasame otro mango.

Puse la fruta sobre el mantel y me senté en el otro extremo de la mesa. Agregué camisas rojas y pañoletas con la estrella del Partido Colorado a la imagen mental del cuarteto.

En tono agresivo, continuó:

—Supongo que conocés todas las atrocidades que hicieron estos especímenes. Quiero creer que les enseñan eso en el colegio. Nos torturaban por pensar que éramos contreras. Se apropiaban de todas las tierras que se les antojaba. Y ellos mismos se iban a sacar a los indígenas a balazos. Robaron todo lo que quisieron... Por eso el Dico este tiene la plata que tiene. ¿Y ahora viene a querer lavar el dinero más sucio

del mundo invirtiendo en alguna obra de caridad? ¡Ja! Y no cualquier obra, eh, una pensada desde el marketing porque obviamente quiere quedar bien con la gente. Ha de aspirar a algún cargo político, seguro. Todos son unos bandidos...

Mis anteojos se resbalaron y cayeron al suelo. Me agaché, los levanté y me los volví a acomodar. El diseño de portada del disco de la banda de polka que tenía en la cabeza mutaba a medida que papá hablaba: una guitarra con la cara de Stroessner grabada, un acordeón convertido en un elemento medieval de tortura, micrófonos que también eran pistolas y maletines de dinero de diferentes tamaños usados como percusión. Me quedé algunos segundos pensando en armas de todo tipo convertidas en instrumentos musicales. La sensación de haber dado con algo interesante me invadió súbitamente. Me recorrió un escalofrío. Escribí la idea a grandes rasgos en el celular.

—Y bueno, pa, no se puede vivir siempre en el pasado. A lo mejor él sí quiere hacer bien las cosas... —respondí sin reflexionar mucho.

Papá soltó el cuchillo y dio una carcajada que me erizó la piel. Preferí no responder y fui a mi habitación con ánimos de desarrollar la idea que se me había ocurrido. Garabateé titulares y luego me acosté y me dispuse a procrastinar.

Cuando le expuse la idea, Colo tuvo dudas, pero finalmente la aprobó. Ese día nos quedamos a confeccionar las piezas de la campaña. A las siete de la noche fuimos hasta el restaurante que se encontraba al otro lado del complejo de oficinas, llegamos justo antes de que cerrasen. Compramos cervezas para amenizar la velada, o más bien disimular que no la estábamos pasando tan mal, y un par de bebidas energizantes para contrarrestar el efecto del alcohol. Me serví una lata en un vaso con motivo de *Star Wars* y lo llevé a mi escritorio.

«Transformemos el odio para que suene la paz», era el

nombre de la campaña. La idea era convertir armas de todo tipo en instrumentos musicales que serían donados a niños de escasos recursos, a quienes se les daría clases de música. El proyecto culminaría con la puesta en escena de los chicos ejecutando alguna canción.

—Cristi, atendé esto... Que la canción se llame «Paz, paz, paz», haciendo un juego auditivo con el «¡pas!» —juntó las dos manos emulando una pistola— y la palabra paz. ¿Entendés? ¡Pas! Paz. ¡Pas! Paz. Está buenísimo, ¿verdad?

—¡Me encanta! —lo miré asombrada por encima de mis anteojos medio caídos. Me fascinaba ver al jefe crear con tanta facilidad.

Hicimos una pausa y salimos al patio a fumar un cigarrillo. Nos sentamos en el suelo, recostados contra la pared con la gigantografía un poco pixelada del rostro de Dalí. Hice «la gran Susan» intentando forzar una conversación.

—¿Por qué te dicen Colo?

—Y porque soy pelirrojo —se rio—. ¿No ves? —señaló la piel morena de su brazo.

—Ahhh —sonreí, o al menos lo intenté.

—Lo que pasa es que yo soy colorado de toda la vida. Toda mi familia es colorada y siempre lo fue. Y la verdad es que si no fuera por eso, no estaría donde estoy.

—Hablando de eso, ¿vos sabías que el papá de don Dico era parte del Cuarteto de Oro?

—Cuatrinomio...

—Lo que sea, ¿sabías?

—Claro que sabía, Cristi... ¿Por?

—No sé, pregunto nomás...

Cambió súbitamente de tono de voz y siguió:

—Sea lo que sea que estás pensando de ese tema, la campaña sigue siendo una oportunidad del carajo, ¿no te das cuenta? Aparte, si no la hacemos nosotros, se va a ir a hacer

con otro nomás. Mejor, aprovechá. Muchos creativos se mueren por estar en tu lugar. Demostrá de qué estás hecha. *Ani nde vyra.*

Al volver al escritorio sentí que el marco de mi anteojito pesaba diez kilos y me apretaba la nariz. Así que me lo saqué. Descansé algunos minutos y retomé el trabajo. Luego de una hora y media fui a la cocina para tomar otra lata. Colo estaba buscando algo para comer, abriendo todos los cajones y las puertas de un mueble vintage. Por inercia intenté nuevamente entablar conversación:

—Colo, estaba pensando nomás mientras escribía... ¿Vos sabés de dónde viene la plata que se va a invertir en esta campaña?

—Cristi, Cristinita querida, me parece que estás haciendo preguntas innecesarias. Vos concentrate en la parte creativa. El resto de lo que pasa no debería importarte. Te lo digo como consejo porque te aprecio y creo que sos talentosa. Te está yendo demasiado bien para ser mujer. Aprovechá.

Miré el piso y encendí mi piloto automático mental. Volví a la computadora y trabajé mecánicamente durante tres horas más. Luego de enviar el correo a Susan me recosté en el sofá estampado con caras de Marilyn Monroe en distintos colores, y me dormí.

Llegué a casa por la mañana, con *menta'i*, burrito y cedrón en una bolsa de plástico. Aprovechar la sombra del árbol de guayaba del patio tomando tereré con mi papá era un rito de sábado. Machaqué las hojas en el mortero de madera y las eché en la jarra de vidrio. Llené la guampa con yerba natural, como le gustaba a él. Saqué las sillas hechas de cables de colores y la mesita con patas de hierro.

—¿Qué tal tu trabajo, *che rajy*?

—¡Súper bien! Presenté una idea que le gustó mucho a mi jefe.

—¿En serio? ¡Contame!

Cada vez que cebaba, bajaba la mirada hacia la guampa y me quedaba así un par de segundos. Narré minuto a minuto la odisea creativa. Mi lente se deslizaba y lo subía con el dedo índice. Expuse mis expectativas con vehemencia. Terminé el monólogo y miré a papá, que se miraba las uñas de la mano izquierda. Sus ojos recorrían los dedos uno por uno.

—¿Me estás escuchando *piko*, papi?

Un pitogüé respondió a lo lejos, pero mi interlocutor mantuvo el silencio. Le agarré la mano que lo tenía absorto.

—¿Pa? ¿Estás bien?

Empujó mi mano con tanta fuerza que di un paso atrás y me tropecé con la mesita, que se volcó.

—Ni te atrevas a tocarme y mucho menos las manos. ¡*Ayna, che rajy!* ¿No te das *piko* cuenta de lo que estás haciendo? Ayudando a estos ladrones de mierda a robar más, a ocultar, a matar, a seguir cagándose en vos, en mí y en todo el Paraguay. Si aprendiste algo de mis valores tendrías que renunciar a ese trabajo, ¡carajo, mierda! Por un salario mediocre te vas a vender tu alma... Despertatena mi hija, ¡estás siendo cómplice de torturadores! Las armas que mataron a quién sabe cuánta gente, ¿van a usar para tu ideita?

—¡Aijue! ¿Qué te pasa, papá? Ya no son *ko* más los tiempos oscuros de la dictadura... ¡Yo tengo derecho a cumplir mis sueños también!

Papá se calmó de un segundo a otro, cruzó las piernas, apoyó el codo sobre la rodilla y se volvió a mirar la mano. Con la yema del pulgar acariciaba el contorno de las uñas de los demás dedos.

—Si seguís con esta estupidez, esta va a ser la última vez que hablamos.

Yo no lograba asimilar la reacción ni emitir palabra. La *menta'i*, el burrito y el cedrón eran algas de un charco en la

tierra. Mi antejo de marco grueso completaba la escena en medio de la bombilla de plata y una guayaba podrida. No logré moverme para alzarlos hasta pasados varios minutos.

Colo me pasa el micrófono de golpe y me saca el leoncito de oro de las manos. Estoy en blanco. Me codea con fuerza y por fin reacciono.

—Agradezco inmensamente a don Dico por la oportunidad, a mi gurú de esta vida: el gran Colo, y más que nada a mi papá. Si bien no está presente, él inspiró esta idea. Le debo todo lo que logré hasta hoy. Gracias.





Parc de l'Aiguelongue. Montpellier, Francia

**José Riquelme**

Foto: Mélanie Guillon.

---

### **JOSÉ RIQUELME (KAPIATÁ, 1993)**

nació en una familia integrada tanto por liberales como por colorados. Cursó los estudios secundarios en el Colegio Nacional de Capiatá y, paralelamente, participó del curso de Periodismo Joven ofrecido por el Instituto Paraguayo de Enseñanza Periodística, que lo impulsó a seguir la licenciatura en Ciencias de la Comunicación. Ejerció esa profesión en medios como ABC Color, Telefuturo, Radio Monumental, entre otros. A la par de ese trabajo, ingresó a la carrera de Letras de la Universidad Nacional de Asunción. Años más tarde, fue aceptado en la Universidad Paul Valéry Montpellier 3 de Francia para cursar la licenciatura de Estudios Hispánicos. Tras una doble maestría en *Recherche en Culture Hispanique* y *Études Culturelles*, se encuentra realizando un doctorado en Literaturas Hispanoamericanas. Desde muy temprana edad se interesó en la literatura gracias a los relatos orales de su padre, entre fantasía rural y crudo realismo social. Ya de joven, inspirado en poetas como Elvio Romero y Miguel Hernández, se sintió atraído por la vida campesina y los problemas del campo. Esa preocupación lo llevó a la escritura el poema «Resistencia», que obtuvo una mención de honor en el Concurso Carmen Soler 2018. En 2020, tradujo del francés al castellano un poema del Paul Valéry que fue incluido en el libro *Poemas europeos* (Editorial Y, 2021). Ya radicado en Montpellier, su interés se centra en la narrativa, la traducción y los ensayos académicos.

## Los libros, el cajón y el cerrojo

**RECUERDO QUE DE NIÑO** veía la habitación de mis padres como un terreno fértil para la exploración. Allí se encontraba, frente a la cama matrimonial, un imponente armario, un poco rústico, herencia de nuestros antepasados. En él se guardaban los atuendos de gala, las ropas de invierno como también documentos y objetos de valor antiguos, como monedas de principios del siglo XX.

Ese armatoste despertaba en mis hermanos y en mí una curiosidad que no podía ser saciada debido a la prohibición de acceso impuesta por papá y mamá. Se referían sobre todo a un cajón que yo creía cerrado bajo llave. Un día, aprovechando un descuido, lo abrí y encontré varios libros y folletos, entre una variedad de documentos de carácter jurídico e inmobiliario.

Se trataban de textos y manuales sobre el partido liberal y la oratoria política, además de un número de *Conexión Latina* y la fotografía de un grupo en cuyo centro se encontraba un señor barbudo que lucía sonriente una camisa azul. Mi interés fue tal que decidí confesar el delito para conocer el origen de esos materiales y por qué estaban guardados con tanto celo.

Recuerdo que papá me observó detenidamente y, tras un instante de hesitación, me dijo que eran libros y textos de su juventud, que ahora los tenía como reliquias de un

pasado lejano. Durante la última década de la dictadura colorada, él había formado parte de la joven dirigencia liberal de nuestra compañía.

Toda actividad militante era muy tímida, me confesó, incluso tras la caída del régimen, porque esa labor de oposición era vista como cierta deslealtad. Por eso guardaba con celo esos libros de formación y revistas sobre la actualidad política del país. La fotografía, en tanto, había sido tomada en los primeros años de democracia y el hombre barbudo era Domingo Laíno, quien había visitado el barrio para demostrar apoyo a los copartidarios de base.

Esa revelación me permitió por primera vez ser consciente de nuestro contexto y memoria familiar. Pero al mismo tiempo fue una revelación para mi padre que, mientras recordaba esos episodios, caía en la cuenta de que, en ese momento, ya en democracia, podía por fin exhibir esos libros en la repisa de la sala. Desde entonces ambos sentimos un interés creciente por la trayectoria de esos textos, por sus historias de oscuridad y redescubrimiento.

Hoy, pensando en la transición democrática, recuerdo esa anécdota y me inclino a creer que la indefinición de nuestro proceso, que no termina por consolidarse, es en realidad un periodo de reconocimiento de que por fin somos libres. Estamos en el umbral de la libertad plena como en una escena platónica, temiéndole a las sombras danzantes de la pared, ignorando aún la salida, sin ser conscientes de que nuestro cajón ya no tiene cerrojos, de que podemos salir y reconocernos. ¿Pero cómo caer en la cuenta? Pues, precisamente, a través de los libros, que hoy ya no viven en el cajón del exilio y de la memoria, ese doloroso ejercicio del recuerdo.

## *Py'aro*

**EL DOLOR SE LE CLAVÓ** de nuevo en el estómago como una estocada. Ya no le dio tiempo de colgar y el teléfono se le deslizó de la mano al tiempo que intentaba sujetarse el vientre para evitar lo inevitable. Cerró los ojos y sintió que la maldita sustancia biliar no buscaba remontar los conductos hacia la salida más lógica, sino parecía escaparse por sus poros, erosionándole la piel hasta dejarla amarilla de muerte. Miró el follaje del mangal, pero sus ojos se perdieron en la hojarasca que subía con el viento y se mecía en el aire.

Los malestares reaparecieron intempestivamente ese día, por la mañana. Fue en el trabajo, cuando recibió la noticia de que el nuevo jefe del departamento de transporte iba a modificar las asignaciones y los viajes. Esos cambios tendrían repercusiones directas en su salud y lo sabía. Por esa razón solo desayunó un té de menta y criollitas. Suficiente tenía con los preocupantes anuncios en torno a la crisis política que le producía *py'a hái*. En este país parecen abundar los problemas digestivos que se manifiestan como los vaivenes políticos de la tímida vida democrática. *Py'a hái* y *py'a ro*, pensó, están semántica y, a veces, coyunturalmente ligados. Frente a la oficina de transporte ya se había formado un corro de choferes, al que se unió esperando calmar su incertidumbre. Algunos de sus compañeros que habían llegado con los vientos nuevos de 2008 trataban de confundirse entre la

masa deforme de funcionarios. La mirada de todos se concentró en la aparición del nuevo jefe. El recién nombrado caminó hacia ellos por el pasillo del despacho del secretario general y luego habló. Julián escuchó con interés la promesa de que todo seguiría igual, aunque con mayor control en las asignaciones de viajes, viáticos y vales de combustible. Se sintió confiado con las primeras palabras del nuevo responsable y sus temblores internos se disiparon. Ensayó una sonrisa tonta, de alivio, pero con un resultado poco creíble. En esa confusión de promesas su atención se distrajo en el puesto de chipas. En su estado actual no soportaría tal masa de harina y grasa. Mejor una manzana roja. Roja. Una puntada. *Hoita, correlí*, por fin vamos a repintar la fachada. Se recuperó atontado del ensimismamiento. No pudo descifrar lo que sucedía. Miró alrededor y dedujo que el exabrupto provenía de uno de los compañeros, quizá Mario o Carlos, pero no pudo precisarlo. Se fijó en el nuevo jefe y creyó ver un espejismo. Las palabras crean tantas realidades vanas en las que proyectamos nuestras expectativas, pensó. La verdadera realidad se desplegaba en su entorno cercano donde todo se volvía incierto. Incierto para Julián, de los pocos que guardaban un carnet azul en el bolsillo.

La conducción de vehículos nunca fue su verdadera pasión, pero sí los viajes. Cuando le propusieron integrar el staff de choferes de la Secretaría de Asuntos Rurales, dijo que cualquier oportunidad sería buena en esa época de vacas magras. Hacía unos meses que había regresado de la Argentina, donde había conocido el enjuto rostro de la crisis económica del 2000. Allí trabajó de ayudante de cocina en un restaurante. Ante los malos tiempos que se asomaban, su madre le rogó que volviera al rancho y dejara su puesto a la gente de allí que no tenía de otra que bailar la mala nota. Julián en cambio podría volver a casa, más aún ahora que uno de sus

amigos liberales había logrado entrar a un Ministerio, el hijo de don Pa'ito, amigo de su abuelo. Para tranquilidad de su madre, Julián volvió y con la misma mochila de siempre. Al cabo de dos semanas, ya se encontraba manejando la camioneta del secretario general de Asuntos Rurales. Los viajes largos siempre fueron de su agrado. Su vida de hecho se resumía en una inacabable errancia homérica sin llegar nunca a buen puerto. Había realizado mil y una tareas en distintas áreas, pero sin éxito. Durante unos años vivió la más cómoda de sus vidas. Cumplía un horario de ocho horas diarias las semanas en las que no viajaba o, cuando sí, se marchaba por cualquiera de los horizontes del país durante el tiempo que fuera necesario para la investigación de campo, según el jefe de transporte. De regreso disfrutaba de dos días de descanso y del resto —casi íntegro— del viatico. Vivió confortablemente gracias a la austeridad y los fines de semana frugales, pero esa estabilidad se vio amenazada cuando supo que el hijo de don Pa'ito había perdido su alto cargo.

Entonces sus espasmos volvieron. Los sufría desde niño, de forma intermitente, aunque no los padecía desde su regreso de la Argentina. Se había hecho cientos de análisis y recorrido todos los consultorios de cuantos especialistas había en el hospital de Clínicas, de Itauguá y, en su efímero periodo de asegurado, del IPS. Pero nadie logró identificar el problema. Alguien alguna vez deslizó que tal vez la dolencia tendría un origen psicológico. Pero Julián no dio seguimiento a esas tonterías. Tras el despido del hijo de don Pa'ito se volvió mucho más atento en el trabajo. Ya en los pasillos se escuchaban rumores de cambios, algunos hablaban de que el presidente de la República había roto con ciertas alianzas internas de su partido, que un ala de la izquierda que lo había ayudado a ganar el poder estaba descontenta por falta de reformas profundas, que más allá de algunos atisbos de cambios so-

ciales la realidad seguía pintada de demagogia. Se decía que el PLRA también se había retirado, pero porque no le habían permitido cooptar los principales ministerios.

Julián sintió el pacto roto como una puntada en el estómago. Los días pasaron, la crisis política se incrementó y, sorprendentemente, al presidente lo renunciaron. Con ello, los cambios también llegaron a la Secretaría y Julián vio cómo algunos tímidos compañeros sacaron a flote el resabio contenido, como cuando se presentó el nuevo responsable del Departamento de Transportes de la Secretaría. Ya no tenía ganas de una manzana ni de nada más. Su estómago se ciñó como un puño apretado obligándolo a apoyarse contra un árbol. Respiró larga y profundamente tantas veces como fue necesario para calmar lo que ocurría en su interior. Sintió que la camisa le asfixiaba. Disimuló el más minúsculo gesto para evitar llamar la atención del grupo que podría marginarlo de la lista de próximos viajes. Los espasmos duraron algunos minutos y luego, sin más, se apagaron.

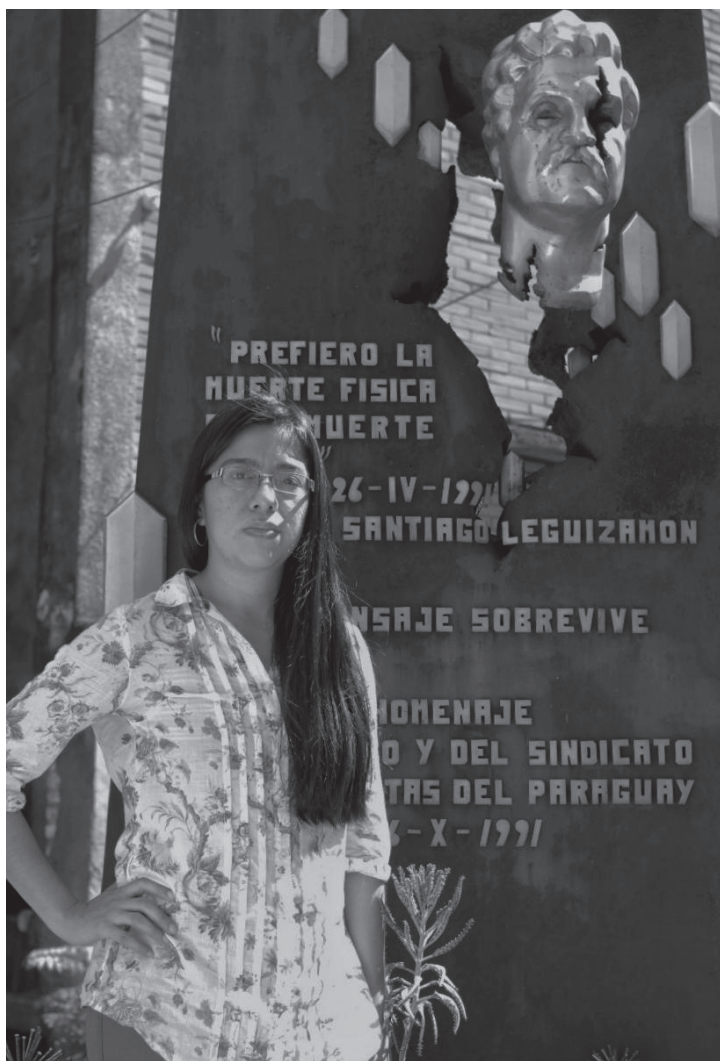
Al salir del trabajo decidió pasar por el mercado de hierbas. Tenía en mente una lista de plantas medicinales que le había recomendado su abuelo, liberal torturado por los azares de la vida, cuando a los siete años, más o menos, tuvo su primera crisis espasmódica. El episodio había coincidido con el compromiso de su hermana, que cedería su mano a uno de los fuertes caudillos de la ciudad en los difíciles 70. Se reincorporó de la nube de recuerdos ante la mirada de la vendedora y pidió unas hojas de *jagüareté ka'a*. De nuevo creyó oír a su abuelo en su guaraní eterno: *Sapy'ante ko acalculá ha'eha ko'ã tembiguái peñanemo py'aróa*. Tomó un poco de eneldo, de borraja, ka'avo anís, boldo, salvia, semilla de lino y se marchó. Ya en la parada de bus se encontró con una muchedumbre zumbante que se agolpaba ante la llegada de cada unidad de transporte. Era una confusión de rostros

y olores. El calor que se anunciaba en la reverberante escena le devolvió los malestares. Cansado ya del día, se dirigió a otra parada, pero a cada paso constataba la infestación de las calles; también vio una Seccional pintada de bermejo chillón, mostrando aún victoriosa globos festivos por el nuevo gobierno. Se sentía agobiado. Qué es la paraguayidad, finalmente. Pensó en su cuñado, en las veces que éste le propuso pasarse al partido del general para abrazar un mejor futuro, tal vez de abogado o policía; pensó en los dirigentes del club donde jugaba de joven, en el jurado fichaje en algunos de los grandes de la capital si decidía vestir algo de grana; pensó de nuevo en su cuñado, en cuando lo dejó tirado en un calabozo sin arriesgarse a intervenir. Con estos parias no importa ser familia, se mordió los labios. Estaba cansado.

Por fin tomó el bus que lo dejó a cuadras de su casa en la compañía *Pytu'ÿ*. Caminó erráticamente hasta su puerta. Los cólicos le pateaban el estómago. La llamada de su jefe terminó por tumbarlo, completamente arrugado, en el sillón del jardín. Mario, uno de los antiguos de la Secretaría y celebradores de la presentación de la mañana, ocuparía su puesto en los viajes de larga distancia. Julián en tanto pasaría como técnico a la sede de Investigación Aviar porque en transporte ya eran demasiados y necesitaban recortar presupuestos para reencausarlos hacia otros menesteres. Aunque el título era bonito y biensonante, sabía que los únicos investigadores de la sección eran los ingenieros y veterinarios, y que los técnicos solo se encargaban de cuidar los corrales durante la noche. Es decir, lo enviaban a la guardia de seguridad nocturna. A pesar de la noticia, no protestó. No lo hizo nunca, por qué ahora. Siempre se rindió ante la porfiada promesa de que todo iría mejor si se mostraba paciente. Prefirió tragarse el mal sabor, una vez más, como cuando su hermana había contrariado la voluntad de su abuelo al casarse con

un delator de opositores; como cuando este nuevo miembro de la familia se negó a salvarlo de la policía militar; como cuando le hicieron de lado en la militancia de su partido tras lo cual se marchó a Buenos Aires, defraudado. Ya no era momento para reclamaciones. Debía callar, morderse los labios, entregarse a la agria sensación de perderlo todo al punto de vomitar las amargas entrañas, de devolver la nada misma que tenía adentro. De todas formas, ya había comprendido que el mayor de sus malestares era el de haber nacido en la ambivalencia maniquea de la putrefacción política, que no tenía más que vomitar su destino, condicionado a la soledad del desprecio.

La hojarasca suspendida en el aire cayó por fin en balanceos de cuna; algunas hojas muertas acariciaron al paso su rostro pálido y se posaron esperando el viento.



Frente al monolito al periodista mártir Santiago Leguizamón  
**Mirna Robles Armoa**

Foto: Diego Rivas.

---

**MIRNA ROBLES ARMOA** (GUARAMBARÉ, 1988)

es hija de padre iteño y madre santaniana. Cursó los estudios primarios y secundarios en su ciudad natal, y la carrera de Filosofía en la Universidad Nacional de Asunción. En 2018 obtuvo el primer lugar en el Concurso de Cuentos Cortos Dr. Jorge Ritter, de la Cooperativa Coomecipar, con el cuento «Un hermoso regalo». Fue seleccionada en el segundo lugar en la convocatoria de la colección Cuentos en Red de la Red de Centros Culturales de España (desde el Centro Cultural Juan de Salazar de Asunción) en 2021, con el cuento «Cuadraditos toscos». Colabora con artículos para el periódico digital *Ea*.

## Necesitamos revisar nuestro pasado estronista

**SI SE OBSERVARAN** con seriedad las secuelas de la dictadura estronista en la realidad se identificaría una variedad de abordajes posibles. La persecución y el exilio que vivieron los y las compatriotas más destacados por parte del gobierno de Stroessner, muchos de ellos referentes incluso universales de la música y la literatura, es uno de los hechos que trasciende y del que se heredan ausencias todavía difíciles de reparar en el imaginario y la identidad nacional, una de las aristas del estronismo muy poco estudiada en su real dimensión.

La dictadura más larga de Latinoamérica forjó una estructura de poder que no ha sido discutida a profundidad y de manera pública. ¿Por qué se puede decir que la llamada transición democrática en el Paraguay es más bien una prolongación de ese tiempo y de su estructura de poder político?

Del 3 de febrero de 1989 hasta ahora:

Gobiernan los mismos poderes fácticos: la secuencia de autoridades que se suceden, principalmente en el gobierno central del Estado (poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial), responde a la misma rosca de allegados y negociados del tiempo del gobierno estronista. Figuras estrechamente ligadas al narcotráfico, la agroganadería (soja, carne), el contrabando a gran escala, los grandes grupos empresariales. Es preciso siempre recordar que en el Paraguay existen ocho

millones de hectáreas de tierras malhabidas, tierras que en nombre de una falsa Reforma Agraria fueron repartidas entre familiares, allegados y amigos políticos del régimen, delito impune que sitúa al país como el más desigual en tenencia de tierra a nivel mundial.

No hay representatividad de las autoridades públicas: la pervivencia de la misma estructura de actores y sistema político de la dictadura posibilitó la consolidación de un modelo electoral fraudulento, con comprobadas situaciones de manipulación de votos, resultados y documentos electorales, entre otros delitos, una herramienta perfeccionada por el poder fáctico y sus representantes políticos para continuar gobernando desde las arcas del Estado.

Continúa la violación de los derechos humanos: imputación de alrededor de dos mil dirigentes campesinos durante el gobierno de Nicanor Duarte Frutos, desalojo de decenas de comunidades indígenas de sus territorios ancestrales con casos denunciados a instancias internacionales, desalojos a asentamientos campesinos, además de la vulneración de derechos básicos como acceso a la tierra, al alimento, la salud, para una franja creciente de la población.

Con esos tres puntos puestos *grosso modo* es posible ver que existe un control del poder político que desde la dictadura estonista hasta ahora no fue interrumpido ni fue discutido de forma social. Necesitamos revisar ese pasado con seriedad, para ubicar a los actores y las formas que se repiten y continúan en nuestra cotidianeidad social.

El desastre ambiental que vivimos, la pérdida de la mayor parte de la geografía natural del país y la concomitante pérdida de fauna y flora nacionales, son consecuencias también de la ausencia de discusión y revisión del pasado estonista, puesto que los monopolios productivos heredados de ese tiempo son los responsables de esa situación.

Necesitamos revisar y discutir todas las aristas de ese pasado para exigir respeto a los derechos humanos, justicia social e insistir en la representatividad de los diversos sectores sociales en las autoridades públicas para romper con la continuidad del poder político estonista. Entonces sí estaremos iniciando un periodo democrático en nuestro país.

## Los nueve balazos

**EL REPTIL TIENE** una piel elástica y fría que se retuerce en la sombra, bajo el tronco de un *tajy*. El sol arde con una luz relumbrante que enciende todo lo que toca y quema las retinas. Es el viernes 26 de noviembre de 2010. Mañana sofocante.

En su chacra, don Mariano observa al animal que se mueve con sigilo. La víbora de casi dos metros no parece temer al señor que lo revisa doblando el cuerpo. Hace ya unos meses que la víbora está resguardada bajo el tronco. Desde entonces él vigila su estado cada día. Sabe que se come a los sapos del jardín por las noches y a los ratones escurridizos que se dan una escapada al fondo, entre las plantaciones. Cada cuatro días la encuentra como hoy, digiriendo lentamente la presa que se tragara la noche anterior.

Don Mariano se cala el quepis, monta la moto y sale para la casa. En el patio, ña Victoria, la esposa, se mueve entre dos ollas grandes que humean vapor blanco. Otras mujeres de la comunidad están con ella. Un ir y venir de risas y comentarios corretean siseando entre las mismas, sobre la comida hirviendo, alrededor del fuego, entre el tintineo sordo de los utensilios, que luego de cada chanza estallan ruidosos. Preparan un *karu guasu*. Algunos niños apilan platos en una mesa.

En el interior no tan profundo del país se libra una batalla, no tan sorda por lo ruidosa, no tan oscura por lo visible. Por un lado, campesinos y campesinas, hijos e hijas, madres

y padres, hermanos y hermanas... Por otro, soja, maquinarias, veneno que intoxica y mata, y hectáreas y hectáreas de tierra sin cultivo que se guardan como capital. Otra vez la tierra, siempre la tierra. Como después de la guerra de 1870, como durante la dictadura, como después de la dictadura.

Aún hoy, la tierra está en disputa. Lo sabe don Mariano y lo sabe cada uno de los habitantes de Santa Catalina. La lucha diaria, del trabajo en la chacra y en la militancia, junto al compañero, es ya la segunda parte de una pelea mucho más esencial, de la lucha por obtener el pedazo de tierra para la comunidad. Santa Catalina es uno de los territorios conquistados por campesinos.

El patio de la escuelita ubicada justo enfrente a la casa de don Mariano se va poblando. Al rato llegan tres camionetas con gente de la capital y los asentamientos vecinos. Don Mariano, que junto con otros pobladores se pasó la mitad de la mañana aproximando a visitantes nuevos y conocidos, se suma al acto. Los comités de agricultores de Santa Catalina y otros asentamientos de alrededor reciben semillas y herramientas por parte del Estado. Al final de la entrega los flashes se repiten. Don Mariano posa al lado de todo el que se le aproxime.

La sonrisa leve, apenas perceptible, en sus labios, la mirada algo ausente hacia algún tiempo más allá del presente, esconden talvez recuerdos. Quizá del tiempo en que iniciaron la ocupación enfrente de la estancia de un exsenador, en el 79, un tal Luis Alderete, uno de los tantos feudatarios del poder estronista. O de las veces que lo llevaron preso a causa de liderar la ocupación, en el 84, 85, 86. O de los disparos de los capataces, sonoros sobre la ocupación, en un repetido intento de intimidarlos, a lo largo de meses, años... O es posible que rememore cómo, pese a la persecución brutal y legal, fueron adentrándose más y más en los suelos de la hacienda,

mientras los hijos iban creciendo y los nietos naciendo, hasta llegar a las tierras de Raúl Ernesto Villalba, otro heredero de la casta estronista, ya a finales de los años 90.

Hoy son 1.350 las hectáreas que conforman la comunidad. Sigue bordeada de latifundios y sojales, pero existe una certeza que su gente defiende, una certeza que a la vez los defiende como un caparazón: en Santa Catalina las tierras no se venden; se defienden.

Un poco después del mediodía los platos de *vorí vorí* con mandioca y *kumanda* caldo humean en manos de la gente. Se arma el *karu guasu*. Hace mucho calor. Vecinos y visitantes se esparcen entre el patio de la escuelita y el patio de don Mariano. En minutos quedan sólo asientos vacíos de ambos lados y una pila de cubiertos sucios en la cocina de ña Victoria. Un joven visitante, casi un adolescente, se retiene ordenando sillas en la escuelita. Don Mariano lo encuentra y descubre que no ha tenido oportunidad de comer. Va para la casa y pide a otro joven, de la comunidad, que le acerque un plato de *kumanda*. Sale, así, el último de los que se hallaban en la casa con un plato de loza entre las manos y un pedazo grande de mandioca encima, atraviesa el camino de tierra, pasa por el patio de un vecino y se pierde bajo el sol de la siesta. La comunidad queda tranquila y silenciosa.

La casa de don Mariano está callada. El bullicio del almuerzo fundó un silencio difícil de evitar. Es casi las dos de la tarde. Don Mariano sale al corredor y observa, ambas manos apoyadas en las caderas, el territorio conquistado. La tranquilidad que respira es tan profunda que parece un engaño, el relato apacible de un cuento.

Otra vez, talvez, don Mariano recuerda, piensa, quizás en los desalojos sufridos o las amenazas misteriosas que llegan al celular. O teme que exista siempre un Julio Colmán o un Pío Ramírez que quiera amedrantar la firmeza de la comuni-

dad y arrebatárles su conquista, puesto que el territorio está en disputa, siempre. Talvez sólo observa, convencido de que el derecho de la gente de vivir en comunidad es más fuerte que el poder del capital. De pronto piensa, sin duda, en la *jarara* bajo el viejo tronco de *tajy*. La sangre fría de los reptiles se altera muy pronto al calor del sol. Necesitan sombra, fresco. La tarde está sofocante. Habrá que confiar en su capacidad de sobrevivencia.

Como cada siesta, don Mariano se sienta en una silla de madera, en el corredor. Se apoya contra la pared e inclina el quepis sobre el rostro, a media vista. En segundos concilia un sueño repetido cada día. Talones juntos, manos sobre el vientre abombado. La nieta menor llega de afuera, cargando un balde de agua para seguir el lavado de cubiertos. Pasa frente a él.

Distingue el sonido gutural del caño de escape de una moto. El sonido se acrecienta más y más hasta que el extraño, con casco puesto, frena justo frente a la casa. Ve a la niña. Pide entrar. La pequeña, contagiada del frenesí de visitas de la mañana y de la cordialidad propia del anfitrión, abre la tranquera, sin atender siquiera al extraño acento del *visitante*.

Montado en la moto, el extraño ingresa a gran velocidad. Llega delante mismo de don Mariano, quien apenas levanta la cabeza.

En medio del silencio, revientan.

UNO.

DOS.

TRES.

CUATRO.

CINCO.

SEIS.

SIETE.

OCHO.

NUEVE.

Los balazos rompen a la comunidad en nueve sollozos. El ronquido de la moto sigue a la huida, como la cola del mal que se enrostra detrás del bicho.

Los vecinos salen de sus casas, todos. Se reúnen frente a la de don Mariano. La acción es instintiva. Van detrás del asesino. Las mujeres lloran. Los varones comprimen el puño. Las palabras se escudan detrás de las miradas.

Los pasos resuenan en la tierra el peso duro de sus dolores. Indignación, indignación, rabia. Como negras nubes acechando una calma bastarda, los pobladores de Santa Catalina se meten al bosquecito próximo al arroyo *Itandey*. Rompe la tormenta. Gritos, sollozos, llanto. Impotencia, rabia, impotencia.

¡ASESINO! ¡ASESINO! ¡CAMPESINO *JUKAHA!*

Encuentran la moto tirada junto a un barranco. Avanzan. Una fuerza incontenible los empuja. A unos kilómetros, en medio de la comunidad, yace el cuerpo aún tibio de don Mariano, sangrando la tierra conquistada. Y allí, al otro lado, un sicario contratado por el poder del capital corre, quiere escapar. Los rostros contorsionados se esconden y reaparecen entre las matas.

¡ASESINO! ¡ASESINO!

La tarde se tiñe de sombras. Cae la noche. Algunos policías se suman a la persecución. *Capata'i* indica un claro donde, asegura, el matón saldrá. Todos conocen a *Capata'i*, saben de su afición a la marisca, nadie como él conoce el bosque. Dice el mariscador que los senderos más transitables del pequeño bosque conducen a ese lugar. Aguardan.

En Santa Catalina las casas se visten de luto. Las mujeres preparan el velorio. En la cacería, los hombres esperan, cargados de una presión agobiante. De pronto, se rompen las ramas de un lado del claro. El tipo salta. Cae justo en medio, entre treinta campesinos y un par de policías. Lo agarran. Nadie lo insulta, no lo escupen, ni le golpean, ni lo maltratan.

Una especie de odio rígido oprime sus voces y sujeta sus cuerpos. Acompañan al preso. Una muda procesión, taciturna. Cabizbajos, escoltan la efigie del mal.

Carlos Luis Faustiño es el nombre que queda registrado en el libro de actas de la Comisaría. El tipo no tiene documentos en mano.

El sábado marcha la procesión rumbo al cementerio. Silenciosa, siseante, la marcha avanza en medio de la calle. A medida que van llegando, el cuerpo del difunto se les vuelve cada vez más pesado, apenas pueden levantar sus propios pies del suelo. Pero las miradas van firmes, de frente. Ingresan. Estallan los lamentos. Acorde a la solemnidad de los rituales mortuorios, todo es pausado, cada cosa se multiplica en un tiempo que se estanca. En medio de la gente, se levanta una figura cubierta de negro. Es ella, la esposa de don Mariano. De pronto, pinta el desteñido encuentro con su voz. Habla. El resto escucha. Su voz resguarda el dolor detrás de la memoria, de la historia de la lucha que los tiene reunidos y los vuelve vecinos de un suelo conquistado a fuerza de resistencia y organización. Su voz destierra de su cuerpo el odio y el rencor y se nutre de la confianza en la gente y de la esperanza. Su voz no olvida la verdad, la verdad que niegan los medios de comunicación y los patrones de las estancias, y denuncia el crimen, y clama justicia, clama justicia, clama justicia. Al final, calla. Ni siquiera el viento se atreve a romper el compacto silencio que ahora despiden a Mariano Jara.

Entierran el cuerpo. Una parte de cada uno de los habitantes de Santa Catalina queda sepultada. La tierra roja, generosa en las buenas cosechas, se traga ahora al marido, al compañero, al militante, al campesino, como un bicho voraz. Tal vez lo cobija ya, y para siempre, de la muchas veces fatal injusticia que se fabrica en torno a ella.

¡Mariano Jara vive!

¡VIVE!

Bajo un cielo encapotado de nubes que se empiezan a agrupar, regresan. La convicción es todavía más firme. Santa Catalina es el territorio conquistado, pero el territorio está en disputa, siempre. Todos lo saben.

Lo que nadie sabe es que en dos días, por orden de la fiscalía Ninfa Aguilar, soltarán al asesino, y que perseguirán al policía que lo arrestará, y que cambiarán al comisario Núñez.

Nadie sabe tampoco que una *jarara* de casi dos metros de largo ha desaparecido de debajo del tronco de *tajy* de la chacra de don Mariano. Cuentan, los que saben, que él la protegía de todos los que querían matarla o cazarla para venderla, que todas las mañanas iba a conversar con la víbora, como en un secreto conocido por todos, que cuando él se acercaba la jarara alzaba la cabeza, pero no lo amenazaba.

La víbora ha desaparecido. Tal vez haya ido a encontrarse con don Mariano, bajo el suelo rojo del cementerio.



Castillo El Peñón, Limpio  
**Lilian Rodas Giménez**

Foto: Mohandas Sánchez.

---

**LILIAN RODAS GIMÉNEZ (SAN LORENZO, 1985)**

reside en la ciudad de Limpio, donde cursó los estudios en el Colegio Nacional San José. Es egresada de Letras por la Universidad Nacional de Asunción y fue miembro de la Academia Literaria Kavureí. Participó en talleres de creación literaria en el Centro Cultural El Cabildo y el Círculo de Lectura Crítica del Centro Cultural Juan de Salazar. Cursó estudios de lengua española y abordaje del análisis literario en la Academia Paraguaya de la Lengua Española. Es técnica en asesoría legislativa por el Instituto Técnico Superior Legislativo de la Cámara de Diputados y se especializa en redacción administrativa. También es miembro de la Escuela de Artes Literarias Josefina Plá del Instituto Superior de Bellas Artes. Escribe literatura de ficción terrorífica y es aficionada a la creación de literatura de crítica social.

## La apropiación del pensamiento

**EL CAMBIO NO FUE UN ANHELO** unánime del pueblo. Faltó la transición de la mentalidad. Ninguno se encontró preparado para asimilar una transformación de reglas y costumbres a las que se había habituado por obligación. Confundidos entre las ideas de seguridad que coartaban la libertad de vivir en verdadera tranquilidad, habían oído sobre la dictadura por muchos años, sin que esto les quedase muy claro. No se dimensionó el hecho de ser ciudadano sujeto de derechos y garantías ante los abusos de poder. No se comprendió que el uso de las magníficas obras públicas eran una compensación burda por sus aportes y que sobraban para el salario exorbitante de sus supernumerarios servidores públicos.

La inversión en educación quedó reflejada en la inexistencia de una ciudadanía alerta, objetando los desmanes en su pleno ejercicio de la democracia. Unos pocos desesperados chocaron contra el panorama desolador. Sin apoyo y ningún respaldo, la vida debió seguir con aparente normalidad adaptándose a las órdenes del propietario del poder de turno.

Comprender que la misma dictadura nunca desapareció es una tarea difícil. La transición terminó por consolidar organizaciones asentadas desde los tiempos de la invasión y la guerra. Se impuso un libreto para entrenar la memoria y la conciencia, dejando a los demás rogando por merecer una

atención básica en salud, arrastrados a la mendicidad por la obtención de un salario digno.

Poco a poco, la sombra de la transición fue abarcando todo hasta asfixiar la esperanza existente. El telón fue cayendo y la sensación de seguridad, de progreso, quedó como un ideal palpitante en cada latido del fanatismo y la añoranza, convirtiendo a la víctima en defensora de sus verdugos, haciendo de ese ideal un objeto provechoso para el subyugador.

Las voces genuinas de la democracia serán escuchadas una vez que se pare de legitimar el mismo engranaje opresor, agigantando sus redes, fortaleciéndolo cada vez más con la compra de la conciencia, la mente y el pensamiento de cada paraguayo resignado que vive un porvenir de ensueños, pero a su vez es cómplice de perpetuar el sistema que lo oprime con descaro, cuyas cicatrices seguirán doliendo hasta la siguiente generación.

## La pasantía

**GUSTAVO RODRÍGUEZ** tuvo que preguntar direcciones a cualquiera que se encontrara en el camino para llegar a la casa matriz donde debía presentarse para una entrevista laboral.

Se reportó en la portería sujetando con fuerza una carpeta verde y se presentó con otros cinco postulantes. En la recepción, una secretaria les avisó que antes de ser atendidos por el jefe de la unidad debían entrevistarse con el director de Entrenamiento, cuya dependencia estaba situada en otra sucursal cercana. Fueron hasta allí. Después de un recorrido de calles y cruces asuncenos, pudieron encontrar al señor Alberto Torres en su oficina, en un edificio que no contenía ninguna inscripción a la vista, como referencia.

Alberto era un señor amable. Había llegado del interior del país y con mucho esfuerzo consiguió el puesto que ocupaba. Fue presidente de la Seccional de Trinidad durante mucho tiempo; muy querido entonces por altos representantes del partido. Su debilidad era la belleza de funcionarias jóvenes que usaban faldas cortas. Con ese grupo de entrevistadas siempre extendía un poco más las reuniones e intercambiaba, de vez en cuando, algunos números telefónicos que le dejaban escrito en un papelito sobre su escritorio.

Todos los postulantes pasaron después a la entrevista con el licenciado Ignacio Benítez, responsable de Recursos Humanos, quien saludaba sonriente a los que iban saliendo.

Cuando llegó el turno de Gustavo, lo sentó frente a su escritorio, lo miró detenidamente dando una explicación con un tono de seriedad.

—Finalizamos la recepción de postulaciones porque ya no quedan vacancias. Agradecemos su interés y le estaremos llamando en cuanto se liberen los cupos en este periodo.

En un profundo suspiro, Gustavo se deshizo del cansancio y el calor mientras se quedaba en silencio. Mientras tanto, sonó el teléfono y el licenciado Benítez se dispuso a atender. Era de la oficina de entrenamiento. Alberto le avisaba de una repentina vacancia, que podía aceptar un postulante más aparte del lugar que tenía guardado para algún pasante de la universidad de un senador de la nación, con quien tenían un convenio.

—Bueno, tenemos una vacancia —dijo, colgando el tubo del teléfono. —Será en esta dependencia.

El licenciado Benítez se levantó del asiento y lo acompañó hasta el salón más grande donde estaban los demás empleados.

—Demos la bienvenida al nuevo compañero, Gustavo Rodríguez, quien se incorpora a nuestro departamento a partir de hoy.

Los demás saludaron sonrientes y uno de ellos, el licenciado Armando, lo guió a su respectiva oficina, le abrió la puerta, lo invitó a pasar y le presentó al compañero Roberto Martínez, quien estrechó su mano:

—Te enseñaré todo lo que pueda, porque hoy es mi último día de trabajo acá.

Le contaba que antes de que llegara ya estaba otro joven que había finalizado su entrenamiento y que había aprendido todas las tareas de una excelente forma, tanto que lamentaba mucho su despedida. Le mostró lo que estaba haciendo y cómo debía terminarlo. Era fin de año y los informes extensos debían estar listos para la rendición

final porque los legajos de casi mil cien funcionarios estaban siendo actualizados para la entrada en vigencia de las vacaciones de diciembre.

El sumario administrativo de Roberto había terminado. Lo encontraron responsable de un importante faltante de dinero en la sucursal donde se desempeñaba como cajero. Tenía la resolución en sus manos y debía dejar la institución por despido. Aunque muchos sintieron su partida, otros estaban felices de que se fuera.

De tarde, Gustavo quedó exhausto, abrumado por no aprenderse pronto todos los códigos internos de los teléfonos. Se había equivocado al enviar un fax, olvidó documentos en la fotocopidora. En todo ese ajetreo se había quedado sin almorzar. En parte, porque tenía vergüenza de que lo vieran comiendo empanada con pancito frente al restaurante donde iban los demás.

A la salida dejó la oficina sin llave, a cargo del personal de limpieza y fue hasta el portón con otros funcionarios.

El calzado semidespegado le apretaba en uno de los pies y todavía le faltaba caminar hasta la parada del ómnibus para viajar en uno obsoleto y repleto, cansado y con hambre, soportando el calor hediondo y el ruido de una cachaca ensordecedora. Hizo la señal de parada y se subió atendiendo de no golpearse contra las piernas de la señorita que iba sentada sobre la tapa del motor, cebando tereré al chofer. Dos horas y media desde el centro de la ciudad hasta su casa. Cuando llegó se repuso, bebió un vaso de agua y contó a su madre cómo le había ido durante ese día.

La familia lo escuchaba con interés. Era esperanzador que uno de sus miembros tuviera tanto porvenir trabajando en esa entidad tan prestigiosa. Gracias a la beca de la seccional había logrado estudiar en el instituto del partido, con la posibilidad de trabajar en un banco estatal. Pero ni siquiera

era un empleado. Como él habían cientos desfilando en la entidad con la esperanza de obtener el trabajo.

Al día siguiente se presentó con más entusiasmo. Respondió llamadas y registró datos y comisionamientos. No era posible sentirse extraño allí. En un lugar aislado, silencioso, casi oscuro, igual que su cuarto en el fondo de su casa, un depósito de objetos viejos que usaba como habitación porque le gustaba estar solo. En el medio, estaba una mesa blanca acomodada como escritorio. Ese lugar sombrío era suyo, donde se encerraba para escribir y traspasar su decepción a los papeles.

Al otro día, apartó los recuerdos para seguir trabajando. Llevó algunos documentos a la fotocopidora y volvió a la oficina. Al mediodía todos los funcionarios se juntaban frente al ascensor para dirigirse al comedor. Para no perder tiempo, él prefería las escaleras. De paso evitaba hacinarse entre personas que lo miraban de manera despectiva y con lástima.

Se cruzó con una pasante. Ya la había visto en algún momento por los pasillos llevando documentos o comprando yuyos para tereré. Era Lucía, la ayudante de esa sección.

—¿Sos pasante? —preguntó Gustavo con seria curiosidad.

—Sí, estoy por acá desde hace siete meses, más o menos.

—Yo empecé desde ayer. ¡Qué bueno que ya estás hace tiempo! En cualquier momento te sale el contrato.

Sonrieron con algo de incredulidad.

A esa oficina concurrían muchos empleados en época de vacaciones. Pudo conocer a buena gente que había ingresado por sus propios méritos. Una compañera, Claudia, le contó que le había tocado trabajar *ad honorem* durante seis años hasta que le salió el contrato en el departamento de Contabilidad. Otra, la señora Juanita, le contó sobre sus planes para navidad. Tenía programado algunos viajes y vendría su hijo desde Nueva York. La señorita Gisselle iría a pasar año

nuevo junto con su novio a Canadá, porque les gustaba mucho ese clima. Ambas estaban esperando el documento de permiso de vacaciones en aquella oficina.

—¿No te darán libre por navidad?

Gustavo respondió sonriente:

—Yo podré salir de vacaciones recién el próximo verano.

—¡Ah, no sos de acá... pero te desempeñas muy bien!

Encontró a Lucía en las escaleras camino a la salida. Se saludaron y recordó que quería pedirle ayuda. Todavía no entendía el funcionamiento de un programa informático que ella manejaba muy bien y que le enseñaría con gusto. Acorchados ir a un mismo copetín para almorzar, en la otra cuadra.

—Quiero un sándwich de miga.

—Yo llevo uno de milanesa y una gaseosa para compartir.

—Sí, dale.

—El procedimiento se realiza después de que todos hayan entrado en el horario establecido. Se abre el programa y se empieza a configurar los tiempos. Esto lleva aproximadamente diez minutos. Una vez que termine el proceso, haces clic en finalizar y exportar información. Eso es todo.

—¡Gracias, compañera! ¡Me ayudás enormemente!

—¡No es nada, compañero!

A Lucía, Gustavo le caía bien, le parecía muy sencillo y se le notaban las ganas de superarse. No era como los que andaban por ahí solo para aparentar o sentirse superiores a los demás. Incluso sus propios compañeros de Economía eran algo soberbios. Ella estaba a medio renunciar.

Es terrible sentirse impotente siendo de escasos recursos. Gustavo quería ayudar al tratamiento de salud de su madre. El oficio de su padre no era suficiente para mantener a los tres hijos y todavía no habían podido comprarse la casa.

Elaboraba los informes en la computadora cuando sonó el teléfono. El licenciado Benítez lo citó en su despacho para

una reunión. Le propuso quedarse un tiempo más al finalizar los tres meses regulares para seguir ayudándoles debido a la vacante de funcionarios y de paso tener más oportunidad de quedarse contratado. Con mucha emoción aceptó la propuesta.

Pasaron dos meses más. Hacía cinco en total que seguía allí. Era como si no transcurriera el tiempo. Muy temprano a la mañana, bajaba del bus a tres cuadras, caminaba a la plaza ubicada enfrente del edificio, llegaba hasta el portón de entrada de funcionarios y saludaba a Ricardo, el ujier. Retiraba las llaves y subía al ascensor junto con los demás.

Abrió la puerta de la oficina y chocó con un aire pesado, un olor a humedad y papeles viejos de todo ese encierro. Dejó la puerta abierta para que circulase el aire. Habilitó el sistema informático y el registro de horario. Por último, vació el recipiente que se llenaba de agua por las goteras de la terraza. El ventanal de vidrio, frente al escritorio, estaba cubierto de cortinas viejas de color verde, que cuando se movían por el viento dejaban ver un mundo de personas cruzándose, autos en procesión y estudiantes paseando por la plaza.

De repente, la puerta maciza se abría con un chillido y se cerraba sola, mientras un susurro breve se lamentaba en voz baja, como un zumbido agudo intensificándose. En esa oficina solía oír ruidos extraños cuando estaba en medio de una inesperada quietud.

Seis meses pasaron allí, hablando con desconocidos al atender el teléfono, llamadas de todas partes, incesantes en ese encierro, impregnándose en el silencio que hierde, absorto de pensar y quemarse pensando, un encierro distinto del cual no podía hallar salida.

Con el chirrido de siempre, se abría la puerta con la fuerza de una brisa otoñal que entraba por la ventana del pasillo. El edificio enorme no dejaba ver a nadie que abriera esa

puerta. Debía levantarse para cerrarla. De ese hastío ya se había acostumbrado.

La siguiente vez que se levantó para abrir la puerta estaba el licenciado Benítez con otra persona para presentarlo. Lo saludó muy amablemente.

—Quisiera presentarte al licenciado José. Viene de la sucursal de San Estanislao como recomendado a esta área de la central. Estará con nosotros y tendrá a su cargo esta sección, por lo que necesitamos que le enseñes todo sobre las tareas que aquí se realizan. Estoy seguro de que harán un gran equipo.

—Buenos días. Mucho gusto —saludó Gustavo.

José Ferreira era sobrino de un diputado. No tomaba el trabajo muy en serio, queriendo destacar siempre su influencia. Gustavo terminó por aceptar fortalecer el compañerismo para que ya no le pesara tanto el estrés de las tareas acumuladas.

Lucía lo esperaba a la hora de la salida.

—Vine para despedirme. Hoy renuncié —dijo con voz entrecortada, visiblemente afectada.

—Se cumple un año de que trabajo sin que me paguen nada y sin recursos ya perdí las esperanzas. Estoy decepcionada.

Se despidieron con tristeza. Ella le entregó sus mejores deseos a pesar de estar consciente de la realidad.

Cuando estuvo en su habitación, no pudo conciliar el sueño. «No pierdas las esperanzas porque entonces estarás perdido», se dijo a sí mismo.

Con el invierno incipiente afectándole la respiración, llegó una vez más a la oficina y bajó el paraguas, se quitó el gorro y los guantes. Cuando se acomodó, su compañero lo recibió con un café en la mano.

—El señor Benítez te necesita en su despacho.

Sin más vueltas y sin haber probado el desayuno, permaneció algo turbado.

Camino hacia el despacho, como de costumbre divisó a los compañeros funcionarios, a la secretaria, a la jefa, a la directora, al auxiliar, cada quien concentrados en lo suyo. Nadie se dirigió a él para saludarlo. Pidió permiso para ingresar y solo un silencio recibió de respuesta.

El señor Benítez lo vio, dejó lo que estaba haciendo y lo invitó a sentarse.

—En la última auditoría estuvieron controlando los periodos de vigencia de los practicantes. Hubo una denuncia sobre el personal de trabajo sin contrato y esto lo debemos regularizar. Queremos agradecer tu valioso aporte a nuestra dependencia y a la institución. Lamentamos no poder ayudar a tu incorporación como trabajador formal.

Solo supo que debía irse. De alguna manera dejó atrás toda la carga sobre sus hombros. Se desmoronaron mientras caminaba por el pasillo. Fue a buscar sus pertenencias. Se despidió únicamente del señor José.

Afuera, arrastraba el paraguas mientras caminaba con lentitud. Levantó la mirada cuando alcanzó la esquina de una modesta construcción antigua. Hacía mucho frío. Se dio cuenta de eso porque había olvidado ponerse el gorro y los guantes para salir. Los sacó de la mochila con manos temblorosas. También se puso en la boca un cigarrillo asqueroso que se mojaba de a poco bajo las finas gotas de la llovizna, amenazando con apagarse en cualquier momento. Sentía que se le obstruía la garganta y que el corazón se le comprimía en cada débil inspiración. Soportaba la fatiga. Le pareció que alguien estaba hablando. Más voces, no muy claras que se aceleraban. Con cada paso mascullaban repitiendo sobre su vacío, sobre su inutilidad, sobre su fracaso, pero al voltearse no había nadie detrás.

Pasó una hora con quince minutos hasta que llegó a la parada del bus. Quiso seguir caminando para no pensar, para

ver si de una buena vez callaban esas voces, pero se quedó. Tomó asiento bajo el techo de esa casilla, abrazando la mochila con las piernas juntas y la cabeza gacha, congelándose. Avistaba de tiempo en tiempo cada bus que se aproximaba. Esa vez no tomó la línea de costumbre, la que lo llevaría a la casa, sino a la línea cuarenta y seis, la que pasaba sobre el puente Remanso.





En en el centro histórico de Asunción  
**Elizabeth Rodríguez**

Foto: Nathaly Gill.

---

### **ELIZABETH RODRÍGUEZ (ASUNCIÓN, 1982)**

reside en la ciudad de Ñemby. Es psicóloga laboral egresada de la Universidad Católica de Asunción. Desde 2007, trabaja en el área de recursos humanos en diversas empresas e industrias nacionales, especializándose en la gestión de nóminas, la cultura organizacional y la atracción de talento. Actualmente, lidera el departamento de gestión de talentos de un destacado grupo empresarial. Descubrió la escritura en 2008 con un hecho traumático que aún no ha superado: la tesis. Aunque le apasionaba su tema de investigación (las creencias que las personas tienen acerca del trabajo), le costó tanto lidiar con las normas APA que debió acudir a terapia para terminar la tesis, tres años después de iniciarla. Entonces la psicóloga le había recomendado que escribiera un cuento como una forma de catarsis. Así nació el blog *Desde mi psique*, en el que hasta hoy escribe, compartiendo cuentos, reseñas, reflexiones y análisis inspirados en la psicología de la vida cotidiana y especialmente en el trabajo, tema recurrente que aborda desde la dualidad simbólica del trabajo: dignidad o alienación, felicidad o sufrimiento. Algunos de sus cuentos se han publicado la edición colectiva *Entre@todos* 2, 3, 4, 5 y 6.

## Distopía que retrocede

**EL DÍA QUE CUMPLÍ 18 AÑOS**, papá dijo con orgullo que me acompañaría a afiliarme al partido colorado. Le dije que no lo haría ni loca. Casi le dio un ACV. Estaba genuinamente preocupado por mí. No vas a poder encontrar un buen trabajo, dijo. Había aprendido que el requisito para acceder a un trabajo digno en el Paraguay era esa afiliación.

En treinta y seis años de transición a la democracia nuestro país ha pasado por varias tragedias, pero hay dos de ellas con las que tengo que convivir todos los días: la falta de acceso a la educación de calidad y al trabajo decente.

Observo a diario cómo lo jóvenes que tuvieron el privilegio de acceder a una buena educación no encuentran oportunidades laborales dignas, con salarios acorde a su formación. Las personas sobrecalificadas son excluidas de procesos de selección. En el otro extremo, las personas que no entienden lo que leen y que apenas pueden seguir instrucciones básicas, aunque tengan títulos de bachiller, tampoco logran acceder a buenos trabajos, en este caso porque no tienen una calificación mínima.

El exilio sigue siendo el destino de miles de paraguayos que no encuentran en su país las oportunidades para vivir una vida digna. Me ha tocado despedir a tías que han emigrado y también a otras personas que, sin educación de calidad, sin un trabajo decente, ni hablar de otros temas impor-

tantes como salud pública y vivienda, se han visto obligadas al destierro. Antes del golpe del 1989, los motivos del exilio habían sido sobre todo políticos. En la actualidad, es la falta de oportunidades laborales.

El tránsito del Paraguay hacia la democracia me recuerda a la utopía de Fernando Birri que Eduardo Galeano volvió famosa: La utopía se aleja un poco cada vez que nos acercamos a ella. Para Birri, la utopía sirve para caminar. Sin embargo, la transición a la democracia en el Paraguay es más bien una distopía que, en vez de acercarse a su ideal, retrocede.

Paraguay ya transitaba hacia el desastre, pero fue la pandemia el acontecimiento que terminó por desnudar a la democracia enclenque, quedando expuesta la fragilidad de sus instituciones que no pudieron hacer frente a la emergencia. Llegó el virus y nos encontramos sin hospitales, tecnología ni personal calificado suficiente para atender a los enfermos.

En pocos días, miles de personas se quedaron sin trabajo o cerraron sus negocios. Se sumaron los incendios forestales que nos obligaron a respirar humo en las semanas más críticas. El gobierno prohibió las aglomeraciones y muchas cosas más, excepto la corrupción que en el desastre prosperó y quedó más fortalecida que nunca. Por esto creo que transición a la democracia no es el nombre adecuado al estado político del Paraguay actual.

La dictadura del caudillo ha dado paso a un gobierno que se asemeja más bien a un feudo de narcos y sojeros. Es difícil ser optimista con respecto al futuro en nuestro país. Como Lilith también he pensado en huir para buscar la tierra sin mal en otra parte, pero a diferencia de Lilith que perdió a toda su familia, mi matriarcado me enraíza a esta tierra con la fuerza del arraigo de la sangre que me obliga a resistir como lo hicieron las residentas en la Guerra Grande, anhelando que el Paraguay no se convierta en escenario para series sobre narcos.

## Exiliada

**NADIE SOSPECHABA** que sería la última primavera normal. 2019 parecía un año como los últimos veinte en esta isla sin mar: aburrido y decadente. La explanada de la Catedral y las plazas circundantes ahora estaban sitiadas por gente variopinta. Por un lado, los estudiantes de los principales colegios de la capital se preparaban para el tradicional desfile patriótico, mientras intercambiaban sus *username* de Instagram con algunos *cosplayers* y *gamers* famosos... para las nuevas generaciones, porque yo no tenía idea de quiénes eran. Por otro lado, los *centennials* se encaminaban a la Costanera en busca de un fondo más instagrameable para sus selfis. Nadie imaginaba que en meses las aglomeraciones serían proscritas, así como los abrazos, el tereré compartido y otros rituales.

La primavera se hizo presente en todo su esplendor y yo no paraba de estornudar. Mientras la alergia estacional me recordaba que ya no tenía veinte floridos años, me dispuse a atender a la gente que se acercaba al stand esotérico de mi abuela Casandra. Ella, para variar, me había dejado sola con sus piedras, inciensos y oráculos. Se suponía que solo la iba a ayudar a armar el puesto y que luego volvería a casa para prepararme. Debía ir al hospital donde trabajaba en el turno nocturno. Pero abuela una vez más me dejó con todos sus bártulos para encontrarse con su nueva cita de Tinder. Ella sí que sabía vivir y delegar responsabilidades.

Me dispuse a cebar el mate mientras observaba a mis vecinos de feria. A la derecha, las señoras de la metafísica, siempre espléndidamente peinadas, invocando a un tal *Saint Germain* para que cortase y liberase quién sabe qué cosa. A la izquierda, los monjes capuchinos bendecían a los perros disfrazados para el desfile. Algunos metros más cerca del Panteón de los Héroes, un grupo de viejos metaleros con panza cervecera montaban un escenario improvisado para el concierto programado cuando culminase el desfile.

El día estaba perdido, por lo que envié un mensaje de aviso al director del hospital. No era un drama. No he salido de vacaciones desde que asumí la jefatura, aunque la burócrata de Recursos Humanos me perseguía para que saliera de una vez. Siempre había una excusa para no salir. Estaba atrapada en un *freezer* laboral, desilusionada de mis elecciones de vida, trabajo y país.

En algún momento dejé de ser la pelirroja Lilith. Había sido conocida por mi apasionada rebeldía por las causas perdidas. La roja pasión se había apagado en la podredumbre de una jefatura que solo administraba miserias. El trabajo que había dado sentido a mi existencia se había convertido en una tortura que se repetía cada día. Ya ni siquiera atendía pacientes. Todo mi trabajo se reducía lidiar con burócratas desalmados, intentando que los siempre escasos fondos del Departamento no se tocasen, ni se desviasen, que los medicamentos no se robasen. Me pasaba controlando y persiguiendo sin éxito. No contaba con que el sistema de salud cambiase solo con mis inocentes protestas, denuncias y sumarios que nunca se cerraban. Todas mis denuncias se mantuvieron abiertas y encajonadas. A los denunciados a lo sumo se les trasladó a otro hospital para seguir robando sin vergüenza. En tan solo tres años perdí la vitalidad que me caracterizaba. Gané enemigos y perdí las ganas de luchar contra el sistema. Me sentía

derrotada. Por eso postulé a la beca de postgrado en Italia, el pasaporte para huir de Latinoamérica. Me aferré a la ilusión irracional de volver a ser una estudiante sin preocupaciones, pero la vida tenía otros planes para mí y el mundo.

Todo empezó con el sonido de los tambores de Kamba Kuá. Era inevitable que siguiera ese sonido. Me llevaba a mi niñez, a febrero de 1989, cuando mi abuela paterna, doña Ramona, me obligaba a rezar con ella durante la noche de la Candelaria. Triste y avejentada por la pena, habían pasado tres años desde que mi padre, Juan Bautista, su único hijo, había desaparecido. Mamá me contaba entonces que lo había llevado la caperucita roja y me repetía que él había sido muy inteligente y culto. Lector de libros, había sido profesor en un conocido colegio de la capital y vendedor de enciclopedias. El 3 de febrero de 1989 escuchamos en la radio el discurso del general Rodríguez que anunciaba que habían salido de los cuarteles para derrocar al dictador. Abuela Ramona se emocionó tanto que murió de un ACV fulminante. En ese día inolvidable para el país, terminaron mis días felices de niña cabezuda.

En los siguientes años viví en los hospitales, acompañando a mi madre mientras trabajaba en los partos. No era un ambiente adecuado para una niña pero en esos días no habían muchas opciones. Habíamos quedado solas mi madre y yo. Fue así como llegué a conocer todos los rincones y los secretos del hospital, y como aprendí a preparar apósitos y vendajes. Vi a mi madre recibir a cientos de niños y también vi cosas que ningún niño normal debería ver. No obstante, esas rutinas hospitalarias me ayudaron a sobrellevar el duelo por abuela Ramona y de paso tuve la fortuna de descubrir mi vocación.

Conocí a abuela Casandra dos años después del golpe. Había huido de la dictadura antes de mi nacimiento con un amante de turno que la había salvado de una muerte segura.

—No eran tiempos propicios para las almas bohemias — me dijo muchos años después—. Era imposible que una mujer cosmopolita como yo no terminara siendo torturada por esos militares cuadriculados.

Abuela Casandra ya entonces era la vida misma con su intensidad y variedad de matices. No solo me había salvado de la tristeza. También me había acercado al lado místico, intenso, irracional y divertido de la vida. Hasta me llevó a escondidas de mi madre a las sesiones de umbanda, donde me bautizaron Caboclo Flecheiro, hija de Oxum, aunque abuela estaba segura de que era hija de Iansá.

El trance de recuerdos terminó cuando en el stand apareció Santiago. Habían pasado tres años desde que quiso llevarme a Colombia. En ese momento no había forma de prever que quedarme en el Paraguay solo me traería días grises. Estaba cegada por los ideales y las teorías que no lograría aplicar. A esas alturas ya no importaba hija de quién era, Oxum, Iansa, abuelas, padres, Santiago. Los había decepcionado a todos, incluida a mí misma.

Santiago no estaba solo. Lo acompañaba Luciana, su prometida colombiana. Era tan hermosa como en sus redes virtuales. En ese momento solo atiné a pensar: Trágame tierra y escúpeme en Italia, pero fingí algo parecido a una genuina felicidad.

—Quiero que Luciana conozca a mis padres. Pensamos casarnos en abril del próximo año. Espero que asistas con tu mamá y la abuela Casandra —dijo Santiago.

—Por supuesto —respondí.

Abuela Casandra me advirtió que no era buena idea que viajase en pleno Mercurio retrógrado. Quizás en el fondo presentía que ya no nos volveríamos a ver. En ese momento yo solo pensaba en la beca para huir del país.

Días después, me comunicaron que la había ganado. Sin pérdida de tiempo, aceleré todos los trámites. Las malas len-

guas dijeron que apuré el viaje para no asistir a la boda de Santiago. En parte era cierto, pero sobre todo lo hice porque estaba muriendo en vida.

Llegué a Italia con el corazón estropeado, decidida a comenzar una nueva vida. No solo había ganado la beca y un trabajo de medio tiempo en uno de los hospitales más importantes de Roma. También había logrado mi objetivo principal: Paraguay y sus miserias habían quedado atrás. Todo estaba bien en mi nube hasta que el mundo se cerró.

Fui una de las primeras en caer enferma por un virus hasta entonces desconocido. Estuve semanas intubada. Sobreviví apenas. Nunca pensé que ese mismo virus llegaría al Paraguay. Mamá fue una de las primeras en contagiarse en el hospital. Le siguió abuela Casandra.

Me dijeron de todo: desalmada, apátrida, aburguesada, legionaria. Quizá tengan razón. Mi verdad es que no quiero volver al Paraguay roto. Siento que he sido arrancada de la tierra que me vio nacer y expulsada como un yuyo inservible. Dicen que la patria reside en la madre. Mis matrias ya no están en la tierra roja. Han transitado al otro lado del río.

Hice caso a Rafael Barrett: el derecho supremo es vivir; cuando no se puede vivir en un sitio, el deber supremo es ir a vivir a otra parte...





En Ytakuruví de la Cordillera  
**Tania Sosa Caniza**

Foto: Roque Martínez.

---

**TANIA SOSA CANIZA (ASUNCIÓN, 1990)**

fue criada en San Miguel, San Lorenzo, y cursó los estudios en el Colegio Parroquial San Cristóbal de Asunción y en la escuela de otro santo, San Luis, de San Lorenzo. Culminó como mejor alumna del bachiller en Ciencias Sociales en el Colegio Subvencionado La Aurora, de Luque, en 2008 (mención que muy poco le sirvió para el ingreso y posterior estudio universitario). Luego de un año sabático por falta de recursos económicos para el curso preparatorio de ingreso, siguió los consejos de su profesora de Literatura, quien la había animado a estudiar Letras o Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Asunción (UNA). Se decidió por la segunda opción. Participó del Taller Semiomnisciente (TES) en 2014 y 2015.

«Rutina», su cuento breve, fue publicado en la antología *Eclósión* en 2016. No tenía experiencia en ningún medio escrito y considera que, gracias a ese libro, convenció a su exjefe de redacción que podía ocupar un puesto en un diario impreso de tirada nacional.

## Bajo las sombras de la dictadura

**QUIZÁ NUESTRA HISTORIA** tenga algo en particular, ya que las fuerzas que derrocaron al tirano Stroessner pertenecieron a la misma cúpula militar, pero a treinta y seis años de ese golpe, se podría hablar de que la transición democrática ha estado bajo las sombras del dictador.

El pueblo paraguayo puede votar libremente, es decir, con elecciones abiertas y participativas, ya que en los años oscuros el dictador incluso había sido una opción electoral única. Los candidatos actuales que se presentan pueden ser diversos, pero tienen poca o nula posibilidad de enfrentar al Partido Colorado por la estructura que mantienen.

Otro de los aspectos que me hace pensar que no hemos cruzado del todo esta transición, o al menos la estamos arrasando, es la práctica deshonesto durante las elecciones. En el totalitarismo, los funcionarios y los militares debían estar en las filas del Partido Colorado. El carné era obligatorio. En 1986, había 1.300.000 afiliados. Dos años más tarde, la población mayor a 15 años era solo de 2.200.000 (Andrew Nickson, 2010), por lo que resulta claro que inflaban las cifras para ser siempre «la mayoría».

Esa maquinaria política sigue mostrando gran poder. En las elecciones municipales de 2021, pese a realizarse con un sistema de votación abierto, se registraron un total de 30 denuncias por fraudes electorales, siendo el más común la ven-

ta de cédulas, según los registros del Centro de Monitoreo de Denuncias del Ministerio Público.

La tecnología ayudó a capturar otro de los delitos cometidos durante los comicios. Quedaron registros fotográficos y filmicos del momento en el que algunos votantes eran abordados por una tercera persona dentro del cuarto oscuro, sin respetar la disposición del voto secreto. El propio director de Recursos Electorales del Tribunal Superior de Justicia Electoral (TSJE), Luis Salas, advirtió que había falsos asesores electorales, que no buscaban otra cosa más que quebrantar o incitar al voto a su conveniencia.

Ante cada acto de corrupción que sale a la luz, mi madre de 60 años dice: «Desde que tengo memoria, todos los gobiernos han sido iguales, iguales de corruptos», quizás queriendo minimizar o naturalizar la situación. Lo que me lleva a reflexionar que sí, que estoy segura de que todos han decepcionado, porque es el único partido que se ha visto gobernar durante siete décadas, sin muchos cambios.

Referentes del Partido Colorado hablan cada vez que pueden del hecho de que solo afiliándose a la ANR la gente podrá conseguir trabajo, salud y educación, como si hicieran un favor al cumplir con los derechos básicos e inalienables solo por estar en su padrón partidario. Lo triste es que así siguen condicionando esas elecciones libres y democráticas.

## Asentamiento

**UN REPENTINO Y ESTRUENDOSO** ruido puso a mi abuela de pie. Apenas pudo alcanzar la puerta para entender lo que ocurría, vio una intensa humareda. Enseguida le ardieron los ojos y se puso a toser. Con la vista nublada de lágrimas palpaba lo poco que tenía en esa casa de madera, una cama, algunas sillas, una mesa, sin que pudiera llegar hasta la cuna de sus nietos. El llanto de mi hermano menor la obligó a seguir manoteando el aire para intentar dispersar el humo, en busca de llegar hasta nosotros. Él y yo estábamos escondidos en un ropero, asustados. Era 2010. Vivíamos donde vivimos: en el asentamiento Piro'y de San Lorenzo, en Central. Pero entonces no sabíamos lo que estaba pasando.

«¡Quieto ahí!», escuchamos de los señores vestidos de uniforme caqui. Con escopetas habían llegado hasta nuestras casas, antes de que el sol saliera por completo.

Algunas señoras, entre ellas mi abuela, lloraban y levantaban las manos pidiendo clemencia, mientras otras rezaban a cuántos santos conocían.

Entre los señores recién llegados, un hombre de ancha barriga, que casi ladraba al hablar, preguntaba a los gritos por mi abuela. Yo le agarré fuerte a ella de la mano. Con ocho años no entendía qué pasaba, pero sabía que algo bueno no era.

Otras vecinas más jóvenes pedían que se juntara a todos los niños en la escuelita, a casi dos cuadras de donde vivía-

mos. Ahora entiendo que era para resguardarnos, aunque en ese momento no quería soltar a mi abuela. Ella me miró y me pidió obedecer.

—Después te voy a buscar. Llévale a tu hermanito.

No pude decir nada.

En fila llegamos a la escuela. Era un día muy diferente de otros. No cantamos el himno nacional ni estaba presente el único profesor que nos enseñaba. De hecho, recordé que ni siquiera vi a ninguno de los señores de la comunidad.

Pasó un buen rato hasta que volví a ver a mi abuela, en el patio de la escuela. Rápidamente alcé a mi hermano y salí en busca de ella para regresar. Algunas de las casitas estaban siendo echadas con enormes tractores, pero por suerte no la nuestra.

Durante varios días no salimos de la casa. Unos hombres regresaron un poco rengos, otros muy lastimados en la cara. Mi abuela ya no repetía a través del parlante: «Compañeros: el asentamiento Piro'y no va a retroceder». Todo era silencioso. Los uniformados patrullaban frente a nuestras casas. En esos días, tampoco volvimos a la escuela.

Por las mañanas venía una patrona de mi abuela en un coche con una o dos bolsas de ropa para que ella las lavara. Yo le ayudaba a acarrear agua del pozo de un despensero, al otro lado de la ruta. Varias veces, el policía de ancha barriga preguntaba a mi abuela, cuando se nos atravesaba en el camino, si ya tenía lo que le había pedido «para terminar con la situación». Ella simulaba que lo escuchaba. Llegábamos a casa y ella se ponía a fregar.

Un tiempo todo pareció estar tranquilo. Volvieron las reuniones y el parlante sonó otra vez. El policía que ladraba ya no aparecía, pero cada año venían otros, estos con el nuevo uniforme azul, aunque vigilando con las mismas armas, intentando echarnos.

Cuando crecí, pude entender que en ese 2010 una comitiva fiscal y policial había llegado hasta el asentamiento para desalojarnos, insistiendo que era una ocupación ilegal.

Antes, mi abuela había tenido algunas hectáreas en la campaña, pero los sojeros la habían obligado a venderlas por muy poca plata. Entonces vino a probar suerte hacia la capital y pronto se organizó con los nuevos vecinos para «hacer algo útil».

En los planos de la Municipalidad decía que el pedazo de tierra del asentamiento debía destinarse a un mercado o una plaza, pero habían pasado décadas sin que mandaran colocar un ladrillo en ese lugar. Cada año, ella y otros vecinos venían a la sede comunal para intentar registrar a la Comisión, como pedía la ordenanza, pero siempre había una excusa para rechazarlos. A falta de ese reconocimiento, siguieron tratándonos de invasores, sin acceso a los servicios públicos como el agua y la electricidad.

Ahora, frente a ustedes, señores de la Junta Municipal, les digo que soy parte de la Comisión Piro'y en honor de mi abuela. La artrosis, quizás causada por haber lavado tanta ropa ajena, y las complicaciones de salud propias de su edad, la llevaron antes de que pudiera enterarse de que, por fin, su comunidad ha sido aceptada.





En la Costanera de Asunción  
**Diego Martín Verón**

Foto: Maguy Helena Servián.

---

**DIEGO MARTÍN VERÓN (ASUNCIÓN, 1986)**

cursó la educación primaria y secundaria en el Colegio Santa Clara. Estudió la carrera de Derecho en la Universidad Nacional de Asunción, en la que se recibió de abogado. Sus inicios en la literatura vienen de la lectura de obras que formaban parte de la biblioteca de sus padres y a través de la cual exploró autores de distintos orígenes y épocas. Su cuento «Distrito Coronel Ramírez» obtuvo una mención de honor en el Concurso de Cuentos Breves Dr. Jorge Ritter, edición 2022, de Coomecipar.

## De forma pero no de fondo

**CONSTANTEMENTE PIENSO** que nuestro país es parte de una parodia, un relato kafkiano en el cual lo absurdo ha tomado tal entidad que cualquier viso de racionalidad se ve como anormal; penosamente, este Paraguay no es una ficción sino una realidad.

En esta realidad que percibo, Paraguay tiene una democracia de fachada; de forma, pero no de fondo. En la historia reciente, incluso Alfredo Stroessner siempre *ganó* el derecho a ser presidente de la República mediante elecciones *democráticas*, elecciones que se encontraban amparadas bajo el régimen legal vigente, aunque para los partidos de oposición y para casi todo el resto del mundo, Stroessner era un dictador, adjetivo hasta hoy resistido en la ANR.

Desde el golpe de Estado de 1989, también hemos tenido elecciones democráticas para elegir tanto al presidente como a la mayoría de las demás autoridades, con matices en el medio como la presidencia interina de Rodríguez, la renuncia de Cubas y la consecuente presidencia de González Macchi, y la destitución en un día de Lugo y la asunción de Franco.

Si abordamos el tema conceptualmente, la democracia está definida en una de sus acepciones como «una forma de sociedad que reconoce la libertad e igualdad de todos los ciudadanos ante la ley», pero aun cuando la misma Constitución Nacional pregona y garantiza esos principios, la libertad

y la igualdad para todos todavía es una meta lejana, y esas garantías son letra muerta.

Otra acepción de la democracia es: «Sistema político en el cual la soberanía reside en el pueblo, que la ejerce directamente o por medio de representantes», mientras que ser soberano significa ejercer o poseer la autoridad suprema, lo que tampoco puede aplicarse a un país donde solo una élite tiene los privilegios del Estado, mientras que el resto conforma una masa a la deriva, en la que algunos se han rendido y otros con puro instinto de supervivencia tratan de aferrarse a lo que esté a su alcance.

Veo que seguimos en transición a la democracia por dos motivos; en primer lugar, por la miserable condición que padece la mayoría de los paraguayos, en la que primero se intentan cubrir las necesidades básicas (cortesía de la inmensa e histórica corrupción que rigen al Estado y sus instituciones), como salud, educación, alimentación, transporte; en segundo lugar, por el efecto residual que ese modo de vivir acarrea, pues casi ha eliminado la noción del bien común como valor.

Cuando la premisa mayor es salvarse a uno mismo de la calamidad, se distorsionan las virtudes que guían el actuar, porque la misma subsiste incluso cuando uno ya tiene esas necesidades cubiertas, dando lugar al individualismo que perpetúa el ciclo de corrupción que hasta ahora no logramos detener o revertir a pesar de anhelarlo.

A pesar de todo eso, tengo la ilusión de que la historia nacional no sea solo una reproducción de su pasado, sino la posibilidad de que la gente pueda escribir soberanamente su presente y proyectar su futuro.

## Distrito Coronel Ramírez

**PERO EVER**, tu plan es una estupidez, es un disparate, mi amor, va a salir mal, me dijo Vicenta. Ella siempre era la voz de la razón. Yo le dije que sí, cierto, era un plan quizás sencillo, arriesgado, pero no sé si ridículo, así como ella decía. Igual, la verdad es que ya no nos quedaban muchas opciones. En el pueblo nunca hubo opciones de futuro. Trabajar en el campo era el destino habitual para los hombres. Ama de casa y mamá, para las mujeres. Esporádicamente alguno que jugaba bien fútbol tenía suerte y le llevaban a probar a algún equipo de Asunción con el sueño de llegar a primera, aunque la mayoría de las veces terminaban sobreviviendo de changa en changa, porque el fútbol profesional no era para cualquiera, porque cuando los paraguayos se van lejos de su casa no se hallan así nomás.

—Me ponés entre la espada y la pared... Al final siempre tengo que ser cómplice de tus planes y locuras —insistió Vicenta, era cierto; yo necesitaba de ella para todo.

—¡Pero Vicenta, no podemos tirar la toalla ahora! —le dije.

Tenía que seguir con el plan, por mí, por ella, por mi hermano Gabriel y por todo el pueblo. Vicenta, en cambio, era feliz en nuestra casita. Sé que le gustaba trabajar en la chacra y que disfrutaba de la vida en el campo, y aunque prometimos amarnos hasta que la muerte nos separase, sabía que le frustraban mis continuas locuras.

Yo siempre quise hacer cualquier cosa para no trabajar en el campo. Ya de *mita'i* encontré trabajo como mecánico con don Monzón. Alguien tenía que arreglar los tractores, los autos y sobre todo las motos, así que siempre había mucho trabajo, pero ese no era mi sueño y la paga no era tan buena. Aunque mientras no saliera mi último plan, con el sueldito que me daba don Monzón me tenía que arreglar.

Desde niños ya Gabriel era mi ídolo. Nunca tenía miedo y siempre era el cabecilla entre todos los amigos. Todos en el pueblo le respetaban y apreciaban porque era el mejor jugador de fútbol que había nacido en nuestra villa. Pero justo la vez que vino a verle el empresario que le quería llevar al Club Guaraní, Gabriel se rompió la rodilla apenas empezó el partido. «Pérdida de tiempo», dijo el empresario y en un pestañeo se fue con su camioneta rumbo a otro destino. Gabriel, sin IPS, con un hospitalucho sin quirófano y sin traumatólogo cerca de la capital del departamento, y con dificultades para viajar a Asunción y hacerse operar como correspondía, futbolista al menos ya no iba a ser. Trabajar todo el día como agricultor tampoco era su plan. Entonces, cuando el fútbol se acabó para él, se volvió un tipo más meditativo.

Por mucho tiempo no supe qué pensaba, aunque calculo que tenía rabia por lo que le había pasado. De hecho, todos teníamos rabia, porque el futuro de futbolista exitoso para Gabriel era una ilusión de toda la gente de acá.

—Este va a ser mejor que Cristiano —decían algunos cuando éramos más chicos.

—Me hace acordar a Romerito ese *mita'i* —comentaban los más viejos.

Años después de su lesión y con mucho trabajo duro, Gabriel ascendió a encargado de todas las plantaciones y los silos de una empresa transnacional. En ese momento me dijo que tenía la ambición de cambiar su historia y de que

algo teníamos que hacer. Yo nunca había sido muy inteligente y no entendía mucho. Solamente le seguía a todo lo que él me decía. Se puso a escuchar AM todos los días mientras trabajaba.

—Para saber más de política, de economía y del mundo —decía.

En su poco tiempo libre, leía cuanto libro podía comprar o prestar. Mientras iba aprendiendo más cosas, intentamos algunos negocios para hacer algo de plata. Vicenta, por cierto, nunca estaba de acuerdo, pero siempre me terminaba apoyando y ayudando. Primero, comprar y vender por guasap ropa de segunda mano, aprovechando que Gabriel estaba leyendo sobre marketing y negocios. Después, quisimos vender una suscripción a un seguro mecánico de motos, para aprovechar mis habilidades. Después, ofrecimos enseñar guaraní a los brasileros; así podían entender lo que decían sus empleados. Pese a nuestros esfuerzos, nada funcionó. No logramos encontrarle la vuelta... No ganábamos plata y parecía que nunca íbamos a conseguir nada.

En el pueblo, la familia Amarilla no era gente particularmente destacada ni querida. El menor, Adriano, sí era ingenioso y bastante letrado. Fue compañero de Gabriel en la escuela y era un tipo dispuesto a hacer lo que fuera por llegar lejos. Él tuvo la suerte de conseguir trabajo lejos de acá cuando terminó el colegio, porque su hermana se había casado con el gobernador Cubilla, un tipo de setenta años ya en su tercer matrimonio que nunca había pisado nuestro pueblo. Pero como una joven de veintitantos oriunda de nuestro valle le había robado el corazón, Adriano aprovechó y se convirtió en su secretario privado y mano derecha, mientras que a su inútil hermano mayor, Fidel Amarilla, le ubicó como jefe de gabinete en la Municipalidad de la capital departamental, donde gobernaba el otro partido, pero entre políticos se en-

tendían y las influencias, así como los beneficios, se negociaban entre los que mandaban.

Tiempo después ocurrió lo impensado.

Nadie pudo creer cuando la FIFA eligió a Paraguay como país anfitrión de la Copa Mundial de Fútbol 2030, junto con Argentina y Uruguay. La algarabía se extendió a todo el país. Vimos videos de la gente llenando las calles en caravanas y llorando de emoción. Por lo menos dos días nadie trabajó en todo el país. Fue como fiesta de navidad y año nuevo en días consecutivos.

Cubilla, un tipo astuto, se catapultó de gobernador a vicepresidente de la República, desde donde, inspirado en su esposa y con la visión de hacer valer su parentesco político con nuestros compueblanos, consiguió que por ley se creara un nuevo distrito para nuestro pueblo. Ya no sería Villa Ramírez, sino distrito Coronel Fermín Ramírez, en honor al único héroe de guerra oriundo de estas tierras. Así pasamos a ser la ciudad más nueva del Paraguay. No contento con ello, Cubilla consiguió influir para que Cnel. Ramírez fuera subsede del Mundial y que se construyera con plata del Estado un estadio municipal para 45.000 personas, un aeropuerto, un hospital de primer nivel, una ruta nacional y cuanta obra anexa.

La parte principal de todo eso se haría bajo la administración de la nueva Municipalidad, que además cobraría millones en impuestos por toda la inversión privada que se sumaría. De un día para otro, de ser nada más que una villa, Coronel Ramírez se volvería una de las ciudades más ricas del país. El futuro primer jefe municipal dispondría de fondos incalculables para hacer maravillas, ya sea en favor de su propio interés o el de toda la ciudad.

Entonces Gabriel se convenció de que su destino era ser electo intendente y dar por primera vez opciones de futuro para la gente. Quería valerse de la popularidad remanente de

su adolescencia, de su bien ganada fama de gran futbolista, de trabajador honesto y de su recuperado carisma. El problema era que no tenía vinculación política con partido alguno, por lo que optó por ser candidato independiente. Para mí, Gabriel era otra vez mi esperanza, y yo iba a hacer lo que fuera para que él ganara.

Cubilla hizo poner como candidatos a los hermanos Amarilla. Adriano, su fiel escudero y capaz de hacer lo que fuera por su cuñado y padrino político, era el candidato por el partido colorado y favorito, mientras que el inservible de Fidel era candidato por el partido liberal. Así, pasase lo que pasase, Cubilla se aseguraría el control del municipio que más dinero recibiría a causa del Mundial.

La joda de una campaña electoral que enfrentaba a un par de hermanos en nombre de los dos partidos más grandes del país no pasó desapercibida para la prensa nacional. Además, la maniobra de Cubilla para hacer que nuestra ciudad fuera sede del Mundial ya había puesto el foco sobre Cnel. Ramírez.

Gabriel visitó a los compueblanos casa por casa. Parecía que un número importante de gente le daría su apoyo. Había solamente un par de obstáculos: los hermanos Amarilla y la plata de Cubilla. Ellos tenían dinero para comprar a los representantes de la junta cívica, a los miembros de mesa y a casi todo el electorado, pan comido. De por sí, la mayoría de los electores era colorado o liberal, pero estaban acostumbrados a recibir una platita para ir a votar en el distrito viejo, tan acostumbrados que si no recibían esa plata por su voto cualquier cosa podía pasar, porque la gente podía ser muy pichada cuando no le cumplían.

En síntesis, el plan de ellos no era complicado. Mi plan tampoco. El bueno para nada de Fidel Amarilla siempre había estado enamorado de Vicenta. Entonces le pedí a ella que le hiciera creer que estaba interesada en él. Con eso, ese estú-

pido, cegado y seducido, le confiaría a ella todos los detalles del día D y los preparativos previos de logística, como los trescientos millones que les había facilitado Cubilla.

Me enteré de todo. Iban a estar en la quinta de Adriano, y Silvio Miño, el secretario de Adriano, a las 10 de la noche del sábado previo a las elecciones. Tenía que llevar en moto dos bolsones con el dinero al apoderado liberal y al colorado para entregarles el botín y que empezasen ellos a mover la maquinaria.

Sábado, 9.30 pm. Revisé mi listita: cloroformo, venda, cinta. Era mi turno... Estaba jugado, porque coraje y estupidez eran lo único que tenía.

Las noticias del lunes, después de las elecciones, resonaron en todos los medios:

«Gabriel Samaniego, un joven agricultor de 29 años se convirtió en el primer intendente de la joven ciudad Coronel Fermín Ramírez. Venció sorpresivamente a la ANR y al PLRA en unas elecciones llenas de polémicas y un rosario de denuncias por parte de los apoderados colorados y liberales.»

«En otra noticia que viene de la misma ciudad, la desaparición de Silvio Miño, denunciada el sábado pasado, tuvo un final feliz con la aparición del mismo, sano y salvo, atado e inconsciente en un cañaveral en las afueras de la ciudad. Las autoridades desconocen si fue un secuestro, porque no se exigió rescate alguno y junto a la aparente víctima, quien no declaró, había dos bolsones con trescientos millones en total».



En Itauguá  
**Bernardo Villalba**

Foto: autorretrato.

---

**BERNARDO VILLALBA (ITAUGUÁ, 1986)**

estudia Sustentabilidad en la Universidad de Waterloo, Canadá. Jugaba partidito (fútbol) en la placita del barrio. Aprendió a rasguear la guitarra con el legendario Monges. Más adelante pasó al bajo eléctrico y luego al contrabajo. Tocó en grupos de folclore y rock. Ya que no se hizo futbolista ni músico profesional, se refugió en la literatura.

## Un juego de pocos

**LA TRANSICIÓN NO SIGNIFICA** precisamente mejoría. Aunque en el contexto de una transición política de un régimen totalitario a una sociedad democrática se espera que haya mejoría. En la sociedad democrática participan todos los sectores, hay pluralismo. Sin embargo, en el Paraguay, el pluralismo está agrietado. Encarar una carrera política requiere dedicación, tiempo y, sobre todo, dinero. Esto último fue evidente en las elecciones municipales de 2021.

Eran las ocho de la mañana cuando un operador político llegó a casa de Camila. Le ofreció cien mil guaraníes por su voto, y otro cien mil por el de su marido. Ella respondió que era muy poco, por lo que no fue a votar. Durante toda la campaña electoral y al día siguiente de las elecciones se rumoreó sobre el dineral gastado por los candidatos de los principales partidos. Por supuesto, es complicado comprobar los números, pero hagamos un cálculo bruto, un aproximado.

En Itauguá han sido habilitadas 148 mesas electorales, lo que requiere al menos 200 personas para que un partido tenga una cobertura adecuada. Supongamos que hay un gasto de 100 mil guaraníes por persona. Serían unos 20 millones. También, en el día de la votación los partidos habilitaron vehículos de transporte de votantes. Se necesitan al menos 100 para cubrir todos los locales de votación. Un 200 mil para el combustible de cada uno serían 20 millones más. Hasta aquí todo razonable.

A las cuatro de la tarde el operador fue de nuevo a lo de Camila y ofreció 200 mil por cada voto. Ella y su marido cobraron 400 mil. De los cerca de 20 mil votos que obtuvieron cada uno de los partidos más grandes de la ciudad, podría especularse que al menos un 20 % fue comprado. En una democracia, la compra de votos no parece ser algo muy razonable, ¿no?

Cuatro mil votos a 100 mil o 200 mil cada uno; seiscientos millones de guaraníes en promedio. A eso se le deben sumar los gastos publicitarios (radio, cartelería, autoparlantes callejeros, *merchandising*) y de operadores políticos a lo largo de la campaña.

El presupuesto es altísimo. Ante este escenario escalable a nivel país, ¿es posible una transición hacia una sociedad democrática? ¿Si no contás con fuertes recursos financieros, podés candidatarte?

Los hechos pegan duro: una cultura prebendaria comprobadamente instalada y un alto presupuesto de campaña electoral que sobrepasa la participación efectiva de personas o colectivos que no cuentan con financiamiento. Sin financiamiento no hay visibilidad, alcance, infraestructura organizativa, etc. Lo que hay es fuga de potenciales votantes. Es decir, sin dinero para la campaña, las posibilidades de lograr un escaño en la Junta Municipal son bajísimas o nulas.

En el Paraguay del siglo XXI, el panorama es desalentador: bajos índices educativos, precariedad laboral y gran desigualdad económica. Este es el caldo perfecto para manejar la masa electoral mediante premios económicos, promesas laborales o amedrentamiento.

Ante este panorama, solo las personas que cuentan con el dinero suficiente o el apoyo de sectores económicos pueden jugar a la democracia. La democracia del siglo XXI es un juego de pocos. El resto, los muchos, seguirá soñando con esa transición que significa mejoría.

## El espíritu del fuego

**MANGORÉ Y ARAMÍ** construyeron un rancho de troncos y paja en una lomada. Un pedazo de monte enganchado a un borde del mundo. Allí no se oía más que el rumor de la naturaleza. Los otros jóvenes marcharon a la ciudad para sobrevivir en los semáforos y las plazas.

Tenían un perro, Ñarō, flaco como una rama seca, que espantaba serpientes y cazaba animalitos. Solía acurrucarse en un rincón con el hocico pegado a la tierra, levantando una mínima ráfaga colorada en cada suspiro, desde donde miraba el agua hervir. Mangoré le acariciaba la cabeza.

Ellos, Mangoré y Aramí, también cazaban. No usaban ni arcos ni flechas como un ciudadano podría imaginar; más bien la paciencia y unas trampas. Allí caían tatúes, mborevís y ciervos. Tampoco contaban con muchos utensilios. Despellejaban y despresaban las presas con las manos y un machetillo. La sangre silvestre les salpicaba en la cara, el cuello y los brazos. Ella estiraba la cabeza de la presa, dejando el cuello extendido y vulnerable. Él macheteaba. Reían y jugaban. Se pintaban las caras, los labios gruesos, con sangre. Era una fiesta juvenil. En el arroyo se lavaban. Se frotaban los cuerpos, se acariciaban con agua fresca. La sangre escurría en estelas rojas. Mangoré le besaba los senos. Aramí le lamía el cuello. El sabor agreste de la sangre les complacía. Eran como dos sombras fundiéndose. Eran como dos pumas negros relamiéndose en la presa.

Por las noches, se recluían, como si de una cueva se tratara, en un pequeño y precario templo de barro rojo. Algo así como una hinchazón de la tierra. Tenían un altarcito en el suelo. Allí, arrodillados y con los ojos cerrados, oraban al espíritu del fuego. En ofrenda, colocaban las cabezas frescas de las presas sobre las brasas. Se respiraba un velo de humo de carne asada. Oraban y cantaban en guaraní. Percutían palos de takuara contra el suelo. Sudaban gotas de cristal. El humo se expandía lento como una lava pesada. Junto con él, el éxtasis. El ritmo se aceleraba. Abrieron los ojos y vieron unas calaveras que parecían espectros de sonrisas sombrías.

El fuego demandaba sangre y prometía abundancia y protección; en tiempos oscuros, venganza.

—Nunca dejen de temerle —les había advertido el chamán—. Si el fuego se desata en sus corazones, se volverá indómito.

El ruido de las motosierras, el que solían escuchar solo cuando iban al pueblo, un día llegó y opacó el rumor del monte. Los rolleros tumbaban los árboles más imponentes. El ruido era tan molesto como los mosquitos del verano. Peor aun: era intolerable. A menudo Ñarõ ladraba como si así pudiera ahuyentarlo. Mangoré se tapaba los oídos, pero el ruido le aserraba el cráneo. Intentó hablar con el capataz, un morocho bigotón al que llamaban Ka'i. Al capataz le causó gracia que ese indio le hablara de árboles sagrados y espíritus del monte que, en vez de golpearlo, honrando su costumbre de jefe, se dobló de la risa. Mangoré se paralizó. Una telaraña de venitas rojas se entretejía en sus ojos. Se imaginó dando puñetazos a Ka'i tirado en el suelo. Pero se retiró en silencio, cabizbajo y con los puños enfurecidos.

Una mañana, Mangoré jugaba en el arroyo con Ñarõ. Aramí, sentada en la arena, se divertía mirándolos. Él lanzaba una rama y el perro, con la lengua afuera, corría a buscarla. En una de esas, se quedó ladrando al camino. Mangoré

pensó que el perro había visto una serpiente. Pero no, eran los rolleros que, en fila, pasaban por allí.

Ka'i se detuvo y, en una reverencia deliberadamente aparatosa, agachó la cabeza frente a Mangoré. Los peones carcajearon. Ñarõ ladraba aunque Mangoré intentaba calmarlo. Después, el capataz posó una mirada obscena sobre los senos de Aramí y se relamió los labios. Se acercó y quiso acariciarle la cara, pero Mangoré lo tiró al suelo de un empujón y el perro se le fue encima, gruñéndole. Por un momento, fue el único ruido que se escuchó. Los peones tomaron a Mangoré del cuello y los brazos, y escarmentaron al perro con un látigo. Ka'i se reincorporó, se reacomodó la camisa sudada y sucia, y se arregló el pelo. Probó su encendedor de plata con relieve de dragón; un trofeo de una noche de truco y trifulca.

—Tenés suerte de que todavía funciona —le dijo a Mangoré, y prendió un cigarrillo con gesto gallardo, como si de algún adelantado se tratase.

Mangoré, como un animal enjaulado, hacía fuerza para liberarse. Al mismo tiempo el brillo del encendedor lo deslumbraba. El dragón, que para él era una boa iracunda, exhalaba fuego. Una breve llama que podría crecer con el viento hasta consumir el monte.

Ka'i se acercó para soltarle una bocanada de humo en la cara y reírse una vez más de él.

—Tranquilo, mi kapelú. Si te portá' bien nadie va' perde' acá. Solo quiero ser bueno con la dama —dijo y se encogió de hombros.

Mangoré le sostenía la mirada. La telaraña en sus ojos palpitaba. Solo veía con nitidez el bigote de Ka'i, que ondulaba sobre un par de dientes de oro. Él dio una última fumada y se metió la mano debajo de la camisa al tiempo que lanzaba el humo. Se rascó la panza y dejó relucir el revólver envainado en la cintura. Ñarõ gruñía al peón que intentaba contener-

lo. Ka'i disparó, rozando los pies del perro, que se espantó y retrocedió. Miró el revólver, como quien mira orgulloso a un hijo, y sonrió, exhibiendo sus dientes de oro.

Aramí lagrimeaba de furia mientras Ka'i se reía y apagaba el cigarrillo en el pecho desnudo de Mangoré, que sorprendentemente gimió. Ella maldijo a Ka'i. Salivó una flema densa y le escupió. Quiso atropellarlo, pero los hombres la atajaron.

—Me gustan las salvajes —dijo Ka'i mientras, con un dedo untaba el escupitajo que colgaba de la camisa para chupárselo y luego lanzar unas risotadas que parecían ensancharlo y que hicieron eco en los peones.

Mangoré tenía la boca llena de baba y el pecho inflamado. Los peones hacían un gran esfuerzo para contenerlo.

—Nos vemos muy pronto, mi amorcito —dijo Ka'i y se metió al monte seguido por los peones.

Al otro día, Mangoré visitó al cacique. Sentado en un tronco frente a un pequeño fogón sobre el cual calentaba el agua, parecía que lo estaba esperando. Cebaba el mate con parsimonia. Amanecía. La luz se filtraba y le bañaba el pecho y los hombros desnudos, aunque no su cara arrugada. Mangoré quiso descargar la rabia que traía atragantada. El cacique, con una mano, le indicó que se calmase y se sentara. Le pasó la guampa humeante. Mangoré tomó un mate y habló en guaraní.

—Los rolleros echan el monte. No hay respeto. Me amenazaron a mí, a mi mujer. Echan, roban todo lo que hay —dijo golpeándose los muslos con los puños.

El cacique atendía no solo las palabras, sino también el tono y el ritmo. Entonces, tomó la pava y derramó el agua hirviendo en espiral, rodeando a unas hormigas desesperadas, quemando a todas, levantando un vapor de agua que llevaba consigo el olor a tierra como si fuera la minúscula vida que abandonaba a las hormigas. Habló.

—En el pasado fuimos un yaguareté. El monte era interminable. Hoy el monte se muere, se quema. Nosotros tenemos que vivir. El monte vive en nosotros. Ellos andan como perros rabiosos. Están enfermos de rabia. No conocen el monte, no conocen nada más que la rabia.

Mangoré sorbió el mate y devolvió la guampa.

—Algo tenemos que hacer. Hay que matar al capataz —dijo.

—La rabia crece, mi hijo, y acabará con ellos. Sin embargo, nuestro pueblo seguirá viviendo. El tiempo del yaguareté volverá —agarró a Mangoré de un hombro y lo miró fijamente—. El fuego en nuestro pecho es la esperanza.

La cara oscura del cacique parecía fusionarse con el humo. Mangoré, joven, creía que el viejo era un cobarde o que la impotencia le había carcomido el ánimo. Dio un talonazo al suelo y se retiró. El cacique exhaló resignado, como si ya hubiera vivido todo eso.

Unos hombres viejos y algunos jóvenes que se juntaban en el patio cada mañana vieron salir a Mangoré del rancho como un toro confundido.

—¿Vienen conmigo o van a morir esperando? —les gritó.

La mañana se volvió verde y cristalina. Un viento repentino levantó las hojas. Los hombres dijeron que no con la cabeza. Algunos sonrieron.

Mangoré salía del monte rumbo a la comisaría, en el pueblo. Un pueblito, en realidad, de casitas viejas con techos de paja y manchadas de polvo, en la periferia de una iglesia jesuita. La comisaría velaba la entrada del pueblito. Mangoré arrancaba las ramas a su paso que desprendían la frescura remanente de la noche. El caminar era húmedo y acolchado con hojas en descomposición. Todo era un bálsamo que lo apaciguaba. Escuchaba el murmullo animal y vegetal del monte. Creía que latía como un todo. Debía protegerlo. Tal vez el comisario lo entendería: no se trataba de él, de Man-

goré, ni siquiera de su gente, se trataba del monte, y Aramí era el monte.

El camino angosto, el *tapepo'i*, atravesaba un potrero. A cada paso, el murmullo se desvanecía y afloraban los mugidos de las vacas y la tierra se hacía más dura. Mediaba la mañana. El sol de verano crecía abrasante detrás de la fina polvareda de ese paisaje seco y lo encandilaba. Pero pudo divisar una nube de moscas y , más arriba, una bandada de cuervos cerniéndose sobre el cadáver de un ternero. La polvareda se le pegaba a la piel y se le empastaba con el sudor.

Alcanzó el camino de ripio. Se cruzó con campesinos en moto que lo saludaron levantando la mano. Cansado, pero con la convicción firme, llegó a la comisaría, una casita vieja, derruida y perdida en el tiempo como todas las demás. Si no fuera por la bandera paraguaya que colgaba a esa hora sin viento, nadie creería que era una institución del Estado. En la recepción, vio a un suboficial tras un escritorio del tamaño justo para contener una carpeta y una máquina de escribir, y a un hombre que olía a queso viejo. El suboficial que mecanografiaba usando los dedos índices se detuvo un segundo, miró a Mangoré y le señaló un banco para tres personas, donde se sentó.

El suboficial firmó el documento terminado y aseguró al hombre que se haría justicia. Después, sin dirigir la palabra y sin ni siquiera mirar a Mangoré, salió al patio.

Mangoré se quedó esperando. El reflujo le agobiaba el pecho. Le temblaban las rodillas. Sudaba. Las gotas de sudor marcaban líneas cristalinas que le caían desde la sien hasta el cuello. Sudaba en los hombros, en las axilas y en el pecho. Le sudaban los brazos y las manos.

Pasó la tarde y el suboficial no volvió. Mangoré escuchaba las risas del patio. Las rodillas le seguían temblando y ahora se rascaba la cabeza. Intentaba calmarse, pero sen-

tía que millones de hormigas le caminaban en los intestinos. Inspiraba profundo. Las hormigas le subían a la cabeza y le bajaban a los pies. Mangoré se rascaba y se rascaba y el hormigueo no cedía.

Al ponerse el sol, el suboficial entró en la oficina y vio que el indio seguía allí, desdibujado. Sorprendido, fingió que solo habían pasado cinco minutos. Se acomodó en el escritorio y lo llamó. Mangoré, que disimulaba la ira, olvidó la indiferencia del policía y se sentó en la silla enclenque. El suboficial escribió el nombre, la edad... y cuando escuchó el problema de las motosierras, de la tala, dejó de escribir.

—Esperame un rato, kapelú —le dijo, y fue al patio nuevamente para volver enseguida, con el comisario, un hombre prolijo y macizo como las puertas viejas que llevaba unas medallas relucientes en la camisa.

Mangoré quiso levantarse pero el comisario lo frenó. Le puso una manota en el hombro. Mangoré alzó la cabeza. El rostro del comisario se veía ancho y gravoso.

—Mi kapelú, el suboficial me comunicó la situación y te entiendo bien. Pero, tranquilo nomá, acá todo' somo' amigo'. Ya di la orden de buscar a ese Ka'i. Andá nomá vo' dormí tranquilo y dejá todo a cargo de la justicia. Pero atendé, ya e' de noche y hay fantasma' por acá.

Mangoré, libre de la pesada mano, pudo levantarse y hablarle confundido pero decidido:

—Yo puedo llevar a tu' hombre', comisario. Yo conozco bien el monte.

—¡Nooo! Vo' andá tranquilo, kapelú —señándole la salida—. Todo está bajo control.

Mangoré salió de la comisaría. Se detuvo unos segundos ante la bandera paraguaya y vio pasar un camión cargado con rollos de lapacho. El chofer tocó la bocina y los policías, desde la puerta, respondieron con el pulgar. Mangoré tomó

el camino de ripio a paso rápido. Alcanzó las afueras del pueblito. Caminó más lento. En el cielo brillaban las estrellas, a cada lado del camino, las luciérnagas, y a sus espaldas, saliendo del pueblito, brillaban las luces de motos. Pronto se acercaron. Lo acorralaron. Uno de ellos se bajó y le habló:

—Mirá, mi kapelú, el comisario está de buen humor hoy. Te manda decir que e' mejor que ande' calladito. En boquita cerrada no entra mosca, ¿entendé?

Mangoré se recriminó haber tenido esa tonta esperanza. La telaraña roja le tiñó completamente los ojos. Tomó impulso y de un cabezazo casi tumbó al suboficial.

Los policías lo miraron sonrientes. De un culatazo de escopeta lo atontaron y llevaron hasta una arboleda. Lo desnudaron, amordazaron y colgaron. El cuerpo de Mangoré, moreno y luminoso a la luz de las estrellas, pendulaba entre golpes y patadas. Una vez que se cansaron, lo desataron. Quedó allí tirado, inflamado y empapado en sangre, mojando la tierra.

—Tené suerte que el comisario no quiere problema' o si no acá mismo te remataba —le dijo uno.

—Ahora ya sabé' quién manda acá —dijo otro que se despidió con una sonora escupida.

Pestilencia. Sudor, moretones, sangre coagulada, llagas y pus. Los bichos. Los mosquitos, las hormigas y las arañas arribaron a la comilona. Vio el monte en llamas, un campo arrasado. Vio a su mujer ardiendo en carne viva. Quería salvarla. No podía moverse. Una mano pesada lo detenía. Escuchaba unas risotadas que le irritaban los oídos. El suelo ardiente le quemaba los pies y le escocía los intestinos. Vomitó un líquido entre rojo y verdoso que le llenó la boca de espumarajos de bilis. Los bichos revoloteaban y zumbaban sobre el cuerpo ulceroso.

Despertó. El sol del amanecer le entibiaba las heridas. No sentía ningún hormigueo en el intestino, ninguna ansiedad

en el pecho. Ni siquiera sentía hambre, ni más sed que la de venganza. Se levantó pesadamente. Estaba desnudo, una desnudez de carne abierta como la de las presas que despedían con Aramí, como la de un muerto recién salido de la tierra. A pasos pesados, tomó un camino apartado para que nadie lo viera.

Pasaron siete lunas de silencio y purga. Las heridas se convirtieron en cicatrices. Mangoré y Aramí, en el templo, permanecieron obnubilados por el espíritu del fuego.

Luego, una noche Mangoré silbó a Ñarõ que aullaba para que entrara. En cuanto vino, lo abrazó y quebró en llanto mientras el perro le lamía la cara. Aramí, de rodillas, calentaba el machetillo en las brasas y oraba en el idioma de sus ancestros: «Cada árbol es una mano, un brazo, una cabeza. Arrasan el monte y a nosotros con él». Mangoré también se arrodilló ante el espíritu del fuego y apretó con fuerza a Ñarõ, que soltó un aullido breve y temeroso. Entonces, tomó el machetillo fulgurante y sacrificó a su compañero.

Los rolleros habían vuelto al monte. El ruido de las motosierras se confundía con el de los mosquitos, que se multiplicaban en el calor y las lluvias.

Bajo la luna llena, Mangoré y Aramí oraron por una buena cacería. Tomaron el *tapepo'i* hacia el campamento de los rolleros. Escucharon la vocería. Ka'i y sus peones, a pesar de no ser primerizos, nunca dejaron de temer al monte. Anestesiaban el miedo con guaripola y humor barato.

—Estos indios son animalitos; con garrote nomás entienden —decía Ka'i, disparando latigazos al aire, ante los peones que lo celebraban con carcajadas—. Mañana voy a cogerte a esa indiecita.

Mangoré y Aramí esperaron que la borrachera los tumbara. Ella fue a la carpa de Ka'i. Entró sigilosamente. El hombre, mareado pero aún en alerta, vio una sombra y se

dispuso a reaccionar, hasta que la sombra le puso el índice en los labios. El bigote de Ka'i onduló sobre su boca sonriente y dorada.

—Así que no te aguantaste las ganas, mi amor —dijo Ka'i y la acercó con un brazo.

Aramí le lamió los labios, le pasó la lengua por el cuello. Vibrando, él se acostó sobre la colchoneta. Ella pensó que alguien, alguna vez, podría haber sentido ternura ante esa entrega casi infantil. Lo desvistió con calma. Él cerraba los ojos, se estremecía cada vez que el cabello de ella le rozaba el pecho. Aramí lo vio rendido y agarró el revólver que él había dejado a un costado, y de un golpe en la sien lo dejó inconsciente. Luego le escupió en la cara y, arrodillada, levantó con ambas manos el revólver para descargarle otro golpe que le tumbó los dientes de oro.

Mientras tanto, Mangoré golpeaba en la cabeza a un peón que, de la borrachera, no pudo quejarse más que con un breve gemido. Hizo lo mismo con los demás. Luego, los maniató de cara a un tronco. Aramí también hizo lo mismo, pero por el cuello.

Mangoré tomó el látigo. Los azotes cortaban el aire con un silbido y terminaban en un ruido seco y filoso que destajaba la piel. Los peones ya no sabían si estaban en este mundo o en el infierno. Se acordaron de Dios, y le rogaron que los perdonara. Sin embargo, la descarga de latigazos caía implacable y les abría las espaldas como garras escarbando la tierra.

Ka'i, inmutado, miraba el revólver que Aramí había colgado casi a su alcance. A él le dieron latigazos hasta dejarlo cubierto de un rojo viscoso y negruzco. Pero él conservaba el instinto de supervivencia y se estironeaba para alcanzar el arma que se mecía por la brisa. Se estironeaba y la piel se le desgarraba aún más.

Abandonaron a los peones en ofrenda a los espíritus del monte, aunque los que se ganaron un banquete fueron los bichos que llegaban atraídos por la carne abierta.

A Ka'i se lo llevaron al templo. Mangoré jugaba con el encendedor de él. Una vez que llegaron, lo usó para avivar el fuego. Las llamas se estremecían, como si buscaran imitar lo que antes habían hecho los látigos. El machetillo resplandecía entre las brasas mientras Aramí levantaba las manos y cantaba unas oraciones, o dejaba que el espíritu del fuego las cantara a través de ella. Sordo ante los gritos de piedad, Mangoré arrastró a Ka'i hacia el fuego y lo dejó caer allí. Después arrojó el revólver y los cigarrillos para que ardieran junto a su dueño. «Cada árbol es una mano...», recitó y lanzó un escupitajo a las llamas. Después, tomó el machete.

La claridad del sol los despertó. Solo se oía el rumor de la naturaleza. La cabeza de Ka'i, en el altar, tenía una sonrisa oscura. Mangoré guardó el encendedor en un atado. Junto con Aramí se internaron en las entrañas del monte, seguidos por una nube de mosquitos.





En la plaza central de Formosa  
**Cecilia Zayas**

Foto: Juan José González.

---

**CECILIA ZAYAS (FORMOSA, 1984)**

cursó los estudios secundarios en el Colegio Inmaculado Corazón de María, en Asunción, donde fue presidenta de la Academia Literaria en 2002. Ganó el primer puesto en poesía en el Intercolegial literario en ese mismo año. Se recibió de escribana pública en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Asunción. Está registrada como mediadora en el Centro de Mediación de la Universidad Católica de Asunción. Integró la Comisión Directiva de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), Filial Formosa. Varios de sus textos se publicaron en las diversas antologías de la SADE. Participó del taller de lectura de Maybell Lebron, del Taller de la Sociedad Italiana de Formosa y del Taller de Escritura Y (TEY).

## ¿Una dictadura solapada?

**PODEMOS TENER DOS POSTURAS** en la vida: oponerse a cualquier régimen contrario a la dignidad de la persona o mantenerse al margen para no perder la vida acomodada.

A lo largo de los años, escuché diversos puntos de vista respecto de la dictadura. Una forma de gobierno cuyos orígenes se remontan a los romanos. Se estableció de forma excepcional para resolver cuestiones militares o por alguna otra muy puntual. Su duración dependía de la situación para la cual había sido instituida. Pese a tener poderes ilimitados no debía atender contra el Estado ni extenderse en asuntos ajenos de los que habían motivado su nombramiento.

Muchos no desean recordar los tiempos en los cuáles gobernaba un hombre con rigurosidad sangrienta de forma desigual. Condenas a muerte para quienes se le oponían y complaciente con quienes no opinaban sobre su gobierno o le servían con sumisión.

La dictadura en el Paraguay fue una de las más largas en Suramérica. Para algunos es la causa del retraso político, económico, cultural y educativo del país. Para otros, una minoría, fue el origen de sus privilegios.

Creo que la democracia es el modelo de gobierno por excelencia si los ciudadanos pueden ejercer sus derechos individuales y colectivos con libertad, aunque para todo tipo de gobierno la apertura de las mentes es peligroso. Aldous Hu-

xley, en *Un mundo feliz*, escribió que «todo descubrimiento de las ciencias es potencialmente subversivo; incluso hasta a la ciencia debemos tratar a veces como un enemigo. Sí, hasta a la ciencia».

La literatura, si bien es arte, puede ser tan peligrosa como cualquier ciencia, lo que explicaría la quema de libros en varios momentos de la historia y la persecución de sus autores por considerarlos enemigos de los regímenes totalitarios. Un buen libro enseña y el saber es un obstáculo a cualquier tipo de dominación.

Huxley, nuevamente: «la dictadura perfecta tendría la apariencia de una democracia pero sería básicamente una prisión sin muros en la que los presos ni siquiera soñarían con escapar. Sería un sistema de esclavitud en el que, gracias al consumo y al entretenimiento, los esclavos amarían su servidumbre.»

Es un triste espectáculo ser testigo de cómo en la actualidad, presentada como democrática, exista desigualdad en el acceso a la tecnología, la libertad de expresión, la propiedad privada y el esparcimiento. En nombre de la democracia, algunos gobiernos profundizan la pobreza y la ignorancia, y con ellas el sometimiento de las personas.

## La decisión

**LA AUSENCIA DE PERSONAS** en la casa de Leticia y las hormonas desbordadas de Carlos, los invitó a encontrarse en la cama de ella. La falta de cuidados preventivos aseguró el embarazo que alteró los planes de la joven madre de volver a su país natal.

Sintiéndose extraña postergó la noticia a su madre e imaginó a su padre llorando de ira en su tumba. Creyó que los había defraudado y lloró en soledad e imaginó a su novio satisfecho por haber encontrado un motivo para continuar una relación que le convenía.

Acostada en la cama, recordó a su padre sentado en el corredor de la casa. Era su lugar predilecto, por la brisa matinal proveniente del río Paraguay, río que permitió a muchos paraguayos refugiarse en Formosa cuando debieron huir de la dictadura o las guerras civiles.

—Tu abuelo era muy querido. Tuvo la suerte de tener muchos buenos amigos. Uno de ellos, mecánico, secretario del jefe del taller, le avisó que querían matarlo por tener ideas revolucionarias...

En muchas ocasiones, ella escuchó pacientemente esa historia de cómo su abuelo había salvado su cabeza y la de su esposa embarazada del impacto de un fusil.

Leticia tenía sangre paraguaya y su hijo también, pero aun así quería volver a su pequeña ciudad. Era y se sentía argentina a pesar de que Formosa originariamente no había

pertenecido a las Provincias Unidas del Río de la Plata. «Me gustaría que mi hijo nazca en Argentina», pensaba mientras calculaba la fecha aproximada del parto y la última materia que le haría merecedora del título de abogada.

—Quiero que mi bebé nazca en Formosa —dijo a Carlos.

—¿Para qué?

—Puedo conseguir una asignación por maternidad. Al cambio no valdrá mucho pero...tendré mi propio dinero.

—No necesitás. Además todos los meses tendrías que viajar para realizarte los controles prenatales.

Levantaron el tono de voz.

Horas después de la retirada de Carlos, ella aún seguía escuchando: «Tu provincia es el culo de la Argentina». Aunque no lo consideraba erróneo, la pensión recibida por su madre que había heredado de su esposo y el sueldo como ama de casa le permitirían disfrutar de una vida modesta y cubrir las necesidades de su nieto.

En el día de todos los santos nació Gustavo, en la ciudad madre de ciudades, en un hospital subvencionado por España, cuyo símbolo era una cruz roja. Gracias a la generosidad que calmó la conciencia explotadora del jefe de Carlos, él pudo pagar una sala privada donde ambos pudieron descansar ante los constantes y amables controles de las enfermeras.

Luego, se mudaron a la casa de los padres de él. Ella había pasado por alto el consejo de las abuelas «es mejor vivir bajo el puente que en la casa de la suegra» y apostó por la fantasía de la familia ideal.

Fueron meses duros. Con título universitario pero sin la posibilidad de ejercer la profesión, observaba a su suegra que le repetía:

—Leti, tu familia es lo primero. Tu deber está en tu casa.

Con esos consejos convivía y transcurrían sus días de-

testando lavar cubiertos y limpiando baños como forma de pago por la vivienda y la comida que recibían.

Sufría en silencio por las obras de caridad que recibía: ropas usadas y dinero justo para cubrir los gastos del bebé, y por los reproches de los mismos benefactores:

—No se puede vivir de la caridad toda la vida.

Muchas veces se preguntó adónde irían los rosarios rezados porque los corazones de sus parientes eran más duros que el pan del domingo.

El niño cumplía meses pero no subía de peso. En la casa se lo cuestionaban todos los días. Habló con su madre.

—¿Qué te dice el pediatra?

—Nos dio órdenes de estudios para descartar la sospecha de que tenga epilepsia. Pero es difícil conseguir turno en este mes y cuesta muy caro realizarlos en institutos privados.

—Cuando puedan vengan a Formosa. Hablaremos con una prima para que Gus sea atendido en el hospital público. ¡Qué pena que no tenga documento argentino!

Sonó el teléfono. Era Carlos, con la voz apagada:

—¿Leti?

—Sí. ¿Estás bien?

—Quiero contarte que me despidieron.

Ella sintió como sus piernas perdían fuerza y la desesperación le impedía respirar.

—Te espero. Hablamos después —pudo decirle.

Al terminar de cenar fueron al cuarto para asumir que ya no tendrían ingresos.

—¿Qué haremos ahora? —dijo ella.

—En cualquier momento voy a conseguir trabajo. Me dijo papá...

Antes de que terminara la frase, ella lloró. Cansada de oír lo que decían sus suegros, tomó la decisión que había querido tomar desde el principio.

—Iré a vivir con mamá ¿Qué nos espera acá? Te juro que estoy podrida de esperar que tengas un buen trabajo con un buen sueldo.

Carlos, como era habitual, se refugió en el silencio.

Pronto, hablaron con sus padres.

—Mamá... queremos... hablar con vos —Carlos intentó...

—No sé si su hijo le comentó que está sin trabajo —continuó Leticia, mirando en vano a su suegra—. Entonces, decidimos que iremos a vivir con mi mamá, en Formosa.

La suegra se volvió hacia su hijo:

—Carlos, ¿y vos?, ¿qué va a ser de vos? ¡Ah! Ya sé, vas a ser el mandadero de la casa porque a otra cosa no te vas a poder dedicar allá.

Pero esta mujer está loca, pensó, y dijo:

—Quiero acompañar a mi mamá. Ella está sola y con problemas de salud.

—¡Mirá qué bien! Antepones a tu madre arriesgando tu matrimonio. ¿No pensás en tu hijo, que necesita estar con su padre?

—Vos no tenés autoridad moral para juzgarme siendo que internaste a tu madre en un geriátrico...

La suegra se levantó con una mirada de desprecio a su nuera.

Leticia armó lentamente el equipaje. No tenía mucho que llevar. Con la mirada se despidió de cada rincón de ese cuarto que había albergado más penurias que alegrías.

Decidieron recibir el año nuevo en su nuevo hogar. Graciela, la madre de Leticia los recibió con la casa modestamente decorada con accesorios navideños. Reían, menos Carlos, quien se acostó a dormir a los treinta minutos de la medianoche.

Los meses transcurrieron con la desdicha del forastero que no se adaptaba a las nuevas circunstancias y la tranqui-

lidad de Leticia, pues gracias a los contactos familiares la atendieron a ella y Gustavo en el mejor hospital de la ciudad.

Cuando los problemas de salud se resolvieron, Carlos decidió volver a Asunción.

—Leti, voy a regresar... Me avisaron que hay llamados a concurso. En la Secretaría de Defensa del Consumidor trabaja la prima de mamá, así que... voy a probar suerte.

Se fue sin remordimientos y ella sonrió mientras el remis que lo llevaba se alejaba.





En la Universidad de Cambridge  
**Eduardo Quintana**

Foto: Mireia Crispín.

---

## **EDUARDO QUINTANA (ASUNCIÓN, 1988)**

es director ejecutivo de Ciencia del Sur y presidente de la empresa Ciencia del Sur EAS. Estudió filosofía en la Universidad Nacional de Asunción (UNA) y pasó por el programa de Jóvenes Investigadores de la UNA. Tiene diplomados en filosofía medieval y en relaciones internacionales. En 2024 se especializó en museología (UAA-AMUS) y en filosofía científica (Universidad Nacional de La Plata). Becado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos viajó a California (Stanford y San Francisco) y por la Fundación Falling Wall de Alemania a Berlín. Condujo los programas de radio *El Laboratorio*, con temática científica (Ñandutí), y *ÁgoraRadio*, de filosofía (Ondas Ayvu). Fue periodista y columnista de las áreas política e internacionales y creador y editor de ciencia y tecnología en el diario *ABC Color*, además colaboró con publicaciones internacionales como la revista *Veintemundos*. Fue presidente de la Asociación Paraguaya Racionalista (APRA), secretario del Centro de Difusión e Investigación Astronómica (CEDIA) y encargado de cultura científica de la Universidad Iberoamericana. Periodista de Ciencia del Año por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (2017). Es el actual coordinador de Educación y Divulgación Científica de *Ciencia del Sur* y fundador y director del medio MUPA: Voces de Museos y Patrimonios. Tiene cinco libros publicados: *Sol Nocturno* (UNIBE, 2006), *¡Peligro, en nombre de Dios y del Estado!* (Servilibro, 2011), *Preguntas mal hechas* (Arandurã, 2013), *La ciencia desde el Paraguay* (Servilibro, 2018) y *República del silencio. Pensar la censura desde Paraguay* (Servilibro, 2019). También tiene artículos científicos publicados sobre filosofía e historia de la ciencia y pensamiento crítico.

## Tarifa especial

**HASTA QUE CUMPLIÓ** la mayoría de edad, siempre le alcanzó la plata porque gastaba lo mínimo. Había comenzado a trabajar a los 10 años, vendiendo diarios en barrio Obrero y San Vicente. Aprendió a ahorrar para comer y tener lo básico. La cultura del trabajo era la cultura de su familia, casi un sacrificio esa costumbre de trabajar para sobrevivir con lo justo.

Cuando terminó el colegio, no pudo pagar la universidad. Ahorró a duras penas —a veces caminaba para no tomar la línea 27— durante un año para poder estudiar Ingeniería Ambiental. Pero en el camino se endeudó, primero por los juegos y después por las drogas. Pudo salir de las drogas, aunque no de las deudas. Entonces, sin vergüenza pidió plata a todo el mundo en nombre de los estudios en la facultad.

A mitad de la carrera, asistió a un congreso regional sobre energías renovables. En el último día, invitó a una chica que le gustaba a cenar en un restaurante de lujo, el Yasyretá del Hotel Guaraní, en el centro, donde la ilusión se volvía puré. Ya había cenado ahí en un congreso de la facultad... Pensó que podría pagar sin problemas. La invitó. Ella se llamaba Kati. Él pidió pan, ella el plato más caro. Quería impresionarla:

—Champaña —dijo al mozo, y agregó murmurando—, pero no la más cara, sino la más accesible, ¿sí?

Era la primera vez que pedía esa bebida. Sí, había practicado antes de la cita.

El asistente volvió con el lomo al champiñón, la milanesa de suruví y las papas *noisette*, y con una champaña de Francia.

—¡Como tiene que ser! —agregó el mozo.

En total, alcanzó 650.000 guaraníes. Entonces, preguntó a la moza cuánto era la propina. Ella le respondió que, si bien no era obligatoria, podía dejar entre el 10 y el 15 %.

En su billetera había 620.000 guaraníes en billetes de 50.000 y 10.000, y no tenía tarjeta. Fue al baño para chequear mejor la billetera y encontró 5.000 guaraníes más y dos monedas de 1.000. Tenía 627.000 guaraníes.

—¡Gran puta! —gritó.

Con cara de asustado fue al vestíbulo para ver si todavía estaban sus compañeros. Ya no. Volvió a la mesa. Se sentó. Ella lo miró. Él estaba mudo. Mudo en serio. ¿Cómo mierda le diría que le faltaba plata..? No podía llamar a nadie. Tenía rabia y miedo, y estaba caliente. Ella, al comprender esa situación, le dio 50.000 guaraníes.

La segunda vez que vivió una historia similar fue también durante su segunda vez, en un motel de San Lorenzo, más o menos cerca del centro. La última vez fue en un hotel del barrio japonés de Asunción. Con su familia, fueron a probar comida oriental por primera vez. A su papá le encantó. Su mamá se puso escéptica, pero fue la que más disfrutó esa noche.

Cuando terminó la carrera, la Embajada de Alemania hizo una convocatoria para una beca de corta estadía dirigida a jóvenes ambientalistas. Había hecho su tesina sobre energía eólica en los departamentos de la región Oriental, con una evaluación y un sistema que aún no se habían utilizado en el Paraguay. Había cinco becas para América Latina. Se presentaron 150 postulantes. Él fue el único paraguayo que aplicó. Ganó una plaza.

No sabía inglés, menos alemán. Era la primera vez que subía a un avión que iba primero al Brasil, después a Países

Bajos y de allí a Frankfurt. Luego a su destino, ya cerca del mar Báltico. Tenía todo calculado. Viajó con un presupuesto ajustado. Tarde se dio cuenta de que no debería haber hecho eso. Llegó al hotel en Kiel. La beca era de dos semanas para participar de un congreso, obviamente en inglés. Incluía el billete de avión, el seguro de salud y odontológico, el almuerzo y la cena. Además de materiales, transporte y diploma. Pero él tenía que pagar el hotel. Y aún no usaba tarjeta de crédito.

En la consultora le pagaban extremadamente poco, aunque él hacía casi todo el trabajo. Laboraba de 8 a 19:30, de lunes a sábado y a veces feriados. Los domingos descansaba o veía un partido de fútbol. No tenía ahorros. Así que tuvo que prestar un poco de plata. El euro estaba a 8.950 guaraníes.

El segundo día, un empleado del hotel le preguntó si tomaría la tarifa paraguaya. Él entendió que en realidad le preguntaba si era paraguayo y le dijo que sí. Pasaron los días. Comió muchos embutidos, pero como también había comida vegetariana en el congreso, la probó y le gustó. Solo a su mamá y a su papá les compró algo. Tenía apenas para el hotel. Todo justito. No podía hacer pavadas.

El congreso de Windenergie e inteligencia artificial fue cansador. No entendía nada, casi. Sus colegas latinos le resumían lo que se decía, hasta que se hartaron.

El último día, cuando desayunó y bajó las maletas, fue a pagar la estadía con los dólares que había traído de Asunción. El empleado le preguntó en un forzado pero genuino español si estaba conforme con el servicio.

—Sí —respondió.

Entonces imprimió la cuenta, con una sonrisa que él no sabía si era forzada. En total, 200 dólares más de lo que él había calculado y que efectivamente tenía que pagar.

—¿Qué pasó, señor? —preguntó el gerente.

Él estaba helado. No sabía qué había pasado. Vino el único empleado que sabía español y le aclaró que le estaban cobrando la «tarifa paraguaya».

—¿Y eso qué es? —preguntó.

—En la factura dice servicios adicionales de aseo personal —leyó el empleado.

—*Ndera kóre* —dijo, y pensó que hacía mucho que no decía groserías, pero enseguida tuvo que reaccionar—. ¿Qué son los servicios adicionales?

El empleado dijo que se refería al uso de las duchas:

—Rige para turistas o clientes latinoamericanos porque usan dos o tres veces la ducha por día, en verano. Justo es *Kieler Woche*, entonces hay más gente aquí y todo se encarece. Por esto, el Estado exige que se use racionalmente el agua. Si usted gasta más, el Estado le cobra más, y por eso paga la tarifa. Es una tarifa especial.

No le importaba nada. Él quería rajar nomás.

—Les puedo dejar una caja de cerveza que compré por 80 euros y una remera por 50, ambos con las facturas recientes —propuso sin creer que lo aceptarían.

También pensó en ofrecer el regalo que había comprado a su madre, pero lo pensó mejor y se dijo que al menos con eso quería retornar a casa.

El gerente sonrió con condescendencia y, seguramente acostumbrado a esa situación, rápidamente le hizo firmar un documento que lo obligaba a pagar el saldo en un futuro no mayor a tres meses.

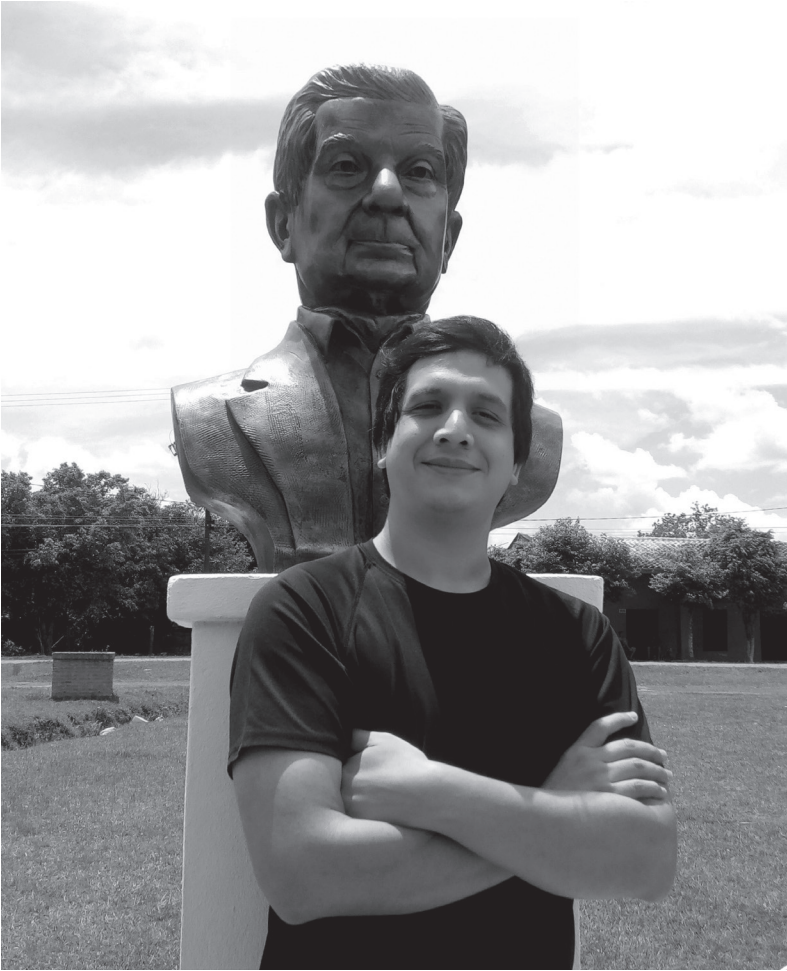
Qué mal viajó. Ni siquiera tocó la comida de los aviones. Solo quería llegar. En total fueron veintitrés horas con cincuenta minutos de travesía. En junio.

Aquí le contaron que esa tarifa era normal en Alemania, Suiza, Francia y España, pero que en España se había eliminado por considerarla racista. Racista o no, igual tuvo

que pagar la deuda, con el siguiente sueldo que cobró en la consultora.

Desde esa vez, evita todas las tarifas especiales, ya sea en restaurantes locales u hotel internacionales. Y si viaja, se queda en casa de conocidos, con tarifa acordada previamente.





En *Manorã*  
**Sebastian Ocampos**

Foto: Fredy Fretes.

---

**SEBASTIAN OCAMPOS (ASUNCIÓN, 1984)**

es escritor, editor, maestro y hacedor cultural. Autor de los libros *Poliedro* (2.º Premio Internacional Fundación El Libro 2023 y candidato al Premio RAE 2024) y *Espontaneidad* (mención de honor del Premio Academia Paraguaya de la Lengua 2015, traducido al inglés y reeditado en 2021). Antólogo de *Paraguay cuenta. Cinco siglos en cuarenta ficciones* (2019) y *Poemas europeos* en castellano, guaraní, toba qom y manjui (2021). Coordinador general del Foro Internacional del Libro de Asunción 2018. Director fundador de Proyecto Y: *RevistaY.com*, editorial, club de lectura y taller de escritura. Jurado de concursos literarios nacionales y regionales desde 2012, entre ellos del Premio Nacional de Literatura 2025. En 2017 fue seleccionado como uno de los veintitrés jóvenes escritores americanos para el ProyectoArraigo.com.

## El duelo del siglo

ANTES DE QUE LO AGRAVIARAN personal y públicamente, nunca habíamos visto a Ricardo Franco Lanceta lleno de ira. Yo ni siquiera lo había escuchado con la voz subida de tono; jamás un grito, un desdén contra nadie, aunque lo mereciera. Siempre había parecido estar en control de sí mismo, sin importar los conflictos personales o colectivos que le tocara enfrentar. Pero supongo que hasta al mismísimo Buda le habrían sacado de quicio esos agravios que se lanzaron insólitamente contra Ricardo un día después de la sesión del Congreso en la que se había tratado el proyecto de ley de tercerización del ferrocarril.

El senador colorado Miguel Ramírez denunció ante el pleno de los congresistas que los representantes de la Cooperativa Ferroviaria habíamos ofrecido una coima de quinientos mil dólares al interventor del Ferrocarril, Lauro Ramírez, para que se aprobara el anteproyecto de ley que habíamos presentado. El mismo, con apoyo del *holding* europeo *Iron & Steel*, anhelaba resucitar el tren, orgullo del Paraguay institucional del siglo diecinueve, uno de los primeros de Suramérica. Ese día, con micrófonos y cámaras los reporteros buscaron al interventor, y él, indignado y con más agravios, confirmó la denuncia del senador.

Los socios de la cooperativa vimos las noticias y quedamos sorprendidos. Con tres años de existencia, la organiza-

ción no contaba siquiera con un local alquilado. Nos reuníamos en la oficina de Ricardo, en el centro de Asunción, para tratar los proyectos que planificábamos. Entre inevitables muecas, nos miramos y preguntamos de dónde se suponía que sacaríamos esos quinientos mil dólares, si en el proyecto estaba aclarado que el *holding* europeo administraría su propio dinero, justamente para evitar ese tipo de malversación, propio de los poderes del Estado, en especial del Congreso, considerado uno de los más corruptos del mundo. Ricardo, en cambio, vio las noticias sin inmutarse. Por el bien de la República, dijo, no debemos responder eso sino dar una conferencia de prensa para explicar el proyecto a la ciudadanía; no nos dejemos contagiar por la vileza de la clase política; nosotros somos trabajadores solidarios. Como era habitual, seguimos su consejo.

Recibimos a los periodistas en la oficina. En anteriores ocasiones, habían asistido uno o dos, con suerte, tres. Esa mañana, una veintena de reporteros, fotógrafos y camarógrafos logró entrar; otra docena aguardó en el pasillo. Los selectos apuntaron sus herramientas laborales hacia Ricardo, socio fundador y asesor jurídico de la Cooperativa. Él, con la voz calmada, pausada, y el proyecto impreso en la mano, habló de lo que solicitábamos al gobierno: la administración temporal (veinte años) del Ferrocarril para reconstruirlo totalmente, modernizarlo, ampliarlo en el país y conectarlo a las vías de los países vecinos (recobrar la salida al mar) y devolverlo en pleno funcionamiento al Estado.

Los periodistas, aburridos ante ese monólogo que parecía una cátedra de universidad, habían asistido solo por dos motivos: saber qué respondería sobre los ataques del senador y el interventor, y ver cómo reaccionaría ante las preguntas acerca de la supuesta coima multimillonaria. ¿Quinientos mil dólares, multimillonaria? ¡Sí! Salario mínimo de ese año:

casi un millón de guaraníes. Monto del soborno mediatizado: tres mil quinientos millones de guaraníes, cantidad con la que entonces vivían casi cuatro mil familias paraguayas. No era una suma que pudiera pasar desapercibida por nadie en este país que oye dólares e imagina riqueza. Ricardo no les prestó atención y continuó explicando el proyecto, hasta que una reportera se cansó de escucharlo y le cortó la alocución con la amenaza altisonante de que si no pensaba responder lo que se le preguntaba, todos se retirarían. ¿Cómo?, preguntó Ricardo, desconcertado. Así como escucha. ¿Por qué debemos prestar atención a esa gente que ni siquiera cumple con su función constitucional?, dijo él. ¿Es o no cierto que quiso sobornar a los senadores para que les aprobaran el proyecto? ¡JAMÁS! ¿Lo niega? ¡Lo niego!, por supuesto; uno de los senadores es el que ha pedido la coima.

Los socios nos quedamos atónitos y maravillados al escucharlo levantar la voz. Si en algo habíamos estado en desacuerdo con él había sido en que nunca reaccionase como era necesario en ciertas circunstancias hostiles.

La periodista insistió: ¿Quién, díganos quién es el senador que pidió la coima? Ricardo retomó la voz calmada y respondió una de sus frases típicas: No estamos aquí para bajezas, sino para pensar en la patria. Quiso seguir hablando del proyecto, pero no se lo permitieron: ¡Doctor Franco, doctor Franco!, ¿quién es el senador?, ¿por qué no lo denuncia?, ¿tiene miedo de alguna represalia? Entonces, quizás harto de escucharlos, dijo: Fue un estronista, uno de los que más acusaciones de corrupción ha recibido.

Esa respuesta sació momentáneamente a los periodistas y, aunque insistieron un poco más, en vano, le permitieron culminar la conferencia con las palabras finales acerca del proyecto ferroviario, sobre el que nadie había preguntado nada en toda la mañana.

En la oficina, de vuelta al estado normal, los socios felicitamos a Ricardo por haber contestado como correspondía ante el asedio. En ese momento, presumimos que las cosas retomarían el curso habitual, es decir, que no volveríamos a ser protagonistas en los noticieros televisivos y radiales ni de las tapas de diarios.

No pudimos haber estado más equivocados. La breve y ambigua mención sobre el senador que había pedido la coima bastó para que fuéramos noticia de nuevo, con la siguiente cita repetida en radios y televisiones: «El asesor de la Cooperativa denuncia al “senador estronista que más acusaciones de corrupción ha recibido” (sic) de haberle pedido el soborno para que aprueben el proyecto ferrocarrilero». Ricardo y los socios, enmudecidos otra vez. ¿Cómo se suponía que debíamos responder esa tergiversación? ¿Llamando a otra conferencia? ¿Yendo a los programas para explicar...? ¿Comunicándonos personalmente con cada periodista para aclarar lo que ya había sido aclarado? No, era mejor dejar pasar ese momento.

Al día siguiente sucedió la escena insólita que ha provocado esta historia. Cuando terminó la sesión del Congreso, el senador Bader Rachid Lichi buscó a los reporteros para «exigir el derecho a réplica» y, ante los micrófonos y las cámaras, gritó:

*Yo ni lo conozco a ese viejo Franco Panceta. Le desafío a que lo diga públicamente, cara a cara. Si ese hijo de mil perras llega a decir algo fuera de lugar, lo voy a mandar pulverizar. ¿Quién se cree que es para hablar mal del honorable Congreso Nacional de la gloriosa República del Paraguay? Es lo más serio que hay. Nadie de los senadores ni tampoco nadie de los diputados va a ser capaz de meterse en porquería semejante.*

Inmediatamente, todos los medios repitieron y exageraron la declaración. Los noticieros se pusieron a mencionar

las breves biografías de ambos, acompañadas de las fotos del senador estronista y el asesor cooperativo como si fuesen pugilistas a punto de subir a un cuadrilátero. Los protagonistas, uno con sesenta años y otro con setenta y ocho, se convirtieron en los rostros más anunciados del país. No era para menos. Se trataba de la primera vez que la gente veía en televisión en vivo y en directo a un ciudadano (sin proponérselo) rebelándose contra un estronista empotrado en el poder político desde hacía décadas.

Los agravios mediáticos provocaron la ira que nadie había presenciado jamás, ni familiares, ni amigos, ni socios. Ni siquiera imaginado. El rostro de Ricardo, generalmente pálido, a punto de arder. Los ojos claros, enrojecidos, como si pudiesen destruir con la mirada. Las manos, trémulas, a pesar del notorio esfuerzo por controlarlas. Los socios lo observamos sin saber cómo debíamos calmarlo. ¿Qué podríamos haber hecho o dicho a quien nunca habíamos visto en ese estado, con la ira erupcionando por sus poros?

El silencio solo se quebró cuando él mismo habló: Necesito hablar con Miguel Ángel (Pangrazio, su amigo de toda la vida; juntos habían compartido la infancia y la adolescencia; ambos padecieron el exilio durante la juventud y se vieron obligados a seguir caminos separados, aunque manteniendo la comunicación; luego de la caída de la dictadura del general colorado Alfredo Stroessner Matiauda, regresaron al Paraguay y fundaron, entre otras organizaciones, la Cooperativa Ferroviaria). Uno de los socios lo llamó. Como si se tratara de una emergencia, él vino de inmediato.

Antes de ese día, la diferencia entre ambos había sido de cincuenta o más decibels: Ricardo solía hablar como si estuviera en una biblioteca, Miguel Ángel como si fuera una locomotora. Esa vez, los papeles cambiaron: el primero casi gritaba y el segundo casi murmuraba. ¡Quiero desafiarlo a

un duelo!, exclamó Ricardo. ¿Cómo?, dijo Miguel Ángel, con el eco de los socios. ¡Y quiero que seas mi padrino! ¿Para qué? ¿Para que lo desafiemos a un duelo! Está bien... ¿y qué tenemos que hacer? Hazle llegar mi desafío; dile que tiene hasta el fin de semana para retractarse públicamente, o que elija a un padrino y un arma para encontrarnos el domingo al amanecer en la Plaza de la República, enfrente mismo del Cabildo. Los socios, incrédulos, nos preguntamos: ¿Un duelo? ¿Cómo él, un anciano de casi setenta y nueve años, podría enfrentarse en un duelo? Seguramente, presumimos, se trataba de una rabieta que se le pasaría en uno o dos días. El padrino, en cambio, conocedor del viejo amigo, era consciente de que ciertas ofensas, en especial las que ponían en duda su integridad, tenían los componentes necesarios para que reaccionase de ese modo drástico, inaudito para el resto. También sabía que solo las disculpas públicas del agresor o en última instancia el duelo, podrían restaurarle el honor.

Miguel Ángel fue al Congreso a la mañana siguiente y, con la voz estentórea que lo caracterizaba, llamó la atención de los presentes y se dirigió al senador estronista:

Señor, en mi carácter de padrino, amigo y compañero del doctor Ricardo Franco Lanceta, le hago llegar el desafío a un duelo por los agravios emitidos contra su persona. Usted tiene tiempo hasta mañana, sábado a la medianoche, para retractarse pidiendo disculpas públicas ante la prensa. Si no lo hace, elija a un padrino y un arma, y prepárese para el duelo del domingo al amanecer, en la Plaza de la República, enfrente mismo del Cabildo.

Cientos de congresistas, titulares y suplentes, cientos de funcionarios, decenas de periodistas y otros presentes por distintos motivos burocráticos, escucharon el desafío estruendoso y quedaron en silencio, expectantes de la respuesta. El senador estronista, canoso, trajeado y con una corbata

colorada, reaccionó como si no se le hubiera hablado a él y quiso retirarse ordenando a sus guardias, también trajeados, que lo acompañasen a uno de los ascensores. En otra ocasión, lo hubiera alcanzado. Esa mañana, el público, más interesado en la aceptación o no del duelo que atemorizado por las posibles represalias, le cerró el paso. Acorralado, no tuvo más opción que inflar el pecho y gritar:

*¿Retractarme, yo? ¡Pero qué se creen ustedes, hijos de mil perras! ¡Cretinos de mierda! Que vengan nomás el domingo. Les voy a pulverizar a los dos frente a todo el mundo.*

El duelo se convirtió en la noticia de la semana. Hasta los programas matutinos y los de la farándula se pusieron a contar lo que estaba aconteciendo. El día anterior, los noticieros habían dedicado pocos minutos de su limitado y costoso tiempo a presentarlos. Durante ese viernes y el día siguiente, casi todos los espacios mediáticos los anunciaron como gladiadores, imagen inevitable luego del éxito global de la película de Ridley Scott, estrenada hacía tres años en los cines y ese año en los canales abiertos de TV.

Por un lado, el senador estronista. En la mayoría de los programas, primero lo presentaban a él. Descendiente de árabes, profesor de colegio, abogado, diputado, senador, presidente del partido colorado, era la versión oficial. La otra, agregaba: usurpador de tierras fiscales, de mil quinientas hectáreas, en la dictadura. Lo nombraron El Árabe.

A continuación, el padrino, el compadre Blas N. Riquelme. La única diferencia con el duelista era que no contaba con título universitario, al parecer ni siquiera secundario. Lo anunciaron como empresario, diputado, senador, presidente del partido colorado, también usurpador de tierras fiscales, este de más de cincuenta mil hectáreas.

Por otro lado, Ricardo, anciano, desconocido, intrigante. Descendiente de españoles, doctor en derecho y economía,

con maestrías en decenas de materias, catedrático en varias universidades latinoamericanas, exconstituyente de 1992, autor de libros sobre derecho, economía e historia, asesor de los bancos centrales de México, Venezuela, Bolivia y Paraguay... ¿Esta información es verdadera?, se preguntaban los presentadores televisivos con el currículo en mano. Sí, verificada, les respondían los productores. ¿Cómo es que ha sido asesor en esos países? Fue un revolucionario en el 47 y terminó exiliado, agregaban. Lo llamaron Español, una influencia directa de *Gladiator*.

¿Y su padrino? Descendiente de italianos, doctor en derecho con medalla de oro, decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas, autor de decenas de libros sobre diversos temas... Nooo... ¡Esto es una joda!, gritaban los faranduleros a las cámaras en vivo, lanzando al aire los papeles. ¿Cómo estos dos son unos completos desconocidos y no ocupan ningún cargo público, mientras que los otros dos son unos tráfugas más conocidos que la puta madre (con el perdón de las putas y las madres), y dicen y hacen lo que se les canta el culo gracias a los fueros de mierda del Congreso? ¡Con razón este país está como está, carajo!

Esa comparación constante entre polos opuestos, denominados como héroes civiles y villanos políticos, provocó que muchísima gente más de la esperada se interesase por el duelo, hasta el punto de que los canales televisivos dejaron de emitir las telenovelas en los horarios centrales para concentrarse en las biografías de los contendientes y en la historia del duelo como medio para resolver disputas y corregir agravios. Horas y horas de los duelos de las películas sobre el Viejo Oeste, con música de armónica de Morricone.

Ese mismo día, hordas de periodistas fueron a cubrir las residencias y las oficinas de los duelistas, aunque ambos se negaron a dar declaraciones o a responder cualquier pregun-

ta que se les lanzara. Los padrinos fueron las siguientes víctimas del asedio. Ellos también los evitaron. Luego, los familiares. Por último, los amigos y los socios, en el caso de Español; y los colegas y los correligionarios, en el de El Árabe.

Tanta cobertura nos hizo creer que el país estaba al tanto de todos los detalles del duelo. El más importante: el arma con la que se presentarían el domingo al amanecer. Ricardo, harto de que lo llamaran Español, escogió el arco y la flecha, y solicitó encarecidamente al pueblo paraguayo, por medio de una carta abierta, que se lo llamara Overá, el «guerrero radiante guaraní que en el siglo dieciséis se rebeló contra los invasores españoles que vinieron a saquear nuestras riquezas y a esclavizar a nuestra gente».

Luego de la difusión de la carta, los familiares, los amigos y los socios le rogamos que terminara con esa historia mediática descarrilada. Representaba todo lo contrario de su persona. ¿Cómo era posible que estuviese de acuerdo? Recapacitá, por favor, le dijeron su esposa, hija e hijos, con nuestro apoyo. No nos prestó atención y pidió al padrino Miguel Ángel que lo ayudara a conseguir el arma y de paso la vestimenta. Quería un taparrabos y una vincha, pues no tendría sentido, según él, que se presentase al duelo vestido con su habitual traje gris, camisa blanca y corbata celeste, y esa arma en las manos.

De El Árabe esperaban que eligiese un arma acorde a su ascendencia. Algunos especularon con la cimitarra, típica en las películas con escenarios en el Oriente Medio. Otros dijeron que esa espada era un cliché de Hollywood, que los árabes del nuevo siglo usaban AK-47 o T-Rex .577. Algunos supuestos especialistas analizaron muestras de esas armas de guerra en los estudios de TV. Habían pasado menos de dos años de los ataques a las Torres Gemelas y la gente aún percibía como terrorista a toda persona de piel oscura, túni-

ca blanca y ghutra, ni qué decir con fusil, escopeta, ametralladora o cualquier arma en la mano, tal como en esos días, sin ningún escrúpulo, ejemplificaban algunos programas.

El senador sorprendió a todos al comunicar, a través de su padrino, que el arma con la que se presentaría al duelo del domingo sería una Magnum 500, obsequio de un general muy apreciado que por desgracia no podría encontrarse en el país para presenciar cómo se haría cargo de ese españolito y también de su padrino. La referencia fue tan obvia que de inmediato lo expusieron con el retrato del dictador Stroessner de fondo. A falta de comentarios de la familia, los periodistas recurrieron a los referentes del partido colorado. Ellos no dudaron en apoyar incondicionalmente al que denominaban el Gallo Colo'o.

En los programas televisivos y radiales, pocos hicieron encuestas serias (qué opina sobre el senador, sobre el doctor, sobre la situación que ha incitado este conflicto que no parece tener buen final) e invitaron a expertos de distintas disciplinas para reflexionar acerca de las causas y las posibles consecuencias del duelo. Ciertos encumbrados juristas de reconocimiento internacional argumentaron a favor y otros de igual renombre en contra, oscureciendo los conceptos jurídicos. ¿Era legal desafiarse a un duelo en este nuevo siglo? ¿Por qué la policía no detenía a los dos? ¿Qué herramientas tenían las instituciones, como la fiscalía, para prevenir la violencia programada? ¿Qué sucedería si alguno muriese? ¿Solo entonces, tarde como siempre, se actuaría? Al fin y al cabo, ambos contendientes son abogados, terminaban diciendo los expertos invitados para concluir los debates.

La mayoría de los programas explotó la banalización, con anuncios de promociones consistentes en votar por una de dos opciones. Primera: ¿se retractaría a tiempo El Árabe? Segunda: ¿cuál de los duelistas (caricaturizados como un

gladiador viejo con arco y flecha, y un gallo colorado con cinturón y revólver) vencería en el duelo? Para ambas encuestas mantuvieron temporizadores con hora, minuterero y segundero, iguales a los artefactos explosivos de las películas de acción. Los premios: vales de productos o servicios de los patrocinadores y los auspiciantes, desde cadenas de supermercados y de comida rápida hasta cadenas de estaciones de servicios y de farmacias, entre otras corporaciones.

La mañana del sábado, el espectáculo trascendió las fronteras. El país rodeado de silencio que solo se convertía en noticia internacional cuando alguna tragedia acontecía en su territorio o la selección de fútbol era derrotada por algún equipo importante, de pronto se volvió el lugar protagónico de un suceso global. Los medios de Europa y USA titularon la noticia con términos adaptados a sus públicos, ignorantes del Paraguay. «Un intelectual y un político se desafían a duelo en el corazón de Suramérica», era la línea básica que publicaban. Hasta esas publicaciones, nadie había hablado de uno como intelectual y del otro como político. Eran términos sin sentido aquí. Ningún intelectual generaba opinión pública, aunque mantuviese una columna semanal, como de hecho lo hacía Ricardo. ¿Y político, simplemente político? Quizás en los países del norte era suficiente la connotación despectiva de esa ocupación histórica y socialmente corrompida. Sin embargo, en el Paraguay era necesario identificarlo como senador estronista, lo que ni siquiera ofendía al duelista, pues su partido seguía firmemente aferrado al poder, sin que se vislumbrara un cambio.

La repercusión mundial de la noticia provocó que los comunicadores locales cambiaran de términos. Ya no se trataba de una cuestión paraguaya ni de algo efímero. ¡Era el duelo del siglo! Con ese título en las tapas de diarios, los programas radiales y los zócalos de los canales televisivos, durante

ese sábado no se habló de nada más. El duelo, con énfasis en la potencial muerte en vivo (idea que luego quiso producirse en formato de *reality*), había generado tanta expectativa que a mucha gente se le ocurrió solicitar a los periodistas, como si la organización dependiese de ellos, que el lugar del mismo fuera el estadio Defensores del Chaco, lo más parecido a un circo romano en Asunción.

Los demás congresistas dejaron de seguir la noticia como cualquier espectador cuando vieron que en los muros capitalinos se habían pintado grafitis que llamaban a la rebelión del pueblo contra los gobernantes, en especial contra el Congreso, con frases como «¡Todos con Español, todos contra los corruptos!» También en las murallas y las paredes de muchas ciudades se había multiplicado la silueta del rostro de Ricardo con la leyenda «¡Español, Español!» Algunos periodistas de medios independientes analizaron esa reacción con la postura editorial de fomentarla: «¿Qué pasaría si la gente siguiese el ejemplo de Español y desafiase a un duelo a los grandes criminales usurpadores del poder político?» En cambio, los medios masivos, coherentes con sus líneas empresariales, desenfocaron esa realidad con sobredosis de encuestas y ofertas de más y más premios, esta vez ya con *merchandising*, incluso con muñequitos cabezones similares a los contendientes.

Una inesperada cantidad de gente, casi un millón de personas, votó que El Árabe se retractaría y que pediría disculpas públicas antes de que terminara el sábado. A la medianoche, sin embargo, no hubo novedades, y los programas de TV tuvieron que apagar uno de los temporizadores. El duelo, para regodeo del expectante público mayoritario, sobre todo para beneficio de la minoría detrás de las cámaras, se realizaría al amanecer.

Diversos grupos de ciudadanos se autoconvocaron para la vigilia en la Plaza de la República. En plena madrugada

de fin de semana, el centro histórico de Asunción retomó el movimiento de público que lo había caracterizado hasta años anteriores, con la insólita diferencia de que no era para disfrutar de fiestas u otros placeres nocturnos, sino para un acto que en los altoparlantes y las pancartas se revelaba como patriótico. Cuanta más gente llegaba, más líderes de diversas organizaciones comunitarias, sociales, sindicales y políticas solicitaban el micrófono para arengar y enardecer a los presentes, algunos con el canto colectivo de «Mi patria soñada», otros con el de «Patria querida».

El tenor en la plaza, con discursos, exhortaciones y cánticos, parecía más de manifestación que de vigilia. Los medios masivos hicieron correr el rumor de que la situación podría volverse peligrosa. El efecto fue inmediato. Quienes deseaban unirse a los ciudadanos reunidos en el lugar del duelo inminente, prefirieron resguardarse en la seguridad de sus hogares y seguir los sucesos a través de la televisión o la radio. El rumor cobró más fuerza cuando la policía montada y los cascos azules se presentaron junto a los suboficiales que hacían guardia enfrente del Cabildo. No eran muchos, pero la sola presencia de ellos sugería, con base de un largo historial de represiones, que las cosas no terminarían bien.

En la casa de Ricardo, la familia insistía en persuadirlo para que desistiera de ese disparate. ¿Pero cómo era posible que se le ocurriese que lo dejarían ir a matarse? ¿Y además vestido con esas prendas? Si fuera necesario, lo atarían a la cama. A esas horas, el padrino y los socios apoyábamos tanto a la familia como al duelista. Escuchábamos los argumentos de ambas partes y no dudábamos en darles la razón. Pero todos éramos conscientes de que al final estaríamos firmes del lado de Overá (desde la carta abierta, lo llamábamos así) hasta que él mismo recobrase la cordura.

Dos horas antes del amanecer, Overá subió al automóvil del padrino para dirigirse al Cabildo. Los socios y la familia los seguimos en otros vehículos, así como los periodistas que habían cubierto su casa durante las últimas cuarenta y ocho horas. La caravana de una veintena de autos, camionetas y furgonetas llegó a la Plaza de la República a las seis, no porque la distancia fuese extensa, sino porque en los programas de TV y las radios se comunicaba cuál era su recorrido y la gente salía a saludarlo, felicitarlo y desearle ¡mucho suerte!, ¡mucho fuerza, doctor!, ¡nosotros estamos con usted!

Llegamos a la plaza y el público lo reconoció. El cántico de «¡Español! ¡Español!» lo conmovió tanto que se olvidó del nombre de Overá y bajó del vehículo vestido con un sobretodo negro y con el arco y la flecha. También olvidó que en dos meses cumpliría setenta y nueve años y, acompañado del padrino y los socios que hacíamos de guardias, caminó rejuvenecido entre las personas de todas las edades que le pasaban la mano y lo animaban. Se detuvo ante el Cabildo y vio que no había tantos policías como habían reportado los noticieros, pero sí suficientes camarógrafos para registrar cada detalle de lo que sucedía.

A minutos del amanecer, escuchamos en las radios de algunos presentes que El Árabe todavía no había salido de su residencia. La gente pidió a Ricardo que hablara. Se le pasó uno de los micrófonos. Él, aún con el sobretodo y sin soltar el arco y la flecha, se negó. ¿Qué haríamos si no se presentaba?, era la pregunta que recorría el lugar y que nadie respondía. Solo el padrino se animó a tomar el micrófono y a hablar con una voz repentinamente apasionada más que estentórea:

El deber de Overá Español, aquí presente, y de su padrino, o sea, de vuestro servidor, es aguardar hasta el amanecer. Es la hora fijada con días de antelación. El otro duelista y su padrino, ¡y todo el mundo!, lo saben bien.

Luego de seis horas de vigilia multitudinaria en la Plaza de la República, veinticuatro horas de eco mundial, cuarenta y ocho horas de cobertura nacional, cinco días de la acusación pública sobre la coima que supuestamente habíamos ofrecido para la aprobación del proyecto ferroviario del que ya nadie había vuelto a mencionar, millones de paraguayos contemplamos el amanecer del domingo 13 de abril de 2003, a las siete horas con cuatro minutos.

El Árabe no se había presentado al duelo del siglo. Entonces, Miguel Ángel habló al oído a Ricardo: Querido amigo, hicimos todo lo que has pedido; es hora de regresar a casa. La familia y los socios estuvimos de acuerdo, y Ricardo por fin volvió a actuar como la persona que conocíamos. Dijo que teníamos razón y se disculpó por haberse dejado arrastrar por esas peculiares circunstancias. En grupo, tal como habíamos llegado, nos predisposimos a retornar, pero la gente nos cerró el paso. Con vítores y cánticos de «¡Overá! ¡Español!», pidieron que fuéramos hasta la residencia de El Árabe. Contestamos que era innecesario, pero Ricardo volvió a conmovirse con la voz colectiva y sin dudar lo dijo al padrino: Esta historia todavía no ha finalizado; es un deber patriótico prestar atención a las demandas del pueblo.

Camino a la residencia de El Árabe, la caravana creció tanto que las calles de Asunción se volvieron aun más angostas. A falta de policías que ordenasen el tránsito, los propios ciudadanos asumieron la coordinación para que el auto principal, el de Miguel Ángel y Ricardo, pudiera avanzar sin mayores obstáculos. Tal como el viaje a la Plaza de la República, la gente salió a las veredas para saludar al duelista, esta vez con banderas paraguayas, remeras de la albirroja y música, como si la ciudad estuviese de fiesta.

Llegamos a la fortaleza del senador estronista, custodiada por militares, policías y guardias privados. La cuadra bu-

llía de gente y los reporteros, rodeados de cámaras, preguntaban a los presentes cómo imaginaban que terminaría esa historia. La respuesta que más se repetía era que El Árabe no daría la cara. Seguramente por eso, de golpe, un grupo gritó:

*¡Rachid! ¡Cobarde! ¡Salga a la calle!*

*¡Rachid! ¡Cobarde! ¡Salga a la calle!*

El público lo acompañó hasta que el padrino Blas N. abrió la puerta principal. Ante el silencio repentino y sin mirar a la gente, dijo que el senador lastimosamente se encontraba indispuerto, que daría una declaración en cuanto se sintiera mejor y que invitaba a los presentes a retirarse: Esta residencia de familia es una propiedad privada y el griterío de ustedes está perturbando la paz pública del barrio; para no involucrar a la policía y evitar altercados innecesarios, es mejor que se retiren por su propia cuenta.

Nuestra respuesta fue un grito unánime:

*¡Rachid! ¡Cobarde! ¡Corrupto y criminal!*

*¡Salga a la calle o lo vamos a sacar!*

El cántico aumentó a tantos decibeles que activaron las alarmas de los autos resguardados en las cocheras de la cuadra. Es más, sonó con una potencia tan arrolladora y aglutinante que hasta los vecinos, antes desde sus prudentes ventanas enrejadas, se unieron a lo que se había convertido en la primera manifestación masiva en el barrio más opulento de la capital, habitualmente silencioso como un sepulcro. Con el pánico en el viejo rostro arrugado, el padrino Blas N. entró raudamente en la casa para, un par de minutos después, salir acompañado de El Árabe, quien también hizo lo posible para evitar la mirada de la gente. Indicó a algunos reporteros que se acercaran a la puerta. Luego, ante una docena de cámaras y micrófonos, leyó un papel que tenía en las manos:

Querido y valiente pueblo paraguayo: pido sinceras disculpas al doctor Ricardo Franco Lanceta. El jueves me dejé lle-

var por la rabia. Lo atacué sin razón. En estos días, vi que es un paraguayo de bien. Ruego que sepa aceptar mis disculpas.

La inesperada declaración nos enmudeció a todos. Mientras los senadores volvían a entrar y cerrar la puerta, los reporteros y la gente voltearon hacia Ricardo. Él solo sonrió y se dirigió a Miguel Ángel: Ahora podemos volver a casa.

En grupo retornamos a los vehículos. En el camino, escuchamos el cántico de «¡Overá! ¡Español!», ya más lastimero que entusiasta. Los presentes todavía aguardaban que él dijese algunas palabras, un discurso digno para escribir la página final de esa épica imposible. Pero Ricardo se mantuvo en silencio hasta llegar al auto. En ese momento, se volvió hacia la gente, levantó el puño izquierdo y exclamó con voz enérgica: ¡Vencimos!

Solo entonces comprendimos que ese insólito empecinamiento con el duelo nunca había tenido una justificación individual. Que el esfuerzo para resistir el asedio mediático había tenido un fundamento colectivo. Que esa disculpa pública quedaría registrada en miles de páginas, audios y videos, en la memoria y la conciencia de todas las personas que acabábamos de caer en la cuenta de que, en verdad, todos juntos, habíamos vencido.



# Agradecimiento

Proyecto Y es un grupo que tiene los objetivos de fomentar la lectura y la escritura literarias en el Paraguay, y de vincular culturalmente al país con el mundo, a través de:

*Revista Y*, medio digital gratuito publicado desde 2013;

Editorial Y, sello que publica libros impresos desde 2014;

Libroclub Y, club de lectura virtual que se reúne mensualmente con autores internacionales desde 2021;

Taller de Escritura Y (TEY), espacio de formación anual que beca a lectores narradores de todo el país desde 2013.

Para sostener el proyecto, contamos con mecenas conscientes y sensibles que valoran nuestro trabajo:

María Rosa Gil, Genoveva Ocampos,  
Margarita Villafañe y Nicolás Arzamendia.

A ellas y a él, ¡*aguyjevete*, muchas gracias!

## EQUIPO

Sebastian Ocampos · José Bueno Villafañe · Alicia Riquelme

Más info para apoyar Proyecto Y  
yoleo@revistay.com • +595995697626 • [revistay.com/mecenzago/](http://revistay.com/mecenzago/)





Compuesto con las familias tipográficas:  
***Jeroky***, diseñada por Juan Heilborn;  
***Linux Libertine***, por Philipp H. Poll;  
***Calendas Plus***, por Atipo Foundry;  
***Playfair Display***, por Claus Eggers Sørensen.

Esta edición de ochocientos cincuenta ejemplares se  
terminó de imprimir en mayo de 2025 en los talleres de  
Editora Ricor Grafic, de Asunción, Paraguay.

«El viejo mundo está muriendo, el nuevo mundo tarda en aparecer, y en este claroscuro aparecen los monstruos.»

ANTONIO GRAMSCI

\*\*\*\*

*En Encarnación, un trabajador solicita un pequeño adelanto de sueldo al patrón que lo explota; en Yvyku'i, una señora cuenta a su hijo que están robándoles vacas, y él decide comprar una escopeta; en Asunción, en una noche del marzo paraguayo, una mujer huye de su pareja violenta; en Ka'akupé, una anciana viuda tiene que afrontar a un usurero y volver a preparar dulces como en sus inicios; en México, una paraguaya tiene el sueño recurrente de una mujer caída del cielo durante la dictadura estronista; en Guajaivi, San Pedro, unos agricultores se rebelan contra el estanciero que los mantiene en condiciones de semiesclavitud; en el Chaco, casi en la frontera con Bolivia, un viejo matrimonio sobrevive en un territorio ocupado por narcotraficantes; en Ciudad del Este, una joven denuncia el abuso de poder y la corrupción en una institución pública; en Depósito Kué, Ka'aguasú, la gente acusa a un joven de robo y lo mata impunemente; en Itá, los trabajadores del mercado se declaran en huelga; en Barcelona, España, una señora paraguaya trabaja todos los días en un piso privilegiado en busca de retornar al Paraguay y emprender una pequeña empresa; en Ñeembukú, un abogado defiende a unos pescadores acosados judicialmente por una empresa arrocera multinacional que expolia la tierra y el agua; en Paso Yováí, un médico y un joven trabajador cuentan las consecuencias mortales de la minería de oro; en un barrio cerrado, lujoso, de Lambaré, un heredero estronista quiere financiar la producción de una película sobre el estronismo; en Kuruguay, un líder campesino es asesinado por un sicario; en el distrito Coronel Ramírez, unos jóvenes se ingenian para ganar las elecciones municipales apropiándose del dinero que un partido político destina a la compra de votos; en Ka'asapá, una pareja indígena lucha contra un grupo criminal que desmonta el bosque Atlántico; en la capital, un intelectual cooperativista desafía a un duelo público a un senador estronista...*

*Estas son algunas de las 36 historias de los 36 jóvenes autores paraguayos congregados en este ambicioso libro que narra y reflexiona sobre el actual período claroscuro de transición entre un régimen dictatorial (1954 - 1989) y uno que se ha anunciado como democrático (1989 - ...), pero que aún no se ha vuelto realidad.*



Con el apoyo de

